M-1 La Casona

	10_{Ne}	18_{Ar}	
	9_{F}	17_{Cl}	
	8_{O}	16_{S}	
	7_{N}	15_{P}	
	6_{C}	14_{Si}	
	5_{B}	13_{Al}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	20_{Ca}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}	19_{K}

La Construcción de la Torre

M-1 (1/20) La Casona

1 Emón
2 Mara
3 La Infancia
4 El Vuelo
5 Hermanos
6 La Partida
7 La Aldea
8 Sunia
9 El Teatro
10 El Secreto
11 Belima
12 La Casa Roja
13 El Tren Azul
14 Ágata
15 Gregorovius
16 El Vacío Creador
17 El Juez
18 La Rigidez
19 La Memoria
20 Sacrificio

1_H

1 Hidrógeno

1 Emón

1-1 La Casona

La Casona se yergue en el Campo de la Matanza, en el nordeste del Valle del Siama, limitado por un círculo de montañas de donde sobresale el murallón ciclópeo de la Muela.

La Casona es un vasto edificio tortuoso, absurdo y sensual, una inmensa construcción destartalada de dos plantas coronadas por una torre.

Las distintas habitaciones en que se divide la planta baja distan de ser un modelo de simetría.

El piso primero es de una amplitud átona, diáfana, absorta, una especie de trastero heteróclito donde el tiempo ha ido acumulando espejos destrozados, cabezas de medusa, gusanos azules con movimientos fenicios en el rostro y pájaros muertos.

La torre es eremitorio, observatorio, y sirve de refugio en las riadas.

La Casona es el lugar en donde duerme el viento y se tiende el sol ya cansado.

1-2 El Gran Solitario

Según una idea generalmente admitida, de todas las posibles combinaciones de elementos sólo unas pocas están de acuerdo con las leyes, de modo muy distinto piensa Emón, el último miembro de una prolongada estirpe, habitante de la Casona como un reino.

Inmerso en el vacío interior como en un vientre, piensa y sin embargo no piensa, sabe y sin embargo no sabe, oye y sin embargo no oye, ve y sin embargo no ve, reposa en su propio estado inmutable y se entrega a viajes solitarios que le tienen a sí mismo como objeto. Nadie le aprehende salvo él, nadie le conoce salvo él, cualquier otro que no sea él no puede aprehenderle. Él se conoce a sí mismo, su propia unicidad es un impenetrable velo que lo cubre, Adán prelapsario, padre de los años, el gran solitario, idéntico a sí mismo, al que se atribuyen predicados.

Todavía está dormido, leyes muy antiguas regulan los pormenores de sus gestos que escapan al fluctuar de las intenciones humanas. Pero el tiempo pronto va a comenzar su mandato. Envueltos en su cerco de probabilidad los acontecimientos preparan sigilosamente su entrada en escena. Para llevar a cabo su obra, el tiempo entra en una cavidad, crea una confusión, una inversión, un desequilibrio, y con un murmullo se rompe el orden perfecto de la ausencia de cosas.

El mundo es todo lo que acaece. El mundo es la totalidad de los hechos. El mundo no está hecho de palabras. La palabra fuego no quema la boca. La palabra agua no calma la sed.

1-3 El Libro Metálico

En la torre de la Casona, dentro de una caja de madera de encina endurecida al fuego y calafateada con colofonia, hay cinco txiringas de plomo con inscripciones.

Cinco finísimas láminas metálicas constituyen el *Libro de Plomo*, que ha sido transmitido de padres a hijos, generación tras generación.

Desde el tiempo del sueño hasta Guraso, que había olvidado el significado de los viejos signos. De Guraso a Bitarko, que había perdido la memoria de la tradición de plomo. Y de Bitarko hasta Emón, que no sabe leer las inscripciones.

Guraso es la vejez a la que se rinde culto, Bitarko es el mediador, Emón es el padre de la luz doble. *El Libro de Plomo* es un tesoro mudo, el último vestigio que une a Emón, Bitarko y Guraso con las generaciones de sus muertos.

El libro metálico es un tesoro oculto que quiere manifestarse. El anciano de los días, lo rescribe en su torre. El lobo gris, está a punto de salir de su madriguera. El vacío vivo quiere ser conocido. Vivir es una locura. Vivan los muertos. En ellos vivimos.

1-4 La Naturaleza del Vacío

Habitante del desorden inane de la Casona, sujeto a las pruebas invariables del tiempo y la soledad, Emón es el fugaz gobernante de la discordia interior y exterior, mira a su alrededor, no advierte la presencia de nadie sino de sí mismo. Dice. *Este soy yo.*

Ahora tiene miedo. Piensa. *Puesto que nada hay distinto de mí. ¿De quién tengo miedo? En verdad el miedo se tiene de otro, va dirigido hacia algo.*

Atraviesa la angustia del momento en que el grito supone la creación de una existencia separada, el vacío de un cuerpo, el instante detenido que precede a la unión y es el lugar de las transmutaciones, el tiempo muerto anterior a la cópula que es el espacio de las metamorfosis. Experimenta una especie de angustia inobjetiva y para exorcizarla la nombra como miedo.

Durante largos periodos de tiempo permanece inmóvil, sumergido en complicaciones de carácter mental desprovistas de un objeto donde concretarse.

La Casona en completo silencio, el jardín cerrado. Escucha una voz diciendo vehementemente. *Sí, sí, sí...*

Una voz que no llega a concretarse como voz, un levísimo murmullo casi inaudible, se escucha el sonido de manos golpeando en el agua, y de nuevo el silencio.

Emón tiene dentro de sí algo que todavía no existe, para hacerlo entrar en la existencia altera su naturaleza íntima e inmediatamente se identifica con las modificaciones. No se sorprende cuando decide tener conocimiento de lo puramente material. Acaricia el nacimiento como idea, quiere conocer la extensión y la duración, entrar en contacto con la materia que imita la eternidad.

1-5 El Hijo

Con gesto solemne, Emón establece la idea de hijo, tan natural como las de permanencia o disolución. Se pregunta. ***¿No hay medio de que un hijo venga al mundo sin que una mujer haga parte de la tarea?***

Como no hay nadie para responderle, él mismo se responde. ***No, no lo hay.***

Quisiera que la madre de su hijo no fuese una mujer sino puro vacío desprovisto de cuerpo, pero el poder absoluto de la creación no está en sus manos, debe someterse a la ley promulgada antes del principio e intercambiar mensajes de escritura secreta.

Me exiliaré al interior de mí mismo, plantaré un jardín y situaré en él a una mujer, intercambiaremos mensajes, viviré con ella el tiempo necesario hasta que me de un hijo y luego fuera, ella deberá marcharse sin dejar ningún rastro tras de sí, sus pisadas no dejarán huella.

2He
1H

2 Helio

2 Mara

2-1 La Mancebería

Emón parte de la Casona y camina a través de los intrincados senderos de la huerta. El Palmeral, san Antón. Entra en Ormira a través de la puerta del Ángel. La calle del Colegio, san Juan, la calle de la Feria, el Rabaloche, la calle Meca, las Salesas, la calle del Río, el puente de Hierro. Así, dando un peculiar rodeo, llega a la Mancebería, todo lo que el cielo da de sí, el barrio donde los ángeles dobles gustan aventurarse. Risas sin cuerpo se mecen en el murmullo del aire que anuncia la noche y espían a los hombres que corren tras las mujeres.

Salamandra, Sepultura, Mordida, Mazmorra, Máscara, Satánica, Bendita, Cachonda, Coneja, Garza, Bruja, Aspasia, Friné, Lais, Tais, Metis, Adrastea, Amaltea, Tebe, Io, Europa, Ganímeda, Calista, Leda, Himalia, Lisitea, Elara, Ananke, Carme, Pasifae, Sínope, Tana, Atalasa, Prometea, Pandora, Epitemea, Jana, Mimas, Encelada, Tetis, Telesta, Calipsa, Dione, Helena, Rea, Titana, Hiperiona, Japeta, Febe, Cordelia, Ofelia, Bianca, Crecida, Desdémona, Julieta, Porcia, Rosalinda, Belinda, Pucka, Miranda, Ariela, Umbriela, Titania, Oberona, Calibana, Estefanía, Sicora, Próspera, Seteba, Náyade, Talasa, Despina, Galatea, Larisa, Protea, Tritona, Nereida, Caronta, Cluacina, Volupia, Lubentia, Vaticanusa, Cumina, Zugatina, Collatina, Vallonia, Seia, Segetia, Tutilina, Nodutusa, Volutina, Patelena, Hostilina, Flora, Latursa, Matuta, Runcina, Forculina, Limetiusa, Mara.

Aglaofonos, la de espléndida voz.
Aglaope, la de magnífico aspecto.
Leukosia, la blanca resplandeciente.
Ligia, la de voz clara y aguda.
Pisíone, la de habla persuasiva.
Teles, la hechicera encantadora.
Telxíone, la de mirada hipnótica.
Telxíope, la de aspecto admirable.
Parténope, la virgen.

Como satélites en torno a planetas de algún sistema estelar, o sirenas cantando su canción, las mujeres se aglomeran a la puerta de las casas de las estridentes risas, buscan un suave continente para regalarse el lujo de un auténtico desenfreno. En las casas de puertas abiertas a cualquier hora niñas disfrazadas de mujer con caras de muñecas en un incendio, mujeres azules con los bolsillos llenos de terrones de azúcar fumando un cigarrillo tras otro, ancianas sin edad cuyas voces apenas alteran el silencio. Se deshace la escarcha entre sus dedos, brota una música dura de sus pies. Labios pintados con colores traídos de muy lejos. Caras apáticas, abúlicas, apagadas, míseras. Esa indigencia paralizadora, esa pesadez. Se trata de abrazar a una sombra, de comprar con dinero la astucia que conoce el camino hacia el desenfreno salvaje. Sus vidas son ciclos somnolientos. Las galerías de tiro, las ilustraciones en la piel, las incrustaciones metálicas, ir a los baños, teñirse el pelo, pintarse los ojos, vaciar el vientre, dar a beber su agua, azotar y dejarse azotar, ofrecerse tendidas boca arriba, dejarse penetrar por el culo, lamer, chupar, tragar, todo lo mismo, lo ya sabido, un aborto, otro aborto, todas llenas de odio al trapo menstrual.

2-2 Paraíso Cerrado

En el corazón mismo de la Mancebería de Ormira, Emón encuentra el camino que conduce a Mara, una hermosa mujer de ojos manchados de sueño, habitual de las noches, mirixora, hieródula. Mara es una puta sagrada con el aspecto sin edad de las mujeres que no envejecen porque nunca han sido jóvenes, frente al vacío de su cuerpo Emón imagina el instante primero en que un grito supone la creación.

Emón le propone a Mara que vaya a la Casona con él, que se deje preñar y le dé un hijo, luego deberá marcharse, le pagará por ello, le pagará bien. Y a continuación le dice.

Tu corazón está hecho de áspera corteza, no tienes miedo del fuego, degüellas animales para conquistar el sol, las tinieblas por las que te dejas penetrar son gobernadas por la lujuria de tu ascendiente. Voy a llegar hasta el fondo de tu indigencia, voy a llenarte de noche y voy a edificar sobre tu vacío el esplendor, alegría para la mirada.

Y ella: *Mi corazón es capaz de tomar diversas formas, es un murmullo en el sueño, pradera para las gacelas, una palmera en el desierto, manos sobre una roca, un templo de ídolos, las tablas de la ley, el claustro del monje, la Kaaba del peregrino, la mano que enciende el fuego, un cáliz, un reloj de arena, un árbol, una torre y un palacio dentro de la torre. Trato de permanecer no demasiado alejada del vacío y su esplendor que es mi centro, el no-lugar de donde provengo y a donde me dirijo. La dulce mano de la afinidad que me conduce es para mí una continua caricia. Mi credo es amor, no importa desde dónde sople el viento, el amor es siempre mi credo y mi fe. Cuántas inquietudes esto me da. Y los hombres. ¿Qué me pueden decir a mí los hombres? Yo voy a hacer lo que tengo que hacer, sí, recibiré de ti tu escritura secreta y la mezclaré con la mía. En mi vientre haré tierra del agua y pariré para ti, sí, tú pagarás por ello y tus hijos también pagarán.*

Tras pronunciar estas alucinadas palabras, Mara guarda en una pequeña maleta lo mínimo imprescindible, carga con ello y sigue a Emón en su camino hacia la Casona, con una voz fría como de langosta mientras camina se dice. *La materia en realidad no existe, solo en el tiempo hay lugar para mí.* Tiene la sensación de que a lo largo de su vida diversas mujeres se han sucedido en la misma senda y que a cada una de ellas le ha correspondido desaparecer tras engendrar a la siguiente, su historia es vivir, no tiene miedo al fracaso, que el fracaso la aniquile, ella quiere la gloria de caer. Parece vivir una existencia totalmente libre de la dependencia de la figura, evoca ese reino indecible donde el vacío produce continuamente materia.

El Rodeo, la Orma, san Agustín, la plaza Nueva, las Cuatro Esquinas, el Segundo Puente y de nuevo san Juan, la calle del Colegio. Salen de Ormira a través de la puerta custodiada por el Ángel. Atraviesan el Bosque de Palmeras. Emón y Mara siguen un hilo invisible a través de la red de senderos de la huerta, y así llegan al paraíso cerrado de la Casona, espacio abierto al juego de las transmutaciones.

Mara se acomoda en la habitación de la torre, piensa en lo que ha vivido, le parece que ha ido dejando cuerpos por los caminos y se limita a aguardar el momento en que tenga lugar el encuentro generador. Ella comienza a alumbrar la esperanza de que en la fría y silenciosa oscuridad de su vientre se deposite una semilla de luz. Lo que quiere es que la luz se rompa y provoque el fuego que funda el plomo.

2-3 Nacimiento Doble

Pensar el comienzo no es pensar el origen, el comienzo es ocultación del origen, la historia comienza con el olvido del ser. Ella corre. Él también corre. Sombras vegetales se deslizan sobre el huidizo cuerpo. Con qué serenidad orgullosa la acorrala. Más allá de toda angustia la alcanza. Se precipita sobre ella. Se extiende en estas consideraciones.

Éste soy yo, esa eres tú. Tú eres esa, éste soy yo. Tú eres el lugar de mi mirada y mi atributo.

Avara de formas ella desea. ***Búscame entre los guardianes de la noche, que tu mano me alcance, que tu voz me consuma y que yo sea tu alimento.***

Y él. ***Adornada como esposa recibe la sombra a fin de que yo sea lo que soy. Acompañada por lo que voy a entregarte, visitarás una región que nunca has vislumbrado y a la que nunca regresarás.***

Y ella, con una voz que no llega a concretarse como voz, un levísimo murmullo casi inaudible, como el sonido de manos de mujer golpeando en el agua. ***Sí, sí, sí...***

Una casi invisible fisura, la entrada oculta por la maleza. Emón entra en ella. Los pelos aglutinados en la punta del glande desgarran. Tras la puerta de la iniciación el pozo va desenrollando su terrible. El frío tigre desliza su uña como cuerno de antílope enterrándose en la tierra prometida. La caballería entra en Constantinopla por la ruta trazada por gente de toda raza, por hombres metálicos de toda especie. Bajo el influjo de la grieta sabe que ha abierto una senda sobre la que carece de control y tiende a ir cada vez más lejos, hasta que la esencia del miembro se consume en la humedad como en un sueño.

Mira, mi metamorfosis se cumple. Haz que dentro de ti el no ser vaya hasta el ser.

Hembra pasiva en el goce, abierta al desmedido impacto de la fecundidad, Mara prolifera hasta el límite, sensación de belleza sin detalles. Del vientre mismo, como un remoto estremecerse de la tierra, del útero, del corazón contraído, viene un temblor gigantesco, del cuerpo todo estremecimiento viene el primer grito, mudo, sin sonido alguno hasta para ella misma, aquel grito que ella no había adivinado, aquel que no había querido jamás y que no había previsto.

Él reposa satisfecho en el centro de lo oscuro tras haber derramado su agua viva, sus órganos son la memoria, se indistingue en una masa cálida, se desliza hacia el paraíso cerrado del sueño sin sueños, en donde todo lo posible adquiere existencia. Ella está recostada junto al gran padre dormido y levanta los sucesivos velos que lo cubren.

El pacto primordial, el retorno, los mares, la sumisión, la enseñanza, la generación, la transmisión, la envoltura, la partición, la purificación, la recomposición, la cabalgada, la vía, la leche, la llamada, la mezcla, la belleza, la elevación, la autoridad, la conversación, la disolución, la llegada, el dejamiento, el amor, la suspensión de los sentidos, los pechos, el centro secreto, la veracidad, el dominio, el pudor, el vigor, el término, la herencia, la ignición, la aniquilación, la subsistencia, el celo, la aspiración, la contemplación, la majestad, la riqueza, la paz, lo manifiesto, lo imperceptible, lo incomprensible, lo imprescindible, la alusión simbólica, lo intransmisible, el silencio.

Tras los siete veces siete velos únicamente hay vacío, vacío vivo, vacío puro, vacío perfecto, vacío creador, tiempo detenido, silencio sólido, murmullo, madriguera, palacio, sol negro, energía fría, materia oscura, luz quieta, luz moviéndose a la velocidad de la luz, luz moviéndose por encima de la velocidad de la luz y convirtiéndose en oscuridad, fuego, aire, agua, tierra, metal, árbol.

La sombra del tiempo se recuesta, Mara se abraza a Emón desnudo, entra en su sueño, siente crecer la oscuridad dentro de ella. Hermosa es la noche sobre el animal agazapado ya no dueño de sí tras haber entrado en ella desencadenando así la creación de conciencia anunciada en la muda transmisión de sustancia de entraña a entraña. A causa de la voluntad de Emón fundida en bronce, a causa de esa voluntad el vientre de Mara, huellas de animal lento, el vientre, a causa de sus oscuros sueños de ojos grises, aliento solar, cielo líquido, plata y oro, a causa de la inconcebible voluntad tiene lugar el juego de la duda y el sacrificio, el agua de la luna detenida, son concebidos dos hijos. El mercurio ha quebrantado la simiente de la mujer, azogue vivo que se llama a justo título violador, porque con la potencia del furor rompe los velos, porque crea en las tinieblas el esplendor de la luz, porque transmuta el deseo ígneo en deseo amoroso, esta es su obra, la vorágine sulfurosa del metal, el salvaje placer del instante detenido donde no hay angustia, ni dolor, ni miedo alguno a la imposible muerte.

Mara está orgullosa de haber transgredido, con la astucia de Eva, la prohibición del placer y el conocimiento, siente un largo, claro y profundo instante abierto dentro de sí, los mensajes de la escritura secreta se entremezclan y tiene lugar el nacimiento de la luz doble, cuyo destino es ser rota por el fuego para generar dos formas especulares de oscuridad.

2-4 El Movimiento de la Oscuridad

Mara piensa en lo desconocido que la ha venido a habitar y se prepara con esa especie de calma obstinada que es su fuerza. Atraviesa la línea del segundo mes con las manos cruzadas sobre el vientre. El hijo se multiplica en su madriguera, dos crías indiferenciadas juegan, dentro de una madre hay espacio para jugar.

Sentada junto al fuego con un vago olor a loba, la ropa bajo las axilas teñida de azogue, el rostro de la calma, la oscuridad prenatal, la dureza terrestre, la finitud de la aportación del ser a la vida, madre enamorada, madre excesiva, muslos precedidos del ciclo de la muerte voluntaria, memoria de las ramas con su cinturón de nieve para el invierno, habitante de un universo sin superficie que se mueve por entre las grietas de la noche, una tripa de hierba, su regazo es comparable a un templo escalonado erigido en el centro geométrico de un desierto, sobrelleva un orden teleológico, los augurios la acompañan.

El tiempo de la calma durante el embarazo se convierte en un grito en el preciso instante en que la fría oscuridad se pone en movimiento. El grito atraviesa el espacio. Ya ocurrió otras veces, pero ahora no hay nada con qué compararlo.

En el horizonte Aries aparece con sus cuernos y el Cordero salta sobre la pradera. Mercurio se derrama en los cabellos de Virgo. Los Dos Dragones se dejan arrullar por Cáncer. El entramado del tiempo atrapa en su red a Géminis. Un espectáculo divino o un pasatiempo. Meteoros.

Como una reina abandonada en su palacio, porque nadie debe verla en semejante trance, en cuclillas, expulsa con mecánicas e inconscientes contracciones dos niños, casi asfixiados, abrazados el uno al otro.

En el momento en que aparecen a través de la grieta, las dos cabezas parecen viejas, con las facciones estilizadas por el tiempo, arcaicas y tersas, como si hubieran recorrido una enorme distancia, como las cabezas de los faraones en las esculturas funerarias.

Los dos niños por fin lloran. Mara se siente envejecer, como si de repente hubiese perdido muchos años a través de la profunda herida, se aferra al momento porque teme perderlo todo, se arroja a lo profundo del instante. Devora la placenta y el cordón umbilical, lame a los gemelos hasta que la inhibición del reflejo de deglución le impide ir más allá, luego se derrumba agotada, vaciándose en una leve hemorragia cálida que fluye desde su invisible fisura, la entrada oculta por la maleza.

2-5 Llamas Azules

Los recién nacidos no distinguen el sueño de la sombra a partir de la cual han sido engendrados, abren los ojos a un mundo que se ofrece como un todo indiferenciado, lloran. Mara los oye llorar y no siente nada.

Emón entra en la torre y encuentra a Mara de pie, sosteniendo por los pies a los dos gemelos cabeza abajo, a punto de arrojarlos al suelo.

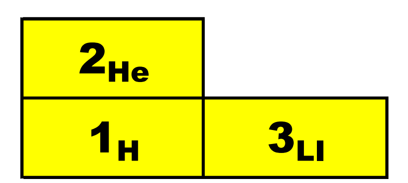
Sin soltar los frutos de su vientre, como si se lo dijese a sí misma, Mara le dice a Emón.

Buscarán la salida del fuego y no la hallarán. Bajo la cálida cúpula salpicarán con ceniza sus cabezas golpeadas por el afilado aliento en mitad del cráneo, sus miserables espíritus serán desgarrados por obra de la pantera que pasado el tiempo yacerá destrozada junto al espejo, pero antes de que se marchite con tinieblas de olvido mi nombre, las doncellas que deseen huir del yugo nupcial me invocarán para alcanzar eficacísimo remedio contra las bodas, embellecerán sus rostros con jugo de datura fastuosa, vírgenes estériles enfebrecidas así en anhelos de salvaje deseo, entrarán unas dentro de las otras como entrañables amigas.

Mara interrumpe su furioso vaticinio, deja delicadamente a los gemelos en el suelo y ya solo quiere dormir, dormir. Poseída por una irresistible laxitud se acurruca bajo las sábanas y un sueño salvaje la arrebata. Cuando despierta hay llamas azules quemando las sábanas, su cuerpo está ardiendo, se lanza fuera, rueda sobre el suelo mojado, no mira hacia atrás y huye. Huye a través de la noche.

Emón observa a Mara alejarse, hasta que por fin la pierde de vista, entonces cierra la puerta, victorioso, satisfecho por haber dejado fuera a aquel disoluto personaje, por quedar dentro, a salvo, defendido por cerraduras y cerrojos, acompañado por sus hijos, hechos a su imagen y semejanza, Moiro y Mucio, en los que encuentra su continuación la historia.

La historia, la gran fuente de la ilusión, como si tal cosa existiese, sea como realidad o como crónica. No existe la historia, en la mente cristalizan instantes inextensos desapegados del espacio y se agrupan en disposiciones nuevas construyendo una memoria completamente distinta de la relación ordenada de los sucesos pero proveniente de ellos, tras haberlos seleccionado, desordenado y vuelto a ordenar. Toda historia es un mito.



3 Litio

3 La Infancia

3-1 El todopoderoso

Yo soy el todopoderoso, no sometido a nadie. El señor ilimitado. El activo. El creador. Yo soy en verdad la creación, pues soy yo quien los ha creado. Sin mí no hubieran podido alcanzar la existencia. El pensamiento ha realizado su obra. **Piensa Emón mientras contempla a sus dos hijos abrazados mientras duermen.**

Este es nuestro padre, puesto que por él hemos sido creados. Nada más abrir los ojos lo encontramos como lo primero que es. **Piensan Moiro y Mucio cuando despiertan, al mismo tiempo, y nada más abrir los ojos, se encuentran con la figura protectora del padre. A continuación hacen a dúo el relato del sueño, uno completa alegremente la frase que ha iniciado el otro.**

¡Papá! Hemos soñado con langostas que habían pasado el invierno adormecidas... y se abrían paso desde sus escondrijos en el suelo... empezaban a saltar en busca de alimento seguidas por enjambres de pájaros... y entonces aparecía un caballo blanco... al galope... al galope... y los pájaros se espantaban... y salían volando hasta perderse en el cielo en donde se formaban nubes... y empezaba a llover una gran tormenta... llovían piedras de agua dura que agujereaban el tejado... y caían dentro de la casa... y nos golpeaban en la cabeza… pero no nos dolía... y nos dejaban el pelo lleno de lluvia.

No os preocupéis, estáis hablando con el hombre que arregla los tejados de las casas, pero antes vais a montar a caballo.

Moiro y Mucio se suben sobre las rodillas de Emón.

-Al paso, al paso! ¡Al trote, al trote! ¡Al galope, al galope, al galope!

Un padre juega con sus hijos, la imagen es tan vieja como el mundo.

3-2 La Flecha no Cae

A pesar de que nunca se han sentido amenazados por fantasmas, los dos hermanos sienten una presencia extraña, se esconden debajo de la mesa del comedor y se ponen los dos a gritar al mismo tiempo, cuando su padre entra le dicen que han visto un espíritu.

Emón pregunta. *¿Qué aspecto tenía?*

Moiro responde. *Era como una mujer negra con un velo.*

Y Mucio. *Era como un ciervo volante.*

Salen a pasear por las inmediaciones de la Casona, se encuentran con una lagartija que descansa apaciblemente sobre una roca calentada por los rayos del sol, tiene la piel parda con rayas verdes, se la conoce con el nombre de unicornia por una protuberancia blanca que lleva en la frente, es la primera salida que hace después del sueño invernal, está todavía amodorrada y no está muy segura de no seguir soñando. Emón acaricia con sumo cuidado el lomo de la lagartija y al mismo tiempo musita algo, hablándole de un modo que evoca el viejo lenguaje de los saurios. Ella se deja acariciar, tras haber estado mucho tiempo dormida tiene la experiencia de una resurrección, recién llegada de nuevo a la vida siente que puede entrar en comunicación por encima de la barrera establecida entre especies. La lagartija entiende y no entiende lo que el hombre le dice, pero siente el calor de su mano y comprende lo que en su propio lenguaje el calor mismo trata de transmitirle, una especie de bienvenida al reino de la luz.

Emón enseña a sus hijos a momificar ratones. Los cazan, los sacrifican, los sangran, extraen el cerebro, el hígado, los pulmones, el estómago, los intestinos, lavan las cavidades, cierran todos los orificios y los dejan secar colgados de un árbol. Luego corren, brincan, ladran como perros, braman como bueyes, mugen, gritan, balan como corderos, gruñen como puercos, arrullan, relinchan, imitan con notable precisión el canto de los pájaros, voces redondas en las gargantas, voces aulladas, voces dolientes, voces muy pequeñas y también llamadas de amor de animales que nunca han sido pero que podrían haber llegado a existir, como la luntiaga, el onquillón o el esperemento.

Emón sabe cómo se hacen un bumerán, los fabrica él mismo. Sumamente concentrados, Moiro y Mucio lanzan hacia el cielo cada uno su propio bumerán que giran sobre sí mismos describiendo una amplia trayectoria circular que explora todas las posibilidades de la forma. Los bumeranes planean de regreso a la mano desde la que remontaron el vuelo, aunque a veces los dos hermanos intercambian sus juguetes. El bumerán sale de la mano de uno y aterriza en la mano del otro. Son tan iguales los dos hermanos que el artilugio los confunde.

Con los ojos cerrados, Moiro y Mucio tensan los arcos, disparan simultáneamente y aciertan al mismo pájaro. Emón les ha enseñado a reconocer en una bandada el peculiar aleteo del pájaro que vuela hacia su muerte como hacia un paisaje interior. El secreto está en dirigir la flecha hacia el lugar de la muerte donde se precipita el pájaro.

Los dos hermanos disparan también sus flechas hacia arriba, tratando de elevarlas a la máxima altura y alcanzan, como mucho, cuarenta o cincuenta metros. Emón tensa su arco y dispara, su flecha es como un largo dedo que rompe el cielo, sus dos hijos siguen con la mirada la trayectoria, hasta que ya no la ven más y se sientan sobre una piedra a esperar, con un poco de miedo, porque temen que la flecha caiga sobre uno de ellos y los hiera, esperan largo rato, la flecha no cae.

Emón sabía que la flecha no caería. La flecha no puede detenerse, tira de ella algo distribuido en la superficie interior del huevo del mundo, sigue aparentemente una trayectoria rectilínea pero en realidad describe en el espacio tiempo una trayectoria animada por una leve curvatura que cambia alternativamente de signo y nunca se anula.

3-3 La Cueva del Calor

El padre y sus hijos hacen una excursión a la Sierra de la Muela. Parten de la Casona al amanecer. En el camino se encuentran con un pájaro que pugna por liberarse de un charco de cieno. Los dos hermanos e aproximan, quieren ayudarle, limpiarle las alas y lanzarlo al aire, como un bumerán o como una flecha. Terror. Esfuerzos desesperados por echar a volar. El pájaro agita sus alas como el último esfuerzo de una agonía. Consigue liberarse. Vuela. No han sido las buenas intenciones las que han liberado al pájaro, sino el terror que ha sentido al ver a dos niños acercársele.

- ¡Subid! Cuando los hijos van a hombros de su padre el camino no es largo. **Cargando a sus hijos, el padre asciende por gargantas y senderos del tiempo del diluvio, llegan hasta la cumbre de la Muela y miran hacia abajo, donde se despliega la apacible ciudad de los muros de helecho.**

Ormira, diez mil ventanas negras en el valle del Siama. Barrios de precipicios, escalinatas y tejados a lo largo de los flancos de la sierra. Calles como víboras en torno al árbol del paraíso. Un laberinto que parece haber crecido a partir de la ceniza, durante la noche. Hombres y mujeres que han encontrado una razón para vivir en una ciudad así corren de iglesia en iglesia como náufragos del fin del mundo.

Emón sabe que se avecina tormenta por el peculiar olor del aire, cargado de ozono, y vienen cabalgando el aire nubes de agua abundante que se acompañan de relámpagos y truenos. Comienza la fantasmagoría electrizante. Resplandecen los relámpagos sobre el valle mostrando las cosas individuales en su contorno y sacando a la luz el sentido profundo de las muchas cosas en su unión articulada. El intervalo entre destellos luminosos y truenos decrece, la luz se abisma, todo el amontonamiento irregular de Ormira se tiñe de plomo. Un rayo atraviesa el cielo y se produce la explosión de un trueno descomunal al que no sigue ningún otro. ***Ostotsundeclapradingurumodontrotuontonerrongromostón.***

La lluvia murmulla sobre el valle y de repente es el grito del granizo como vitriolo azul sobre naranjos en flor y palmeras cargadas de frutos que vistas desde lo alto parecen diminutas como cactus. Un manto duro

agrede a la tierra, la imagen de un espejo bajo una lluvia de piedras. Las piedras de agua del cielo portan orgullosas su solidez y hacen daño al caer si te alcanzan pero los dos hermanos no tienen miedo, son ágiles y saben esquivarlas, corren contentos a recogerlas del suelo y se las meten en la boca para refrescarse con el frío venido desde lo alto.

Por fin la lluvia cesa y es el olor a tierra mojada, con un acorde de notas musgosas, verdes, almizcladas y un fondo ozónido marino, peculiar armonía aromática que evoca una playa situada cerca de la desembocadura de un río mediterráneo, al amanecer.

La lluvia ha dejado en el aire una claridad traslúcida que duele a la mirada y da una apariencia de irrealidad a los perfiles. Moiro y Mucio piensan que todo ha sido un juego, el pájaro atrapado, los relámpagos, el trueno, el granizo, la lluvia, la escampada. No es mal modo de estar en el mundo, tomarlo todo alegremente, considerar que los sucesos forman parte de un gran juego.

Emón conduce a sus hijos hasta la entrada de la cueva del calor. De la invisible fisura disimulada tras la maleza arranca un corredor de reducidas dimensiones con las paredes inclinadas formando un exiguo triángulo, de modo que es preciso arrastrarse para pasar a través de él. En el cuerpo de un padre hay mucho sitio. Agarrados al cuerpo de su padre Moiro y Mucio atraviesan el estrecho corredor que desemboca en una pared vertical, por la cual descienden. Las manos y las puntas de los pies encuentran el lugar preciso en donde asirse. Toman un espacioso corredor por el que es posible caminar erguido. Llegan a una amplia estancia abovedada de donde parte una escalera tallada en las paredes de un profundo pozo troncocónico de cuyo fondo parten en sucesión laberíntica multitud de corredores que devuelven al punto de partida o amenazan con el extravío definitivo. Sólo una precisa secuencia de sucesivos corredores desemboca en la margen izquierda del Siama, Emón encuentra sin titubear el camino hacia la salida, disimulada entre las cañas. Como culminación de la aventura, los tres se bañan juntos y el agua los recibe con satisfacción.

Emón enseña a sus hijos a hacerse el muerto sobre el agua, los mantiene a cada uno con un brazo hasta que no necesitan ayuda y él mismo se abandona, fluctuando a la deriva sin esfuerzo aparente, parece presa del sueño sin sueños.

Los dos hermanos tienen una infancia feliz, Emón les enseña esa peculiar forma de mirar que no considera fragmentos aislados, sino que ve a todas las cosas formando parte de una especie de organismo. ¿Qué edad tienen? ¿Cuál es su altura? ¿Cuánto pesan? Suman entre los dos veinte años, unos tres metros y sesenta y cuatro kilogramos. Moiro es el primogénito y Mucio es el menor, nacido con exactamente dos minutos de diferencia, mas esos ciento veinte segundos nunca han significado nada para Emón, que siempre ha considerado que sus dos hijos nacieron en el mismo instante inextenso, surgidos del mismo no-lugar.

3-4 Números Mágicos

En ocasiones Moiro y Mucio no se hablan con palabras sino mediante señas, utilizando determinadas configuraciones del rostro y las manos, posturas de los hombros y los pies, matices melódicos y tonales, siseos y ausencias, cuya gramática nunca ha sido puesta por escrito. A través de valles espaciosos se esfuerzan por vislumbrar el pálido humo de las señales que emite el otro y se insertan en ritmos que les son propios. Jamás han sentido el tiempo como un objeto duro con el que se pueda chocar, el tiempo es para ellos un misterio oculto en la maquinaria de los relojes y también una especie de velo con el que el espacio se recubre. Los dos hermanos han formado en su interior un núcleo lejano y vivo, nunca han llegado a perder la magia, la sostienen en la vaguedad indisoluble de su realidad.

A veces exploran minuciosamente el espacio familiar en el que viven inmersos. Emón ha salido y Moiro y Mucio entran en el dominio secreto de la torre que corona la Casona, donde se acumulan los escondrijos. Se suben al mismo tiempo sobre una silla y haciendo equilibrio curiosean encima del armario. En un reducido espacio que hasta entonces les había sido vedado descubren cabezas de medusas, diminutos gusanos con movimientos fenicios en el rostro, pájaros muertos, caparazones de insectos, flores resecas, diversos fósiles y una caja de madera. ¿Qué habrá dentro de la caja? La cogen a cuatro manos, no se esperaban lo pesada que resulta, la bajan, la ponen sobre el suelo, la abren cuidadosamente.

Descubren en el interior de la caja cinco láminas de plomo plagadas de signos que se asocian unos a otros configurando intrincadas operaciones, las disponen sobre el suelo y se quedan absortos. Hay un momento grande, parado, sin nada dentro. Dilatan los ojos y esperan. No pasa nada. Permanecen inmóviles envueltos en una especie de atmósfera quieta o silencio petrificado. Es como si hubiesen visto a alguien beber agua y hubiesen descubierto que también ellos tienen una sed vieja y profunda. De repente echan a correr, van a buscar lápiz y papel y regresan envueltos en la alegría de su loca carrera. Se sientan con las piernas cruzadas sobre el suelo en torno a los plomos y se ponen a copiar aplicada y concienzudamente los signos metálicos.

El metal mismo invita a emprender el viaje de su lectura, los dos hermanos no conocen la clave que permite leer los plomos, no obstante interpretan algunos de los signos como números.



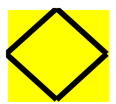
El 1 está representado por un trazo, como un bastón clavado en el suelo o la imagen de la oscuridad rota.



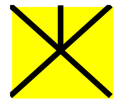
El 2 es un par de trazos unidos en ángulo, como el filo de un cuchillo de piedra, la imagen de la oscuridad completa.



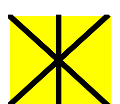
Los tres trazos del 3 son como la pisada cargada de electricidad de un pájaro elemental, o la corona de un viejo rey.



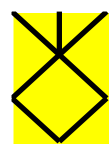
Los 4 trazos de un rombo simbolizan la estructura invisible y perfecta de una semilla de luz.



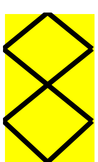
El 5 se asocia a una estrella de cinco puntas, como un hombre con las piernas abiertas y los brazos extendidos hacia lo alto, o la frente de un viejo rey coronado.



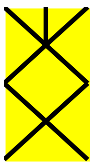
La figura del 6 compone una especie de rueda, o una chispa recién salida de la llama, o un hombre con los brazos extendidos hacia lo alto, las piernas abiertas y el sexo en estado de erección, o el resplandor tintineante de una estrella en medio de la noche.



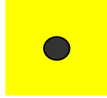
El 7 es una semilla de luz de cuyo vértice superior nace un brote de hierba, como la cabeza coronada de un rey antiguo.



El 8 son dos luces apiladas, una diminuta columna del cielo, representa el infinito, y también el instante petrificado en el que dos semillas luz se encuentran.

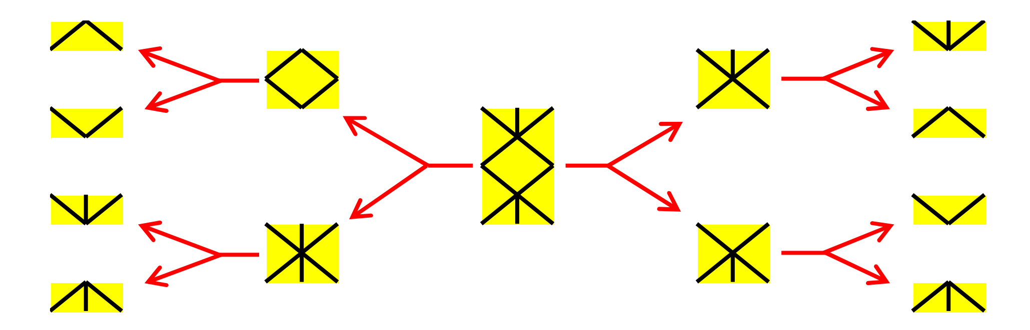


El 9 es un hombre erguido sobre la luz rota, como fuego pegado a la pisada de un pájaro, y también la cabeza de un rey coronado.



El 0 aparece en el libro metálico como un diminuto círculo, un punto sin apenas dimensiones, el máximo de soledad, no puede contar ni consigo mismo, es y no es, como si estuviese vivo y muerto al mismo tiempo, pone en escena la idea de que lo inmutable no es la eternidad sino el cambio continuo y la transmutación incesante, sin principio ni término.

Son números mágicos. **Se dicen los dos hermanos y juegan a dibujar con ellos sencillas operaciones aritméticas que animadas por una especie de instinto vital comienzan a insinuar operaciones lógicas. El tiempo parece detenerse para que tengan ocasión de familiarizarse con la naturaleza de las cifras metálicas.**



Moiro y Mucio contemplan cómo el 10 se quiebra y genera dos 5 especulares y opuestos, que se rompen en 2 y 3. Y también cómo el 10 expulsa un 4 y genera un 6, que se fragmentan y produces dos pares de 2 y 3. Tienen la impresión de que los números mágicos son una especie de diminutos seres vivos que viven su vida en otro nivel de la realidad.

Emón sorprende a sus hijos con los plomos, sabía que ese momento tenía que llegar.

Papá, mira lo que hemos dibujado, parecen números pero no sabemos lo que son, ¿nos lo puedes decir tú?
Los signos son portadores de un sueño que nos llega desde provenimos y a donde regresaremos, su significado se ha perdido en el interior de un palacio con muchas puertas, pero todas están cerradas y nosotros no tenemos las llaves.

Emón intuye que los plomos mismos quieren ser leídos, sabe que él y sus hijos no son los adecuados para desentrañar su significado, habrá por tanto que dejar que los plomos mismos sean los que busquen a alguien capaz de descifrar los sucesivos niveles de significación de la escritura secreta.

3-5 Inotka

A la mañana siguiente Emón toma los plomos, los mete en una bolsa y camina hasta Ormira. Atraviesa la línea férrea, las ruinas de la plaza de toros, la Barrera, el segundo puente. Deja a un lado el hotel Palas. Por la calle Mayor llega a la plaza del Pozo Amargo, donde se encuentra Antigüedades Salik, un negocio de compra-venta regentado por el viejo Inotka, cuyo nombre significa el hijo del vigilante y también el que vela o el que espera el dictamen de una resolución.

Cruza la plaza del Pozo Amargo y entra en Antigüedades Salik. Él, que además de Emón tiene otro nombre secreto, el impronunciable, va al encuentro de un viajero que a veces planta su tienda para hacerse uno con el paisaje.

Emón ha venido al encuentro de Inotka y se hace el silencio, un silencio en donde el uno y el otro son verdaderamente. El silencio se hace pues, el silencio en el interior de Antigüedades Salik. No dura mucho el silencio, pues cuando alguien que tiene un nombre oculto y un judío errante se encuentran, el silencio se acaba pronto.

Permítame que me presente, mi nombre es Emón y según he sabido está usted interesado en cierto tipo de antigüedades.

Emón se interrumpe, hace una pausa quizás un poco más larga de lo necesario en el curso de la cual se dedica a escudriñar en los ojos de Inotka su historia más secreta, nada que tenga que ver con los viajes que haya podido hacer, sino en relación con ese algo invariante del fondo de la personalidad que nunca cambia y que a lo sumo se deja envolver con una finísima capa formada por los residuos de la experiencia.

Me gustaría mostrarle unas txiringas que he traído conmigo, contienen inscripciones ibéricas.

Inotka experimenta la conmoción de mirar a los ojos a una persona que al mismo tiempo le obliga a mirar profundamente hacia sí mismo. Emón le resulta familiar aunque nunca antes lo haya visto. Es difícil de explicar, se trata de una de esas situaciones que parece que se repiten.

Mi nombre es Inotka y efectivamente estoy interesado en las inscripciones ibéricas.

Emón saca de la bolsa los plomos y los pone sobre la mesa.

Se trata de cinco txiringas metálicas con inscripciones que han pertenecido a mi familia durante largo tiempo, he decidido desprenderme de ellas porque creo que son portadoras de un secreto que quiere ser conocido, ellas mismos quieren ser leídas y eso es algo que yo no puedo hacer, acaso usted sea capaz de encontrar a alguien que pueda leer los viejos signos.

Inotka toma cuidadosamente una de las láminas de plomo a las que Emón ha denominado txiringas, utilizando el término con el que los aborígenes australianos se refieren a un trozo de corteza de árbol, de eucalipto por ejemplo, con inscripciones entresacadas de los senderos del sueño.

Inotka reconoce, inscritos en la superficie metálica, los caracteres fonográficos de la escritura ibérica, con los que está familiarizado. Advierte que junto a los fonogramas ibéricos hay otro tipo de signos, de carácter anguloso, que no le resultan familiares. Mientras sostiene una txiringa en las manos, las yemas de sus dedos sienten las leves incisiones en el reverso de la superficie metálica, Le da la vuelta y advierte que el plomo lleva inscripciones por las dos caras. Toma un segundo plomo, lo examina por una cara, le da la vuelta y observa los signos inscritos en la otra cara.

Las cinco txiringas llevan inscripciones por las dos caras.

Inotka toma los tres plomos restantes y comprueba que efectivamente todos ellos llevan inscripciones en sus dos caras, y lo hace no porque desconfíe de la veracidad de la palabra de Emón sino porque quiere dar un rápido vistazo exploratorio, del mismo modo, antes de comenzar la lectura de un libro acostumbra a ojear las páginas para ver la forma en que se distribuye el texto, si está dividido en capítulos, si al principio de los capítulos aparecen citas, si figuran ilustraciones, mapas o diagramas, suele leer al azar alguna que otra frase para sentir la atmósfera general, el tono, el olor, el sabor.

Con un rápido vistazo Inotka es incapaz de entrar en el significado de las inscripciones, delante de sus ojos hay como un velo suspendido, apenas pasa a través del velo una imagen queda retenida e inmediatamente acude un hilo que se teje por sí solo, envuelve la imagen y engendra otra, mitad imagen mitad velo, como si fuese testigo del proceso mediante el cual la escritura metálica se fija en su memoria.

Puedes verlo, el metal ha sido vaciado y en el vacío ha sido inscrito un lenguaje que no es para mí, ni para ti, un lenguaje que nada más es del corazón del metal y que únicamente habla a quien él mismo escoge.

Emón ha tuteado a Inotka y ya no es posible dar marcha atrás, una corriente de familiaridad y reconocimiento ha comenzado a fluir entre ellos, es la primera vez que se ven pero se conocen, es la primera vez que hablan y es como si reiniciasen una relación amistosa que abruptamente hubiese sido interrumpida por un desencuentro, por un viaje o acaso por la muerte. Las palabras flotan en el aire, el silencio entre ellos no es un silencio, ninguna palabra ha enmudecido, se trata simplemente de una pausa en torno a la cual se agrupan palabras que están por decir y también palabras que nunca serán dichas.

Has venido de lejos, has venido hasta aquí y te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo, conozco el motivo por el que has venido.

He venido como tú, pero también hubiese podido no venir.

Sí, pero no lo hiciste. ¿Qué importancia tiene lo que hubieses podido hacer? Has venido a pesar de todo, has venido hasta aquí. ¿Por qué y para qué? Yo sé porqué y para qué, pero quiero que tú mismo me lo digas.

La voz de Inotka tiene al principio un tono extrañamente comedido que recuerda al agua colándose por un dique roto, pero a medida que habla se vuelve más fuerte e incontrolable y arrasa cuanto encuentra a su paso.

¿Por qué y para qué? He venido con mi hora, la inmerecida. Yo, al que le ha tocado en suerte un destino, estoy aquí, en este lugar al que no pertenezco. ¿Qué puedo decirte? He venido porque tenía que venir y hablar contigo acerca de lo no es posible leer, pues ¿quien que no sea metálico puede descifrar lo que encierra la oscuridad del metal?

La voz sosegada de Emón adopta ahora un tono reflexivo, va a responder a la pregunta formulada, pero va también a tratar de explicarse a si mismo la cadena de circunstancias que han terminado por conducirle precisamente a este instante.

¿Con quién va a hablar el plomo? Habla y no habla a nadie, habla cuando nadie le oye, yo nunca he tenido ocasión de escuchar su voz y por tanto soy incapaz de leer las inscripciones. Los plomos los heredé de mi padre, que tampoco podía leerlos. Mi padre las heredó de mi abuelo, para quien eran ya metal mudo. Mi abuelo, a su vez, las recibió de su padre, mi bisabuelo, quien tampoco sabía desentrañar el significado. Mi tatarabuelo. Mi tátara tatarabuelo. El libro metálico ha pasado de mano en mano, generación tras generación dentro de la misma cadena de sangre, ignoro desde cuando. Presumo que el metal es portador de algún tipo oscuro de sabiduría, pero ya no habla la lengua al oído, el significado permanece oculto. Tras una puerta cerrada siempre termina por aparecer una mano que llama, en ocasiones llega a abrirse y ¿quién es capaz de adivinar lo que se encuentra al otro lado? Según he oído decir eres capaz de encontrar a la persona adecuada para cada uno de los objetos que expones en tu tienda. Esa es tu razón de ser. ¿No es así? Estas cinco txiringas metálicas son un libro que quiere ser leído y debería ser transmitido a alguien capaz de leerlo.

Hacia el final del camino, Emón se halla en posesión de lo que podríamos denominar una cierta clarividencia de lo insondable, sus palabras son como piedras lanzadas a un pozo, pero no tocan fondo, tal vez porque la profundidad sea excesiva, o porque no haya fondo, no importa, las palabras reverberan como luces brillantes sobre la superficie de su propia agua y luego se desvanecen, siguiendo alguna de las direcciones del olvido.

La conversación amistosa continúa, pero no es necesario transcribirla aquí, sólo a ellos pertenece. Al cabo de la noche tiene lugar el tradicional regateo, se ponen de acuerdo en el precio, un apretón de manos sella el pacto, a continuación Emón sale de la tienda de antigüedades y echa a andar camino de su noche. Se siente vacío. Los plomos han sido transmitidos una vez más, pero esta vez fuera del linaje de sangre.

2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

4 Berilio

4 El Vuelo

4-1 La Desintegración

Mi cuerpo ya no es el mismo en todas sus partes. He soñado que me perseguían y conseguía escapar, no se bien cómo, al despertar he experimentado una especie de desmembración, unas partes de mi cuerpo experimentaban sensaciones diferentes de las otras.

Desfallecimiento de la voluntad. A partir de lo perfectamente indiferenciado, Emón quiso crear un hijo, Mara parió para él un par de gemelos y se ha visto obligado a desempeñar una ambigua paternidad, no ha podido transmitirles el legado antiguo. Tras un periodo de felicidad natural, que no le es posible prolongar, se ve a sí mismo sujeto a una ley inexorable, ni justa ni injusta, inscrita en las irregularidades del espaciotiempo. Ha transmitido el libro metálico y confía en que los mismos plomos encuentren a la persona adecuada capaz de leerlos.

Como un mago que ha perdido sus poderes Emón sufre una continua pérdida de reservas, un progresivo deterioro en su posición, deambula entre las cosas como un magnetizador, encantándolas y contaminándolas con su alicaída presencia. Juega al escondite consigo mismo, asciende pausadamente la escalera que conduce a la torre y acepta la expulsión al paraíso interior como un reino. Practica una serie de escaramuzas contra lo invisible, mas la lucha contra el ángel ficticio no llega a producirse. En su refugio contra el segundo diluvio ya no duerme, yace inmóvil en el sanctum sanctorum de la oscuridad en donde permanece oculta la corona.

4-2 Manos Invisibles

Emón pasa las horas muertas sentado en la mecedora junto a la ventana, mantiene diálogos consigo mismo, emite rotundos aullidos, pronuncia contundentes silencios, recorre a grandes pasos la torre, mide una y otra vez sus dimensiones, calcula las proporciones de su cerrada geometría. Oculto el rostro por una máscara y sin el poder de la mímica, persigue un instante decisivo, cuando lo alcanza consigue un estado primero y último en el que percibe con igual claridad el momento de su nacimiento y el de su muerte, ve como se aproximan el uno al otro desde las dos direcciones del tiempo hasta reunirse y hacerse uno. Manos invisibles llaman a la puerta. Tienen que golpear y depositar la bandeja con comida en el suelo. Un bocadillo de queso, un par de tomates, una manzana, un cuchillo, una botella con agua, ningún vaso. No se debe entrar ni solicitar la entrada. Hay que esperar para asegurarse de que los inoportunos visitantes se han marchado, entonces abrir, tomar la bandeja y cerrar la puerta con esa falta de reserva fruto de una larga intimidad con el vacío, con la alegría que puede verse en algunos ancianos al entrar en la última fase de la enfermedad. Ahora come pausadamente, sus movimientos son mínimos, monótonos, reiterativos, casi inútiles. Cuando termina de comer no puede soportar tener cerca los restos de comida y coloca la bandeja inmediatamente ante el umbral de la puerta, de donde será retirada por manos que se acercarán sin hacer ruido. Se mantiene ocupado con sus reflexiones, que discurren en círculos en parte cada vez más amplios y en parte cada vez más estrechos. Con el rostro vuelto hacia el sur, imita el canto del pájaro que únicamente se alimenta de luz. Poco a poco los gorjeos se hacen más débiles. Se siente cercado por un el vacío y se queda quieto, cavilando, meditando, cada vez más cerca de una imagen que da muestras de estar a punto de manifestarse. A causa de la inmovilidad, sus miembros se tornan cada vez más fríos y rígidos, de su cuerpo comienza a manar un agrio, espeso y lacerante olor a almizcle, el aroma que desprende la carne cuando tan solo prevalece el deseo de morir.

4-3 La Rigidez

Emón se ha puesto en movimiento, atraviesa la corriente como algo que fluye exento de duración y no sujeto a fuerza alguna. La flecha del tiempo se frena hasta que se detiene y se transforma en espacio fecundo. Como una fluctuación del silencio las voces conjugadas de pájaros resonantes se reúnen en torno a la torre. Griterío de alas. Un mago crea, mediante el poder mágico de su palabra, una imagen de sí mismo y esa persona ilusoria crea, a su vez, a otra persona, y así indefinidamente.

Yatha nirmitakam sasta nirmimita rdshisampada
Nirmito nirmimitanyam saca nirmitakah punah

Las rotundas palabras se pronuncian sin necesidad de boca alguna que las articule, por todas partes el poder inmóvil, ligero, con el rostro vuelto en las diez direcciones, en la disolución no tiembla, nadie alaba sus tres inteligencias, respira sin aire. En el frío, oscuro y silencioso vacío, ahí es en donde se produce el reencuentro, en la torre, en torno a los dedos que atraviesan el mundo, en el coro de las circunvoluciones se inflama el puente de las cuerdas vocales y sin embargo sigue siendo navegable el meandro para la indefinida respuesta a la pregunta que nunca a sido formulada.

Alertado por el griterío de los pájaros Moiro es el primero que entra en la habitación de la torre y descubre el suceso.

***Ha tenido lugar un acontecimiento, Emón ha muerto.* Le dice a Mucio, que no llora porque no puede llorar. Moiro tampoco llora. Es el primer muerto que ven, de los labios entreabiertos fluye un líquido color amarillo, el azul vence al rojo de la sangre, la rigidez inaugura el reino.**

4-4 La Momificación

La muerte ha pasado muy cerca de los dos hermanos, pero no era la juventud su objeto. El padre muerto se mantiene sin edad mientras los supervivientes se transformarán hasta el punto de llegar a no comprender su propia infancia.

Moiro y Mucio disponen las herramientas para la tarea. Enderezan el cadáver de Emón enroscado en posición fetal. Practican cortes profundos en la carótida. Nada. No fluye la sangre. Introducen un tubo de teflón por la arteria y hacen circular agua hirviente y formol, la sangre mana sucia. La piel azulada muestra ahora todas las transiciones del ocre al negro. Sacan el cerebro con ayuda de una varita con la que presionan introduciéndola por el orificio nasal izquierdo y dirigiéndola hacia la parte superior del cráneo donde han practicado una abertura. La materia cerebral la extraen con un par de fórceps. Por razones que no quedan claras dejan el corazón en su sitio. Sacan los órganos internos practicando una incisión en el costado al nivel del bajo vientre. Los desecan sumergiéndolos en natrón, potasa y alumbre. Los recubren con colofonia fundida aromatizada con ámbar, almizcle, extracto de violetas y polvo de raíces de eléboro blanco. Y los depositan en cajas en las que dibujan una cabeza humana para el hígado, una cabeza de mono para los pulmones, una cabeza de chacal para el estómago y una cabeza de galápago para los riñones. Lavan las cavidades con lejía y agua abundante. Envuelven en telas el cuerpo y lo dejan secar. Quitan las telas y vierten colofonia fundida en la cavidad abdominal, la cual rellenan con salvia, alcanfor, mostaza, corteza de naranja y hojas de menta y eucalipto. Meten en las fosas nasales, en la boca y en el ano, bolas de amianto impregnadas con resina de enebro, sépalos de jacinto y polvo de raíz de genciana. Cosen los bordes del prepucio. Extraen los globos oculares y llenan las cavidades con pimienta negra.

Coronado de aromas el cuerpo se conservará inmutable sin que la ruina del tiempo haga mella en él. Almizcle, sándalo, madera, ámbar, alcanfor, césped, ozono, tierra húmeda. Se escucha una sinfonía de murmullos inaudibles.

4-5 El Mito y la Historia

Moiro y Mucio acarrean el cuerpo de Emón hasta la Cueva del Calor, atraviesan la entrada oculta por la maleza, lo depositan en el corredor triangular, luego regresan a la Casona, donde por primera vez en sus vidas duermen solos, sin la familiar presencia protectora del padre.

Al día siguiente los dos hermanos regresan a la cueva, pero el cuerpo de ha desaparecido sin dejar huella, como si no hubiese existido jamás en este mundo, ha dado un salto en la oscuridad, ha masticado tinieblas, ha iniciado el vuelo y ya vislumbra el esplendor del sol negro.

Ahora cobra sentido el juego del bumerán y el tiro al arco, la regeneración de la lagartija, la momificación de pequeños mamíferos, el imitar los gritos de los pájaros, el descenso de la Muela hasta el Siama a través de la Cueva del Calor, el hacerse el muerto a la deriva sobre el agua, como si lejos de tratarse de prácticas inocentes, sin relación alguna entre sí, compusieran la urdimbre de un juego que consistiese en determinar una de las posibles formas de futuro y trazar diversos camino que lleven hacia él.

Los dos hijos han cumplido como es debido el ritual funerario y han ayudado así al cuerpo de Emón a encontrar su propio camino. El rito de la momificación y la posterior desaparición del cadáver señalan el término del gran año, la expiración del ciclo siempre renovado en el cual el mito absorbe y consagra el tiempo de la historia.

	5_{B}
2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

5 Boro

5 Hermanos

5-1 La Noche los Indistingue

Abandonados a sí mismos, la noche indistingue a Moiro y Mucio en el sueño, no es extraño que al amanecer las facciones de uno se intercambien por las facciones del otro. Hay en torno a ellos un oscuro sentimiento del mundo que los acopla, viene de todos lados una sensación de frío, menos de uno, en donde se apoyan, se descargan y se cubren recíprocamente, como dos mitades prodigiosamente encajadas reducen sus fronteras con el exterior, mientras que lo profundo fluye del uno al otro. Han crecido en un paraíso cerrado repleto de objetos a los que están habituados puesto que constituyen el paisaje de su infancia. Todo lo que encuentran lleva inscrito el sello enantiomérico de la simultánea coexistencia quimérica en forma de estados de excitación que se superponen a los diferentes estratos topológicamente significativos de los objetos. Y resuenan.

Platos con incrustaciones de metal, hachas forjadas, sombreros, fusiles, cinturones, bumeranes, arcos con sus respectivas flechas, águilas de madera lacada, cigüeñas en sus nidos, murciélagos, dragones, unas tijeras para esquilar ovejas y otras para esquilar cerdos, huevos pintados con símbolos alquímicos, espadas de samurai, dientes de dragón, moluscos mesozoicos petrificados, piedras de riñón, muelas, dientes, una pluma de pájaro dorado, amuletos, ballestas, toneles, abanicos, ceniceros de todo tipo, un teatrillo de marionetas balinesas, piedras de ágata, pieles de culebra, miniaturas, exvotos, porcelanas, piezas de plata, un enano de terracota con un sexo descomunal, un caballo que monta a una yegua, una colección de abejas disecadas, dagas filiformes, relojes para atrapar la forma de tiempo que crean los relojes, diversos artefactos para encender fuego, botellas con agua de rocío recogida de un número determinado de sábanas expuestas a la intemperie durante prolongadas noches, vasijas de tierra cocida que contienen diversos metales sometidos a la fuerza oxidativa del aire, reproducciones de la torre de Babel...

El reloj de la cocina marcha sin que nadie le imprima movimiento. Antes de recluirse en la torre, el anciano de los días le daba cuerda cada día y ahora funciona por sí solo, la Casona conserva algo de él, como si hubiese tenido lugar una cesión de su sangre en beneficio de los objetos. Los dos hermanos son los herederos del espacio familiar y parecen dispuestos a tomar posesión de él para tratar de prolongar de forma artificial el paraíso de la infancia. Uno acaba ejecutando movimientos que parecen la enantiomérica imagen especular de los movimientos que ejecuta el otro, constituyen algo así como una especie de síntesis andrógina, se cogen de la mano y dicen. *Vamos a jugar. Que tú pienses que seas yo, y que yo piense que sea tú.*

Para jugar recurren a puertas, cuadros, ludiones, silencios, ruidos lejanos, y paredes desnudas. Andan sobre zancos. Organizan carreras entre cucarachas y sapos, entre gatos y escorpiones, entre hormigas y moscas con las alas cortadas. Se pasan las horas muertas investigando la hora exacta de la caída de los imperios. Trazan un diagrama circular sobre el polvo y juegan con guijarros haciendo un esbozo de construcción del alma. Llenan cuadernos con números mágicos ligados mediante signos que representan las operaciones matemáticas de adición y sustracción, mediante tortuosas líneas quebrada dibujan relámpagos, trazan mapas de países imaginarios, dibujan seres extraños y tortuosos que el ojo nunca debería ver. Se extasían cada atardecer viendo cómo al otro lado de las montañas degüellan al dios Sol, mientras exclama. *Redondo, sin principio ni fin, soy el punto antes del cero.*

¿Qué comienza en lo que nunca ha comenzado porque siempre ha sido y siempre será? Los perfiles de plata viva se tiñen de oro con el resplandor de la sangre. Hay en torno a los dos hermanos un oscuro sentimiento del mundo que los acopla, viene de todos lados, como en sueños, una sensación de frío en donde ellos se apoyan, se descargan y se cubren recíprocamente, como dos mitades prodigiosamente encajadas que fijan sus fronteras con el exterior, mientras que en su interior fluyen el uno hacia el otro.

5-2 Sueños

Sienten la calidez del murmullo de sus propias palabras rompiendo la perfecta geometría del aire. Tienen la recíproca actitud de compenetrarse hasta desaparecer, volatilizados, formando un verdadero nosotros, ese nosotros profundo de quien sabe que no puede vivir sin el otro, soñar sin el otro. Se cuentan sueños que se cierran sobre si mismos y niegan la duración.

He tenido un sueño.

¿Qué has soñado?

Que una mano gigantesca nos perseguía.

Yo he soñado con una gran esfera transparente que contenía muchas esferas pequeñas. Y encima de la gran esfera crecía una planta azul.

He soñado con un gato que se convertía en demonio, una especie de metamorfosis, una pesadilla.

Venía un hombre con una capucha negra y me convertía a mí en ti y a ti en mí, luego éramos maniquíes y flotábamos en una balsa de aceite.

Yo estaba construyendo una torre, y cuando alcanzaba una altura considerable se derrumbaba, te caía encima y tú te convertías en un enano pequeño, muy pequeño, luego eras únicamente un corazón palpitante y yo te comía.

Había un círculo trazado en la tierra y en el centro un árbol verde y junto al árbol una mujer con un ramo de rosas que decía: Primero tengo que apartarme de mi madre. Luego vino un anciano y se puso a hablar con la mujer sobre cristales, especialmente de un diamante.

Crecías y eras tan alto que tenías cabeza de pájaro, pero te faltaban las alas, un pájaro se posó en mi mano y yo le iba arrancando las plumas y te las clavaba en tu espalda, hasta que echabas a volar. Parecías un ángel cabalgando las nubes, pero caías, te convertías en un caballo, te quedabas atrapado en unas arenas movedizas, y no podías escapar por mucho que quisieras.

Hacíamos una incursión peligrosa con papá, con muchas escaleras que subían y bajaban. Y papá nos gritó: ¡Cuidado con el séptimo escalón, todavía sois unos niños!

Pero nosotros no teníamos miedo, unas ovejas nos indicaba el camino. Un arco iris nos sirvió de puente y pasamos por encima de él y así

llegamos a una habitación donde había una mujer con un velo. Entonces se quitó el velo y su rostro brillaba como el sol.

Una calavera se transformaba en una calabaza y luego en una bola roja y luego en una cabeza de mujer que me clavaba su mirada y me decía: Vuela, vuela.

Y yo extendía los brazos y echaba a volar, cada vez más alto. Y allí abajo, a lo lejos, había una casa en llama. Entonces me desperté.

He soñado con un grupo de monjes que iban vestidos cada uno con un hábito de un color diferente. Me miraban fijamente, gesticulaban, hacían gestos con las manos, cambiaban de posición y los colores también cambiaban de sitio. Yo entendía que la forma en que se movían los colores me estaba revelando un secreto. Pero cuando me he despertado se me ha olvidado el secreto.

Llego a una casa extraña, la puerta está abierta. Fuera, junto a la puerta de la casa, se encuentra un anciano. En el interior se ven muchas velas. Entra gente. Las personas que entran no dicen nada y se quedan inmóviles, como si fuesen estatuas. El anciano que se encuentra junto a la puerta dice: Ya nunca saldrán de la casa.

Entonces yo también entro en la casa y desde lejos oigo al anciano que me dice: En la plenitud de la vida debes dar a luz tu religión. Entonces me desperté.

Estoy ante un viejo vestido de negro y sé que es el Mago Blanco, me habla durante mucho tiempo pero solo puedo recordar las últimas palabras. Ahora necesitamos la ayuda del Mago Negro. En ese momento se abre la puerta y entra un viejo vestido de blanco, yo se que es el Mago Negro. El Mago Blanco le dice al Mago Negro: Es inocente, puedes hablar tranquilamente. Entonces el Mago Negro vestido de blanco se pone a hablar y todo lo que dice lo recuerdo perfectamente, palabra por palabra: Vengo de un país donde gobierna un viejo rey que piensa que pronto morirá y está preocupado por tener una tumba digna. Como en ese país hay muchas tumbas, escogió una muy hermosa que hizo arreglar para sí. Era la tumba de una virgen muerta hace mucho tiempo. El rey hizo abrir la tumba y retiraron los huesos. Pero al contacto con el aire los huesos se transformaron en un lobo gris, que huyó al desierto. Yo llegué a saber de este importante suceso y me personé enseguida en el lugar para seguir el rastro del lobo. Seguí las huellas del lobo caminando muchos días a través del desierto. Hasta que llegué a un oasis, y allí estaba el lobo durmiendo. Junto al lobo estaba la llave del Paraíso, pero no me atreví a cogerla, porque tenía miedo de que se despertase.

Son soñadores de ojos abiertos y se diferencian de los soñadores ordinarios en que sus sueños no permanecen en el cerebro sino que vagan en el aire libre como semillas de luz desprendidas del vientre de una estrella.

Sueñan con hojas de bronce, con el traje de una reina, con un vendedor de frascos, con un extranjero que vive bajo su tienda, con congregaciones de pájaros de todos los colores imaginables, con mercaderes de azúcar, de canela, de copas de metal blanco y lámparas de cuerno, sueñan con azafrán, jardines, festines, danzas, humo, oscuridad, lluvia, paseos nocturnos y también con el color azul, objetos pesados y obstáculos para la marcha.

A veces, cuando se despiertan, recuerdan palabras encontradas en el sueño, como por ejemplo, Eveleté, Kulestileis, Derdetis, Karbi, Bekor, Urbil, Kizonur, Bekobe, Ekizike... Palabras que ruedan entre ellos, hacia delante y hacia atrás, repitiendo en torbellino casi visible la estructura de la materia, la del principio. Palabras que son el vestigio de un mundo que ellos mismos tratan inútilmente de cartografiar. Palabras que en el curso del sueño significan cosas fidedignas o relaciones sutiles entre las cosas, pero cuando despiertan ya no significan nada. Con el incremento progresivo de la intensidad del flujo y reflujo de la luz, las palabras se borran de la memoria y lo que queda de ellas no es más que una huella prácticamente indiscernible en el armonioso silencio, una huella que imprime una ligerísima curvatura en el vacío, como la pisada del lobo.

5-3 Cuestiones

Se relacionan a través de una red de presentimientos, señales a distancia, pensamientos compartidos, gestos, caricias, ruidos, olores y silencios.

Se entretienen enumerando apelativos relacionados con el concepto de tiempo: cielo, días que fueron, días que son, días que serán, generación, antaño, era, año, lustro, década, siglo, milenio, estación, invierno, verano, primavera, otoño, semestre, cuatrimestre, trimestre, mes, semana, día, noche, mañana, tarde, mediodía, penumbra, temprano, pronto, tarde, luego, anteayer, anteanoche, ayer, mañana, hora, minuto, segundo, milisegundo, millonésima de segundo, momento, instante, hoy.

Con matemática simultaneidad no precedida de acuerdo, los dos hermanos rompen el silencio formulando preguntas inesperadas.

¿Dónde empieza y dónde termina el espacio?
¿Para qué sirve el tiempo?
¿El espacio y el tiempo están vivos?
¿Pueden el espacio y el tiempo vivir separados?
¿Por qué el mundo se expande aceleradamente?
¿Qué es lo que hay al final de todo?
¿Quién ha visto el aire?
¿Por qué existe la sonrisa?
¿Cómo sabe un huevo hacer una gallina?
¿Cómo sabe una semilla convertirse en flor?
¿Qué hace que las flores se abran cuando se abren?
¿Por qué la luna siempre oculta una de sus caras?
¿Por qué pesa más el aire seco que el aire húmedo?
¿Por qué el agua salada no apaga la sed?
¿Porqué una piedra se hunde en el agua?”
¿Por qué flotan las nubes?
¿Por qué es azul el cielo?
¿Quién engendra las gotas de rocío?
¿Tiene padre la lluvia?
¿Del vientre de quién ha salido el hielo?

¿Brota el pápiro fuera del pantano?
¿Crece sin agua el junco?
¿Se asusta una hoja que vuela?
¿Cuál es la edad del aire?
¿Existen los anillos negros?
¿Es verdad que el mundo tiene poca materia y mucho vacío?
¿Si uno consigue hacer el vacío dentro de sí, qué escucha?
¿Cuál es la diferencia entre un sí y un no?
¿Cuál es el sonido de una palmada de una sola mano?
¿Cuántas son las formas del tiempo?
¿Cuántos son los inmortales?
¿Los nombres que se pierden, adónde van a parar?
¿Cuál es la edad del aire?
¿Cuántos puntos hay en una línea?
¿El calor ocupa lugar?
¿Cuál es el peso de la luz?
¿Es el peso de la luz la causa de su fatiga?

¿Acaso los rayos de luz nos son cuerpos pequeñísimos emitidos por las sustancias luminosas?

¿Acaso los cuerpos no actúan a distancia sobre la luz y con su acción doblan los rayos?

¿Acaso los rayos de la luz no se doblan varias veces hacia delante y hacia atrás, con un movimiento como el de una anguila, cuando pasan por los bordes y costados de los cuerpos?

¿Qué es el fuego, sino un cuerpo calentado hasta el punto de emitir abundante luz?

¿Qué es el hierro al rojo vivo, sino fuego?
¿Y qué otra cosa es el carbón ardiente, sino madera al rojo vivo?
¿De dónde proviene el fuego?
¿De qué se alimenta la ceniza?
¿Qué tienen en común el fuego y la ceniza?
¿Es posible esculpir el tiempo?
¿Hay un límite para el número de los años?
¿Qué es lo que hay que hacer y qué es lo que no se tiene que exigir?
¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano?

¿Porqué las almas de los hombres requieren de una vestimenta y la de los ángeles no?

¿Estaba el tiempo de sol o de nieve cuando Atenea armada descendió de la pata de Zeus?

¿Cuándo se le ocurrió a Salomón la idea del Templo?

¿Cuándo empujó el ángel Gabriel la puerta de la virgen de Judea?

¿Qué canción cantaban las sirenas?”

¿Qué es lo que un lobo aprende de un anciano?

¿Se puede invertir el curso de un río de modo que la desembocadura se convierta en nacimiento?

¿Es verdad que a través de la caldera del volcán Snaefellsjökull se puede viajar al centro de la tierra?

¿Cuando un árbol cae, hace ruido si no hay nadie para escucharlo?

¿En cuántos mundos existimos al mismo tiempo?

¿Cuándo ya no seamos, qué seremos?

¿Qué antiguo drama se perpetúa?

¿Qué son las estrellas?

¿De qué se queja la noche?

¿Qué es lo que ocurrió antes del principio?

¿Cuándo no había mundo, cómo era el silencio?

- ¿De qué está lleno el vacío?

- Si el mundo es redondo ¿porqué es plano un charco helado?

Si la sal pierde su sabor ¿quién la salará?

¿Porqué las patas de los camellos dejan en la arena huellas de hoja de loto?

¿Por qué, en lengua bosavi, la palabra para “mañana” es la misma que para “ayer”?

¿Cuál es la serpiente que vuela por el aire, camina sola y, con una hormiga que se encuentra entre sus dientes, siente el placer de comenzar en grupo y acabar en soledad?

¿Quién es la hermosa joven en quien nadie ha posado sus ojos, cuyo cuerpo está oculto y se nos muestra, que sale por la mañana y se esconde durante el resto del día, que se pone los adornos que no están allí?

¿Cuál es el águila cuyo nido se halla en un árbol que no existe?

¿Cuáles son sus pichones que crecen, pero no entre las demás criaturas, que fueron creadas en el lugar en donde no fueron creadas?

¿Cuál es el peso de las palabras que fueron pesadas en la balanza, suspendida de un lugar inexistente, en donde fueron pesados los reyes de Edóm, que nunca fueron?

¿Qué son aquellos que cuando ascienden descienden y cuando descienden ascienden, dos que son uno y que es tres?

- ¿Cómo pueden los números contener el tiempo?

Cada nueva pregunta les da razones para formular otra, y así la lista, cada vez más intrincada y compleja, adopta un significado completamente distinto, y lo que ha empezado como un juego termina convirtiéndose en una especie de obsesión. Son perfectos interrogadores, no se preocupan por encontrar respuesta a las preguntas que formulan, saben que toda pregunta bien planteada lleva implícita su propia respuesta y que toda respuesta no es sino el planteamiento de una nueva pregunta. Hay que recordarlo todo, especialmente las grandes preguntas que no han de desaparecer sólo porque no puedan responderse clara y definitivamente. Hay una única realidad pero son muchas las lógicas en las que vivimos, por tanto no hay que contar únicamente una historia sino muchas, a ser posible todas. Cada historia es un mundo.

5-4 El Centro del Vacío

La visión del mundo exterior, de lo abierto, de lo que está fuera, representa para los dos hermanos enantioméricos una emanación de la Casona, una prolongación de lo interior, de lo cerrado, de lo que está dentro. Ormira, Santomera, Sunia, Almar, Sangonera, Zeneta, Redobán, todas las ciudades del valle y todo lo que se encuentra al otro lado del círculo de montañas, no es más que un disfraz vuelto del revés y deformado. La Casona es el centro del vacío, sus muros constituyen la estructura del núcleo generador. Hay momentos en los que creen estar en el centro de una espiral de significado y captan una belleza perfecta, en esos momentos se concentran y dejan en suspenso cualquier movimiento. Otras veces comparten la sensación de estar a punto de traspasar un muro, y agitan las manos en el aire como si excavasen a fuerza de uñas un pasadizo por debajo de la barrera invisible. Finalmente los dos hermanos se verán obligados a tomar caminos distintos.

Mucio abandonará el espacio familiar y cederá a los placeres desconocidos y ásperos del mundo exterior, de un sabor incomparable. El viajero se extraviará en una ciudad de perfiles difusos que se reconstruye cada noche a partir de su propia sustancia y encontrará algo que no buscaba pero que lo estará buscando a él.

Moiro será el conservador de la intimidad gemelar, el que mantendrá el fuego encendido, pero solo durante un tiempo, transcurrido el cual él también partirá, no a una ciudad sino a un jardín cerrado donde tendrá ocasión de ver las habilidades del hombre pájaro, será rodeado por un círculo de voces, alguien le hará una confesión y será testigo de una muerte. Lo que ha estado unido no puede vivir indefinidamente separado, tras un lapso de tiempo conveniente será para los dos hermanos el regreso al fuego y la ceniza, a la luz y el vacío. Cogidos de la mano se pasearán por antiquísimas riberas frecuentadas por sus más remotos antepasados que portarán las grandes máscaras familiares, decoradas con campanas, muros, torres, ciudades, pájaros, arcos, semillas y números. El tiempo es un par de niños que juegan con números. El yo comienza a formar parte del árbol de la vida cuando comienza a no reivindicar nada y a vivir verdaderamente como si no existiese.

5-5 Sístole, Diástole

Acércate a mí, deja que mire en tus ojos, es mejor que mirar al cielo, déjame que te cuente. Cerca de la tierra verde de Urzilar, cerca del hogar encendido, allí es donde se encuentra el espejo mágico, en él he visto el reflejo de Emón, he visto en sus ojos nostalgia de cosa lejana. Y ahora te veo a ti, aquí, conmigo, y te veo alejarte. O acaso sea yo el que se aleje de ti. El espacio entre nosotros se dilata y se expande y ni tú ni yo podemos evitarlo, se hace líquido, fluye, te veo alejarte, cada vez estás más lejos y corro hacia ti pero no puedo alcanzarte. El espacio se expande entre nosotros y no podemos evitarlo, crece, se difumina, se diluye arrastrado por lo que siempre permanece inmóvil. Gotas de silencio a través del silencio, eso es lo que son las palabras que te lanzo.

Del mismo modo que el mapa no es el territorio, el danzarín no es la danza y la cerámica no es el ceramista, Moiro sabe lo que va a suceder porque de algún modo ya ha sucedido o ya está sucediendo. Es difícil de explicar. Él tiene la capacidad de ver el tiempo detenido como un paisaje de figuras sin transcurso, la capacidad de mirar con la mirada desnuda cómo sucesos sucesivos en apariencia brotan del apacible mar de fondo. Ve a la fiera en su jardín, ve la casa en fuego y su ceniza. No hay dolor, porque cierra los ojos y olvida. Es un maestro en el olvido de las cosas futuras de las que alguna vez haya tenido noticia, él ha escogido vivir en el presente.

Lo que para Moiro es inevitable para Mucio es elección. Lo que fue uno se ha dividido en dos y busca la diferencia. Cada cual por separado deberá embarcarse en su propio gran viaje.

Un gran viaje es el ineludible, para el que uno no se siente preparado en absoluto. Un gran viaje es el que hace de nosotros su camino. Un gran viaje deja huella. Bien merece un cáliz de reconocimientos sinceros la buena costumbre de los antiguos cartógrafos de ensayar la pluma en la primera hoja antes de comenzar a dibujar los mapas, para ayudar al bienaventurado viajero a que encuentre su camino.

	6_{C}
	5_{B}
2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

6 Carbono

6 La Partida

6-1 El Silencio y el Sueño

Protegidos y aislados, Moiro y Mucio se bastan a sí mismos dentro de los límites de la Casona, sin embargo una inquietud se cierne sobre ellos, el tiempo. Es diferente aquí, el tiempo es enorme, palpablemente. Tiempo que precede y sobrevive. Con su sólida presencia, el tiempo termina por establecer diferencias y no sólo en lo exterior, las dos conciencias no se desarrollan por igual y fatalmente ha llegado un periodo en que ya no es posible mantener la unión.

Los dos hermanos duermen en camas separadas y tienen que aprender de nuevo a disponer los cuerpos para el sueño, cada cual abraza su propio silencio y siente que no se trata de un silencio vacío, fugitivas madejas de experiencias errantes inundan el espacio que les es propio. No pronuncian ninguna palabra mientras recorren senderos sin fin y penetran en la noche que inunda y desborda los límites. Se introducen por separado cada uno en su propio sueño.

Moiro entra en su apacible sueño sedentario, donde el jardín cerrado de la Casona y sus inmediaciones parece suficiente para contener todas las evoluciones de la línea de tiempo contenida en su cono de luz.

Mucio se abandona a su salvaje sueño nómada en donde el espacio se abre ofreciendo la fantasmagoría de combinaciones de formas que se hacen deseables por obra de su propia potencia, como por ejemplo el olor extrañamente familiar de una mujer que exhibe orgullosa su íntima humedad en una habitación sin ventanas ni puertas, una mujer con el aspecto sin edad de alguien que no envejece porque nunca ha sido joven.

Los dos fragmentos de la misma unidad indisoluble viven por separado cada cual su propio sueño, no obstante ambos se introducen al cabo de la noche en el paraíso vacío del sueño sin sueños, ajeno a las disposiciones de los sentidos o a las variaciones del sentimientos, en el paraíso en donde el silencio prefigura la solución de algún abstruso problema y también el descubrimiento de diversas complicaciones que se derivan del análisis de la solución encontrada. En realidad, todas las cosas profundas y sus consiguientes emociones van acompañadas por el silencio. En la naturaleza, el silencio constituye la más inofensiva y la más temible característica de lo sobrenatural, ya que habla de las fuerzas más secretas del destino. El silencio es la voz del vacío puro. El augusto silencio no admite confinamiento alguno y penetra a través de los aspectos más conmovedores de la vida. Al igual que el aire, el silencio se filtra, por todas partes emana su poder. El silencio del tiempo es la fuerza vital que provoca el cambio incesante de las cosas, con un doble propósito que en realidad es un solo, que disminuya localmente la entropía y que aumente el grado local de orden. Un aumento local de orden influye en la extensión del espacio y en el movimiento del tiempo, y el efecto combinado de extensión y movimiento provoca el nacimiento de lo oscuro. Lo oscuro se preña de oscuridad y nace la luz, cuyo incesante movimiento dibuja la grafía de todos los lenguajes. Así es como se construye un mundo.

6-2 La Infidelidad

Hay un tiempo en que la vida retarda sensiblemente su marcha como si vacilara entre seguir adelante en la misma dirección o cambiar de rumbo.

Moiro ha terminado de preparar el desayuno y hace sonar una pequeña campana. Alertado por la voz metálica, Mucio se pone en movimiento, entra en la cocina, se sienta a la mesa con una expresión que espanta, parece haber crecido durante la noche y no estar ligado a nadie, su pensamiento es errático, sólo hay dentro de él rebelión y anarquía que son el embrión de una espeluznante amenaza de infidelidad.

Mucio se queda mirando al suelo abrumado por una idea, algo que ha sabido desde hace tiempo pero que solo ahora se atreve a encarar de modo consciente, alza la mirada hacia su hermano con el gesto furtivo de un conspirador o más bien de alguien implicado en una conspiración de la que nadie se ha confesado partícipe.

A lo largo de un prolongado instante Moiro se clavan las miradas sin parpadear, Mucio aparta la suya y crece su impaciencia, su esfuerzo por no seguir siendo el mismo se fortalece, su esperanza está puesta en la fosa de la putrefacción que algún día tendrá que imponérsele desde alguna parte, se dice a sí mismo que la podredumbre no será más repulsiva que la hermandad de dos cuerpos, se derrumba su propósito de mostrar una conducta definida y se dispone a hablar, quiere explicarle a su hermano, pero también quiere explicarse a sí mismo, sus razones, y viene como un murmullo de hecatombe, llega como un seísmo regular, se adivina la conjura de la despedida, se siente en el estado de un piano durante la milésima de segundo que precede al momento en que los diez dedos extendidos se lanzan sobre las teclas en una entrada llena de empuje, tiene luz en la garganta y es el momento del murmullo que se alimenta a sí mismo y se convierte en voz gutural y profunda.

Quiero explicar, explicarte y explicarme, algo que debo hacer y que yo mismo no comprendo. Me da miedo, me ahoga perpetuar indefinidamente la infancia, convertirla en absoluto. Todo lo que quiero es vivir una forma de violencia distinta a la que hemos terminado por acostumbrarnos, una violencia que hemos visto crecer entre nosotros y a nuestro pesar, a la que, estoy convencido, es impropio llamar violencia, digo violencia y tú sabes a qué me refiero, a ese modo de evitarnos en los desplazamientos que sin ninguna razón imponemos a nuestros cuerpos, a ese modo de conversar afanándonos en colocar en el lugar preciso la palabra más letal para la defensa del otro, a ese modo de disfrazar nuestros deseos y de mentirnos con deseos que no podemos satisfacer, a ese modo de ocultarnos el uno al otro nuestros cuerpos cuando sabemos que no hace mucho fue muy distinto. Me refiero también a tu exceso de imaginación y a mi falta de imaginación. Tú te bastas a ti mismo para crear un mundo, pero yo que he sido como tú he dejado de serlo. Quiero tener la posibilidad de conocer algo distinto de lo que somos nosotros, cualquier cosa que seamos. Sé que ya nunca volveré a aquel lugar llamado infancia. La sangre me reclama, su ceniza y su fulgor. Yo no reniego. Quiero extraviarme en un espacio que no me sea familiar, quiero aprender a hablar con otra gente, quiero entrometer mi carne en otra carne, besar otros ojos. Lo que tengo es hambre, no de algo tangible sino de lo que esté por venir, impredecible, sea lo que sea. Lo que necesito es un lugar nuevo sin recuerdos, sin ruinas, un cielo virgen. Lo que voy es a meter la cabeza en venga lo que venga.

El sereno vacío que precede a todo objetivo no es en modo alguno un sentimiento ni una idea, sino un proceso. Mucio traza con el dedo una línea sobre la mesa con lo cual expresa su necesidad de ponerse en camino y su cuerpo se acopla poco a poco a la idea del viaje. Está penetrado por el afán de buscar formas y conservarlas en la memoria, para construir un paisaje en donde hacerse invulnerable. Ha escuchado una voz en el sueño, diciéndole. *Primero tienes que marcharte del lugar del padre, del lugar del hermano.* Nada que la memoria diurna pueda retener. El orgullo de llevar a cabo la decisión tomada aún cuando sea absurda disipa en él las no muy firmes objeciones.

No puedo acompañarte, fuera de aquí nada sería lo mismo, y yo no quiero que nada cambie, sin salir de casa podemos realizar cualquier viaje. Dice Moiro, resuelto a no dejarse arrastrar a ningún abandono, no

piensa en la posibilidad de otro lugar, quiere vivir con su hermano por siempre jamás, vestir las mismas ropas, comer la misma comida, acostarse en la misma cama, jugar a los juegos de siempre.

No me refiero a ese tipo de viaje que nada tiene que ver con el espacio. **Replica Mucio, que se siente ligero al considerar la posibilidad del viaje.Están sentados a la mesa, uno enfrente del otro, con sólo estirar el brazo podrían tocarse, sin embargo están distantes, los rostros graves, las miradas quietas.**

Hay que hacer siempre aquello a lo que nos arroja nuestro ángel caído interior, nuestro demonio.
Te voy a estar esperando todo el tiempo y cuando regreses olvidaremos que alguna vez te hayas ido y todo volverá a ser como siempre.

Moiro es fuerte y elemental, Mucio es astuto y laberíntico, se sumergen juntos en la intensa complicidad que precede a la despedida.

6-3 Caminos Distintos

Mucio conoce el mapa de zonas boscosas deshabitadas, de vías fluviales no navegables, de estaciones de metro de ciudades en las que ni ha estado ni ha deseado estar ni nunca estará, conoce el mapa de ciudades ideales que diversos pensadores han imaginado y nunca han llegado a tener existencia material, de ciudades hace tiempo desaparecidas cuya ubicación exacta se desconoce y a las que de ningún modo es posible ir. Estudia y compara los mapas de lugares reales, e imaginarios, compone con todos ellos un gran mapa y sueña cómo se desliza por diversos itinerarios, sin detenerse. Anhela la huida. Siente que en alguna parte, más allá de su conciencia, se ha tomado una decisión y debe seguir su impulso, ya habrá tiempo para investigar el sentido de su decisión. Ha decidido abandonar a su hermano y extraviarse en la prometedora complejidad del espacio exterior, sabe que no está preparado pero la posibilidad del viaje se presenta como ineludible y asume la idea de la elección para que algunas cosas puedan quedar atrás. Esa idea repentina implica que el viaje ha comenzado y siente la angustia del vacío entre dos mundos, se pregunta si la vida que desea no es sino la ilusión de tener que llevar consigo el germen de esa hiriente felicidad de la que ha decidido desprenderse. Viaja a pie, sin una intención determinada, sin plan, con una mochila a la espalda, se diluye en el espacio, huye. La noche aúlla y la oscuridad se antoja más profunda, en contraste con las hogueras que iluminan el horizonte.

¿Por qué no puedes volver hacia atrás? ¿Tienes que quedarte por siempre en esa estúpida oscuridad de la separación, de la desunión, buscándola, allí donde no puedes alcanzarla. Has perdido tu imagen y esperas recobrarla en lo otro. ¿Por qué lo haces?

De aquí salen todos los caminos. De buena gana retrocedería, pero el tiempo nunca retrocede. Me estoy alejando de mí mismo, voy hacia una nueva vida, a partir de cierto punto ya no hay vuelta atrás, hay que llegar a ese punto.

Los dos hermanos marchan por caminos distintos, quien los siga y compare verá surgir figuras de la oscura escritura que se encuentra por todas partes. En las nubes, en las alas, en las cáscaras de los huevos, en

la configuración de las rocas, dentro y fuera de las montañas, en el polen, en los ojos infinitamente divididos de los insectos, en el interior plúmbeo del ser humano, en el áureo resplandor del atardecer, en las conjeturas estocásticas del azar.

Un peregrino en marcha y la Casona siguiéndole con la mirada. Anda por los abismos del tiempo con ligereza en busca de su propio espacio. El camino nunca tiene fin, el horizonte se apura hacia delante, sin embargo sabe que el mundo es redondo y que siempre se retorna al punto de origen. El sedentario se queda en la encrucijada que le plantea su propio tiempo, se queda solo en la casa de la madre desaparecida y del padre muerto.

Habrá que dar entrada a nuevos personajes para que los dos hermanos se relacionen con ellos y la historia pueda proseguir hacia una conclusión que no está fijada de antemano, no obstante hay formas que se insinúan en la masa de días por venir, hay oscuras vacuidades que la luz no puede atenuar. Fracasa todo intento de fijar la experiencia, el absoluto no puede conservarse. Habrá que hacer la descripción de algo que en continuas transiciones va hacia su contrario, habrá que considerar entidades que después de haber estado unidas sienten debilitarse su influencia. Un doble significa algo mientras existe el original. ¿Cuándo el original no existe, qué pasa con el doble?

Conoce por fin la levedad y todo lo que ella implica, está prefigurado en ella buena parte del futuro hacia el que ahora resbala. Ya no impedido por la cárcel del lenguaje cotidiano, suspenso en una verdosa luz de acuario, se ve forzado a representar el papel de un caminante que camina. Maravilloso el aire que bebe a grandes tragos, hasta los suburbios de su mente se ven infectados por un espíritu nuevo. Su tentativa revela un movimiento de retorno a estratos antiguos, algo similar al lenguaje simbólico de ciertos insectos y al maquillaje de los juramentos de iniciación. Pero el que huye no sólo se marcha de un lugar, sino que llega a otro. La vida no se caracteriza por lo que ya está completo y terminado sino por el conjunto de todas las posibilidades que cabe imaginar. Pensar es tan inmaterial que ni siquiera tiene palabras. Anda, tú ya no estas en la casa, tu tiempo no tiene hermanos. La rueda gira por sí misma, los radios trepan por un campo negruzco. La noche no necesita de estrellas.

Esta vez, corazón mío, es el gran viaje. No sabemos cuándo regresaremos. ¿Seremos más fieros, más locos o más sabios? ¡Qué importa, corazón mío, puesto que nos vamos! Antes de partir, mete en tu equipaje los más bellos deseos. No eches nada de menos pues otros rostros y otros amores nos consolarán. Esta vez, corazón mío, es el gran viaje.

Mucio se dispersa y sin embargo se encuentra unido a su hermano por la certeza de haber dejado atrás un capítulo en el acontecer.

6-4 El León en su Jardín

Tras los muros de la vieja casona de fachada ciega, erguida, violenta y muda, transcurren bajo el signo de una somnolencia de plomo los días que siguen a la partida del fugitivo, del nómada, del viajero, del aventurero. Los únicos testigos son los grandes pinos, inabordables y cercanos, que en sí y sólo para sí susurran, sordos para todo aquello que no sean sus oscuras historias de familias.

Hasta que, otra vez, llegue la manada de días tranquilos, Moiro va de un sitio a otro desgarrado porque le falta la mitad de la carne, tratando de comprender la nostalgia sensorial y la soledad irremediable a la que le condena la partida del hermano. Atado por una intimidad que le rechaza, el instante pesa sobre él con todo su peso de espacio petrificado, se siente invadido por la conciencia de un tiempo roto en el que la conciencia del pasado se ha puesto a crecer de un modo desmesurado. Se ve obligado a vivir en el ahora encerrado y contenido entre lentos latidos del corazón, pero tiene que levantar un muro alrededor de cada segundo, tiene que agacharse en el espacio entre cada latido, hacer una pared de cada latido y sobrevivir en el tiempo quieto, por debajo de la línea de respiración de la oscuridad. Es un simple fragmento que sobrevive como un microorganismo en una grieta, con los ojos cerrados se descompone en una especie de éxtasis inverso, los colores del arco iris se reducen al gris que va poblando el vacío de su mirada, calvario plagado por una sucesión obsesiva de cruces calcinadas. Se despierta oyendo ruidos que parecen llevar sonando largo tiempo, como si horas antes hubiera oído girar una llave en la cerradura y pasos y el sonido de una voz, pero se queda inmóvil con los ojos cerrados como siempre que oye el ruido apagado del sueño. Cuerpo acurrucado en el rincón, sombra que aspira a más sombra o acaso a una muerte suntuosa, como la de un rey al que inmolan sus súbditos. Para romper la monotonía rasca en la pared con la punta de un clavo y levanta láminas de enlucido, dibuja así el paisaje imaginario de un territorio donde merece la pena vivir. La luz que entra por la ventana llega al territorio imaginario esculpido en la pared desconchada, ralentiza el ritmo de su vibración y se demora en recorrer todos los vericuetos de ese mundo nuevo.

¿Puede la memoria invocarse hasta el punto de volver a hacer real el tiempo que fue? Si las mitades truncadas pudieran encontrarse de nuevo, entonces el circuito podría volver a ser perfecto, pero la completa semejanza debe convertirse por un tiempo en una extraña mezcla de singularidad y andar a la deriva

Entrevé dos caminos, aguardar el regreso de su hermano o abandonar la Casona, se deja mecer por la sensación de tener una decisión que tomar. Lo que debiera hacer es no perseguir ni tratar de eludir nada. El tiempo es deseo. Sencillamente hay que dejar que las cosas sucedan y luego desear que lo no ocurrido pueda llegar a suceder, desear que el deseo se concrete en un tiempo en el que la memoria pueda invocarse a sí misma.

Si vuelves, el león de nuestro jardín de fieras se olvidará de los nenúfares de su Nilo. ¿Te gusta el oro en la sangre? Corre el caballo, teje nuestro reloj, átanos, agonizantes en paz. ¿Quién acompañará a la paciente araña que teje su tela? Tengo manchas de nicotina en la fiebre, creciendo están del revés las uñas de mis dedos, se me pudre el tuétano en los huesos, desde que te fuiste babeo el asco de mi nada sin ti.

Reflexiones con las que abriga la esperanza de dominar sus emociones. Siente vértigo, está trastornado, pero cree que su deber es salvaguardar su virtud innata, precaverse contra los estallidos de vivencias desbocadas, no obstante le sobreviene el presentimiento de que va a ser arrojado más bajo en el sufrimiento, más hondo, donde termina el juego de las ideas. Su cuerpo parece la marca dejada por un latigazo, de forma sonambular prosigue.

Tus manos me recorren. Soy tú. **Lo que ha estado unido se separa y sin embargo continúa unido por la certeza de haber dejado atrás un capítulo en el acontecer, todo el pasado se congela bajo el golpe recibido y es erosionado por el tiempo mucho más lentamente de lo que suele ocurrir con los recuerdos.**

6-5 El Tiempo y el Espacio

Observador espectral e inmóvil, cuando respira Moiro siente cómo el espacio se recubre de materia. Ha vivido como pez en un mundo de agua, respirando el tiempo, bebiéndolo a grandes tragos, sostenido por él. Ahora se hunde en difíciles perplejidades. Tendido en la cama, con la almohada sobre la cabeza, es capaz de saber cuándo una mosca se lame las patas en cualquier rincón de la Casona, pero la mosca puede irse volando a donde quiera y él no puede volar, está atrapado irremediablemente por el espacio primordial, al que su hermano se verá obligado a regresar. Cierra los ojos para oír claramente, y oye, lejana, golpear una puerta a lo lejos, en otro año. Presiente que en cualquier momento su hermano puede estar de vuelta. Del otro lado de la puerta vendrá la voz del fugitivo y tendrá que ir a recibirlo, se fundirán en un abrazo y todo será como siempre, como si el viajero nunca hubiese partido. Eso es lo que desea, que lo que estuvo unido y ahora dividido, vuelva a estar unido. Su deseo es comprensible, pues siempre se desea ser algo distinto de lo que ya se es, porque de lo contrario, la vida dejaría de tener sentido, la propia vida sin cambio alguno se precipita indefectiblemente en la rutina de su propia descomposición. La vida está para ser vivida y para transformarse en otra cosa. Estar siempre sin colmarse es uno de los principios de la vida. Lo que se llama felicidad no basta para colmar nada. Incluso el fuego desea convertirse en ceniza. Únicamente las piedras no desean nada, aunque ¿quién sabe?, tal vez en las piedras haya grietas que nunca hayamos descubierto, grietas que a lo que aspiran es a llenarse de lluvia, que el frío afile el cuchillo que hace que la piedra deje de ser piedra y se convierta en tierra. Se instala la indolencia a medida que aumenta la cuenta del número de días que dura la separación, una indolencia del tamaño de todo el cuerpo espera a los insectos alados que trae la lluvia y también espera una minúscula herida, un orificio, un hueco, un vacío propio en donde pueda refugiarse y desaparecer. Una gran mariposa espantada golpea el cristal de la ventana, su mirada es certera e inquisitiva y obliga a plantearse cosas. Hay estrellas que huyen alejándose de su centro y salamandras de oro cuando salta una chispa tras el cristal. El invierno es un animal amarillo que restriega su hocico contra la ventana. No le resulta fácil romper esa pasividad enfermiza que lo deja indefenso. Cierra los ojos y escucha el rumor del viento como dedos repiqueteando un ritmo, el aire está

atestado de tribus invisibles. Las horas se hacen añicos, se derriten en una sucesión de partículas que se extinguen por separado, al tiempo que el paisaje interior se divide en identidades intangibles que se contemplan a sí mismas en extático abandono, hasta que todo se destaca nítidamente de las calladas apreciaciones que lo rodean y entonces abre los ojos, observa los muebles que se acumulan en la habitación y tiene la impresión de que constituyen un asedio dispuesto por su hermano, compuesto por restos de descomposición de toda clase de rencores y sonidos fuera del alcance del oído. Un espíritu que se disgrega constituye la fina niebla que le envuelve. Para romper la parálisis trata de contemplar fuera de sí su ruina y convertirla en naturaleza, se obliga a moverse, sube a la torre que exhala un aroma aterciopelado, mohoso, tibiamente húmedo, se sienta en la mecedora junto a la ventana y se mece suavemente contemplando el tiempo como un cortejo de suplicantes, transcurre pero no avanza, se asemejan a estatuas que con sus manos tratasen de asir, inútilmente, formas invisibles que cabalgasen el aire, avanza o se detiene, cuchillo que cercena o soplo huracanado, el tiempo camina hacia su noche y lo contempla como un destello de la infinitud, le anega la ola de un remoto recuerdo, el comienzo del pensamiento, el decurso mágico que viene de la tiniebla del espacio, leyes en principio ininteligibles y que por ello parecían abolidas, metales amasados como cera fundidos en el fuego y no solidificados, madera cimbreña como la caña, cuerpos que no poseen pesantez ni rostro, piedras flotantes, montañas magnéticas, cielo sobre el que como una bóveda se cierne la tierra, inversiones de los sentidos, el gran reino de lo inefable. A medianoche se abren las alas, crece el pasado en su caída, y se siente arrastrado a dialogar consigo mismo.

Quizás mucho me equivoco al representarme el tiempo como un río sin riberas que fluye desde el oscuro pasado hacia el indiscernible futuro Acaso, por razones que permanecen vedadas, el tiempo deje de correr por encima de la superficie del agua, fluya por debajo de la tierra durante un trecho y vuelva a emerger. O tal vez sea que no existe el tiempo y únicamente exista el espacio, este espacio en el cual desde que tengo memoria he vivido, el espacio cerrado de la casa y sus inmediaciones, un espacio en el que comienzo a hacerme innecesario ahora que he perdido mi imagen, un espacio que quiere desembarazarse de mí, que quiere expulsarme Quizás, acaso, tal vez tenga que buscar por un tiempo mi lugar en otro sitio, pero sé que terminaré regresando a este reino.

	7_{N}
	6_{C}
	5_{B}
2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

7 Nitrógeno

7 La Aldea

7-1 Aire Líquido

El atardecer se desliza con pesados cestos sobre los campos, no hay más que brillo y verdor en distintas intensidades entre violento y suave. Baja un viento de perros por la ondulante vereda cubierta de vegetación en donde la huella de los carros se deforma en perfecta insignificancia. El sol se esconde tras el silencioso frente de nubes amarillas.

Te mueves conducido por un destino que está delante de ti y detrás de ti a un tiempo. Caminas envuelto en calor y luz. La serenidad del aire por el que circulas propicia el paso virtual de tu antigua condición de sedentario a la nueva de nómada, y avanzas. Avanzas por el camino blanco y polvoriento, sonríes al vasto espacio que te rodea, a los campos cercanos, a las magníficas montañas esculpidas en el aire por un gigante que se oculta tras el velo de su propia invisibilidad. Oyes crecer la hierba a uno y otro lado del blanco camino polvoriento. Caminas atravesado por una sonrisa seca y no puedes dejar de sentir que escapas de ti mismo, no son tus piernas sino un vago deseo el que te hace avanzar. Confundes el camino falso con el verdadero, tratas de seguir adelante por donde no hay camino o más bien todo es camino, mientras que el olvido crece desde dentro de ti y te impregna. El camino que se te ofrece es angosto pero no es especialmente duro, parece impulsarte hacia delante, en dirección a alguna meta que no eres capaz de prever. Es mejor andar solo que acompañado. Te sientes estimulado por la idea de no volver atrás, de avanzar buscando un lugar en el que perderte y en donde puedan tener lugar cambios silenciosos que te transformen en alguien bien distinto de lo que eres ahora, cualquier cosa que seas, difuso ente espiritual, vaga criatura onírica o opaco ser material, no puede saberse con seguridad, la fronteras son difusas, ni siquiera es seguro que haya frontera alguna entre los géneros en los que el vacío se manifiesta.

Llevas en tu interior una esfera de nubes como una linterna ciega y estás dispuesto a comenzar de nuevo. Como una araña teje su hilo, así vas a donde te apetece, donde el suelo sea áspero, donde esté alta la hierba, donde el viento se deje cabalgar por voces. Cuesta arriba ya no piensas en nada, todo parece avanzar contigo y hundirse a tus espaldas, oyes caer las hojas susurrantes de los árboles Sobre tu cabeza el gran bestiario gira, las Osas, la Jirafa, el Lince, Aries con sus cuernos, el Delfín, el Águila, el Toro lucha con el Unicornio, todo tiene significado.

Escuchas los gritos espaciados de los pájaros a través del aire líquido, el espacio se ve transfigurado por miríadas de semillas de luz que se funden en un solo y único punto de resplandor homogéneo profundamente luminoso que bien podría contener un diminuto paraíso, un indeterminado purgatorio o un pequeño infierno.

Caminas y caminas más y más lejos. ¿Por qué razón se hacen las cosas? No es por deseo de conocer, ni por necesidad de entender, las cosas se hacen para ganarse un sitio en un mundo en continua construcción donde todo lo que muere reaparece con ligeramente distinta apariencia o perfectamente transformado. Caminas cuesta abajo por gargantas estrechas, con casas de juguete adheridas a las laderas. El movimiento es de descenso y no puedes detenerte. Te sientes caer. La caída es dulce. Estiras los brazos y los agitas arriba y abajo. No eres capaz de remontar el vuelo. Con tu mejor voz oracular, dices. *Estas alas no sirven para el vuelo, sino para remover inútilmente el aire.*

7-2 El Nictálope

No te detienes en hacer cosa alguna por flojedad o pereza. No remoloneas. Sencillamente te abandonas al movimiento. Avanzas por un sendero estrecho limpiamente trazado por los jabalíes en sus correrías nocturnas. Allá a lo lejos, tocando al horizonte, el cielo pierde su transparencia y roza la tierra en forma de difusa boria grisácea. Un cielo azul plomo que nace de la boria viene revolcándose desde el este y parece acecharte. Sopla el aire del atardecer cargado de mensajes.

Vas auscultando, más que los detalles visibles del paisaje, las sensaciones que esos detalles despiertan. Las sensaciones que los detalles del paisaje despiertan en ti te retrotraen al pasado de un modo tan intenso y claro que el tiempo parece abolido. Acaso las sensaciones que crees propias sean una especie de regalo provisorio y pertenezcan en realidad al espaciotiempo en donde hasta ahora has vivido inmerso, al que continúas ligado por hilos invisibles pero ineluctables, contra eso no se puede luchar, es inevitable.

Caminas con pies ligeros sin dejar huella en un silencio rayado de oro. El ruido resonante de tus pasos parece proceder de otra persona que anduviera detrás de ti. El mundo está poblado de vagas siluetas que se disuelven cuando las miras fijamente y vuelven a reagruparse en formas nuevas. Un matorral asustado eriza sus hojas delante de ti, exhala un pútrido hedor animal para ahuyentarte, tú te hechas a un lado.

Al borde del camino, crees ver a un hombre entrado en años, observas más atentamente y adviertes que se trata de un retorcido olivo centenario, una confusión de ramas muertas envolviendo un resquebrajado tronco que se resiste a morir, percibes claramente el rítmico murmullo de sus pulsaciones entrecortadas por pétreos silencios. Seres pálidos, lineales, nebulosos, nieve problemática transformada en mundana a fuerza de entrenamientos. Pretensión formal de la melancolía. Plata. ¿Qué hacer con la plata? esa vegetación aterciopelada que movida por el viento reflexiona unos instantes sobre su arboreidad, con un recogimiento más gris de lo normal y una calma aún más sepulcral.

Crees estar seguro de que lo que tienes delante es árbol y no hombre, así que te sobresaltas cuando desde detrás del olivo en donde llevaba largo rato emboscado, surge la sombra diáfana de un nictálope, alguien que ve mejor de noche que de día, no tiene dificultad en la visión diurna pero durante la noche sus sentidos se exacerban, suele vagar por las sombras, le gusta ocultarse detrás de los árboles, detrás de un olivo añoso por ejemplo.

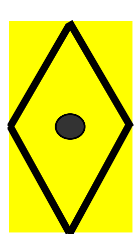
El nictálope tiene el aire de alguien a la espera de algo que ya ha ocurrido mucho antes, lleva pantalón y chaqueta abierta sin camisa debajo, se da la vuelta, echa a andar y ejerce una incoercible fuerza de atracción, ni siquiera tratas de resistirte a su influencia, no puedes hacer otra cosa que seguirle, así que le sigues.

Tú andas calzado, pero tus pisadas no dejan huella. El nictálope también anda descalzo, sus pisadas tampoco dejan huella, como si ni él ni tú fueseis materialmente reales. Una despejada senda os guía por el recto camino hasta la Aldea, que se indistingue como una mota de color en la distancia. En el cielo bogan nubes bajas, amenazantes jirones de sucio gris moribundo como espíritus malignos apresuradamente reunidos y desdeñados por una luna que no pueden apagar.

La Aldea os muestra la calidad espectral de su insólita presencia y entráis en ella. Dejáis atrás el primer círculo de casas como una primera muralla defensiva, camináis a través de calles desiertas hasta que os dais de bruces con una especie de muro, lo rodeáis hasta encontrar la única puerta que da acceso a las entrañas del lugar y entráis a través de ella. Atravesáis en diagonal diversos patios interiores que por fin os conducen a una estancia grande, una antigua catacumba desacralizada en donde están reunidos todos los aldeanos completamente hacinados, envueltos en un silencio letal que es su desdicha.

La indumentaria de los reunidos es monótona como si la capacidad inventiva de los sastres se hubiera agotado en un único modelo reproducido obsesivamente hasta el cansancio, que se reduce a una levita blanca sin mangas, donde los brazos quedan recluidos. Una venda a la altura de los ojos reduce a los aldeanos a la condición de ciegos, una segunda venda los amordaza. Adviertes que la mayor parte de los aldeanos van descalzos, en la uñas de su pies algunos llevan dibujado un signos de suave geometría que te resulta familiar, el rombo con sus

cuatro trazos que dibuja la estructura de una semilla de luz. Y en el centro del rombo figura un círculo, una especie de sol negro que es y no es, como si estuviese vivo y muerto al mismo tiempo. Oscuridad en el corazón de la luz. Vientre fertilizado.



7-3 La Música del Silencio

A imitación de los meditabundos coros de las tragedias, los aldeanos comienza a intercambiar entre sí jirones de sonidos, cantan pero en realidad no se puede llamar canto a algo así, sílabas rumiadas sin consideración por mandíbulas seniles, una especie de siseo incoloro, un ruido blanco que resulta igualmente monótono reproducido rápido o lento, hacia adelante o hacia atrás, con el resultado de que la fluctuación siempre es igual a cero. Lo que se escucha es una especie de amplificación de grabaciones de gritos de angustia en frecuencias estocásticas, una tediosa salmodia en la que no hay correlación entre dos notas, como la producida por un niño de cinco años que aporrease con una piedra caliza a un ídolo de marfil. Embestidas caóticas, sonidos de épocas primordiales.

Los aldeanos golpean el suelo con sus pies desnudos y al tiempo que lo hacen emiten un zumbido sostenido, como el de diez mil abejorros en celo encerrados en una campana de cristal, una especie de cantus firmus en el que se disimulan ciertas palabras cubiertas por un velo y envueltas en una invisibilidad pura. El ritmo del canto se hace cada vez más rápido, las voces son un conjuro que resulta contagioso. Continúan golpeando el suelo con los pies, ejecutando una singular carrera que no los mueve del lugar que ocupan y los llena de ansiedad, al mismo tiempo se ponen a dar palmas dibujando en la espesa geometría del aire un estrepitoso ritmo solemne y magnífico.

El salvaje batir retumba en las partículas que componen tu cuerpo, gira en espiral en torno a tu columna medular como un sendero de peregrinación. Te has convertido en una desarmónica confusión de sonidos sin armonía, en un taladro sonoro, en un canto del subsuelo. Lo que sigue es un ritmo hipnótico que se repite a intervalos isócronos. Los detalles de las cosas se desplazan, los bordes navegan ante tus ojos cansados. La oscuridad tira de ti y te empuja hacia abajo, como si tuvieses un hacha de sílex apoyada en el hombro. Te siente caer. Eres incapaz de volar. No tienes alas y ni siquiera tienes brazos ni piernas. Sigues cayendo. Sientes cómo el vacío ocupa el lugar que apenas hace un instante ocupaba tu cuerpo, te desintegras en una nube de semillas que emiten tenuemente energía en la región de microondas del espectro.

Continúa el tamborileo de las voces pero tú ya te has sustraído a ellas, no eres más que una sucesión de partículas arrastradas por un flujo turbulento y salvaje, no obstante eres consciente de que el movimiento es la primera manifestación de vida. Te desmayas y los grumos de conciencia se detienen, quedan suspendidos mientras todo lo demás fluye. La detención deja a las partículas de conciencia suspendidas, agrupadas, amontonadas, amalgamadas, prontas a disgregarse sin nada que las retenga, eso es lo que ocurre efectivamente, te precipitas en caída libre hacia el interior de ti mismo, pasas a través del plano infinito de las campanas por donde revolotean las águilas, atraviesas el desierto de grises para la mirada del sueño sin sueños, entras en el jardín de imágenes desplegadas en el espaciotiempo de la mente, imágenes no de un vacío que simplemente nos es dado, sino imágenes del vacío primitivo a partir del cual las cosas entran en la existencia, poniendo de manifiesto lo que se encuentra al otro lado. En el mundo proliferan series y redes interminables de cosas en perpetuo flujo que se mueven impulsadas por el anhelo de llegar a tener conciencia de su existencia recíproca y entrar en algún tipo de comunicación mediante alguna de las prácticamente innumerables formas de lenguaje.

7-4 Dientes de León

Un hombre de apariencia epicena se destaca de entre el tumulto y te entrega unas páginas manuscritas. Antes de que salgas de tu sorpresa, el desconocido se disuelve entre la multitud, una especie de masa informe que se desborda y comienza ascender por los muros de las construcciones. Todo es de color gris, pero el genérico gris se matiza en un grupo armónico de frecuencias portadoras de una cantidad definida de oscuridad que ha sido pesada en una balanza suspendida de un lugar inexistente, la balanza en donde fueron pesados los viejos reyes que nunca fueron y que siempre son. Decides buscar un lugar apacible para leer tranquilamente el misterioso escrito que te ha sido entregado. Encuentras un jardín a la orilla del río, ves un banco libre y te dices a ti mismo. *Mira ese banco, qué bien situado está. Voy a sentarme.*

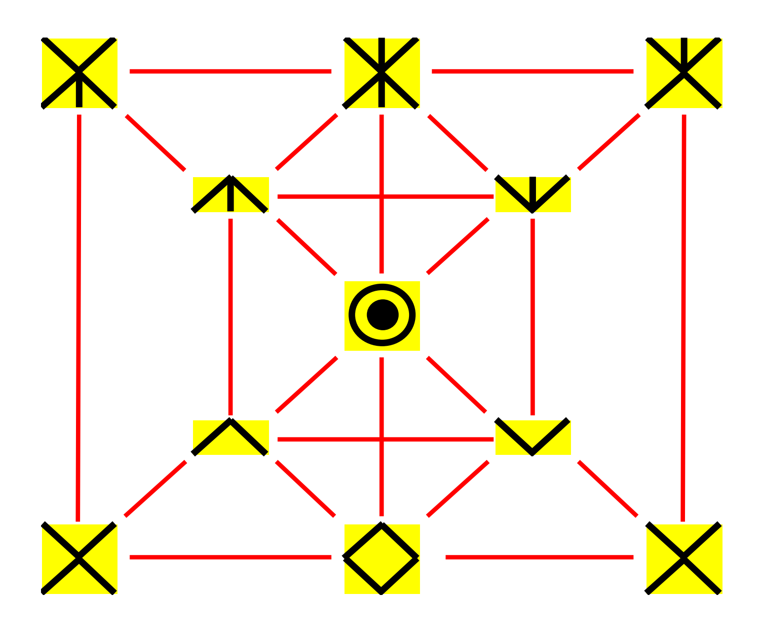
Te sientas y lees la primera página:

We are the stars. We sing.
We sing with our light.
We are birds made of fire.
We spread our wings over
the two, the three and the four.
Our light is a voice.
We cut a road for the void.

Murmullas una traducción aproximada:

Somos las estrellas. Cantamos.
Cantamos con nuestra luz.
Somos pájaros hechos de fuego.
Desplegamos nuestras alas sobre
el dos, el tres y el cuatro.
Nuestra luz es una voz.
Preparamos un camino para el vacío.

Cuando dices *vacío*, adviertes que una niña arranca una flor de diente de león, sopla sobre ella, la pelusilla vuela y cae sobre ti como nieve. La niña comienza a cortar arbustos con una hoz. Te abstraes contemplando los espaciados movimientos de la niña que ahora deja en el suelo la hoz, saca algo del hueco de un árbol, echa a correr hacia ti y te lo entrega. Se trata de una pequeña figura de barro cocido, el cuerpo central es un sencillo bulto toscamente modelado y sin rasgos distintivos, salvo unos grandes y estilizados ojos. Te sobresaltas. Tienes la impresión de que los ojos de la figurilla irradian luz y clavan en ti su mirada. Le das la vuelta a la figura en tus manos. En el costado derecho distingues una diminuta paloma. En la espalda aparece una protuberancia, como el muñón de un brazo amputado, de la que sobresale un pequeño cilindro, lo extraes, se trata de una fina lámina de cobre doblada. Despliegas el cobre, te lo acercas a los ojos para examinarlo en detalle y ves un grupo de once números mágicos armoniosamente dispuestos. Si no te falla la memoria, y no te falla, los signos son exactamente los mismos y están ordenados según la misma disposición que en uno de los plomos que se guardaban en la Casona. En el centro el 0, el primero de los números, el padre de las naturalezas posteriores. A su alrededor, en un primer círculo, el 2 y el 3. Y en un segundo círculo el 4, el 5 y el 6.



Una espléndida claridad te ilumina y ves claro que las cifras inscritas en la superficie del cilindro metálico encajado en una protuberancia de la figurilla de barro constituyen algo así como el inicio de una historia que te concierne no tanto como individuo particular sino como miembro de un linaje que se remonta al verdadero principio.

De repente oyes el ruido de un aleteo y sientes un golpe en la sien. Una paloma ha pasado rozándote con sus plumas. Te proteges la cabeza con los brazos y en ese mismo instante una piedra cae al suelo a tus pies. Miras en la dirección de donde proviene la piedra y ahí está la niña flexionando el brazo para arrojarte otra piedra. Los ojos de la niña son dos bolas de fuego incandescente que irradian luz. No puedes soportar la visión de la luz y te despiertas, al menos eso es lo que crees.

7-5 El Cadalso

Cuando crees despertar de tu sueño, en realidad te adentras en otro. Te encuentras ahora en la plaza de la Aldea, bañada por una especie de luz fría subyacente a la trama de fenómenos que llamamos realidad. Los aldeanos se han desprendido de sus túnicas, van perfectamente calzados y lucen ropa de calle. Debe haber en la plaza unos cien hombres, todos llevan máscaras blancas sobre el rostro. Imposible decir quién es el maestro. Hablan en voz baja, el vago rumor de las voces se asienta como un sedimento de color en la tierra. De repente los aldeanos dejan de hablar entre sí y, como puestos previamente de acuerdo, comienzan a moverse de un lado a otro como marionetas en un país de sombras, diciendo cosas como estas.

En la penumbra los hombres inquietos se arremolinan como un único animal enorme y sin forma.

Los árboles que el viento ha desnudado dejan de hacer ruido y las últimas aves callan. Los mosquitos tensan el silencio y se lamentan.

La tierra gira, el tiempo se reanuda.

Las hormigas inundan los árboles blancos para trazar nuevos caminos.

Hay sacerdotes que conocen tres palabras sagradas que nunca han sido pronunciadas o escritas en un libro, se transmiten escritas en la arena y luego se borran.

Si has partido de la Casona no es para quedarte a remolonear en la Aldea escuchando cosas más o menos enigmáticas, así que decides continuar tu camino. Te dejas guiar por la trayectoria de una flecha en un espacio retorcido. Aparte del sonido del calzado al chocar contra la tierra sólo se percibe, envolviéndolo todo, un difuso latido compuesto por el zumbido de mosquitos tensando el silencio y lamentándose. Los árboles que el viento ha desnudado dejan de hacer ruido, las últimas aves se callan, un perro le ladra sin mucho ánimo al silencio enorme.

Vas como un violín en su caja negra, entre piedras blancas marcadas por la luna. Una zanja, oscura como terciopelo, se arrastra junto a ti. El abismo ensaya y descarta máscaras, quiere subir sin mostrar su rostro. Las hierbas silvestres están llenas de recuerdos que te siguen con la mirada, apenas se ven, se mezclan plenamente con el fondo, camaleones perfectos, los escuchas respirar. El espacio está lleno de cuernos y pezuñas. Dentro de ti se abre cúpula tras cúpula infinitamente, así es como debe ser. Viajas en horizontal por el instante. Ahora caminas rápido y alegre, con largos pasos entras en la distancia. Atraviesas el aire, y el aire te percibe, y el aire te saborea, y al aire le gustas.

La suave pendiente se acentúa, imperceptiblemente. La tierra gira. A lo lejos, puntos de luz destellan fríamente en el horizonte, donde la vista no alcanza. Divisas el perfil desfigurado por la distancia de una ciudad rojiza llena de ecos, decides dirigirte hacia ella, pero tienes que detenerte porque la senda se interrumpe abruptamente en una profunda sima en cuyo fondo serpentea un río de aguas sonoras. Un caballo desbocado está a punto de arrollarte y te arrojas al suelo. La escena se desarrolla con mucha rapidez, como si hubiera sido ensayada varias veces y cada cual supiese su papel de memoria. Los sucesos se suceden con soltura y se enlazan como los elementos necesarios de un mecanismo perfectamente engrasado. El caballo es de color blanco, galopa con las crines al viento y la cola ondeando, sus pasos no hacen ningún ruido sobre el suelo por el que avanza ejecutando una danza silenciosa, como si el aire le hubiera liberado de su propio peso, parece flotar y deslizarse sobre una peculiar curvatura resultante de la influencia de todo el paisaje circundante. El caballo es movimiento vivo, se encabrita, escupe espuma, mueve la cabeza arriba y abajo como si quisiese confirmar algo, no puede detenerse, pierde la solidez bajo sus patas y se precipita hacia su tumba de agua, algo se quiebra exhalando un grito que las montañas repiten debilitado, luego sigue un silencio desprovisto de forma y dimensiones.

Ahora hay un tiempo muerto durante el que no ocurre nada, ni siquiera la espera de lo que va a seguir. Hasta que por fin te incorporas con movimientos rápidos y breves y echas a andar por una senda que bordea el cauce del río. Sumido en una especie de nostalgia a causa del incidente, llegas a la altura de un puente, en medio del cual se levanta un cadalso sobre el que se encuentra un encapuchado. Un hombre está

de pié al principio del puente, tú te colocas tras él y le preguntas qué es lo que aguarda.

Aquí el tiempo se convierte en espacio y el espacio se convierte en laberinto. No hay camino que permita abandonar el laberinto, pues tiene vida y cambia a medida que uno lo recorre. El encapuchado que se encuentra sobre el cadalso es un verdugo, su función es proponer un enigma, si das con la solución te permite pasar, de lo contrario te ahorca y arroja tu cuerpo al agua. Yo estoy decidido a atravesar el puente, ya sé que puedo morir pero aun considerando esa posibilidad voy a intentar pasar. Sé que nada me espera al otro lado pero aún así quiero pasar. No tengo miedo a que todo se acabe aquí, he viajado lo indecible, he visitado el museo de la escarcha en el que hay un salón con más de mil ventanas, conozco la técnica de los hilos de estambre contra el mal de ojo, he leído un número suficiente de libros, he escuchado la música de los cuestionamientos y de los puntos de reflexión, y he conocido bíblicamente a bastantes mujeres, a algunos hombres e incluso a algunos niños, incluso he llegado a comer carne humana, no todos pueden decir lo mismo. Aunque hoy mismo encontrase mi muerte no estoy seguro de que la muerte sea verdaderamente un final. Que quede entre nosotros, yo tengo planes a muy largo plazo para mi futuro y no estoy dispuesto a que una simple muerte los arruine, aunque se trate de mi propia muerte.

El hombre echa a andar parsimoniosamente por el puente hasta la altura del cadalso, es incapaz de responder de modo adecuado a las preguntas que se le plantean y el encapuchado le ahorca, y arroja el cadáver al agua. Tú te quedas paralizado, cierras los ojos, te concentras en un punto determinado del cerebro, sin pensar en nada te abandonas y dejas que el fluir sosegado del tiempo te transporte. Para tratar de romper la parálisis susurras únicamente para ti mismo, introduciendo un breve silencio entre lo uno y lo otro.

Debo seguir... No puedo seguir... Regresar... No... Seguiré... Esforzarse... Buscar... No ceder...

Espoloneado por tus palabras te adelantas unos pasos, a medida que lo haces el puente parece estrecharse y hacerse más y más largo, durante un tiempo indefinido recorres la distancia, hasta que por fin llegas a la altura del cadalso sobre el que se encarama el verdugo encapuchado.

Con una voz en la que se adivina una cierta inseguridad el verdugo te dice.

El mundo es un puente, atraviésalo, pero no construyas una casa en él, sólo dura una hora. Hijo del lobo, apresúrate, las puertas del camino de regreso se cierran al anochecer.

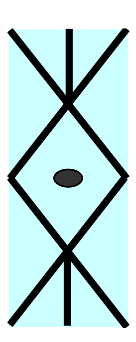
Tras formular su bien meditada sentencia, el verdugo se despoja de su capucha, la tira a tus pies y se arroja al agua, lo hace tan rápidamente que apenas eres capaz de verle el rostro. El verdugo desaparece en la fragilidad de la corriente. El encapuchado se ha referido a ti como hijo del lobo, pero tú nunca has visto a Emón como un lobo ni nada parecido. Consideras la posibilidad de colocarte la capucha y aguardar junto al cadalso a que llegue algún viajero y formularle algunas de las preguntas sin respuesta que intercambiabas con tu hermano.

¿De qué está lleno el vacío?
¿Cuál es el peso de la luz?
¿Cuántos son los inmortales?
¿De donde proviene el fuego?
¿De qué se alimenta la ceniza?
¿Cuál es la edad del aire?
¿Cuántas son las formas del tiempo?
¿Cuándo ya no seamos qué seremos?
¿Dónde se encuentra el manzano del que comió Adán, incitado por la mujer que había nacido de su costilla?
- ¿Qué es lo que había antes del principio?

Desistes de la idea de adoptar el papel de inquisidor encapuchado, pero no sabes qué hacer. Estás de pié junto al cadalso en medio del puente, tan inquieto como asustado porque eres incapaz de tomar decisión alguna, permaneces inmóvil preguntándote qué vas a hacer ahora.

A un lado la ciudad, al otro el camino de regreso que conduce directamente a la Casona. A medida que el sol desciende sobre el horizonte un viento frió comienza a soplar y escuchas el tintineo de una campana situada sobre una hornacina que hasta ahora no habías advertido. En el interior de la hornacina se encuentra un ídolo, de apariencia humana, está sentado con las piernas entrelazadas, tiene

juntas las palmas de las manos y trae inscrito en el pecho un rombo con sus cuatro trazos que dibuja la estructura de una semilla de luz. De dos vértices opuestos del rombo nacen dos brotes de hierba como dos coronas y en el centro figura un círculo que es y no es, como si estuviese vivo y muerto al mismo tiempo.



La figura que el ídolo lleva inscrita en su pecho representa una antiquísima divinidad a la que se rendía culto en los cruces de los caminos, en los desfiladeros y en los puentes. La divinidad no tiene un nombre hecho de sonidos, su nombre mudo es el punto dentro del rombo y las dos coronas, dos llamas que brotan de una fuente luminosa alimentada por un sol negro. Con el dedo índice de su mano derecha él ídolo que lleva en su pecho el nombre mudo de la divinidad señala el camino hacia la ciudad. El frío que cabalga el aire y provoca el murmullo de la campana te hace tiritar. El frío, el murmullo y la mirada del ídolo se conjuran para decidir la situación. Tienes que moverte para entrar en calor. Juntas las palmas de las manos, inclinas la cabeza, haces una reverencia a la oscuridad, a la luz y al fuego, y sin la menor idea de lo que te espera emprendes el camino hacia la ciudad. Eso es lo que haces. Tú no eres consciente de ello pero se trata de una forma retorcida e indirecta de regreso.

	8_{O}
	7_{N}
	6_{C}
	5_{B}
2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

8 Oxígeno

8 Sunia

8-1 la Ciudad del Vacío

Sunia es una ciudad construida con fragmentos de ciudades. Todas las ciudades tienen sus secretos pero la ciudad del vacío tiene tantos que es más secreta que ninguna. En otras ciudades los secretos viven al ser contados pero en Sunia lo oculto no necesita palabras que le den vida. Sunia ha crecido sujeta a ciertas reglas no por desconocidas menos efectivas, es una especie de Babel derruida y vuelta a construir por demiurgos medio ciegos que conciben primero las posibilidades susceptibles de manifestación y luego, en un estado de simultaneidad perfecta, asignan a cada posibilidad la capacidad de desarrollarse de modo relativo, finalmente hacen aparecer en la existencia las posibilidades escogidas, manifestándose en ellas. Los demiurgos seleccionan entre las innumerables posibilidades susceptibles de manifestarse, las que finalmente entran en la existencia constituyen el mundo material en donde prolifera la vida, evolucionan las especies, se desarrollan los lenguajes, se realizan viajes y se erigen ciudades, como por ejemplo Sunia, hacia la que te encaminas. En la ciudad que hunde sus raíces en el vacío perfecto la gente va y viene llevando sus corazones invernales en la mano, madres y niños, comerciantes, funcionarios, transeúntes, administraciones, estatuas, jardines, plazas, calles, puentes y edificios siempre están cambiando, de modo que la coherencia estructural de la ciudad se impone sobre un flujo perpetuo de individuos y estructuras. Como la ola que se alza frente a una roca, Sunia es un patrón en el tiempo. En ninguna parte de la ciudad del vacío se desperdicia una sola porción de espacio, cada milímetro se abalanza sobre el siguiente con la concentrada actividad de una sucesión de olas desgastándose contra una isla rocosa, creando para sí un mundo particular donde ningún presente tiene realmente lugar, sino que todo ha ocurrido ya o está por ocurrir. Bajo el aparente desorden la ciudad funciona como una serie de engranajes bien proporcionados y engrasados, hay un complejo sistema de rodamientos, de duro y suave, de agitación e inmovilidad, de permanencia y cambio, que mantiene el movimiento del flujo, constituye la libertad en las calles y asegura un uso

íntimo de las aceras. La constante sucesión de miradas teje una red dinámica de relaciones que se superpone a la coherencia estructural del paisaje de fondo, inmutable, silencioso duro, frío y perenne, como la astucia de los constructores que nunca mueren, porque la posibilidad de encontrar reposo en la muerte les ha sido arrebatada. En ninguna otra ciudad se encuentran tantos matices, tanto pensamiento de la piedra y del plano urbano, tanta sorpresa, tanta chispa aforística, tanta eterna inquietud, tanta vibración nerviosa que impregna las barandas de los balcones, los marcos de las ventanas y los umbrales y dinteles de las puertas, tanto drama eléctrico, en ninguna parte existe tanto maquillaje, tanta acumulación, las ventanas y las puertas son aberturas nada más, producen una impresión abstracta porque se limitan a hacer realidad unos conceptos, resultan también infinitamente sensuales, puesto que excluyendo todo lo accesorio se identifican con la actividad específicamente humana, vegetativa y animal, de abrir, entrar, cubrir. No existe otro lugar que sepa aprovechar de manera tan sofisticada lo plano, lo horizontal, el secreto de la gravitación, estepas, océanos, terrenos helados, desiertos y cielo gris, he ahí los parientes de las calles de Sunia, casi se marean y se tambalean por su llanura, por su opio de la perspectiva, todo ello sin recurrir de hecho a dimensiones gigantescas. Nadie sabe si Sunia es una ciudad pequeña o grande: ¿Creció acumulando fragmentos de la unidad rota o nació a partir de una gran visión? ¿Su materia tiene sustancia viva o se trata de un puro juego imaginal que tiene lugar en la soledad de la mente?

8-2 La Casa del Carnicero

La muralla de ladrillos de adobe rojo de Sunia destaca como un perfil recortado sobre la línea del horizonte. Divisas en la distancia a la ciudad roja, una oscura fuerza de afinidad te mueve hacia ella, paso a paso te aproximas a lo que te es afín, atraviesas la muralla por una de las puertas y accedes a su interior. Lo primero que te encuentras es una aglomeración de edificaciones miserables que sin solución de discontinuidad se transforman en construcciones remodeladas o en proceso de remodelación. Atisbas el tejido de la ciudad como un mensaje cuyo desciframiento es una forma de habitar el entorno espacial en el que te mueves, no tienes opinión alguna acerca de la naturaleza del mensaje sustentado por su geometría íntima. Sospechas que la ciudad misma es una especie de ser vivo que se comunica con sus habitantes a través de una letanía ininterrumpida de máscaras, disfraces, rostros y prolongados silencios. Prosigues tu lento discurrir por calles tortuosas, das infructíferas vueltas atrás, con miedo de que la calle se pueda escurrir bajo tus pies y desaparecer convertida en aire. El aire. El aire, es un organismo sin dimensiones, una preocupación viva que no conoce descanso, murmullo que no cesa, letanía. El aire es la inquietud opuesta a la quietud, movimiento puro. El aire sustenta la vida de lo que vive, pero ¿quién ha visto el aire? En Sunia se conoce lo que tiene de subterráneo la multitud y se aprende a desaparecer en medio de la aparente diversidad de la gente. Impulsados por una extraña inquietud, los habitantes provisionales de la ciudad entran y salen de comercios en los que los comerciantes practican un horario imprevisible. Siempre hay alguna tienda abierta a cualquier hora. Tiendas de quesos. Tiendas de miel. Tiendas de cactus. Tiendas de infusiones. Tiendas de bolsos. Tiendas de zapatos. Tiendas de sombreros. Tiendas de guantes. Tiendas de medias de seda. Tiendas de frutas. Tiendas de sellos de correo y monedas de todos los lugares del mundo. Tiendas de aceites esenciales. Tiendas de metales maleables. Tiendas de ácidos y de licores cáusticos. Tiendas de semillas de todas las plantas imaginables. Tiendas de amuletos para los peregrinos. Tiendas de sustancias enteógenas que hacen volar. Tiendas de tabacos aromáticos. Tiendas de lámparas y termostatos. Tiendas de anemómetros y cronómetros. Tiendas de comidas para pájaros. Tiendas de ultramarinos finos. Corseterías. Orfebrerías. Boneterías. Ferreterías. Droguerías. Alpargaterías.

Traperías. Platerías. Albarderías, que son esas tiendas donde se comercia con un tipo de piezas del aparejo de las caballerías que se componen de dos almohadas rellenas de paja y unidas por la parte que cae sobre el lomo del animal. Y también casas de puertas abiertas a cualquier hora. Casas con mujeres asomadas a las ventanas. Casas atestadas de gente. Casas hace tiempo abandonadas. Casas sin ventanas ni puertas, en donde no hay ningún modo de entrar y que sin embargo están llenas de gente que no sale nunca. Casas de prostitución. Casas de salud. Casas de juego. Casas de comida. Casas de aguas y licores. Bodegas. Tabernas. Tascas. Y todo tipo de lugares a los que dirigirse. ¿Adónde ir? Te preguntas si las construcciones que bordean las calles no serán en realidad un decorado teatral, análogo al que hizo construir el conde Patiomkin en el trayecto que debía recorrer la emperatriz Catalina de Rusia en un viaje a través de las llanuras desoladas, para darle a la soberana la ilusoria impresión de un paisaje floreciente. Has entrado en relación con una ciudad desconocida, te sientes intoxicado por su ambigüedad y la extraña luz que parece emanar de las cosas. Sin saber cómo llegas a la calle del Cisne, la cual se te antoja el lugar adecuado para buscar tu sitio, caminas a lo largo de ella y entras en una librería en la que parece no haber nadie, las paredes están recubiertas hasta el techo de anaqueles que contienen multitud de libros perfectamente clasificados en infinidad de materias. Cosmología, astrología, mitología, teología, egiptología, sinología, numerología, mineralogía, filología, cábala, magia, alquimia, geografía, historia, libros sagrados, libros de los muertos, interpretación de sueños, psicotrópicos y enteógenos, arte, poesía, cuentos tradicionales, libros de caballerías, ciencias experimentales, y otros. La arbitraria solemnidad de las divisiones te amedrenta, en particular la última, otros, que en su solemne indefinición parece abarcarlas todas. Sacas fuerza de tu flaqueza y te acercas a los anaqueles donde se encuentran los libros de geografía, en donde confías encontrar algún tipo de atlas, mapa o plano para orientarte en esa zona donde te encuentras inmerso como un stalker buscando la habitación donde se cumple el deseo más íntimo y profundo, ese que nunca te has atrevido a formularte a ti mismo. Tomas uno de los libros al azar, se trata de un atlas de geografía animal, una colección de láminas donde se disecciona la anatomía interna de un grupo escogido de animales, comienzas a ojearlo tranquilamente y llegas al mundo de los insectos, las formas reproducidas en las ilustraciones te recuerdan vagamente los signos inscritos en los plomos que Emón escondía en lo alto del armario

de la torre. Dejas el libro en su lugar y sales a la calle. Sobre la puerta de entrada del edificio contiguo a la librería figura un vistoso cartel.

CASA DEL
CARNICERO
SE ALQUILAN
HABITACIONES
SOLO PARA DORMIR

Eso es precisamente lo que ahora necesitas, una cama en donde echarte a dormir, porque estás comenzando a sentirte verdaderamente cansado. Empujas la puerta de la Casa del Carnicero, que gime y se cierra tras de ti. En el interior apenas se escucha a la ciudad irreal, tan solo es posible percibir una especie de cantus firmus o ruido de fondo, como pasos alejándose, llamadas muy lejanas o aullidos, todo ello en forma de murmullo casi incoloro, como el frío rumor de la radiación de fondo que lo inunda todo, como el pensamiento que dota de movimiento a todo lo que se mueve y cambia y transmuta en otra cosa. El encargado del establecimiento está sentado tras un minúsculo mostrador, sin moverse te escruta y escudriña como si examinase la anatomía de un insecto, indaga con su mirada, te examina cuidadosamente, te explora arrojándote la luz que incide sobre sus ojos.

Buenas noches. ¿Tiene usted habitaciones libres?
¿Cuántas?
¿Qué quiere usted decir? ¿Cuántas qué?
Que cuántas habitaciones.
Pues una, claro.
No está tan claro, usted ha dicho habitaciones.

Tienes la sensación de reproducir como un eco un diálogo escrito de antemano y ya pronunciado tiempo atrás. Te sientes como si te encontrases en el escenario de un teatro interpretando una obra escrita para otro. El encargado abre un cajón repleto de llaves, aparentemente al azar coge una y te la da. Se trata de la llave de la habitación número once, la habitación primera del primer piso. Encuentras sin dificultad el camino hacia el once, abres la puerta del lugar que te está destinado, entras, te echas sobre la cama. La ciudad tiene la delicadeza de ausentarse tras los cristales de la ventana, todos los ruidos se concentran en un minúsculo punto sonoro y tú no tienes que hacer nada,

es el sueño mismo el que te encuentra. Sueñas que viajas en un tren atestado de gente. Vas de un vagón a otro y después de mucho buscar encuentras un rincón donde acurrucarte. Acompasado por el dulce traqueteo de las ruedas sobre los raíles te quedas dormido dentro de tu sueño y entras en otro, tienes que entregar una carta a una mujer que vive en una casa en medio de un desierto en el que hay un barco abandonado donde habita un monstruo, hay también un obispo que tiene alguna oscura relación con el monstruo y la mujer a la que tienes que entregar la carta. Por la mañana te despiertas con la sensación de que hay algo por debajo del horizonte de sucesos de tu conciencia que no eres capaz de percibir con claridad. En la ciudad de las muchas calles hay una casa y en la casa una habitación que para ti resulta inaccesible, en ella hay mesas acristaladas con numerosos sellos cilíndricos de antiquísima arcilla endurecida al fuego en los que figuran diversas inscripciones. Un tosco círculo del que emana una flecha. Un grifo mitológico. Un árbol con ramas estilizadas que se enroscan sobre un unicornio blanco. Un hombre sujeta por la lengua a dos caballos. Una mujer alada vuela persiguiendo a la luna. Un lobo está recostado a los pies de un rey que está sentado en su trono. Una estilizada figura, compuesta con seis trazos y un círculo a modo de cabeza, sujeta en su mano un rombo cuyos trazos delimitan el espacio en donde permanece encerrado el sol negro. La figura toca con su mano izquierda el velo de luz que esconde la oscuridad. La cabeza del hombre es el sol negro.



Debajo de la figura del hombre con el rombo hay una inscripción fonográfica de cinco signos compuestos por veinte trazos, la inscripción enuncia una fórmula sagrada en una lengua muerta. En Sunia hay otros muchos lugares a los que también te es imposible el acceso, no obstante nunca debes tener miedo y tampoco debes envidiar nada. En la ciudad del vacío, tu deseo más secreto va a cumplirse. Luego será el regreso a la resplandeciente oscuridad que hunde sus raíces en un sueño que no ha tenido comienzo y que no tendrá final.

8-3 la Imposibilidad de Mapas

Si se recorre un laberinto durante el tiempo suficiente se termina por encontrar la salida, si hay salida. En Sunia es muy difícil orientarse porque todo parece contribuir a un cierto desorden orgánico y no existen referencias que den indicación alguna. En la ciudad del vacío se tiene la impresión de que a un nivel imperceptible, más allá del alcance de las sensaciones, al otro lado, existe un entramado de relaciones que lo conectan todo. En la ciudad del sol negro se vislumbran fugazmente torbellinos que fluyen a través de caminos secretos por donde uno vaga sin conciencia de sus pasos y nunca seguro. Sientes por adelantado el sabor del vagabundeo rebosante de vagas promesas. Sin alejarte demasiado de la calle del Cisne, eso piensas, recorres los alrededores tratando de encontrar el camino más corto para ir de un sitio a otro. Tal caminar no es en el fondo ningún movimiento adecuado a una meta, ni ninguna espontaneidad, se trata de una especie de caminar paticojo que se podría ilustrar mediante el movimiento relativo de las nubes, en el caso de que lográsemos seguir su cortejo y llegar a comprender que ellas no se arrastran sino que son arrastradas. ¿Por quién? Por el aire, ese organismo sin dimensiones, esa preocupación viva que no conoce descanso, ese murmullo que no cesa, esa letanía. El aire es movimiento puro opuesto a la quietud, él arrastra las nubes, pero ¿quién ha visto el aire? Animado por un falso conocimiento de la topografía de la ciudad del que alegremente te invistes, tratas de dibujar un mapa, tan solo consigues esbozar algo completamente falso. Trazas diversos diagramas que tratan de asimilar la secreta realidad del espacio pero no logras integrarlos en algo coherente, las calles esbozadas señalan caminos imposibles e inverificables, cuanto más miras tus dibujos menos los entiendes. Se consulta el plano de una ciudad y todos los lugares parecen accesibles, sólo es necesario obedecer las indicaciones, pero la realidad se revela distinta, no existe mapa que permita orientarse en Sunia, el mejor plano lo ofrece la propia orografía cambiante de la ciudad, pero de poco sirve para orientarse un mapa de esa naturaleza. Las verdaderas dificultades comienzan cuando el tiempo se te echa encima y decides regresar a la calle del Cisne. Atraviesas calles familiares y de pronto desembocas en una calle que no reconoces o en un callejón sin salida, cruzas plazas donde tienes la impresión de haber estado hace un par de minutos, caminas y te hundes cada vez más en un dédalo

zigzagueante entre fachadas ciegas. Animadas por alguna oscura vida interior las calles se hacen cada vez más irregulares, fragmentarias, angostas, inconexas. No encuentras la salida hacia la sencilla realidad y cuando crees salir te adentras en algo profundo compuesto de rugosidades, entrantes y salientes, muros invisibles que separan puntos aparentemente contiguos, corredores que aproximan puntos en apariencia distantes, túneles gusano y pozos de agua negra en los que los lobos saciamos nuestra sed, pozos oscuros, sin fondo, repletos de vacío vivo del que están hechas las aceras por las que caminas. Al caminar por las aceras de la ciudad del vacío generas espacio en torno a ti y de ese modo creas una zona virtual, reservada e intacta. A pesar del bullicio en que andan envueltos, los transeúntes se te antojan animales mudos, sin mirada. Te sientes inmerso en una confusa proliferación de seres que bajo su apariencia honorable disimulan una duda, ignoran si todavía están vivos, los mueve la voluntad de encontrarse con fronteras jamás presentidas, se sienten libres viviendo como si en realidad nunca hubiesen nacido, no viven en el tiempo cronológico de la historia sino en ese otro mundo donde los fragmentos de tiempo no se dejan ensartar por una cuerda sino que constituyen los nudos de una red que envuelve el rostro con un primer velo. El mundo de Sunia, del que formas parte, prescinde del continuo de la longitud como dimensión, no esconde ningún secreto, se exhibe en su desnudez y sin embargo es impenetrable. No hay modo de acceder a lo invisible que habita en el interior de la ciudad roja, ninguno de sus habitantes puede acceder al jardín cerrado cuyo sólido muro impide la visión. Descubres entre la multitud a un cartero. Todos los carteros de Sunia son idénticos, proceden de una misma familia que ha provisto a la ciudad de carteros durante generaciones. El cartero mide menos de un metro cincuenta, viste un traje descolorido, lleva una bolsa enorme colgada del hombro, cubre su cabeza con una estropeada gorra atestada de insignias que definen con precisión la naturaleza de su cargo, sus atribuciones y cometidos, destaca en particular un cuerno de caza hecho de estaño dorado. Le preguntas al cartero por la Calle del Cisne. El hombrecillo se descuelga del hombro la bolsa, la pone en el suelo, la abre, e inicia una búsqueda febril, saca callejeros y puñados de cartas que quedan esparcidos por toda la calle, los callejeros que consulta resultan inservibles, en ninguno figura la Calle del Cisne. El cartero se disculpa con gran aparato gestual y prosigue la búsqueda consultando los inútiles callejeros. Coges del suelo una carta que ha venido a parar a tus pies, abres el sobre, contiene cuatro cuartillas de apretada escritura por los

dos lados. Lees al azar, saltando de una línea a otra para darte una somera idea del asunto, a veces, esa primera impresión es la más justa y la más acertada.

Noche: y una vez más... imaginarios grupos que van llegando repiten con desdén mi nombre... como si no hubiera bastantes ruidos reales en estas noches de plomo metálico... en estas noches de plomo líquido... ando por las habitaciones de la casa en la que una vez fuimos felices, y no te encuentro... me veo como un explorador que ha descubierto un lugar extraordinario del que jamás podrá regresar para darlo a conocer al mundo... me parece ver ahora como retazos de una nueva vida que juntos pudimos haber vivido... he estado luchando deliberadamente en contra de mi amor por ti, no me atreví a someterme a él... me he agarrado a cada raíz y a cada rama para salvarme del abismo vacío en que se ha convertido mi vida... no puedo engañarme más, si quiero sobrevivir necesito tu ayuda... no podemos permitir que lo que creamos se hunda en el olvido... regresa, regresa... me muero sin ti... por amor de todos los dioses, vuelve a mí... óyeme es un grito... vuelve a mí... aunque sea solo por un día... una vez al año los muertos viven un día...

Te guardas en el bolsillo la carta, para leerla más adelante, si se presenta la oportunidad, aunque tal vez la pierdas o la olvides. Comprendes que la investigación del cartero es inútil. Decides alejarte, para ahorrarte el espectáculo de su desesperación que parece crecer por momentos y que podría llegar a manifestarse de forma imprevisible. Cuando te encuentras a cierta distancia te vuelves y ves al empleado municipal rodeado por un impresionante montón de callejeros que amenaza caer sobre él y aplastarlo. De pronto caes en la cuenta de que el presunto cartero municipal no es más que un niño, quizás vaya disfrazado porque pretenda ocultarse y con tu pregunta lo hayas desenmascarado. Te acercas para disculparte y tratar así de tranquilizar al niño disfrazado de cartero, el cual se toma muy en serio su fingido oficio y pasa nerviosamente las páginas de un voluminoso callejero. ***Mire, tengo aquí la calle del Cisco, del Cisma, la Cismontana, la Cisterciense, la Cisoria, la calle de la Cítara, pero del Cisne nada. Tengo también la calle del Cerdo, del Ciervo, del Cinocéfalo, de la Comadreja, del Cordero, del Corzo, de la Cieguita, del Ciempiés y también la calle de la Cicuta, la calle del Cinamomo, la calle del Cinabrio, la calle del Mercurio, la calle de la Sal, la calle del Azufre, la calle del Fuego, la calle***

del Agua, la calle de la Tierra, la calle del Aire, pero no hay modo de encontrar la calle que busca.

Decides abandonar al presunto cartero a su suerte y le preguntas por la Calle del Cisne a un desconocido que acierta a pasar por allí, y te responde. *Nuestra desgracia es el espacio. Resulta que debajo de Sunia hay otra ciudad, con sus calles y plazas, con sus costumbres y misterios, de hecho, hace tiempo que lo intuía pero no había tenido la ocasión de comprobarlo, aunque tampoco buscaba esa ocasión, porque ¿qué sentido tiene comprobar algo de lo que se está seguro? Así que bajo nosotros está el medioevo, un nivel más abajo está la época romana y más allá la ibérica, luego la prehistoria de piedra nueva y vieja, los mamuts, luego parece que va el mesozoico, etcétera, la bajada no tiene fin.*

Le preguntas a otro habitante de la ciudad hueca y la vaga respuesta que consigues es esta. *Hay dos clases de personas que no hacen muchas preguntas. Unos son demasiado tontos y los otros no necesitan hacerlas. Creo que a veces la gente prefiere una mala respuesta a no obtener ninguna. ¿Por qué buscas el lugar en el que dices que habitas? ¡Como si aquí hubiera lugares! No, no hay lugar alguno. Nos apartamos y nos alejamos mas no hay espacio y ni siquiera tiempo. Todo lo que fue, es y habrá de ser. Todo lo que está en un determinado lugar está simultáneamente también en otro lugar.*

Le preguntas a otro transeúnte de edad avanzada y la respuesta que recibes es todavía más extraña. *Estoy tan acostumbrado a que nunca nadie me pregunte nada que cuando alguien lo hace, como usted ahora, en general tardo un buen rato en comprender qué es lo que se me pregunta y cometo la equivocación de que en vez de reflexionar tranquilamente sobre lo que acabo de oír, y que he oído perfectamente porque soy bastante fino de oído pese a mi ancianidad, me apresuro a responder cualquier cosa probablemente por temor a que mi silencio haga estallar la cólera de mi interlocutor, soy muy miedoso, el miedo ha sido toda mi vida mi compañía más cercana, siempre he tenido miedo a que me peguen, soporto fácilmente los insultos e invectivas, pero a los golpes no he podido acostumbrarme, es curioso, hasta los escupitajos me molestan, pero si se me trata con un poco de dulzura suelo responder, aunque no necesariamente lo que se me pregunta, yo en realidad no se nada de la calle Cisne, pero hay algo que sé y que voy a decirle, el vacío*

es una jauría de lobos y todos los lobos son un solo y único lobo, al cual llamamos indistintamente mercurio vivo, azufre rojo o león verde.

Un hombre moreno y silencioso llamado Braunshweiger se acerca y te dice. ***Quisiera transformarme en una camada de ratones, en una camada, es decir, en todos los que han sido paridos de una vez por una rata madre, y amantados por ella. Quisiera ser todos los ratones de la camada a un tiempo e inmiscuirme en todos los entresijos de la ciudad, para conocerla verdaderamente desde sus entrañas. Pero esta gracia no me ha sido concedida, así que le disuado de que me haga pregunta alguna acerca de ninguna calle de esta ciudad de ornamentos desechados edificada para la puesta del sol. Siempre es el mismo mundo y sin embargo uno tiene paciencia, cada imagen es de suyo un sueño. El espacio es un buhonero que vende chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas y peines. Se percibe la posibilidad de todas las cosas que potencialmente puedan llegar a suceder en este espacio. La energía del silencio se conserva siempre y permanece.***

Una mujer, vestida de negro y cubierta con velos ondulantes que permiten adivinar una encantadora exuberancia en distintos puntos, como único adorno luce una cadena de perlas color púrpura que se mueve tiernamente describiendo una sugerente curva desde el pecho hasta la región umbilical, se acerca a ti y te dice. ***No se si mi percepción se debe a una falta de debilidad para orientarme o puede aspirar a tener una validez objetiva. Desde que me hallo en esta ciudad del vacío no he encontrado el más ligero punto de referencia para situarme y tampoco he llegado a ningún lugar en el que pudiera decir que había estado. A decir verdad hace mucho tiempo confiaba vagamente en mi instinto de orientación pero ahora he dejado de hacerlo. Vivimos en un continuo estado de excepción. Hay que tener presente que se pueden dar circunstancias que exijan que nos ubiquemos. ¿No es justo y necesario que dispongamos de un plano exacto?***

No puedes estar más de acuerdo con la necesidad de algún mapa, pero parecer ser que esta mujer no está en condiciones de brindar ninguna ayuda, así que desistes de seguir escuchando lo que los transeúntes tengan que decirte y decides aceptar el juego que la ciudad misma tenga que proponerte.

8-4 Los Dos Soles

Te sientas en un banco tallado en la baranda de piedra del puente del Museo y te quedas mirando el flujo del agua, acaricias la idea de olvidar tu propio nombre y tratar de ser otro, alguien nuevo. Ser otro, no en el sentido de un nuevo comienzo o una nueva personalidad, sino porque la realidad y todos los individuos pierdan o dejen de lado su memoria y te admitan como un miembro hasta entonces desconocido, recién llegado, o alguien sin ataduras con el pasado. Maravillado por el vertiginoso espectáculo del nacimiento y la disolución de los remolinos en la superficie del agua, el sopor te llena el cuerpo con la sensación de un musgo tibio que crece. El rumor de los pasos apagados de los noctámbulos ejerce sobre ti un poder hipnótico, te sientes penetrado por una placidez que es como una caricia que rompe tu indolencia. Sientes el placer de la disolución. El musgo sigue creciendo con su suavidad letárgica, llega a la yema de los dedos, se convierte en esporas y se difumina en el aire. El tiempo se detiene, se convierte en una densa boria que compone una especie de paisaje del alma. Movidas por una depresión atmosférica repentina, las campanas de las torres de las iglesias se balancean y repican, el flujo de la sangre en el vientre, apacible, tal como lo percibe un niño todavía no nacido. Abres los ojos, miras hacia arriba y ves que en el cielo hay dos soles. No se trata de que haya salido el sol y todavía no se haya puesto la luna. No. Hay dos soles resplandeciendo en el cielo. De uno de ellos emana una especie de arco iris de tonos verdosos donde faltan por completo los colores cálidos. No puedes evitar compartir su sorpresa, para tratar de verificar con la aquiescencia de otro tu impresión te diriges a un transeúnte y le preguntas si él también ve dos soles o si se trata de una especie de desvarío de tu imaginación. Y el transeúnte. *Naturalmente que sí puedo ver los dos soles, se trata de un fenómeno conocido desde antiguo y es un claro presagio de viento. Una gran masa de aire hace de lente y crea una imagen especular del solo y único sol que nos ha sido dado. Cuando el sol virtual desaparezca, sin duda será un gran viento. Mira ese banco qué bien situado está, vamos a sentarnos. Mientras aguardamos permíteme que te cuente una historia para pasar el rato, la historia del pintor griego y el pintor chino. Si todo va de acuerdo con lo previsto, cuando termine de contarte la historia de los dos pintores antagónicos, entonces comenzará a contar el viento su historia de ruido y furia.*

A ti no te apetece lo más mínimo escuchar precisamente ahora una historia acerca de dos pintores, lo que te intriga es la pura expectativa de ver si efectivamente comenzará a soplar un gran viento cuando el anónimo transeúnte termine de contar su historia. Como si te hubiese adivinado el pensamiento, te dice. *Yo no soy un anónimo transeúnte, tengo un nombre. Permítame que me presente. Mi nombre es Samuel. ¿Cuál es el suyo?*

Tu respondes de modo absolutamente escueto, te limitas a decir tu nombre para que el que tiene que oírlo lo oiga, eso es todo. Y Samuel prosigue. *Bien, conozco tu nombre pero no se quien eres, lo cual no debe significar para ti ningún problema, el problema sería que tú mismo no supieses quien eres, porque estás partido por la mitad y tu otra mitad la has perdido, entonces tendrás que buscar tu otra mitad, y cuando la encuentres, problema solucionado, pasemos a otra cosa. Quiero contarte la historia de los dos pintores, pero antes me gustaría explicarte la etimología de mi nombre, detrás del cual se encuentra un antiguo apelativo hebreo, Inmanuel, que significa "el señor es contigo". Inmanuel es el nombre de Jesús, el cristo tigre, el último miembro de uno de los linajes de Samuel, que significa "el que anuncia al señor. Samuel fue el último de los jueces de Israel, los cuales eran figuras dispersas, sin dinastía hereditaria. La voz de lo oscuro le dijo a Samuel. "Nómbrale al pueblo israelita un rey cuya estirpe se alimente de tu sangre". Y Samuel interpretó las palabras, suponiendo que lo que se le pedía era que nombrase un rey, bajo la condición de que fuese él mismo quien engendrase en su esposa, la reina, de tal modo que el segundo miembro de la generación de reyes fuese hijo de la reina pero no del rey. Samuel escogió como rey a Saúl, el cual aceptó la dura condición que se le imponía, pero llegado el momento impidió, con la ayuda de la fuerza, que el último juez se acercase a su esposa. Samuel destituyó a Saúl y en su lugar ungió rey a David, que con derramamiento de sangre tomó a Betsabé y la hizo su reina. Como pago por haber sido ungido, David consintió que Saúl engendrase en Betsabé un hijo. Ese hijo fue Salomón. Pasado el tiempo, del linaje que parte de Samuel y Betsabé nació una tal María, que llegaría a ser madre del cristo Jesús, señor del tiempo solar. Se considera que Jesucristo fue un miembro de la estirpe de David, por la línea de Betsabé, la primera de sus esposas, con la que tuvo un único hijo, Salomón, pero yo soy un firme creyente la tradición hermética según la cual el padre de Salomón no fue David sino Samuel, el profeta*

que lo había hecho rey con la condición de que sería el que engendraría en la reina. Así Jesucristo resulta ser hijo del agua viva de Samuel, para quien las cosas del tiempo futuro estaban vivas en su presente. Tenemos ya poco tiempo para que sea el viento el que tome la palabra. Permítame que le cuente, a toda prisa, la historia que le había prometido. Un griego y un chino discutían delante del señor de la ciudad acerca de quién era mejor pintor y para saldar la disputa, el señor asignó a cada uno de ellos una casa para que pintasen la fachada. El griego consiguió toda clase de pinturas, de la mejor calidad, y coloreó su casa de la manera más elaborada. El chino no usó ningún color, se contentó con limpiar de toda suciedad la fachada de la casa que le había sido asignada, frotándola con agua clara hasta dejarla resplandeciente. Cuando las dos casas fueron ofrecidas a la inspección del señor de la ciudad, la casa pintada por el griego fue muy admirada, pero la casa del chino se llevó la palma, pues todos los colores de la otra casa se reflejaban en sus muros con una innumerable variedad de tonos.

Samuel concluye su historia y en ese preciso momento comienza a soplar el viento, una especie de tropel de jinetes levantando una nube de polvo, todos avanzando desde el no ser hacia el ser. Comienzan a desprenderse tejas de los tejados y a caer sobre el suelo con gran estrépito. Los dos corréis a refugiaros en un portal, y él te dice. *Una de las cosas que aprendes cuando te haces viejo es que no todo el mundo envejece contigo. Cada día que pasa es un día menos. El tiempo no está de tu parte. Tu vida se compone de los días de que está hecha. Nada más. Te apuntas a un viaje y probablemente crees tener cierta idea de cuál sea el destino, pero tu idea puede estar equivocada y ser profundamente errónea. Cada momento es un giro y cada giro una elección. En algún momento eliges y lo que viene después es la consecuencia. Las cuentas son escrupulosas. Todo está dibujado de antemano y ninguna línea se puede borrar. El camino que uno sigue raramente cambia de manera brusca y la forma de tu sendero particular era ya visible desde el principio. Se produce un cambio de lugar de las sustancias. Mira dentro de ti mismo, adhiérete a la perdida luz que fue un brote en el cielo. Esto hay que demostrarlo, desde abajo, a lo largo de nuestras raíces. Dos soles ha habido. ¿Me oyes? Dos y no uno. ¿Y qué? Tres o cuatro. ¿Qué más da? Todos los números provienen del cero. Todos los soles son hijos de la luz negra que engulle al tigre que devoró a Cristo.*

Como si hubiese advertido que ha llegado más lejos de lo conveniente, Samuel interrumpe sus desmesuradas palabras y adoptando la actitud de quien de repente recuerda que en ese preciso momento debía estar en otro lugar, echa a correr. Tú no haces nada por detenerlo, ni tienes la menor intención de seguirle, te has quedado dándole vueltas en tu cabeza a la peregrina idea de la luz negra y preguntándote qué es lo que la ciudad misma trata de decirle a través de sus fantasmagóricos habitantes. Por fin el viento se calma y se convierte de nuevo en aire quieto. Alborozado en tu noche, buscas apoyo en las inconsistencias, te castañetean los dientes en el abismo de cada ensombrecimiento, la fugacidad de lo extraño te cobija en su red.

8-5 el Niño Orquesta

Tratas de someterte por entero a la mágica mano con la que la ciudad te ha tomado suavemente por el cuello. Rondas por calles que se te presentan siempre nuevas en su orografía cambiante, todo lo que ves te apena, los hombres son animales mudos, los callejones parecen sin aliento. Contemplas las cosas a tu alrededor con el desapego con se mira una película antigua de la que faltan algunas bobinas. Caminas con paso vivo, sin prestar atención a una sensación vaga pero persistente de cerebro embotado. No te cansas de andar, cuentas los árboles incrustados en las aceras, un número par significa ***esperar***, un número impar significa ***dejar de esperar***. ¿Pero esperar, o dejar de esperar, qué? Ocupado como estás en contar los árboles, no adviertes la presencia de un niño que está sentado, en el suelo, en medio de la acera, tropiezas con él, y estás a punto de caer, pero rápidamente recuperas la posición vertical. El niño se disculpa con una inclinación de cabeza y sin necesidad de palabra alguna te explica el motivo por el cuál está sentado ahí, en medio de la acera, y lo hace señalándote con un suave ademán de su mano derecha la obra que está a punto de terminar. Se trata de un mosaico construido mediante conchas, dientes y pequeñas piedras de diversos colores, en los que se representan tres personajes. El mosaico está prácticamente terminado, sólo falta un dedo de la mano derecha de una de las figuras. Te maravilla lo bien conseguidas que están las expresiones de los personajes y le preguntas al niño. ***¿Quiénes son?***

Se trata de Kalda, Ebaki y Akelar, las tres almas desencarnadas que coexisten en el cuerpo material de todas y cada una de las personas. Kalda es la fuerza vital, el doble que se abraza a la materia, sus brazos y sus piernas están delante y detrás de ti. Ebaki va hacia aquellos que le dan agua, llega al lugar que conoce y hace hablar con inspiración. Akelar es el límite, la penumbra de la noche donde hunde sus raíces el cuerpo espiritual. No puedo decir ni una palabra más.

Tú no estás preparado para una respuesta como esta, ni siquiera estás seguro de tener un alma y ahí hay un niño que dice que lo que tienes no es una sino tres almas, que además tienen los extravagantes nombres de Kalda, Ebaki y Akelar. Un reducido grupo de espectadores están pegados a la pared, de un modo tan pronunciado que parecen confundirse con

ella, llevan ahí un buen rato contemplando la construcción del mosaico pero hasta ahora te habían pasado desapercibidos. Uno de los anónimos espectadores se despega trabajosamente de la influencia magnética de la pared, se te acerca, te coge del brazo y te susurra al oído.

El niño está en lo cierto, lo que dice es verdad, no tenemos un alma sino tres, pero esta es sólo una parte de la verdad, del mismo modo que la luz tiene alma, algunas ciudades también la tienen, ese es el caso de Sunia, que tiene una sola y única alma compuesta de todas las almas que alberga, y ese alma única y singular está en continua, constante y perpetua transformación, no obstante el alma original de la ciudad es anterior a la construcción de la ciudad misma, anduvo por ahí hasta que por fin encontró un lugar en donde afincarse y entonces comenzó a atraer a los pobladores, para alimentarse de sus almas particulares. En lo que a mí se refiere, soy plenamente consciente de que me he dejado arrebatar a Kalda, a Ebaki y a Akelar, en beneficio del alma de la ciudad y esa es la razón por la que transcurro lentamente a través de las horas sin que pueda destacar nada para el recuerdo, ningún motivo particular, sin embargo estoy seguro de que es posible encontrar a personas capaces de defender el punto de vista opuesto, que esta es una ciudad como cualquier otra, donde una infinidad de acontecimientos mínimos merecen ser destacados y no le es posible a la memoria permanecer ociosa. No es que ellos o yo estemos equivocados, de ningún modo, todos estamos en lo cierto, por eso esta es una ciudad de naturaleza ambigua, y al afirmar esto no me refiero a la naturaleza de sus habitantes, no hay nada de particular en lo que a los habitantes se refiere, cada uno de ellos tiene sus tres almas, ni una más ni una menos, pero vive como si no tuviera ninguna, la mayor parte de ellos son seres grises o gloriosos, alegres o envilecidos por la maldad, idiotas o inteligentes, incluso anda por ahí algún que otro iluminado adicto a cualquier credo, como ve un repertorio de lo más usual, así que no puede usted reprocharme que disfrace la atonía que veo crecer en torno a mí con mi limitado catálogo de inconsecuencias, de cualquier modo yo no engaño a nadie, a usted que por ser más joven o forastero está más predispuesto al engaño no quiero engañarle, como he notado su buen talante he decidido ponerme a su disposición. Según he sabido anda usted preguntando por cierta calle del Cisne y no encuentra a nadie que le responda del modo adecuado, como le digo yo estoy dispuesto a ayudarle pero no indicándole el camino, eso no sería exactamente una ayuda, sino disuadiéndole de que vaya usted por ahí haciéndose

enemigos con sus preguntas impertinentes, aquí en Sunia hay leyes nunca formuladas de modo explícito pero que todos observamos, así bajo ninguna circunstancia se da el caso de que alguien pregunte por una calle y obtenga una respuesta que pueda ayudarle a encontrarla, sencillamente uno debe abandonarse a la búsqueda y tarde o temprano la calle aparecerá o no, si aparece no lo hará en el momento en que el que busca, usted en este caso, esté más concentrado en su tarea de investigación, no, por el contrario la concentración es más bien un inconveniente, no hace más que demorar, e imposibilitar incluso, el acto del reconocimiento. Debe usted diluirse en ejercicios laterales que le distraigan de su tarea, sólo así la calle que busca, si lo cree conveniente, irá ella misma a ponerse a su disposición. En esta ciudad difícilmente puede obligarse a las cosas, objetos que se abandonan por un instante al milagro de una virtualidad no degradada en acto, hay mucha voluntad por aquí y no siempre sujeta a inteligencia. Hágame caso, no se empeñe en vivir y deje que la vida le viva. Déjese vivir, eso es. Déjese vivir. Todo ocurre o no ocurre y nuestra voluntad no es el caso. Sunia es todo lo que acaece, ella es la totalidad de los hechos, no de las personas o las cosas.

Las palabras del desconocido te resultan convincentes, pero no sabes muy bien de qué es de lo que estás convencido. El niño coloca el dedo que le falta a Akelar, la memoria sutil, la memoria que recuerda sensaciones que no han entrado por las puertas de los sentidos. El mosaico está completo. Para celebrarlo, con una maestría inigualable y un talento que da prueba de una milagrosa precocidad, el niño inicia una serie de imitaciones, acompañadas de elocuentes gestos: diversos ruidos de un tren que arranca, gritos de todos los animales domésticos, chirridos de la sierra sobre una piedra, estampido brusco de un corcho de botella de champagne que salta, glu glú de un líquido que se derrama, fanfarrias de un cuerno de caza, solo de violín, canto quejumbroso del violonchelo… El niño se embriaga de armonía, lejos de manifestar el menor cansancio se exalta más y más al contacto incesante de los efluvios sonoros desencadenados por él, su embriaguez se comunica al reducido auditorio, conmovido por el timbre expresivo de tales sones, semejantes a súplicas, y por la increíble velocidad puesta de relieve gracias a diversos encadenamientos. Y embriagado como está, el niño prosigue su serie enfebrecida de imitaciones. La borrosa vibración del finísimo hilo donde se balancea una araña. El murmullo de la sombra, hacia el mediodía, sobre un reloj de sol. El chasquido del hierro vencido que un valiente rompe sobre su muslo. El griterío de una convención de

pieles rojos, en la que todos ellos son jefes de estación. El grito de un hombre herido mortalmente por un arma clava en el corazón. El estrépito de dos falanges, igualadas en número, que luchan encarnizadamente cuerpo a cuerpo. Sones de guitarra llenos de dulzura y atractivo. Una lenta cantinela que se eleva, tierna y quejosa, acompañada por arpegios tranquilos y regulares. Varios trinos que, tras algunos instantes de esfuerzo, producen en el registro sobreagudo una nota final muy pura. Un aria de trinos y tonalidades extrañas que se compone de un solo y único tema bastante grave reproducido indefinidamente con palabras siempre nuevas. El niño pronuncia, a plena voz, toda clase de nombres variando el registro de la entonación y cada vez el sonido se manifiesta con pureza cristalina, de pronto fuerte y vigorosa, después débil hasta el último balbuceo, que se parece a un murmullo, ningún eco de bosque, gruta o catedral podría competir con esa combinación que realiza un verdadero milagro de acústica. Pero no se trata solo de la belleza del sonido, cada uno de los nombres que el niño pronuncia arrastra tras de sí su significado, aunque el significado mismo no se pronuncia y permanece cubierto por un velo.

Aarón ***<la montaña>***
Abel ***<el hijo>***
Adalia ***<la adoradora del fuego>***
Adara ***<la que captura pájaros>***
Ademar ***<el que es ilustre por sus luchas>***
Adisa ***<el que nos enseñará>***
Adif ***<el preferido>***
Alvina ***<la que es amable y amigable>***

Betzabé ***<la séptima hija>***
Braulio ***<el que resplandece>***

Caín ***<el que forjó su propia lanza>***
Crisólogo ***<el que da consejos que son como el oro>***

Dana ***<la que sabe juzgar>***
Dinorah ***<la personificación de la luz>***

Edipo ***<el que tiene los pies hinchados>***
Elbio ***<el que viene de la montaña>***
Elio ***<el que ama el aire>***

Fabia ***<la cultivadora de habas>***
Foma ***<el gemelo>***

Gradiva ***<la que avanza>***
Geteye ***<el maestro>***
Gwenabwy ***<la hija de la vaca>***

Helenka ***<la luz>***
Heráclito ***<el que siente inclinación por lo sagrado>***

Imelda ***<la que lucha con fuerza>***
Iona ***<la joya pura>***
Iracema ***<la dulce como la miel>***

Janina ***<la graciosa>***
Jendai ***<la agradecida>***

Kira ***<la luz>***
Kisa ***<la hermana de gemelos>***

Lautaro ***<el osado emprendedor>***
Lavinia ***<la pintora>***
Lena ***<la que vive sola en una torre>***
Licurgo ***<adiestrador de lobos>***

Mabel ***<la adorable>***
Manzur ***<el vencedor>***
Monelle ***<la solitaria>***

Nartecóforo ***<el que destruye con el fuego>***
Nereo ***<el que manda en el mar>***
Nolasco ***<el que parte y deja promesas>***
Nostoi ***<el que regresa>***
Nuru ***<la nacida de día>***

Onofre ***<el defensor de la paz>***
Orestes ***<el que ama la montaña>***

Pacomia ***<la gorda>***

Patallaqta ***<la sembradora>***
Procopia ***<la que marcha hacia adelante>***

Quillén ***<la lágrima>***
Quionia ***<la fecunda>***

Rachid ***<el prudente>***
Roidén ***<el que viene de las colinas>***

Salvino ***<el que goza de buena salud>***
Servando ***<el que guarda y defiende>***
Susarte ***<el hijo del carbonero>***

Tancredo ***<el que da consejos sagazmente>***
Tario ***<el engendrado en un lugar de ídolos>***
Travis ***<el que viene de la encrucijada>***

Umbelina ***<la sombreada>***
Urania ***<la que tiene grandes sueños>***
Ursula ***<la que es graciosa como una osa pequeña>***

Vanora ***<la ola blanca>***
Viviana ***<la pequeña>***
Volupia ***<la voluptuosa>***

Wann ***<la pálida>***
Wilfrida ***<la de gran voluntad>***

Xenia ***<la forastera>***
Xiomara ***<la combativa>***

Yalena ***<la luz>***
Yanira ***<la destructora de hombres>***
Yuraima ***<la que viene del agua grande>***

Zoé ***<la que brilla>***
Zulma ***<la que es sana y vigorosa>***

Toda letanía conduce a un encantamiento verbal, el sentido se va a pique, las palabras echan a volar y desde arriba atraen mediante señas a

otras palabras afines, las succionan hasta hartarse y vuelven a caer, no lejos del lugar donde alzaron el vuelo. El repertorio ensordecedor del niño orquesta brinda la ilusión completa de la realidad a quien cierra los ojos un instante, tú los cierras, y lo que ves que no puedes decirlo, pero eso es lo que es la realidad. Los espectadores que hasta ahora habían estado atrapados por la pared mediante una extraordinaria fuerza magnética, sienten como repentinamente el magnetismo se disipa, quedan mágicamente en libertad, y movidos ahora por una prisa repentina se dispersan en todas las direcciones del espacio. Tú también echas a andar, sin olvidar lo que has visto, consideras que no es tan importante regresar a la casa del Carnicero, has dejado allí tus cosas, pero pocas en realidad, nada de lo que no se pueda prescindir, y te dices. ***Que andando al azar penetre en Sunia y Sunia penetre en mí.***

Caminas, caminas, y la ciudad se te aparece siempre nueva. En el rostro de los transeúntes ves, no la expresión que ellos realmente tienen, sino la que tendrían para contigo si supiesen de tu vida y de cómo eres. Caminas hasta bien entrada la noche, sientes como si ya no estuvieras dentro de ti mismo. No se me ocurre otra manera de expresarlo. Ya no te sientes. La sensación de vivir se te ha ido escapando gota a gota y en su lugar hay una milagrosa euforia, un dulce veneno que corre por tu sangre, el innegable olor de la nada. ***Este es el momento del sueño.*****Te dices, y a continuación.** ***Ahora es cuando me duermo.***

Tu cansancio es el del gladiador después de la lucha, te apoyas en un buzón y echas una cabezadita. Sueñas que un pájaro se posa sobre tu hombro y te susurra al oído. ***Yo soy el blanco del negro, el rojo del amarillo.*** **Y también.** ***Amarillo como un torrente, lento el azul a través del rojo, la rigidez inaugura el reino.***

Tienes la sensación de penetrar en una geografía soñada por alguien liberado de todo.

	9_{F}
	8_{O}
	7_{N}
	6_{C}
	5_{B}
2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

9 Fluor

9 El Teatro

9-1 Aire Líquido

Movimiento estocástico. Caminas al azar. El tiempo es un caracol rojo y se desliza a tu lado. ¿Para qué sirve el tiempo? El tiempo impide que todo sea dado a la vez y hace que un suceso siga a otro. No sigues plan alguno, un decorado te lleva al siguiente. Recorres las cuerdas de la red y saltas a través de los nudos explorando una de las innumerables formas de hacerlo. No eres capaz de recorrer dos líneas de vida a la vez porque no puedes vivirlas simultáneamente, no es seguro que vayas a vivir un número innumerable de vidas, ni siquiera hay certeza de que vayas a vivir dos vidas, y ni siquiera una, no se puede excluir por completo la posibilidad de que seas un personaje imaginal que la imaginación imagina, o un sueño que alguien sueña. Todo es posible, cada suceso tiene un cierto grado de probabilidad, pero nada es seguro. Los sucesos con un grado de probabilidad cero son imposibles. Los milagros son sucesos imaginales con grado de probabilidad cero. Tú no crees en los milagros, tienes que recorrer un camino y cada instante tienes que hacer una elección en una encrucijada, disyuntivas sencillas como quedarte en el sitio en donde estás o caminar, moverte en una o en otra dirección, cruzar o no una calle. Si la serie continua de elecciones que realices es la adecuada, tu línea de vida llegará a determinado punto, equivalente a un suceso perfectamente posible en tu futuro próximo. Refugiado en el interior de su instante, un suceso que te está reservado te aguarda en el futuro, depende de ti que llegues a vivirlo.

Los nombres de las calles son todos iguales y también una misma calle tiene infinidad de nombres. Nada es seguro. Caminas en dirección norte con el sol a tu derecha, cruzas la calle y entras en una iglesia repleta de tumbas, de modo que apenas queda lugar para los vivos. Dentro de la iglesia bóvedas y columnas como vendas de yeso en torno a los brazos rotos del trono. Te intimida un murmullo de fondo que proviene de diminutos agujeros negros que se encuentran en el centro geométrico de cada tumba y murmullan, entre ellos, viejas historias de familia.

Sales de la iglesia. La inminencia de la primavera difunde en el aire un perfume opresivo. Como una nube de hormigas aladas sobre el Ganges, se levanta una boria que se extiende como una alfombra, difumina las formas, da a Sunia un ambiente recogido e íntimo, y la convierte en una gran casa en la que se suceden salas y corredores.

Un cementerio al aire libre deja espacio entre las tumbas para las mesas de un bar donde la gente se congrega. Caminas y caminas. Hasta que la debilidad te obliga a sentarte en cualquier sitio para descansar un poco, pero tienes que levantarte y seguir caminando. Una muchedumbre viene en la misma dirección que tú, avanzan más deprisa. ¿Hacia dónde se dirigen? Te alcanzan y te adelantan. Tú te dejas llevar por la dinámica de una fuerza de atracción que dimana del propio movimiento. En realidad es el propio movimiento el que se mueve y al hacerlo impulsa cada cosa hacia el futuro que le es propio. Lo primordial es la danza, cuando la danza comienza se materializan en el espacio los danzarines. La cerámica convoca al ceramista. El mapa convoca al territorio. El libro convoca al autor, para que lo escriba, y convoca al lector para que entre en el libro. El libro es una torre, la lectura continúa la construcción de la torre.

En medio de unos desmontes cerrados por tabiques, te deslumbra la fachada inacabada de un templo para almas en pena, una de las torres está atestada de gorgonas de ojos infernales, la otra está a medio construir y sirve de nido a las cigüeñas. El rebaño de la multitud entra en el templo y tú, que formas parte de ella, también entras. Perdido en medio de la gente te encuentras en una estancia mal iluminada de dimensiones reducidas. El número de los que tratan de entrar es enorme, no obstante no parecen encontrar resistencia a su paso, como si al progresar creasen una especie de vacío a su alrededor.

Te encuentras delante de una especie de altar, detrás del cual hay un hombrecillo vestido con atuendo litúrgico que dispone una serie de utensilios. Un libro, un cáliz y un reloj de arena. Del sacerdote emana una especie de calma beatífica. Sosiego, apacibilidad. El oficiante levanta la vista y te dirige una mirada de reconocimiento, como si tú mismo formaras parte del rito y debieras aparecer en el preciso instante en que lo has hecho. El sacerdote abre, ¿al azar?, el libro y comienza a entonar una letanía. La melodía te resulta familiar. Todos los congregados comienzan a cantar y tú te abandonas a las exigencias del juego

polifónico. Te unes al grupo de forma natural y tu voz, al hacerse una con todas las otras voces, alcanza oscuras resonancias a las que te elevas por primera vez, cantas y cantas, entras en éxtasis, pierdes la conciencia y caes desvanecido.

Cuando sales del desvanecimiento la estancia en donde te encuentras está prácticamente vacía, la ingente multitud de las que formabas parte se ha disgregado, solamente quedáis el sacerdote y tú. El sacerdote toma en sus manos el reloj, lo rompe, vierte la arena en el cáliz y pronuncia con voz de cazallero un conjuro que lee parsimoniosamente del libro. A continuación toma el cáliz, se lo lleva a los labios y bebe ávidamente no arena sino sangre que se derrama por las comisuras de sus labios. Es demasiado para ti, puedes llegar a creer que ciertos magos conviertan el vino en sangre, pero que ese sacerdote sea capaz de convertir la tierra en sangre es algo que de ningún modo estás dispuesto a creer, sospechas que se trata de un farsante que se ha mordido su propia lengua para que los vasos capilares se rompan y llenen la copa bendecida.

Te alejas de esa confusa farsa y en el camino hacia la puerta descubres a un anciano caído en el suelo que hace esfuerzos por incorporarse. Le ayudas a levantarse y para expresarte su agradecimiento, el anciano te dice. *El casino. Debes ir al casino y apostar al once.*

El encargado de la Casa del Carnicero escogió al azar una llave y salió el once, ahora el anciano te recomienda también el once para apostar en el casino. Tienes pues algo concreto que buscar, abandonas el templo con pasos veloces que denotan tu inquietud, no te vuelves para mirar hacia atrás. Cuando sin demasiada convicción preguntas por el casino te responden que efectivamente hay uno en la ciudad, pero que tendrás que ser tú mismo el que des con él. La respuesta no te sorprende, por el contrario lo sorprendente hubiese sido que hubieses recibido alguna indicación clara.

Anochece. Te encuentras en una plaza octogonal de dimensiones reducidas en la cual se encuentra la entrada al casino. No te lo piensas dos veces, entras. Alrededor de la mesa de ruleta se agolpa un grupo de jugadores, te unes a ellos y apuestas al once. Una mujer con cabeza de ofidio y manos palmípedas, te dice. *Eres necio, jamás unificarás los opuestos con el once, el diez y el doce son los números.*

Fait votre jeux. Replica la voz del crupier y manos ansiosas se precipitan para colocar las últimas monedas en los escaques sobre el tapete verde.

Le jeux son faits. Rien ne va plus. El ruido de la ruleta girando. El murmullo del silencio. *Once, impar y negro.*

Has ganado. El crupier te entrega un sobre, lo abres, encuentras una entrada para el Teatro. El crupier te explica. *Has unificado los opuestos en el once y has ganado una entrada para el teatro. Como podrás imaginar, encontrar el camino del teatro no resulta sencillo, acaso la función comience mientras tú estés tratando de encontrarlo.*

Comienzas a entender el juego que Sunia juega contigo, la ciudad te va ganando con su incoercible e inconmensurable fuerza de atracción, en algún lugar de ella se encuentra un espacio íntimo que te está reservado. Hay un jardín secreto hacia donde viajar. El lobo gris ha sembrado de huellas el desierto. Las huellas son semillas y germinan. Cada semilla lleva replegada en su núcleo una línea de tiempo, y la línea se despliega, y la flecha del tiempo comienza su vuelo.

9-2 la Torre de Babel

Dejas a tu espalda el Casino y echas a andar. La calle te resulta familiar pero no la has recorrido antes, ni la volverás a recorrer, está flanqueada por edificios en donde se crían gatos, conejos, cerdos y ratas muy sociables que se pasan la mayor parte del día contándose historias de familia, algunas de las cuales se remontan a un pasado mítico en el que el mundo estaba poblado sobre todo por ratas. La calle es ahora tu espacio y se te antoja un escenario con transeúntes que van y vienen. Los rostros de cada uno de los miembros de la multitud son como hojas sobre una rama. Unos se dirigen a algún sitio y otras no se dirigen a ninguno. Unos tienen un objetivo y otros no lo tienen. Unos querrían ralentizar el paso del tiempo y a otros les gustaría acelerarlo.

Un hombre que ha vivido en un país de muchas lluvias.

Un niño evadido de un gran terremoto que llegará a convertirse en guía secreto de multitudes futuras.

Una mujer inmóvil como una estatua está absorta en una piedra delante de sus pies que parece considerar como un obstáculo insuperable.

Una anciana lleva una cesta en el brazo, tropieza, se cae al suelo y de la cesta salen dos gatitos aullando alegremente.

Colgado de la robusta rama de un roble, un duque que acaba de ahorcarse agita los pies luchando por abandonar el reino de la incertidumbre.

Un hombre aficionado a los dibujos de cerámicas verdes para estanques de aguas vivas.

Un hombre que se alimenta de conejos que caza poniendo trampas a la luz de la luna y de tortitas hechas con leche de madre lactante.

Monjas vesánicas con cara de rata y abdómenes desproporcionados.

Niñas con una sola ceja corrida.

Un letrado sabihondo lleno de sí mismo.

Hombres de negocios uncidos a sus carteras.

Hombres que han enlazado unas a otras sus convicciones y han agrandado su presencia.

Hombres recubiertos por las mordeduras de su imaginación.

El guarda del lago lleva sus manos cargadas de juncos.

Los señores del río llevan el grano a las bestias que se han de sacrificar.

Una mujer que ha arrojado al mar su pasado y lleva en sus labios el sabor de las olas.

Una mujer de brazos azucarados y perfumados.

Una mujer que huele a acacia.

Una mujer con una mirada algo soñadora, no infeliz sino ausente.

Una mujer que lleva dentro de sí extensiones, montañas, llanuras, lagos y mares.

Una mujer que prefiere la ciudad en la que vive al difícil eterno de la vida.

Una mujer somnolienta que huele a azufre.

Un cerebro nocturno y puro.

Un hombre boquiabierto mirando no sé qué.

El hijo de un campesino y una duquesa.

Personajes desprovistos de rostro proyectan su sombra sobre las paredes, al tiempo que se afanan en diversas actividades.

Una mujer lucha en el suelo contra un enemigo invisible.

Un anciano empuja un cochecito de niño cargado de piedras.

Un diputado se flagela con un látigo y la gente le arroja pétalos de flores.

Amas de casa dan un paseo acompañando a una comitiva de niños que evoluciona ante los escaparates de las tiendas, tenderetes con golosinas y bazares, y se van perdiendo paulatinamente en calles laterales, negras y estrechas que son las huellas de tajos de cuchillo en el cuerpo urbano.

La ciudad misma tiene propensión de modificarse con cada habitante que la recorre.

Con la intención de modificar localmente la ciudad en el preciso lugar en donde plasma su arte, un pintor callejero está pintando la torre de Babel sobre la acera. En el interior de cada estancia de la torre el pintor dibuja una cifra y da por concluido su trabajo cuando la torre alcanza exactamente treinta y dos niveles de altura y contiene ciento veinte estancias, ni una más ni una menos. Dirigiéndose a la audiencia de la que tú formas parte, el pintor explica poéticamente su visión de la existencia, enuncia un interrogante y él mismo formula una posible respuesta.

Yo he vivido una vida serena, profusamente adornada con hepáticas, en una región verde y silenciosa con sus horizontes en cierto modo refrescantes que todo lo ponderan y sin embargo no puedo dejar de formularme esta salvaje y licenciosa pregunta. ¿Hay vida antes de la muerte? Acaso la respuesta sea construir la oscuridad, incubarla en

nuestra sangre, apartarnos de los ministerios del miedo, dejar de lado los rencores y los odios, mantenernos limpios, preparar nuestras manos para que sean capaces de alcanzar la piedra que nos está destinada, la piedra de los cambios que nos dará verdaderamente la vida que, hoy por hoy, no tenemos.

Las palabras del anónimo pintor contienen savia suficiente para sobrevivir aletargado todo un invierno.

9-3 El Pasacalle

Te cruzas con el pasacalle. Arropados por la luz incierta de las antorchas una errabunda pandilla de saltimbanquis anuncia un mirífico espectáculo.

Hoy Teatro Natural en las Arenas.

Enanos acróbatas.
Deliciosas muchachas sin edad montadas sobre zancos.
Dos mellizos disfrazados de coral.
Un rey y sentado en un trono de hierro.
Trompetas, trompas y cornas, seguidas por luchadores ascéticos, maestros en la danza de los cuchillos, lobos y leones que cifran secretos alquímicos.
Un forzudo empuja un descomunal imán que atrae a las vírgenes en las noches de verano.
Un bandolero arrastra un bloque de hielo con su escorpión de acero.
Un esquimal exhibe en el pecho una ruina tatuada por incendios.
Una vampiresa envejecida, todavía bella, pero venenosa como una serpiente.
Dos jirafas, un avestruz, cuatro pavos reales, cinco elefantes, seis osos, siete tigres blancos.
Una ballena azul en una enorme urna de cristal.
Mujeres abstractas carentes de cuerpo y de alma, convertidas en meros signos, cada una es un jeroglífico alejandrino.

Sigues al pasacalle y así llegas a una amplia plaza de dimensiones irreales, en el centro de la cual se levanta la imponente mole de las Arenas, un circo de piedra antigua espléndidamente pulimentada en donde se ha instalado el Teatro Natural.

Dispersos entre la multitud hay variedad de tipos. Hombres que no encuentran su verdadero tiempo, mujeres de negro que sólo dejan ver su mirada, adiestradores de perros, narradores de cuentos, vendedores de fruta, aguadores, limpiabotas, sonámbulos, guardagujas, fareros, metereólogos, espeleólogos, delineantes, funámbulos, acróbatas, tragasables, tragafuegos, familias humanas en las que los odios cantan a

veces como gorriones en medio de cuchitriles en los cuales se venden saltamontes fritos, escorpiones, caramelos cubiertos de moscas, bolas de san Antón, churros, regaliz, pan de dátil, canela, azafrán y pimienta negra, todo mezclado con el olor amoniacal, a orina, a almizcle, a cieno, a cocido, aceite quemado, aromas grasos, y los rostros, dulces, sosegados, expectantes, bestiales, malignos, herméticos, todo inextricablemente inscrito en la textura del espacio, que cambia a cada instante.

El tiempo parece frenarse en su loca carrera, sientes tu propio cuerpo indeterminarse, dejas que tus piernas te guíen. Te resulta sumamente agradable deambular entre echadoras de cartas y vírgenes aquejadas de ceguera sobrenatural que cambian de aspecto a causa de su debilidad. Un hombre, con cabeza de león vestido con tiara a la usanza persa, ayuda a un niño a llegar a lo alto de una cucaña donde se encuentra una naranja espolvoreada con canela negra. Únicamente es posible abarcar la realidad alzándose sobre ella y mirándola con la mirada desenfada de un ángel aquejado de locura.

9-4 La Serpiente

Estás ante la impresionante mole del Teatro, con ágiles pasos te acercas a una de las puertas y le entregas al portero la entrada que el crupier del Casino te dio por haber unificado los opuestos en el once. La Casona, la Aldea, la Casa del Carnicero en la Calle del Cisne, el Templo, el Casino, el Teatro. El espacio no está poblado de lugares independientes. Un lugar lleva a otro. Hay una necesidad que obliga, algo así como una especie de teleología. Todavía no has llegado pero el futuro ya ha salido a tu encuentro. ¿Qué te estará esperando cuando salgas del Teatro?

Recorres una letanía de corredores y escaleras, accedes a las gradas y te acomodas en un asiento. El espectáculo hace tiempo que ha comenzado, diversos números han sido representados y han hecho las delicias del numeroso público congregado. Ahora está a punto de comenzar el último número.

En el centro de la pista se yergue un enorme poste sobre el que están suspendidos dos trapecios y dos cuerdas anudadas que llegan hasta el suelo, lo que hace pensar en algún espectáculo que va a tener lugar en el aire.

Entra en escena una muchacha que lleva una cinta azul en la frente y una graciosa túnica blanca, no demasiado larga, que deja al descubierto dos pares de preciosas piernas que más bien parecen las columnas que adornaban la entrada a algún fabuloso templo antiguo, lleva en una mano una jaula con un conejo, a su lado una serpiente repta con movimiento ceroso.

La muchacha deja la jaula con el conejo en el suelo, toma con sus manos a la serpiente y se la pone en el pecho, acerca su cabeza a la de ella y clava su mirada en sus ojos de esmeralda. La serpiente saca una lengua delgada y hendida, cilíndrica y húmeda como una anguila.

La muchacha abre la boca, introduce la cabeza del reptil entre sus labios, y comienza a tragárselo, la garganta se le dilata centímetro a centímetro, y se le hinchan las venas del cuello. El anillo de sus labios se expande para adaptarse al cuerpo viscoso de la serpiente que se va tragando, sus ojos se van volviendo vítreos y fangosos, como si ella

misma se estuviera transformando en ofidio. Necesita un largo lapso de tiempo para hacer desaparecer dentro de ella el cilindro vivo y musculoso de la serpiente.

Ahora comienza a bailar, ejecuta movimientos ondulantes con el vientre, la danza es hipnótica, los movimientos que ejecuta son antiguos y tienen el poder de despertar una especie de lascivia degenerada en los asombrados espectadores.

Termina la danza, se queda quieta, su vientre comienza a expandirse y contraerse, como dominado por una especie de hipo salvaje, se le dilata desproporcionadamente el cuello, y la cabeza de la serpiente aparece entre sus labios como una lengua tumefacta.

La muchacha agarra la cabeza y va tirando despacio del cuerpo de gusano gigante, hasta que sale por completo de su interior, entonces la deposita en el suelo con suavidad y abre la jaula donde está encerrado el conejo.

Al verse libre, el conejo se pone a brincar, desorientado, por el escenario, hasta que se detiene con las orejas tiesas. La serpiente se endereza, se balancea ondulante, proyecta la cabeza hacia adelante y muerde al conejo en la nuca, que se convulsiona descontroladamente durante un largo instante antes de quedarse rígido, paralizado por el veneno, pero todavía vivo. Con movimientos muy antiguos la serpiente se traga al conejo, paralizado pero todavía vivo, que acaba muriendo por asfixia.

La mujer coge a la serpiente y la encierra en la jaula. Nueve enanas blancas, que parecen salidas de las estribaciones de la galaxia, entran en escena realizando piruetas y movimientos incomprensibles, se acercan a la jaula con la serpiente que se ha tragado al conejo, la cogen y salen del escenario

En las bambalinas, un enano deforme y contrahecho, saca la serpiente de la jaula y la convierte en un bastón, y a continuación entra en escena acompañado de una segunda muchacha prácticamente idéntica a la primera, como una imagen especular, también lleva una cinta azul anudada en la frente, y una corta túnica blanca que deja al descubierto dos pares de portentosas pierna.

Las dos muchachas se tienden en el suelo, se levantan las faldas y comienzan a orinar. Sus orines se verticalizan como un surtidor. En el extremo colocan una almendra con su dura cáscara. Los dos surtidores ascienden y descienden perfectamente sincronizados como en los juegos de agua de un parque romano. La fuerza de tan curiosos surtidores pone en vuelo las avellanas que se elevan hasta una altura insólita. Tras alcanzar el punto más alto de sus trayectorias las dos muchachas dejan de orinar y, sometidas a la afinidad gravitatoria, las dos avellanas caen en sus vulvas, entonces las muchachas contraen con insólita fuerza su precioso instrumento y la cáscara de las avellanas se rompe. En medio del alborozo del público las dos muchachas exhiben las almendras y se las ofrecen al enano, que se las come.

La dos muchachas trepan hábilmente por las cuerdas anudadas haciendo uso de manos y piernas y así llegan a la altura de los trapecios suspendidos en el aire, en donde realizan demónica variedad de piruetas y saltos mortales, hasta que por fin se reúnen las dos en uno de los trapecios e imitan la inmovilidad de la piedra aguardando a lo que tiene que ocurrir a continuación.

El enano deja el bastón en el suelo y asciende por una de las cuerdas hasta llegar a la altura del trapecio en donde se encuentran las dos muchachas, y expone, a la vista de todos, su descomunal miembro. Entre el público se oyen risas, palabras de censura y gritos de aprobación.

El enano salta desde la cuerda hasta el trapecio. Una de las muchachas le dice. ***Hazlo despacio, si te atolondras el firmamento roto en lanzas de mármol se echaría sobre nosotros.***

Y la otra. ***Eres un niño que respira todo el vacío tenaz del cielo, con un silencio lleno de luces rodéame todo el cuerpo, como un gato.***

Dice el enano dirigiéndose a la primera muchacha. ***El semen de los enanos es verde y es útil para engrasar espirales de reloj, brota en gotas casi transparentes semisólidas que cuando reposan un instante después del intenso placer pierden la noción de sus propias dimensiones.***

Y dirigiéndose a la segunda. ***Nada va a crearse ahora, todo ha sido ya establecido como es, si quisieras volver a nacer no podrías, tú misma no***

saber encarnarte en algo diferente a lo que eres, por mucho que te esfuerces la armadura que te contiene es invariablemente igual a sí misma y el contorno de los acontecimientos pertenece de igual modo a una invariación absoluta.

Tras haber probado el fruto del almendro, tras haber escuchado lo que ha escuchado, y tras haber dicho lo que ha dicho, el enano se siente impelido a copular con las dos muchacha, y las penetra, o simula penetrarlas, al tiempo que ellas se contonean, levantan los brazos y los agitan, articulando una especie de danza.

El enano desciende por la cuerda hasta la pista y extiende ostentosamente los brazos, con las palmas de las manos abiertas mirando hacia arriba como si esperasen recibir algo que está a punto de caer desde lo alto.

Los vientres de las dos muchachas comienzan a engordar aparatosamente, cuando alcanzan el tamaño adecuado se abren de piernas y aparentemente desde el interior de cada una de ellas sale a la luz un niño, el cual cae directamente hacia el suelo. Se escucha un murmullo de recelo e inquietud, pero las ágiles manos del enano recogen, uno tras otro, a los dos niños, y los deposita cuidadosamente en el suelo.

El enano recoge su bastón, lo arroja al suelo y se convierte en una descomunal serpiente, que devora a los dos niños. Coge la serpiente por la cola y se transforma de nuevo en bastón. El público duda entre aplaudir una vez más o quedarse petrificado, prácticamente de forma unánime opta por lo segundo.

Salen a la pista dos jirafas y un avestruz. Cada una de las jirafas lleva colgada de su cuello un canastillo en donde va tranquilamente uno de los dos niños que el público creía que habían sido paridos allí mismo y devorados por el bastón del enano convertido en serpiente. Todo lo cual era fruto de un instante mágicamente intercalado en el curso de los acontecimientos para crear en el público la ilusión de algo insólito, sorprendente y acaso un poco degenerado.

Las dos muchachas descienden del trapecio a través de las cuerdas anudada, y responden a los aplausos con inclinaciones de cabeza y

suaves movimientos de danza, a continuación montan gracilmente sobre la grupa de las jirazas, toman a sus niños de las cestas, se desnudan un pecho y comienzan a darles de mamar tranquilamente como si se encontrasen en la intimidad de sus casas. El enano monta sobre el avestruz y blande en el aire su bastón. Y jirafas, muchachas, niños, avestruz y enano se dirigen hacia la salida.

Se quitan las cintas azules y las lanzan hacia el público que se arremolina para tener la dicha de hacerse con tan singular presente, tras lo cual abandonan la escena. El número parece haber terminado y la multitud se embelesa en un aplauso complacido por la ilusión de realidad simbólica de que ha estado impregnado todo el espectáculo.

El enano vuelve a entrar en escena cabalgando el avestruz a toda carrera y blandiendo su bastón, da un doble salto mortal y cae de pié sobre el escenario. Arroja al suelo el bastón, que de nuevo se transforma en una serpiente, abre sus fauces y de ella salen a gatas los dos niños y el conejo que se había tragado. Las dos muchachas vuelven a escena cabalgando sus respectivas jirafas, sin dejar de amamantar a sus niños y seguidas por cuatro gráciles pavos reales con las colas desplegadas en donde se muestra el espectro de colores del más bello arco iris imaginable.

Redoblados e impetuosos aplausos, el público premia de ese modo la irrupción de lo imprevisible en el escenario. Cada una de las muchachas recoge a uno de los nuevos niños del suelo, y los montan con ellas sobre las ágiles jirafas, se desnudan el otro pecho y amamantan simultáneamente a los cuatro niños.

Ahora los cuatro pavos reales repliegan sus colas, sus portentosas alas elevan en el aire la extremada ligereza de sus cuerpos y comienzan a revolotear en torno a las jirafas que andan envuelta en su loca carrera circular. Por fin los cuatro niños dejan de mamar, las dos muchachas cubren sus pechos y comienzan a lanzar suavemente, uno a uno, los niños hacia los pavos reales.

Dotados de una portentosa seguridad los niños se aferran con piernas y manos a los lomos de los pavos reales, el arco iris plegado y abrazado hasta lo inexpresable, hasta la absorción del vacío que pone en movimiento las configuraciones en busca de la diversidad.

Los pavos reales comienzan a remontarse en círculos en el aire hasta llegar a la plataforma elevada desde la que cuelgan los dos trapecios, en donde depositan a los cuatro niños, los cuales saludan graciosamente al público que a su vez responde con una salva de aplausos sin precedente.

Las muchachas descienden de las jirafas, retiran la tapa que cubre la apertura de un pozo, ascienden por las cuerdas hasta la plataforma, en donde recogen a los niños, se arrojan con ellos hacia el pozo, describiendo una trayectoria levemente diagonal, y desapareciendo en sus oscuras aguas. Hay un prolongado momento de inquietud, comienza a crecer la sospecha de que se hayan ahogado, porque el momento se prolonga demasiado, resulta imposible sostener tanto tiempo la respiración. Nerviosamente unos pocos espectadores comienzan a esbozar unos titubeantes aplausos que son una especie de demanda disfrazada de que se resuelva el enigma expuestoy desaparezca por fin la extrema incertidumbre y el desasosiego acumulados.

El pozo se comunica, mediante un sifón y una galería subterránea, con las bambalinas, y ese el camino que las dos muchachas y los cuatro niños recorren para aparecer finalmente por el escenario seguidos por el enano, el conejo, las dos jirafas, el avestruz, los cuatro pavos reales, cinco elefantes, seis osos, siete tigres blancos, una ballena en una urna de cristal, un león verde, un lobo gris, un rey sentado en un trono de hierro llevado a hombros por cuatro leprosos, y una serie de personajes, cada cual más estrafalarios, vestidos con un enorme desconcierto de vestimentas que difícilmente podrían ser interpretadas, todos ellos probablemente han actuado en la serie de números del espectáculo, tú únicamente has tenido ocasión de disfrutar del último: el número de la serpiente.

9-5 Movimiento Interior

Las colectividades sin dispersión no existen, es decir, no corresponden a estados reales. Todas las colectividades están afectadas de dispersión, incluso las homogéneas. La dispersión de colectividades homogéneas se debe a que los estados que le son accesibles vienen determinados casualmente por ciertas variables ocultas que no son otra que inhomogeneidades inherentes a la estructura interna del vacío de fondo que recorren en todas direcciones los campos.

En la turbamulta que sale precipitadamente de las Arenas los hay que gustan del la complejidad, el desafío, la ambigüedad y la abstracción, pero también están los creyentes en residuos degradados de diversas creencias, en escapatorias, en limitados recursos, autojustificaciones, excusas que otros inventaron para perpetuarse en la locura conservadora de sus descendientes, y están también los practicantes de subterfugios y efugios, que no son otra cosa que evasiones, salidas y recursos para sortear dificultades. Ángeles de dios, cosacos, osos, gorilas, diablos, brujas, profetas, judíos, pigmeos, putas, legionarios, funcionarios, pastores, mineros, camellos, carteros, filatélicos, leñadores, carboneros, metalúrgicos, ferroviarios, químicos, teólogos, etimólogos, epistemólogos, locos, leprosos, cretinos, paralíticos, pordioseros, asesinos, taberneros, gatos, lesbianas, granujas, tártaros, familias numerosas, enanas, curanderas, monjes beduinos, señoritos, charlatanes, héroes, tartamudos, mendigos, holgazanes, abogados, borrachos, médicos, ortopédicos, juglares ciegos, anacoretas, renegados, roqueros, conversos, militares, cavernícolas, samuráis, discapacitados, bandoleros, semitas, viajantes de comercio, agentes de seguros, hombres orientales, patricios con togas, gitanos gnósticos, místicos herméticos, padres dominicos, santos con nimbos de cartón, la personificación de la primavera, el cortejo de todos los elementos, un Adán prelapsario, un rey con su corona, un cardenal con su mitra, un guardia civil con su tricornio, un niño aprieta en la mano un fruto maduro, una mujer ríe una risa estridente, otra mujer lleva una lámpara encendida, unos niños que llevan la cabeza rapada cantan apresurados villancicos con voces falsas y mutantes, muchachas delgadas, morenas, huesudas y sombrías como caballos de montaña.

Una efímera generación de payasos, artrópodos, maniquíes y muñecas de cera recorre el laberinto invisible de las calles, vigiladas por el fantasma sin sangre del jaguar, la orquídea y el arco tenso apuntando al corazón de cada criatura. En el famoso plano infinito de las campanas, formado por los puntos ideales del espacio imaginal en donde se cumple todo, van de espejo a espejo envueltos en su soliloquio maníaco, habitantes que se esconden de sus propios deseos, fugitivos, los que han venido a la ciudad a dejarse morir y hacen que sus existencias aparentes transcurran con la apacible monotonía de una vida aburrida, absurda y amarilla. No se puede fijar la inconmensurable variabilidad de la topografía de Sunia, cuyos límites se disuelven y vuelven a definirse de una forma ambigua. No puedes encontrar nada alrededor que no esté animado por un movimiento interior, todo se descompone en partes y cada parte a su vez se subdivide en otras partes, nada se deja abarcar por un concepto y palabras no dichas flotan delante de ti como vórtices que condujesen más allá de la cárcel de la materia, a un mundo que todavía no hubiese extraído su sustancia de la energía contenida en los nervios filamentosos del vacío. Percibes un movimiento en tu interior, es una sensación extraña, sientes que algo que no puedes definir te envuelve y entra dentro de ti. Lo que ha entrado no se queda quieto, el movimiento interior te impulsa hacia futuro que recuerda.

	10_{Ne}
	9_{F}
	8_{O}
	7_{N}
	6_{C}
	5_{B}
2_{He}	4_{Be}
1_{H}	3_{LI}

10 Neón

10 El Secreto

10-1 El Prestidigitador

En tu deambular por la inabarcable ciudad del vacío encuentras un lugar sosegado. El patio del Mercado de la Seda. Un jardín interior a la sombra refrescante de árboles frondosos en donde se distribuyen una serie de bancos que son ocupados por una o a lo sumo dos personas que encuentran así el reposo de sus trabajos del día. En el centro geométrico del patio hay una fuente, el sonido del flujo del agua produce una melodía que sosiega el ambiente.

En el lado norte del patio, ante la indiferencia general, un prestidigitador está de pie detrás de una mesa, aguardando a su público. Sobre la mesa se encuentra un espejo y un pañuelo. Un espejo enmarcado en un rectángulo de plomo que cifra la proporción áurea y un pañuelo de finísima seda en las que manos habilidosas han bordado un complicadísimo mandala, compuesto de sucesivos cuadrados inscritos dentro de cuadrados, que escenifica el alumbramiento y el desvanecimiento del mundo.

Te acercas a la mesa, el prestidigitador te recibe con una mirada de reconocimiento y comienza con el número que tenía preparado exclusivamente para ti. El maestro del arte ejecuta una serie predeterminada de pases mágicos, levanta el pañuelo y aparece un ejército de hombrecillos montados en diminutos caballos que echan a correr hacia el espejo. La impresión visual es de dos ejércitos enfrentados que cargan el uno contra el otro.

***Señoras y señores, los fieros jinetes piensan que luchan contra un enemigo exterior y ese pensamiento va a destruirlos.* Dice el artista prestidigitador, utilizando la expresión *señoras y señores* de modo retórico ya que tú eres su único público.**

Contemplas cómo el ejército de diminutos jinetes montados en sus caballos es incapaz de pasar al otro lado para luchar contra su propia imagen y choca contra el espejo que se rompe en pedazos. Todos los hombrecillos, así como los diminutos caballos, mueren como consecuencia del terrible encontronazo. El prestidigitador cubre los cadáveres y los fragmentos del espejo con el pañuelo, da un pase mágico y te invita a que retires el pañuelo para que así descubras qué es lo que hay debajo. Cuando retiras el pañuelo el espejo aparece reconstruido y aparentemente intacto pero sin rastro de caballo ni de jinete alguno. Miras al prestidigitador directamente a los ojos, inclinas suavemente la cabeza en un gesto de reconocimiento que acompañas de unas breves y poco sonoras palmadas. No tratas de buscar una explicación, sencillamente aprecias la belleza de la situación propuesta y te encuentras en perfecta disponibilidad para ser testigo de cualquier otro prodigio. En la ciudad del vacío todo es posible.

10-2 El Amaestrador

En el lado este del patio central del Mercado de la Seda descubres a un hombre que se encuentra de pie tras una mesa sobre la que hay colocadas dos urnas, tres cajas de cartón y un punzón. Te acercas y ves que dentro de una de las urnas hay muchas hormigas grises y en la otra unas pocas hormigas rojas. No sin cierta dificultad logras contar el número de las hormigas rojas: doce. Te resulta imposible contar el número de hormigas grises, pues se mueven incesantemente.

El hombre que se encuentra de pie al otro lado de la mesa es un amaestrador de hormigas, su semblante es profundamente estilizado y tiene una cierta apariencia de insecto, trae cargadas las espaldas con una incipiente joroba que evoca las alas plegadas de un pulgón. El amaestrador de hormigas abre las tres cajas de cartón y te muestra su interior para que puedas comprobar que están vacías. Ahora toma, una a una, doce hormigas grises de la urna correspondiente y las mete en una de las cajas. Introduce veinte hormigas grises en otra caja y treinta y ocho hormigas grises en la tercera caja. En total setenta hormigas grises, con lo que la urna queda vacía. A continuación toma tres hormigas de la urna roja e introduce una de ellas en cada una de las cajas en donde ya se encuentran distribuidas de modo desigual las setenta hormigas grises. Cierra bien las tres cajas y, una a una, las agita con brío, para que lo rojo se mezcle bien con el gris. Haciendo uso del punzón practica en cada una de las tres cajas un pequeño agujero negro por donde a duras penas cabe una hormiga. La probabilidad de que en primer lugar salga una hormiga roja es uno a doce en la primera caja, uno a veinte en la segunda y uno a treinta y ocho en la tercera. Ves asombrado cómo, en contra de las leyes de la probabilidad, de cada una de las tres cajas sale en primer lugar una hormiga roja, seguida por un tropel de hormigas grises. Las hormigas grises alcanzan a las rojas, las rodean, se arrojan sobre ellas y las devoran. Las hormigas rojas desaparecen tras los horizontes de sucesos de los agujeros negros que son los vientres de las hormigas grises. El amaestrador hace un chasquido con los dedos, cada una de las hormigas grises se alinea formando siete filas con diez miembros cada una y, en perfecta formación, se introducen en el interior de su urna.

Te preguntas cuántas veces podrá el amaestrador de hormigas repetir su número y encuentras sin dificultad la solución al acertijo numérico que tú mismo te has propuesto. Las hormigas rojas eran doce al principio, el adiestrador ha sacrificado tres hormigas rojas, quedan por tanto nueve, suficientes para repetir tres veces más su actuación.

10-3 El Piromántico

En el lado sur del patio central del Mercado de la Seda descubres a un hombre que vigila cómo arden con leve llama azulada unos carbones en un brasero colocado sobre un infiernillo alimentado por alcohol. Te acercas y el piromántico se dispone a regalarte una retahíla solemne de palabras a través de las cuales conocerás tanto su estrafalario nombre como los nombres por los que son conocidos distintos lugares que ha tenido ocasión de visitar.

Todavía no es otoño y en ocasiones los transeúntes van y vienen como fantasmas de paso con bancos de arena en los párpados y los ojos cosidos, pero no es tu caso. Según he sabido, en esta ciudad hay un alma que te está esperando en una casa que tú mismo tendrás que encontrar, no puedo decirte más acerca de lo que te espera, mas nada me impide presentarme y darme a conocer. Mi nombre de pila es Arom Farurok Tebilek y mi nombre de guerra es Koyaanisqatsi, término que los indios hopi utilizan para definir el momento final, el instante sin retorno a lo conocido, se trata de una palabra fascinante que define no sólo un estado de ánimo sino también un estado del mundo. Por oficio soy piromántico, veo en la disposición de las llamas y en su luz ciertos acontecimientos del futuro. Mi ocupación es antigua y he llevado mi destreza a distintos lugares. A Montevideo, al lago Tititaca, a Oxaca, a diversos parques de los Estados Unidos, al Canadá francés, a Iwata, a Nara, a Ise, a la Conchinchina, a las ruinas de Nínive, a varias islas griegas, a Bucarest, a Dinamarca, a la Selva Negra, a la región de las minas de Cornouailles, al país de Gales, a Akureyi, la capital del norte, a la ciudadela roja de Jaipur, y también a la plaza circular que rodea la gran estupa de Katmandú. No hay que decir que esta lista no es exhaustiva, no he olvidado ningún sitio en donde haya actuado, pero no quiero cansarte con una enumeración que podría resultar excesiva. Debo decirte que mi época nómada puede darse por cerrada. Sunia me ha atrapado, ha hecho de mí un sedentario y ha exacerbado mis poderes de visión. En la orografía cambiante de las llamas puedo ver los paisajes que he visto, los edificios, los monumentos, las ruinas, todo ello sin moverme de aquí, por fin he encontrado mi sitio, ya no necesito ir de un lado a otro. Veo cosas del futuro a través del fuego, puedo abrirte las puertas del tiempo si eso es lo que quieres.

Asientes con la cabeza, lo que deseas no es otra cosa. Koyaanisqatsi se mete las manos en los bolsillos, del derecho saca un pequeño trozo de azufre, del izquierdo un puñado de sal, te los ofrece. *Arroja el azufre y la sal al fuego, y yo te transmitiré lo que las llamas comuniquen acerca de tu futuro.*

Accedes a hacer lo que el piromántico te pide, tomas de sus manos el azufre y la sal, los arrojas sobre el fuego, tu acción tiene un efecto inmediato. Por efecto de la naturaleza ígnea del azufre, el fuego se reaviva, surgen llamaradas de un espeso color oro y sangre.

Veo una mujer con voz de murciélago que te dice. Ven, tócame con tus manos desnudas. Tú recorres una ciudad de silencio en su piel, te extravías, te fragmentas, te recompones, te reencuentras. El aroma que la envuelve la protege. Será necesario que aprendas a encontrar el sendero que han dibujado en ella hombres metálicos y de toda especie. La entrada cubierta por la maleza se abre, entras a través de ella en la madriguera. Veo una casa ardiendo, dentro de la casa un espejo, y dos niños envueltos por el humo que no pueden salir de la casa en llamas. Eso es lo que veo, no puedo decirte más, no sé qué significa. Veo cosas, no significados. Cuando miro el fuego mi relación con su luz es muy primaria, es en su esplendor en lo que pongo mi atención para entrar en relación con ella y esa relación se destruye si pongo una historia dentro de la luz. La luz emanada del fuego habla por sí misma, ella tiene capacidad de provocar efectos físicos y espirituales.

El piromántico calla y se queda absorto mirando cómo las llamas se consumen poco a poco y languidecen. Cuando el fuego se ha consumido a si mismo por completo, te dice. *En breve actuará Imur, el imán de la cofradía de los predicadores, si me acompañas escucharemos su palabra de sabiduría.* Apenas has tenido tiempo de asimilar lo que, a través de su intérprete, te ha revelado el fuego, y ya te encuentras en disposición para escuchar lo que el predicador tenga que decirte.

10-4 El Predicador

En el lado oeste del patio central del Mercado de la Seda hay una tarima vacía, un hombre vestido con una gabardina se sube a ella, se trata de alguien de peregrina gentileza, con un realce exterior que tan solo pueden menospreciar quienes no lo poseen, así el orador ya se ha granjeado el afecto de su auditorio aún antes de comenzar su interpretación. Estatura gallarda, aspecto majestuoso, vista penetrante, sonrisa halagüeña, barba ondeada, semblante en donde se van retratando los arranques entrañables que robustecen la expresión de sus labios. Todo en él es sumo embeleso, memorioso en extremo, agudo y placentero, encumbrado en sus conceptos, atinado en sus dictámenes, tan denodado en sus pensamientos como en sus obras, extrae su ímpetu de su condición de mensajero. El hombre de la gabardina se mueve parsimoniosamente y comprueba que el vacío le sigue, saca de su bolsillo una flauta, comienza a tocar una melodía basada en progresiones numéricas que cifran sentencias oscurísimas, sus ojos hundidos, como los de un ciego de nacimiento, dan la impresión de que está completamente absorto.

Es Imur, acostumbra a tocar la flauta antes de improvisar sus sermones. Te dice el piromántico, y se acerca a la tarima, se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, tú haces otro tanto. Como si esta fuese la señal que estaban esperando, cierto número de personas se sientan alrededor. Imur finaliza su interpretación musical, guarda la flauta en un bolsillo de su gabardina, clava su mirada en los presentes y comienza a hablar.

Nuestra causa es un secreto en el secreto, el secreto de algo que permanece velado, un secreto que sólo otro secreto puede enseñar, es un secreto sobre un secreto que está velado por un secreto, un secreto dentro de un secreto indescifrable, indescriptible, inescrutable, inextenso, inmaterial, ilimitado, amental, atemporal, frío y oscuro. El secreto puede mudar de naturaleza, transmutar, transformarse, por ello no es fácil de reconocer y apreciar. En diversas ocasiones hemos propuesto el legado de nuestro secreto a los cielos, a la tierra, a las montañas, todos ellos han temblado de miedo a recibirlo y se han negado a aceptarlo. Voy a deciros algo asombroso, sorprendente,

maravilloso, milagroso, triunfante, pasmoso, inaudito, singular, extraordinario, increíble, imprevisto, inmenso, diminuto, raro, corriente, deslumbrante y secreto hasta hoy, brillante y envidiable, algo sin parangón que resulta imposible de creer, que suscita exclamaciones de perplejidad, causa la mayor de las dichas a quienes lo saben y hace dudar de los sentidos. Yo soy el signo del todopoderoso. Yo soy la gnosis de los misterios. Yo soy el umbral de los umbrales. Yo soy el íntimo de los resplandores. Yo soy el manifestado y el oculto. Yo soy la tabula secreta. Yo soy el que posee el secreto del enviado. Yo soy el intérprete de los deseos. Yo soy el innovador. Yo soy el inventor. Yo soy el incomparable Yo soy el resucitador. Yo soy el que revive. Yo soy el que despierta. Yo soy el guardián. Yo soy el vigilante. Yo soy el observador. Yo soy el generoso. Yo soy el magnánimo. Yo soy el noble. Yo soy el que lleva la cuenta de todo. Yo soy el suficiente. Yo soy el preservador. Yo soy el protector. Yo soy el conservador. Yo soy el que pone a prueba. Yo soy el que da la herencia. Yo soy la sombra de mi sombra. Yo soy la mente que produce la materia. Yo soy la mente que mueve la materia. Yo soy el que abraza el universo Yo estoy por debajo de todo lo creado. Yo estoy por encima de todo lo creado. Yo carezco de esencia y de vida. Yo carezco de razón y de inteligencia. Yo no tengo cuerpo ni figura. Yo no tengo cualidad, ni cantidad, ni peso. Yo no estoy en ningún lugar. Yo no soy percibido por la vista ni por el tacto. Yo no siento y no me alcanzan los sentidos. Yo no sufro perturbación procedente de pasiones terrenas. Yo no estoy esclavizado por los acontecimientos sensibles. Yo no necesito luz, ni oscuridad, ni tiniebla. Yo no experimento mutación, ni corrupción, ni decaimiento. Yo no tengo alma. Yo no tengo imaginación. Yo no tengo entendimiento. Yo no tengo sabiduría. Yo no soy número, ni orden, ni magnitud. Yo no soy igualdad ni semejanza. Yo no soy desigualdad ni desemejanza. Yo no soy móvil ni inmóvil. Yo no descanso. Yo no tengo potencia ni poder. Yo no vivo ni tengo vida. Yo no tengo sustancia ni eternidad. Yo no soy comprendido por la inteligencia. Yo no soy el uno ni la unidad. Yo no soy divinidad, ni bondad, ni espíritu. Yo no tengo filiación ni paternidad Yo no soy algo que pueda ser conocido Yo no soy ninguna de las cosas que son ni de las que no son. Yo no tengo razón. Yo no tengo nombre. No se puede afirmar nada acerca de mí. No se puede negar nada acerca de mí. No se añade nada cuando se afirma algo acerca de mí. No se niega nada cuando se niega algo acerca de mí. Estoy despojado de todo. Me sitúo más allá de todo.

La serie de proposiciones concluye cuando ha alcanzado el número setenta, como el número de las hormigas grises.

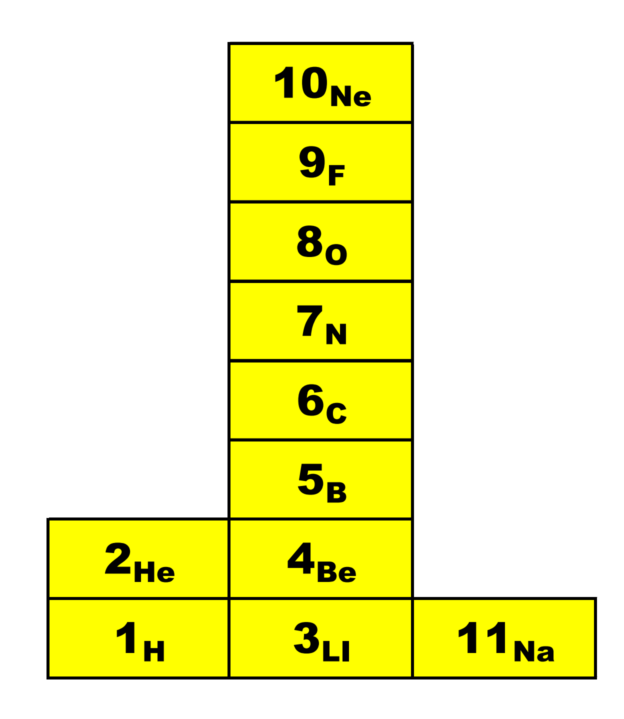
Adviertes que el amaestrador de hormigas, el prestidigitador, el piromántico y parte del público congregado, toman nota de las palabras de Imur, para tratar de desentrañar el misterio que ocultan.

No temáis a vuestro señor que os creó a partir de una pareja que extrajo de sí, generando toda la materia a partir de la cual todos estáis hechos. No temáis a la madre primera, de ella partís y hacia ella se orienta el regreso. Era un tesoro oculto y quiso ser admirada. Todo lo que os ocurre le ocurre a ella. Cuando sólo existía el vacío sin nombre todo lo posible era dado a la vez, en aquel entonces no existía el tiempo. El tiempo es lo que hace posible que todo no sea dado a la vez. Con el flujo del tiempo entra en la existencia el movimiento. Los cielos giratorios son movidos por oleadas de tiempo. Si no hubiera tiempo no habría existencia. El tiempo es un océano en el cual el universo de seres materiales es un copo de niebla. La materia no puede permanecer inmóvil, está viva, todo se mueve. La vida emana de la materia en movimiento, la mente humana emana de ella. La materia es espiritual pero no es independiente del espacio de la mente. ¿Cómo podrá la mariposa salvarse del fuego si el ardiente fuego le place como vivienda? ¿Por qué debiera la materia primera regresar al vientre, si es su deseo deambular por el jardín? El ser humano ha recibido la misión de ser intermediario entre el tiempo y la materia, entre el vacío y la creación, la ascensión por la escalera del ser reintegra en la unidad las partes dispersas, como los colores refractados en el prisma que la blancura totaliza. Los que han realizado plenamente la verdad se gozan en la extinción de todas las cosas y regresan a lo oscuro sin nombre.

10-5 La Danza

Imur se desprende de su gabardina y aparece vestido con una túnica blanca resplandeciente, comienza la danza y los otros danzantes se van incorporando. Imur abre los brazos y comienza a girar sobre sí mismo, de derecha a izquierda, en el sentido de las agujas del reloj, recorriendo los cuatro puntos cardinales en su giro. La mano derecha dirigida hacia el cielo para recibir la influencia de lo alto, la mano izquierda dirigida hacia la tierra para recibir la influencia de lo bajo, su cuerpo es el eje sobre el que gira la kaaba interior. El grupo de cofrades que se ha sumado a la danza comienzan a girar en torno a sí mismos y se desplazan en torno a Imur, como planetas alrededor de una estrella. Con un leve movimiento de su mano izquierda el amaestrador de hormigas te invita a sumarte a la danza. Aceptas la invitación. Abres los brazos, diriges la mano derecha hacia arriba, la mano izquierda hacia abajo, comienzas a girar. Giras y giras, hasta que pierdes la conciencia de ti mismo, el flujo de lo que fluye parece detenerse.

Tras finalizar la semá ritual los danzantes retornan al silencio de sus casas, en donde se identifican con lo que no tiene nombre. Frío como el aliento de lo oscuro. Húmedo como el agua del aliento. Cálido como el fuego del agua. Seco como lo oscuro en el corazón del fuego. Y tú te quedas con la sensación de haber vislumbrado cosas nunca vistas. La forma del frío y la forma del calor. La forma de la luz y la forma del fuego. La forma de la madre del agua y la forma de la semilla cuando es recibida en el vientre de la tierra. La forma del instante en que la luz penetra una hoja verde y se convierte en sustancia. La forma de lo que todavía no tiene forma.



11 Natrium (Sodio)

11 Belima

11-1 La Nómada

La música de las distancias ha confluido. Hay un cruce de caminos en un instante. Ves cómo se dirige hacia ti, una mujer de edad indefinida, vestida con una serie de túnicas blancas superpuestas, apenas disimuladas por un manto negro, sus ojos son tan profundos que podría leerse en ellos la serie completa de las cosas que son, que fueron y que serán.

La mujer empuja un cochecito de niño repleto de bolsas de plástico llenas de algo que no adivinas, tienes la curiosa sensación de que eres tú mismo el que empuja el carricoche, sufres una especie de metamorfosis, por un instante te conviertes en lo que esa mujer es, la sensación es tan fuerte que te liga irremediablemente a ella y comienzas a seguirla entregándote a diversas conjeturas acerca del contenido de las bolsas.

La desarrollada capacidad mimética de la mujer le ha hecho absorber, como por ósmosis, determinados rasgos que selecciona inconscientemente de los rostros de los transeúntes con los que inevitablemente se cruza en sus interminables paseos a través del laberinto de Sunia, con su carricoche y sus bolsas repletas con la vaciedad que tienen en común todas las cosas del mundo.

La comunidad no descansa hasta que no ha elegido entre muchos, a unos pocos como víctimas y a partir de entonces los expone al escarnio de sus burlas, hasta que, harta de tanta brutalidad, la sociedad ignora por completo a las víctimas y las deja deambular como almas en pena.

Ella había pensado que la portentosa ciudad la acogería en sus brazos, pero la ciudad escoge muy bien a quién acoge y a quién no. Aunque a ella la ciudad la había acogido bien al principio, tras un borroso suceso la rechazó.

Sunia ha rechazado a la mujer y jamás, en ninguna circunstancia, la ha vuelto a aceptar, la ha convertido, como a tantos otros, en un nómada urbano. Ella es incapaz de abandonar la ciudad a la que se encuentra sujeta por una inexplicable pero no por ello menos intensa fuerza de atracción, que no es ni fuerte, ni débil, ni eléctrica, ni magnética, ni gravitatoria, porque hay otras fuerzas, desconocidas, que son el origen y la causa de las conocidas. Fuerzas desconocidas que nos conocen y nos hacen ser lo que somos y no ser lo que no somos. El mundo está compuesto por todas las fuerzas que acaecen. El mundo es la totalidad de las fuerzas, no de las cosas. Las cosas, inanimadas y vivas, van y vienen, nacen y mueren, pero las fuerzas permanecen siempre cambiantes, velos con los que la fuerza desconocida se recubre, rostros del vacío vivo.

La mujer rechazada por la infinidad de rostros de la ciudad del vacío, debe vagar, perdida y errante, sin que su miserable estado afecte en ningún modo a los que a sí mismos se consideran ciudadanos de pleno derecho de Sunia, la única ciudad verdaderamente viva, donde se materializan las mónadas: palacios sin ventanas ni puertas, guaridas de lobo, madrigueras.

Ella ha tratado de forma cada vez más desconsiderada a su mundo circundante, lugar de tránsito de las fuerzas, y a la inversa, el mundo circundante, como es natural, la ha tratado de forma cada vez más desconsiderada, con intervalos cada vez más cortos le ha infligido golpes de los que cada vez le resulta más difícil recuperarse, aun así tras cada adversidad ella ha encontrado energía para recuperarse, cada vez la energía necesaria para recuperarse era mayor y nadie dispone de una reserva ilimitada de energía, así ha tenido que luchar contra la melancolía enfermiza y la más absurda depresión, ha llegado a considerarse perdida, con frecuencia comienza y termina sus jornadas con un desinterés total, ha estado muy a menudo cerca de poner fin a su vida por su propia mano, con frecuencia se refugia en una profusa especulación sobre el suicidio, horrible y mortal para el espíritu, que lo hace todo insoportable y a uno mismo más insoportable que nadie.

La gente como ella no se ahorca, no coge una cuerda, la anuda con habilidad y se deja caer en el lazo, ni se arroja al vacío desde un cuarto piso, ni toma pastillas, ni se pega un tiro, como mucho se tira al río y se abandona a la relajante placidez del agua. Resulta sospechoso que, de

un modo u otro, no se haya suicidado esa engañada, esa abandonada, esa escarnecida, esa mujer mortalmente herida. La razón por la cual no se ha quitado la vida, hasta ahora, es que ha encontrado una razón para seguir viviendo, una actividad, un juego con sentido, sucesivos movimientos de una especie de ajedrez que se atiene a reglas precisas pero nunca formuladas de modo explícito. Repelida por todos se ha replegado en sí misma y a la inversa, el colectivo completo de habitantes que encuentran en la ciudad un albergue provisional, el refugio en una huida, habitantes y transeúntes, todos son repelidos por ella, por la dudosa injustificable y morbosa antipatía hacia todos, y así vive por lo tanto completamente abandonada a sí misma, en un estado de defensa y de reserva constantemente alimentado por una cierta disposición defensiva.

Aprendemos mucho cuando observamos desde atrás a una persona que no sabe que es observada y a la que, durante tanto tiempo como sea posible, vigilamos atentamente, sin dirigirle la palabra y demorando el acercamiento que tarde o temprano tendrá que producirse.

Tú te concedes el placer exquisito de observar a la mujer, de seguirla, de vigilarla, y no excluyes la posibilidad de abordarla, cuando se presente la oportunidad, para entablar con ella algún tipo de relación, tratar de comprenderla o ofrecerte a ti mismo como objeto de comprensión, ayudarla o recibir su ayuda, si bien toda la ayuda que tú puede brindarle es tu propia falta de expectativas.

Sigues a la mujer durante un buen rato y cuando ella se sienta en un banco, a descansar, tú te acercas, tratas en vano de iniciar una conversación pero es inútil, las palabras no acuden a tu boca y la mujer te ignora de la forma más absoluta y desconsiderada, como si fueses transparente y, a través de ti, ella mirase a un punto situado en la distancia transparente.

La mujer se levanta del banco y echa a andar, tú la ves alejarse empujando el cochecito, hasta que desaparece convertida en algo oscuro que se indetermina en la distancia.

Vagabundeas. La calle de la Plata, la calle de los Doradores, la calle de los Lenceros, la calle del Arsenal. Sin proponértelo te encuentras en la calle del Cisne y entras en la librería, que se encuentra en penumbra de

modo que apenas puedes distinguir los títulos de los libros y los nombres de los autores.

Para tu sorpresa, el librero te muestra una piedra de ágata cuya superficie tiene una estructura mandálica, una serie de rombos azulados que delimitan un espacio vacío en el centro del cual parece que emana una cierta oscuridad de carácter cálido, como ceniza enfriándose tras un incendio.

***Toma, esta es tu piedra, con ella podrás pagar el precio.* Te dice el librero, al tiempo que te entrega la piedra de ágata y tú te la guardas en el bolsillo y sales de la librería acariciando tu tesoro.**

Entras alegremente en la Casa del Carnicero, en la recepción pides la llave, subes a tu habitación, tomas un baño y bajas al comedor para la cena.

Todas las mesas están vacías a excepción de una, en torno a la cual hay dispuestos siete comensales y queda un sitio libre, es el lugar que te tienen reservado. Tú apenas puedes disimular tu sorpresa al verte aceptado de ese modo por toda esa gente y te sientas con ellos.

Los platos se suceden en silencio. Al terminar la cena se sirven unas copas de licor y puestos en pié, el que parece tener más edad de los desconocidos comensales formula un ambiguo brindis. *El alma está unida al cuerpo como la luz a la oscuridad, formando una única presencia y una unidad indivisible. Brindemos por el conjunto indivisible de todas las almas que constituye el ornamento del cosmos. Celebremos, los ocho juntos, el movimiento perpetuo de la rueda cuyo giro origina el nacimiento de las semillas.* Y a continuación se enfrascan en una animada conversación en donde se plantean determinados interrogantes a los que difícilmente es posible encontrar respuesta segura.

¿Es el tiempo, la vida del alma en movimiento de transición de un cuerpo a otro?
¿Qué recuerdos guarda el alma después de salir del cuerpo?
¿Sobrevive la luz a la desaparición de la fuente luminosa?
¿Qué cantidad de sombra es capaz de soportar una partícula de luz antes de transformarse en otra cosa?

¿A un espectador situado en la espalda de la bóveda celeste de nuestro cosmos, le sería posible divisar otro cosmos que fuese independiente del nuestro?

Tú no tienes ocasión de intervenir en la conversación, te limitas a escuchar y a permanecer como atento observador, el cariz inesperado que ha adoptado el asunto hace que comiences a apreciar el valor de la compañía de tan filosóficos personajes.

Terminada la conversación los desconocidos salen a la calle y ves con estupor cómo se dispersan todas las direcciones del espacio y desaparecen, sin dejar rastro, como si nunca hubiesen existido.

Le preguntas al carnicero, pero él no puede aclararte quienes son.

Reservaron por teléfono una cena para ocho comensales, acordamos un precio y pagaron por adelantado, eso es todo lo que puedo decirle de ellos. Yo pensaba que usted los conocía.

Tras un sueño reparador, a la mañana siguiente has conseguido quitarte de la cabeza a tus misteriosos compañeros de cena y sales de exploración, con la idea fija de encontrarte entre la multitud con la mujer que empuja el cochecito de niño.

11-2 La Cruz del Río

La ciudad parece alejarse del reconfortante abrazo de lo que ya existe, pero tú te atienes a itinerarios simples que han pasado a ser lugares comunes en tu memoria, cuando de repente te encuentras frente a un paisaje que no te resulta familiar, caminas y todo lo encuentras distinto, siempre nuevo. Aprendes a degustar el escalofrío del que deambula por callejuelas sabiendo que no va a encontrar nada salvo cochambre, tedio, latas de cerveza vacías y el estrépito de un grupo de músicos que sale de un cafetucho. Se te antoja que las casas de vecinos, las plazas, los palacios, los puentes, los museos, las antiguas cámaras de tortura, los jardines colgantes y todo lo que la ciudad tenga que ofrecerte, no son más que puntos en un complejo tejido que constituye el mapa de la locura de un soñador que enloqueció obsesionado por la idea de construir su propio mundo.

De repente la aparente calma se rompe por el griterío desesperado de los transeúntes, huyen pero tú no sabe de qué, en su desesperada huida dejan sus rostros abandonados en las aceras, hombres y mujeres sin rostro invariablemente perseguidos por la sombra, desprovistos de rasgos, sin ojos tras desprenderse de la máscara.

Un hombre que tiene por rostro dos labios viscosos se te acerca y parece querer decirte algo al oído, pues así se deduce del enorme esfuerzo que realiza, si bien todo lo que es capaz de emitir es apenas un murmullo, como el recuerdo de una conversación mantenida en el pasado que la memoria conserva sólo fragmentariamente. *Son escépticos acerca del mecanismo que causa la fatiga de la luz. Desconocen que los demiurgos se están renovando en su labor de creación de un nuevo mundo y planean destruir el viejo mundo muy pronto. Todo este mundo ha sido juzgado y condenado hace tiempo. Antes de lo que te imaginas el mundo será irreconocible.* El desconocido cambia de tono y añade. *Atención, ella se acerca.* Y así es efectivamente, ves pasar junto a ti, empujando el cochecito, a la mujer de mirada enternecida con largueza de cosa infinita. Tú no puedes hacer otra cosa que seguirla y eso es lo que haces.

La mujer describe con su marcha un itinerario perfectamente redundante que acaso tenga por objeto desmoralizar a cualquier posible perseguidor, pero tú ha decidido no abandonar, así que no abandonas.

Crees espiar el misterio, conforme acechas más oculta la hallas, siempre significante, conjeturas que la ocasión te ofrece descubrir algo nuevo, terrible, esotérico, en la oscura presencia. Tras de sí la mujer te lleva y tú la vas siguiendo a la zaga, de esa suerte ella te conduce a través de callejuelas del tiempo del diluvio, te hace andar y deshacer lo andado, una y otra vez, de tal manera que imaginas el propósito de desorientarte, cuando en realidad se trata de la forma habitual de conducirse de quien dispone de cantidad ingente de tiempo y apenas tiene espacio por donde moverse. Te preguntas. ***¿Por qué rehúye esa calle? ¿Por qué da ese rodeo? ¿Por qué ataja por ahí? ¿Por qué cruza por allá?***

De repente se detiene. Aguardas. Para ti es una espera interminable. Al fin reanuda la marcha. Y tú tras ella. Durante todo el día la mujer empuja el carricoche cargado de bolsas, se trata de un deambular que tiene un propósito, anochecer junto al río Siama.

Al atardecer, la mujer se dirige hacia un paseo a la sombra de dos hileras de tilos, un lugar conocido como la Cruz del Río, junto a los meandros, en los que el agua se remansa en su paso a través de Sunia. Ella arroja a la corriente las bolsas y se queda absorta, concentrada en los vórtices de los remolinos que la corriente crea y destruye a cada instante.

La mujer únicamente sale de su ensimismamiento cuando la oscuridad le cubre con un velo y anochece, entonces echa a andar con paso ligero y sin dar ya ningún rodeo se dirige por el camino más corto hacia la Manzanera, una villa construida al final de un sendero abierto a golpe de machete en un jardín del paraíso abandonado y convertido en selva de malezas. La Manzanera, el lugar en donde el tiempo ralentiza su movimiento, se queda quieto y se convierte en murmullo.

11-3 Los Libros

Pasas la noche en el jardín que rodea la Manzanera, junto a un drago centenario casi desprovisto de ramas que parece un menhir. Al amanecer te despierta el griterío de los pájaros y la ves salir, a la mujer que trae un dios oscuro en la mirada, con su carricoche cargado de bolsas bien repletas. Esperas a que la mujer se aleje y te introduces en la planta baja de la casona a través de una ventana ciega que tienes que forzar.

La Manzanera parece completamente dormida, tus pasos no despiertan a nadie. Inseguro y vacilante, te adentras en una perspectiva insólita de habitaciones desnudas, todo lo que podía tener algún valor ha desaparecido, a través de las ventanas cegadas con tablas claveteadas se filtra una luz cenital que da al conjunto un cierto aire de provisionalidad Piensas que todo puede llegar a desvanecerse en cualquier instante. Como quien visita un museo, dedicas de vez en cuando una mirada a la orografía de las manchas de humedad en las paredes, cuando tratas de atribuirle un significado a una de ellas, entonces se transforma en otra cosa.

Entras en la biblioteca, cuyas paredes están recubiertas hasta el techo de anaqueles, muchos de ellos vacíos, calculas que, poco más o menos, hay unos cuatro mil volúmenes, comienzas a examinarlos, compruebas que hay una notable abundancia de libros de carácter jurídico.

Instrucción política y práctica conforme al estilo de los Consejos, Audiencias y Tribunales de la Corte y otros ordinarios del Reino. Alfonso de Villadiego, 1617.

Exposición sobre los males que aquejan a España y medios que debe adoptar el gobierno para remediarlos. Javier de Burgos, 1826.

Procedimientos civiles y criminales con arreglo a la novísima Ley de enjuiciamiento civil. Francisco Lastres, 1877.

Sobre el íntimo parentesco entre el derecho godo - hispánico y el noruego – islándico. Johanes Ficker, 1928.

Novísimo manual del criminalista o sea breve práctica criminal. Santiago de Alvarado y de la Peña, 1866.

De la vocación de nuestro tiempo para la legislación y la ciencia del derecho. Levigny, 1868.

Instrucción a los subdelegados de Fomento de 30 de noviembre de 1833. Javier de Orihuela.

Práctica criminal con un prontuario alfabético de delitos y penas. Eugenio de Tapia, 1510.

Le regulae juria del giureconsulti romani. Studi Del Veechio. Brugi, Modena, 1930.

La cosa in senso giurídico. Contributo alla critica di un dogma. Maiorca, Turin, 1937.

Juicio crítico de la Novísima Recopilación. Francisco Arribas Merino, 1819.

Fuero, Privilegios, Franquezas y Libertades del Señorío de Vizcaya. 1526.

Concepto del derecho en la Poesía Popular Española. Joaquín Costa, 1919.

Die Lehre der Stellvertretung. Schlosmann, Leizpig, 1900/1902.

Teoría della retroactivitá delle legge. Gabba, Turín, 1884.

Ordenamiento de Montalvo. 1492.

Leyes de Toro. 1505.

Y también: Derecho Común Español. La Esfera y la Cruz. Teoría y Sistemas de las Formas Políticas. El Estado Totalitario como Forma de Organización de las Grandes Potencias. Representación Política y Régimen Español. Sociología de la Sociología. Der Nomos des Erde in

Völkerrecht des Jus Publicum Europeaum. El Materialismo Científico y la Política. El Concepto de Imperio en el Derecho Internacional...

En la biblioteca hay también libros de una serie de disciplinas no relacionadas con el arte jurídico, libros que denotan aspectos de la personalidad del que los haya reunido y se haya embebido de ellos.

Der Urtengang des Abenlandes Umrisse einer Morphologie der Weltgeschichte. Oswald Spengler, Berlin, 1923.

Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alle und Keinen. Friedrich Nietzsche, Chemnitz, 1883.

Vida de Don Quijote y Sancho. Cervantes, Alcalá de Henares, 1808.

Sanskrit plays. London, 1901.

Topology of the Creation.

L´Epopée de Gilgames. París, 1936.

Mythologiques. Lévi-Strauss, Paris, 1964.

Callimachus Aitia. Fragments. London, 1958.

La Misná. Transcripción de G. Beer, Haag, 1930.

Râmâyana. Translation of M. N. Duff, London, 1986.

Kitab al – Futuhat. Ibn Arabi, Edit. Bulaq, 1292/1876.

The Essential oils. Ernest Guenther, New York, 1946.

The Nature of the Chemical Bond. Linus Pauling, Cornell University Press, Ithaca, New York, 1939.

Natural Compounds. Steroids, Terpenes and Alkaloids. M. Goto, Tokyo, 1950.

Topology. G. S. Youg, Edinburgh, 1957.

Promethean Ambitions. Alchemy and the Quest to Perfect Nature. William R. Newman, London, 1904.

La Cassandra, poema di Licofrone. O. Gargiuulli, Napoles, 1812.

Historia de la Literatura Náhuatl. Ángel Mª Garibay, México, 1953.

Histoire des croyances et des idées religieuses. Mircea Eliade. Paris, 1976.

The Creation. P. W. Atkings, Cambridge Univ. Press, 1920.

El Mecanismo del Universo. Vicente Iriondo de la Vara, Imp. P. Fernándesz y Cía, Pi y Margal 17, La Habana, 1924.

Empedocles Cosmic Cycle. A reconstruction from the fragments and secondary sources. O'Brien, Cambridge 1953.

Como si alguien se lo gritase a tu glándula pineal, lo comprendes de repente. Lo que la mujer transporta en las bolsas son libros. Cada día va por itinerarios aleatorios perfectamente erráticos a través de Sunia para evitar ser seguida, su propósito es deshacerse, poco a poco, de todos los libros de la biblioteca de la Manzanera, arrojándolos al río.

Al llegar a este punto consideras que si quieres llegar a comprender a la mujer, te es imprescindible indagar todo lo que le sea posible acerca de ella en el Cocodrilo Guarro, el Corcel, el Conejo, el Mamut, el Monte Pelado, el Pequeño Paraíso, la Torre Blanca, la Puerta Falsa, la Casa Vieja, el Abanico de Cristal, las Cocinas del Cardenal, el Ogro, el Fango la Pantera Rosa, el To Loose, tabernas todas ellas del corazón de Sunia.

Formulas pregunta tras pregunta y te explayas en el relato de lo que has llegado a saber, diferentes versiones contradictorias entre sí, mutuamente excluyentes, el objeto de interés parece desvelarse, para aparecer al momento siguiente adornado con todos los atributos de la provisionalidad.

Finalmente llegas a saber, eso es lo que crees, que el nombre de la oscura mujer es Belima.

Belima mantuvo relaciones con un juez que le había prometido matrimonio tan pronto falleciese su mujer, aquejada de carcinoma de útero con diseminaciones en senos y pupilas. Belima quedó encinta y obtuvo del juez nuevas seguridades, le explicó que su mujer no podía vivir durante mucho y antes de que la criatura naciese estarían unidos en matrimonio. Como juez cumplió su palabra, casi sin solución de discontinuidad enterró a una esposa yerma y desposó a otra que llevaba en su vientre el adorno de la fertilidad, eso es lo que pensaba el juez de modo equivocado.

Belima dio a luz a un par de gemelos, pero nacieron muertos, se habían estrangulado el uno al otro con el cordón umbilical, como si se negasen a abandonar la seguridad de lo oscuro. El juez no pudo resistir las repercusiones emocionales del terrible suceso y se hundió sucesivamente en el delirio y en la crisis, ingresó en una institución que había sido un asilo para lunáticos, en los días, en que ese tipo de institución rebosante de locura era conocida por semejante apelativo, luego lo trasladaron, nadie sabe donde, con lo que se perdió todo rastro de él, acaso viva recluida en alguna Casa de la Enfermedad, en reclusión voluntariamente asumida, como un monje en un monasterio, o un eremita en su desierto particular. Belima quedó como propietaria de la Manzanera y ha ido malviviendo de la venta de todo lo que le ha sido posible vender, cuadros, joyas, vajilla y cubertería, muebles.

Todo esto es lo que has llegado a conocer. La historia del juez está diseminada por el ambiente y aquel que quiera saber de ella, todo lo que tiene que hacer es preguntar, más o menos al azar, a quien se encuentre alrededor, la información fluirá sin duda, pero no es sencillo discernir entre lo dudoso, lo verdadero y lo absolutamente falso.

11-4 La Biblioteca Vacía

Amparado en todo lo que has llegado a saber acerca de la mujer, protegido por los resultados de tus observaciones y tus deducciones, resguardado tras el fruto de tus indagaciones en diversos lugares, te encuentras preparado y en perfecta disposición para dirigirte a Belima y ofrecerle tu ayuda, del mismo modo que en el curso del sueño que has olvidado ofrecías tu ayuda a la mujer del desierto.

Has preparado una estrategia para acercarte a ella, la cual consiste en esconderte cerca de la Manzanera, esperar a que ella salga con su cochecito de niño bien cargado con bolsas llenas de libros y entonces entrar corriendo en la biblioteca, llenar tú también un par de bolsas con libros y luego seguirla, haciéndote notar. Piensas que ella, al verte seguirla cargado con las bolsas, sabrá que estás al tanto de sus actividades y de su historia, tendrá que condescender en prestarte su atención y darte algún tipo de explicación. Aunque tú no quieras en realidad que ella te explique nada, lo que quieres es únicamente acercarte a ella, reducir en la medida de lo posible la cantidad de espacio que se interpone entre vosotros, entablar algún tipo de relación, conocerla de uno u otro modo y ayudarla si hay algo que puedas hacer. Indudablemente ella está sola, completamente sola, abandonada a sí misma. Tú te has propuesto ayudarla y ella se limita a ignorarte, como si no llegase a creer en tu existencia. Durante todo el día la sigues en su errático deambular a través de Sunia.

Belima llega a la Cruz del Río y comienza a arrojar las bolsas de libros a la corriente. Tú estás tan cerca de ella que podrías tocarla con tan sólo alargar el brazo. Por fin ella parece advertir por primera vez tu presencia y te clava su mirada desnuda. Lo que ves en el fondo de sus pupilas es difícil de decir, es un espacio de hielo y tinieblas que parece un glaciar en las entrañas de la tierra. Un silencio profundo absorbe todos los ecos sin dejar que afloren a la superficie. Aparte de ese silencio, no hay nada más. De nuevo te enfrentas a la imagen de la muerte. La primera vez que la muerte estuvo delante de ti, ella tenía la imagen Emón. Ahora la muerte está frente a ti, en el desierto de unas pupilas vacías.

Ella te dice. *El niño ahorcado por el sexo de su padre se levantó un una luz en los ojos, creció entre edificios blancos donde vuelan las gaviotas, creció y creció hasta alcanzar la superficie del mar verde, remó su multitudinaria lengua de amor entre mariposas de luz hasta la orilla origen, allí echado en la arena del tiempo se contempló en la distancia horizontal, sintiendo como una serpiente densa y cálida le abrazaba el cuello.*

Hace una pausa, reflexiona un momento, y añade. *Mata al hombre viejo que hay en ti para que el nuevo pueda vivir en esta tierra, pero en casas aisladas en las estribaciones de algunas montañas viven hombres que nadie sabe de qué viven, hombres en el interior de un templo edificado en el vacío que tratan el tiempo con condescendencia.*

Su voz suena extraña, como si no hubiera sido ella la que hablaba. A continuación ella clava en ti su mirada y sientes cómo dos diminutas arañas saltan de sus ojos y se posan en tus rodillas, una araña en cada rodilla. Luego ella desvía su mirada hacia la superficie cambiante del agua y se queda absorta. Las arañas y tú consideras que lo mejor es dejarla sola, piensas que no es necesario prolongar innecesariamente el encuentro.

Al día siguiente conoces la noticia. El cuerpo de Belima ha sido encontrado en los Meandros, enredado entre las cañas. Hay algo ilógico en todo ello, la tarea que se había impuesto, arrojar al río día tras día todos los libros de la biblioteca del juez, debería haberla mantenido viva hasta finalizar la tarea que había puesto sobre sus hombros, y esta misma mañana todavía quedaban varios miles de volúmenes en los anaqueles de la biblioteca de la Manzanera. De repente tienes un presentimiento y para verificarlo echas a correr a través del desierto de las calles de la ciudad del vacío, hay un invisible hilo conductor que te conduce hasta la Manzanera, entras en ella y encuentras la biblioteca vacía, sin ningún libro en absoluto, todos los ejemplares que había allí por la mañana han desaparecido.

Los libros y la mujer han desaparecido, no obstante, en algún sitio tiene que oírse la voz teñida de sueño de Belima, acaso en ese lugar cuya proximidad se percibe por el completo sosiego que produce la inminencia de un acontecimiento durante largo rato presentido y que se sabe próximo.

11-5 El Mercado de la Seda

Tenemos una intimidad tan grande con las personas que creemos que se trata de un vínculo para toda la vida y de la noche a la mañana las perdemos de nuestra vista y de nuestra memoria, ésa es la verdad. Como si la memoria del tiempo presente se hubiera replegado a un rincón inaccesible para la conciencia.

Te encuentras en el patio central del Mercado de la Seda sentado en un banco, a la sombra de un sauce, pareces haberte despojado de tu pasado más reciente y estás en un estado de completa disponibilidad para lo que el indefinido instante tenga que ofrecerte, tu actitud recuerda a la de un antiguo filósofo que trataba de crear un vacío en su interior en la creencia de que de ese modo una etérea divinidad se vería forzada a manifestarse.

Un limpiabotas se te acerca, te descalza, no opones ninguna resistencia, y se va con tus zapatos a un cuchitril, en uno de los rincones del patio, en donde se encuentran las herramientas de su oficio.

Con los pies descalzos, absorto en el sonido del flujo del agua en la fuente, dejas tu mente en blanco, cierras los ojos, la sucesión de los instantes parece detenerse. ¿A lo largo o durante cuánto espacio de tiempo? Sin abrir los ojos sientes cómo unas manos te calzan los zapatos, sin duda resplandecientes, y escuchas la voz del limpiabotas acompasada a la melodía que en el aire esculpe el agua.

Lo que llamamos muerte es la separación del tiempo. El miedo a la muerte no me atemoriza más de lo que el sonido de un tamborcillo golpeado por un muchacho para ahuyentar a los pájaros pudiera asustar al caballo portador del estandarte que acostumbraba a marchar a la cabeza del ejército del rey Imur. El espacio esencial que te es propio es el jardín cerrado donde se realizan tus sueños. Debes buscar tu propio espacio, un lugar en el que haya sitio para todas las cosas que puedas haber deseado alguna vez, pero un lugar así es terrible, uno puede convertirse en víctima si no se tiene el poder de metamorfosearse completamente en otro. Esa es la clave para escapar a la suave

disolución que significa la muerte, transformarse, convertirse completamente en otro.

Cuando abres los ojos el limpiabotas ya no está allí, como si nunca hubiese existido, no obstante sus palabras alimentan la expectativa de que algo decisivo está a punto de ocurrir. Algo para lo que estás y no estás preparado.

	10_{Ne}	
	9_{F}	
	8_{O}	
	7_{N}	
	6_{C}	
	5_{B}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}

12 Magnesio

12 La Casa Roja

12-1 el Lugar de las Metamorfosis

Ves a un hombre de aspecto grave y reservado que pasa entre dos hombres que caminan juntos delante de él y los rebasa sin separarlos, atravesándolos sin que ellos se den cuenta.

Tú tratas de imitar al hombre grave y pasas a través de los dos hombres que van juntos, entre los cuales él ha pasado, y los adelantas como él los ha adelantado, atravesándolos sin que los dos hombres lo adviertan.

Sigues al hombre reservado, paso a paso, pones tus pies donde él ha puesto los suyos, apenas ha levantado el pié de un lugar cuando tú ya ha puesto allí el tuyo, no le quitas la mirada de encima para no perderlo, caminas con tu mente concentrada en la suya.

Con su grave reserva el hombre te conduce a una plaza empedrada con adoquines de formas irregulares que encajan sin fisura.

Tienes el presentimiento, lleno de certeza, de que todo lo que te sale al paso está en maravillosa conjunción con algo oculto que se ha convertido en algo familiar, lo sientes cercano y esperas la hora del milagro, en la que no tendrás más que cerrar los ojos y recostarte.

Del conjunto de edificaciones que configura el cuadrado de la plaza destaca uno de esos caserones finiseculares que infunden nada más verlos irremediable aburrimiento y amarilla contradicción, cuatro plantas, fachada de ladrillos rojos sobre la que se superpone una confusa red de ornamentos por entre los cuales se abren ventanas. Si se las mira el tiempo suficiente las ventanas se tambalean, derivan, parecen desplazarse lentamente, como sometidas a la afinidad gravitacional de algún objeto particularmente denso y extraordinariamente distante.

El aspecto de la venerable mansión te impresiona como un rostro humano que no sólo preserva los vestigios de la inclemente intemperie sino que también expresa el prolongado decurso de la vida mortal y las consecuentes vicisitudes que abrigará en ella.

La casa parece más antigua que la ciudad. En todas las ciudades del mundo existen casas como esta de las que no se puede escapar, a todos los tiene paralizados con alguna desgracia y resulta imposible distinguir entre la casa y la desgracia. Piensas, pero no bien acabas de hacerlo tienes que rectificar. *Parece de principios del siglo diecinueve.* Rectificas de nuevo. *Es un edificio comenzado a construir a lo sumo hace veinte años, pero da la impresión de algo vivo e inacabado que de algún modo tiene la capacidad de ver y me observa. Bien podría llamarse la Casa Roja, porque ese es el color de los ladrillos con las que ha sido construida.*

El hombre que te ha servido de guía entra por la puerta de la que tú mismo has denominado como la Casa Roja, te quedas contemplando su fachada y admiras la belleza geométrica de sus formas construidas haciendo uso obsesivo del rombo como forma elemental, el conjunto constituye una especie de alegoría de la luz. Tu mirada descubre columnas de rombos superpuestos que parecen querer prolongarse hasta llegar hasta el plano inclinado de las campanas y más allá, hasta el paraíso de silencio en donde evolucionan las águilas devoradoras de lobos. El ángel bueno de la certidumbre inmoviliza todo lo que le rodea. El aire parece saturarse por lo más exquisito de un aroma nutritivo y suculento. Expuesto sobre el fondo de un silencio que lo absorbe todo, percibes el rumor más antiguo de la ciudad, detallado con tal perfección que el efecto de lejanía no desdibuja la efímera arquitectura sonora.

Tienes la impresión de que en este preciso instante la Casa Roja está materializándose a partir del rumor de fondo, todavía no existe por completo pero por el simple hecho de que tú estés ahí, viéndola, la casa adquiere realidad y comienza a mirarte a través de sus ventanas como múltiples ojos.

Del mismo modo que el que lee cobra existencia a partir de la escritura, el que ve no existe al margen de la visión sino como parte de la visión. Si no existe el que ve, ¿cómo podría existir aquello que se ha de ver o la visión misma? No obstante una oscura presencia agazapada en

alguna de las habitaciones de la Casa Roja parece tener más realidad que tú mismo, una presencia mucho más vieja que la ciudad que está aguardándote precisamente a ti y tú no puedes dejar de preguntarte. *¿Cuál puede ser esa presencia que no trae consigo ninguna prueba lógica sino la evidencia de su realidad, esa presencia frente a la cual se desvanecen todas las otras realidades?*

Hay algo dentro de ti que se agita, que quiere elevarse, algo que acaba de perder ancla a una gran profundidad, no sabes el qué, algo que va ascendiendo lentamente, percibes la resistencia que encuentra pero no puedes discernir su forma, se ha detenido, quizás descienda casi imperceptiblemente otra vez hacia el fondo de su noche, junto con esos otros recuerdos abandonados fuera de la mente que no han sobrevivido porque no han logrado hacerse conscientes en ninguna conciencia y se han ido disgregando hasta convertirse una vez más de nuevo en murmullo de fondo, mercurio vivo o piedra líquida.

Al tiempo que admiras la belleza de la alegoría de la luz que es la Casa Roja, descubres una imperfección, falta un ladrillo en su fachada y en su lugar hay un vacío. Te ves a ti mismo ocupando el lugar de ese vacío. Estás de pié, mirando, consciente de estar de pié y al mismo tiempo sabes, sin la menor duda, que tú eres el ladrillo que falta y que el material del que está hecho el ladrillo que falta es de lo que estás hecho tú mismo, no obstante dentro de ti hay un hueco que nada parece llenar y así la fachada sigue estando incompleta. Te viene a la memoria aquella frase del limpiabotas en el patio central del Mercado de la Seda.

Debes buscar un lugar en el que haya sitio para todas las cosas que puedas haber deseado alguna vez, pero un lugar así es terrible, uno puede convertirse en víctima si no tiene el poder de metamorfosearse completamente.

12-2 Ven, ven, ven

Junto a la puerta por la que ha entrado el hombre de aspecto grave y reservado que te ha servido de guía está apoyado contra la pared un sujeto extraordinariamente gordo que se sujeta la barriga con las dos manos, sus piernas parecen incapaces de sostener su peso y sin embargo se mantiene de pié. El hombre gordo que se apoya en la pared de la Casa Roja lleva puesta una gorra de plato azul por lo que piensas que se quizás se trate del portero, así que te diriges a él y le dices. *¿Por favor, podría decirme si este es el lugar de las metamorfosis?*

¡Ah! Ahora las llaman así. Tercer piso, color azul, tercera puerta. Quizás no te sea sencillo dar con ella, estamos en obras aunque durante prolongados periodos de tiempo nadie trabaje, se construye según el más arbitrario designio, es una perpetua edificación, jamás adquiere una forma definitiva. Por lo que veo es tu primera vez, no debes tener miedo, siempre hay una primera vez y no hay que tener miedo sino al miedo. Pasa, y recuerda, tercer piso, color azul, tercera puerta.

Accedes a un patio interior que parece un pozo para suicidas y quizás efectivamente lo sea, algunos niños asomados a las ventanas arrojan con precisión piedras sobre un perro que es alcanzado una y otra vez y no encuentra modo de escapar. Comienzas a subir por la escalera, en los pisos inferiores todo está en calma, como si recorrieses un viejo monasterio y pasases ante celdas de monjes en oración. Te encuentras con una fila de personajes que hacen cola aguardando su turno, con gestos bien significativos te instan a que los adelantes. A medida que subes los peldaños tienes ocasión de ver de cerca a un hombre con gesto de lapidario incompleto, a un hombre con fondo de tristeza, a un hombre problemático, a un hombre epicúreo con buen sentido para disfrutar de las cosas, a un hombre aplanado que no sobresale de los restantes, a un hombre bastante indiferente, a un hombre totalmente consciente de la situación, a un hombre excesivamente joven que todavía no se ha planteado un objetivo en la vida, a un hombre que practica casi como un derecho la mayoría de edad, a un hombre que se expresa exclusivamente con frases coherentes y a un filósofo que se cegó cavilando estos versos. *¿Qué piensas tú, si en la mañana tus aguas hubieran sido tragadas? ¿Quién te daría el agua viva?*

En el rellano del tercer piso hay una mesa con tres puñales mantenidos en posición vertical mediante soportes, ensartada en cada puñal hay una pila de anillas, las cuentas. Dos anillas azules en el puñal de la izquierda, seis anillas amarillas en el puñal del centro, diez anillas verdes en el puñal de la derecha. Si hubiese un cuarto puñal llevaría ensartadas catorce anillas, con lo cual el número total de anillas sería un número especialmente significativo que cifra la década y los veintidós senderos.

Sentada tras la mesa se encuentra una mujer que te mira con su mirada de agua. Sacas del bolsillo la piedra de ágata que te regaló el librero, la pones sobre la mesa y la mujer te indica, con un ademán de su mano derecha, que escojas una anilla. Coges una de las dos anillas azules y te dices. *Ahora es cuando empieza.*

Tras la mujer se encuentran tres puertas entornadas sobre las que figuran escritas las letras, a, b y c. Escoges la puerta de la tercera letra, empujas, la abres, entras a través de ella, y lo primero que ves es una viejecita de cabellos blancos, pero fijándote bien aprecias que la suya es una vejez gentil y singular, se puede vislumbrar todavía el rastro de una remota belleza, la forma viva del cuerpo, la precisa medida de los movimientos, sostiene en sus manos un farolillo con forma de calavera, se acerca suave, nadie sabe caminar suave como esa mujer.

La mujer te dice: *Ven, ven, ven.* Ella te atrae y tú te dejas conducir, la fuerza de afinidad que se ha establecido entre vosotros no está pensada para durar, ella es una mediadora. Algunas cosas inasociables se asocian por mediación de una tercera. Del mismo modo que hay una naturaleza intermedia entre los cuerpos que provoca la atracción entre ellos, la anciana de pasos ligeros está conduciéndote hacia algo que te es verdaderamente afín, algo que te aguarda envuelto en el velo de la perfecta inmovilidad, estás irremediablemente abocado a unirte indisolublemente a lo que te aguarda, de tal modo que no podrá separaros ni la calcinación, ni la disolución, ni la conjunción, ni la extracción, ni la precipitación, ni la filtración, ni la putrefacción, ni la digestión, ni la congelación, ni la sublimación, ni la fermentación, ni la exaltación, ni la multiplicación, ni la proyección. El sol negro, el fuego frío, el fuego que no quema, eso es lo que finalmente te separará de aquello de aquello de donde provienes y hacia lo que te diriges.

12-3 La Mujer Uránica

La atrayente anciana se mueve como una reina que visita un hospital, la sigues a través de una jungla de extraños muebles, cortes rectangulares con recovecos, pasillos recubiertos de alfombras que no dejan oír los propios pasos.

De uno de los pasillos laterales surgen dos hombres portando una camilla en donde yace una carmelita descalza carbonizada, dando fuego superó a toda una escuela de prostitutas acostadas en una concha de mar, su cuerpo fue abrasado por las llamas que se derramaron sobre la doliente envolviéndola en una ráfaga de humo y así se convirtió en ascua carbonizada y chisporroteante.

Llegáis a un corredor al que se abren una serie de habitáculos con camastros separados por cortinas y en cada uno de ellos se encuentra una mujer.

Algunos han conocido lo que es el horror al llegar aquí y no ser aceptados. Te dice la anciana.

A medida que avanzas por el corredor tienes ocasión de ver a diversas mujeres que o bien permanecen inmóviles o se mueven con movimientos pausados levemente automáticos.

Una mujer oriental lleva en una mano una cajita de cristal transparente que contiene luciérnagas.

Una especie de efebo andrógino con el pelo cayéndole sobre la cara recita. *Le vent te pénètre, a chaque instant mourir.*

Una vieja con cara de chiquilla y cuerpo de enana completamente desnuda es recorrida por una boa constrictora de pelo gris.

Dos hermanas siamesas unidas por la cadera cantan, silamisol, con voz aguda. *Ir beber agua tao longe, nao convém juntar a noite com o día.*

Adorables mujeres sacan intermitentemente unas lenguas filiformes descarnadamente rojas, levantan sus faldas y muestran el vientre del mundo con una claridad de agua en su follaje, te enseñan también sus ávidos culos, que se abren y se cierran como ojos polifémicos, ofreciéndose para el beso. Hay algo de desesperado en los movimientos de esas mujeres, como si no fuesen sino alguna forma de inmovilidad atravesada al azar por imprevisibles escalofríos, están ahí apostadas como demiurgas cuya función fuera servir de acceso a un tipo de conocimiento que se sitúa al margen de la lógica convencional y cuya clave quizás posean. Ten en cuenta que esas mujeres ejemplifican el carácter ritual de la prostitución y convierten la Casa Roja en un verdadero templo, un lugar en donde volver a celebrar rituales antiguos que escenifican la naturaleza secreta de principios esenciales.

El corredor desemboca en una estancia circular con las paredes desnudas y sin mueble alguno que se encuentra alfombrada en toda su extensión, en la habitación hay tres puertas, la de la derecha es de color verde, la del frente es amarilla, la de la izquierda es la puerta de tu color, el azul.

Tras la puerta verde se encuentra una mujer rara. El amarillo conduce a una mujer teosófica. El azul es el color de la mujer uránica. La mujer rara es demasiado joven, su comportamiento es completamente imprevisible, es el hombre el que tiene que tomar sus propias decisiones, no se puede esperar de ella ninguna ayuda, todavía no tiene la experiencia necesaria. La mujer teosófica tiene la edad adecuada y conoce el repertorio de preguntas para las que nadie ha encontrado respuesta, su conocimiento de las posiciones es insuperable, lo adquirió en oriente y desde entonces ha viajado mucho. La mujer uránica no tiene edad y conduce a placeres subterráneos. Ella es la que te corresponde. Ve. Te está esperando. Lo que ella va a darte no es para el placer, ni para el mito, ni para el antimito, ni para la psicología, ni para multiplicar el rebaño, sino para jugar, pero no para un juego físico sino para un juego espiritual. Dice la anciana, al hacerlo ríe un pecado de risa caliente en el esmalte de sus ojos de niña, y a continuación desaparece como si nunca hubiese existido.

12-4 Ojos Grises

Cada persona es una puerta entreabierta que lleva a una habitación. Delante de las puertas verde y amarilla hay un par de zapatos, de lo cual fácilmente se deduce que la mujer rara y la mujer teosófica están ocupadas, delante de la puerta azul no hay calzado alguno, la mujer uránica está sola, se reserva para ti. Te descalzas, pones tus zapatos delante de la puerta azul. Dudas un instante que te parece eterno antes de decidirte a abrir la puerta, poco a poco, como el sarcófago de un vampiro. Al otro lado, los ojos de la mujer uránica se animan por un destello y piensa. ***Me parece que se acerca, pues siento su venir en el lugar de la antigua herida.*** **Sientes que lo que está dentro te percibe y te llama. Es la belleza del mundo quien te llama, la belleza, la calma y la felicidad pura de la armonía del mundo. Por fin te decides, das, uno tras otro, los pasos necesarios, y entras.**

La habitación es pequeña, cálida y húmeda, con un olor indefinido a algo viejo, olvidado. El olor peculiar que impregna las paredes se evapora lentamente y deja un rastro en el aire. Un agradable ambiente de baño turco. La habitación, se te antoja una especie de limbo o de hora nocturna, apenas la alumbra una temblorosa lamparilla de aceite que lanza un vago círculo de luz cenital contra un techo atravesado por una serie de vigas de madera, y en cada una de las intersecciones hay algo oscuro y silencioso. Percibes una atmósfera densa de invernadero y pensamiento marchito, como la que perdura en los lugares en donde se cuelgan exvotos.

La mujer está echada sobre la cama, lo primero que aprecias de ella son sus ojos grises, inenarrablemente hermosos, y a continuación su cuerpo, a un tiempo joven y viejo, sin edad, yace inerte y desgreñada entre débiles notas de pájaros invisibles. El perfume que exhala su cuerpo es de la calidad de esa carne de la tierra que es el hongo, con un olor a humedad capturada y no obstante seco, ahogado por el aroma obsesivo del aceite de ámbar, que es una enfermedad del mar. Sus manos tienen la textura de la vida vegetal, debajo de la piel se adivina una estructura desgastada por el sueño, como si el sueño fuese el alimento que la nutre.

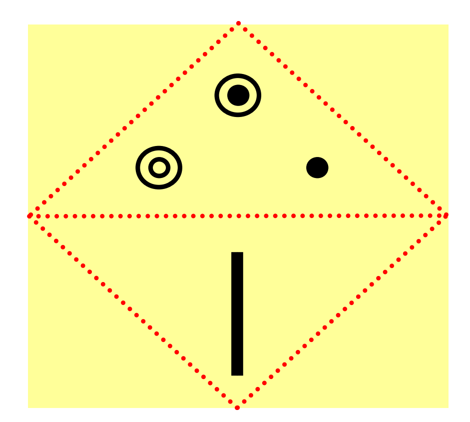
Alrededor de ella hay planos de fortificaciones, relicarios, caballos de plata, sillas compradas en el mercado de las pulgas, esfinges aladas de rostro oscuro, lámparas con motivos jeroglíficos, bustos nubios, candelabros venecianos, querubines, muñecas, vestimentas eclesiásticas, cajas de música, minúsculos elefantes de marfil y caballos metálicos, sobre un tocador un par de fórceps, frascos de perfume, pomadas, polvos, tarros de crema, de los cajones entreabiertos penden encajes, cintas, medias, ropas íntimas.

Te llama la atención una cortina que deja adivinar una ventana y sientes el deseo de mirar, a través de ella, al otro lado. Con un suave movimiento de su mano derecha, ella te anima a apartar con la mano la cortina, como si ese movimiento tuyo formase parte de un plan cuidadosamente elaborado que tuviese como objeto demorar el momento decisivo del encuentro.

Al otro lado de la ventana vislumbras una espléndida vista de la ciudad dormida, estás absorto en la contemplación cuando le oyes decir con su voz de murciélago. *Sunia navega en silencio a través del tiempo y desciende sobre el valle como un pájaro. Ven, tócame con tus manos desnudas.*

Ella clava su mirada en tu mirada y se transfigura, a su manera, es pura determinación, sin duda, la poseen mil energías. Ella cierra los ojos para que no veas el relámpago que hay en ellos. Las alas se abren en torno a la presa, es el primer beso, por fin comprendes lo terrible que puede llegar a ser una boca.

Sobre el Monte de Venus de Mara descubres tatuados unos signos conmocionadotes que te son familiares, estaban en el libro de plomo, un círculo con un punto en el centro, un toro topológico, y un punto, formando un triángulo de fuego y abajo un triángulo de agua cuyo eje vertical lo ocupa su vulva rezumante de humedad mercúrica



Ella advierte su conmoción y para calmarlo te arrulla, acariciante. ***Estos signos, sí, desde muy niña los he llevado aquí, es un tatuaje con mi otro nombre, el secreto, el que no puede decirse, es el umbral de la puerta que ahora está abierta para ti, entra a través de ella y regresarás al lugar de donde provienes.***

Radiante como una palabra de oro la noche camina, sabéis que estáis juntos y que no obstante debéis buscaros. Una corriente arrolladora, compuesta de eternidades te arrastra. Ella es como el mercurio, rueda sobre ti, te rodea, es una bendición que asciende como una serpiente por tu árbol. ¿Qué otra cosa puedes hacer sino abandonarte? Recorres una ciudad de silencio en su piel.

Abarcándolo todo dentro de ti yaces sobre ella, es un placer que duele. Con los ojos cerrados, reclinas la cabeza sobre el musgo. ¿Hay algo más hermoso que dos cuerpos entregándose al demonio de la satisfacción? Ella es un invierno de lujuria, imposible mantenerse impasible, impensable verla y no desear estar en ella, ser en ella sin dejar de ser uno mismo, ser lo uno y lo otro, todo y nada, blanco y negro. Ella es la astucia de la belleza, los senos quietos, en el venero de sus ojos grises viven las redes de los pescadores de la mar errabunda, su cuerpo hace del lecho la montaña suprema de la única realidad, en su humedad se reflejan todas las estrellas.

Sus piernas llaman a sus manos, se encoge hasta reducirse a la posición fetal y sin embargo está ahí como el muro de una tormenta, ofreciéndose desde lo más hondo de su oscuridad. Tú te quedas agazapado como un animal herido escondido en la maleza, percibes el latido de tu corazón en la garganta, sientes cómo la tierra cede debajo

de ti como si fuese penetrada desde lugares muy distintos. Bruscamente abandonado a la gracia turbia de la animalidad pura, te hundes en la tibia oscuridad y te vacías largamente en constelaciones tranquilas.

Con su mirada transparente, ella ha reconocido en ti a su hijo pero tú no has reconocido en ella a tu madre. Interrogadora de lo que ya sabe Mara te pregunta, mintiendo. *¿Quién eres?*

Yo no soy un saltimbanqui, no sé si quiero pararme sobre la cabeza.
En lo que a ti respecta lo sé todo, te llamas Mucio y te envidio, tienes lo único que importa, todo lo que te falta por descubrir.

Y repente es como si por primera vez tuvieses un nombre, algo así como una anchura vacía pero también una profundidad vacía, una extensión de la sustancia que se derrama en diversidad finita sin fuerza para contener la diversidad y darle consistencia. Un nombre es intensidad sin contenido que al mantenerse como una fuerza sin ninguna difusión es lo mismo que la superficialidad pura.

Sientes cómo su voz te rodea, su aliento, el murmullo casi imperceptible de la sombra. En la locura de la noche todo toma la palabra, el silencio, todas las figuras se mueven sin ruido. Emerges del cálido vacío de ella y penetras en la intimidad sin fronteras donde todo es nuevo, avanzas con los ojos cerrados hacia el lugar de la revelación. Chapoteo de manos golpeando en el agua. Los límites se desvanecen dejando sólo la visión de una forma amorfa, terrible en su oscuridad, en donde destacan dos ojos grises que parecen interrogar desde otro mundo, la belleza de sus ojos manchados de sueño, la sensación de desasimiento que sientes crecer, la singular armonía, tienes la impresión de ser absorbido por una especie de ausencia, como si te encontrase ante la reina del jardín.

Ella esperaba algo que tenía que llegar y ese algo se vacía silenciosamente. *No te atolondres. Ya verás lo bueno que resulta. Déjate hacer. ¡Eres tan hermoso! No sabes hasta qué punto lo eres. Nos pertenecemos el uno al otro. Eres mi interior. Aprenderás a conocerte a través de mí. Te tensarás como la cuerda de un arco para ese disparo hacia la lejanía, que de donde vengo para llevarte.* Te dice y lanza un grito ahogado, el agua grita como cualquier animal cuando se le golpea. Una serie de temblores invisibles la recorren, en el vértigo de la ansiedad

no se inmuta, sus ojos aparecen húmedos de algo que sería inútil calificar como lágrimas y despreocuparse. Una molicie lánguida de final de pesadilla remonta el curso de las edades, al fondo de la vaguedad borrosa de una pradera de los primeros tiempos con sus altas hierbas de emboscada se encuentra un animal sufriendo una metamorfosis.

Inesperada y lenta, como sin esfuerzo, ella comienza a caer, se desliza hacia el suelo, lentitud animal en su espacio, con el pelo sobre la cara y la boca abierta, la lengua como un gran incendio sobre los agudos dientes brillantes, gime y espera.

Tú también caes, vertiginosamente, las venas se te destacan en el cuello, se hinchan en tus brazos, laten en tus dedos, con cada músculo estremecido por el temblor retrocedes a medida que ella avanza, acorralado contra un rincón de la habitación te levantas para evitar algo que te aterroriza hasta tal punto que pareces elevarte del suelo como un monje levitante.

Ahora ella, con la cabeza baja, arrastrando sus cabellos por el suelo, sus uñas se hunden, sus dientes buscan tus huesos, te muerde en una pierna y tú aúllas, te arrojas contra ella y le muerdes, una y otra vez hasta que te rindes y te dejas caer, llorando.

La madre encierra a su hijo en su seno por lo cual no puede verse nada de él. Lo ha abrazado con un amor tan grande que lo acoge por entero en la naturaleza de ella, y lo que era dos se convierte en uno. Si la madre misma se une en matrimonio con el hijo que el acto no se considere pecado, así lo dispone la naturaleza, así lo exige la respetable ley del destino, y el hecho no es desagradable a los ojos del anciano que construyó la torre y es el padre del lobo.

12-5 La Forma del Mundo

Desde el sueño vislumbras cómo ella rompe un reloj de arena sobre las sábanas y le preguntas. *¿Qué haces?*

Con la arena del tiempo limpio de sangre las sábanas.

Te incorporas, la miras y te ves a ti mismo, ella tiene tus mismos rasgos, es una especie de doble, tu espejo.

Son muchos los que se han metido en mi vida para transformarla, muchos los que han acudido a mí para aprender la degradación y la noche. Cuando me echo en esta cama comienza la noche interminable, los gritos de mamíferos albinos con sus ojos sin párpados escrutando en la oscuridad y tengo que levantarme y caminar en vano, pero esta noche ha sido distinto, adquirir lo antes posible un hábito, esa es mi idea de eternidad, necesito a alguien que me recuerde porque me resulta difícil acordarme de mí misma. El tiempo no es lo bastante largo para olvidar. Me siento desdichada. No se como hablar pero tengo que hacerlo. No puedo vivir así. Un corazón ardiente unido a lo candente, eso es lo que quiero. Enciende en tu corazón la llama del amor y quema por completo pensamientos y palabras, porque el corazón es la sustancia y las palabras accidentes. Los accidentes son sólo medios, la sustancia es la causa final. Como ojos que penetran en la noche los amantes de hermosos ritos son de una clase, aquellos cuyos corazones arden con amor son de otra. Los amantes deben arder a cada instante como el impuesto y el diezmo son exigidos a una ciudad vencida.

Ella se acerca lo suficiente para que tú sientas el olor de su cuerpo, humedad concentrada, tierra repleta de hongos, parece obra de un dios desaparecido e ignoto, estampa de una raza remota de esencia petrificada, a la manera de los insectos que viven en el ámbar. Como por ensalmo, todo lo ocurrido desde tu ilusoria partida de la Casona se te ilumina de repente.

El aire líquido, el nictálope, la música del silencio, los dientes de león, el caballo desbocado, el puente y el cadalso, la librería vacía, la casa del

Carnicero en la calle del Cisne, el niño disfrazado de cartero, el sol doble, Samuel, la historia de los dos pintores, el gran viento, el niño y el mosaico, el hombre con apariencia de pájaro, el oficiante en el templo, el casino, la ruleta, el número once, la torre de Babel, el pasacalles, la serpiente, la turbamulta, el prestidigitador, el amaestrador de hormigas, el piromántico, el predicador sufí, la danza giróvaga, el teatro, la viuda del juez, la desaparición de los libros, el limpiabotas, el hombre de aspecto grave y reservado que pasa entre los que caminan delante de él, la Casa Roja y todo lo demás.

Los sucesos se agrupan para formar un grupo coherente que parece apuntar a un conjunto de formas materiales con apariencia de mujer y no hay modo de resistirse a la fuerza viva que emana de ella, una fuerza de tal naturaleza que cuando roza a un ser le da nombre.

El cielo, sin mirada, se filtra a través de la ventana e ilumina la habitación en donde una madre expone su desnudez a la mirada desnuda de su hijo. El amoroso apuntar de las miradas sobre la desnudez del otro convierte el espacio cerrado de la habitación en un jardín que ha sido construido únicamente para ellos.

Por fin comprendes que has llegado hasta el final y que a partir de ahí ya todo será regreso Todo lo que quieres ahora es regresar al punto de partida y volver a conocerlo como si fuese por primera vez. Te imaginas una especie de paraíso en el que tú y tu hermano traspasáis cierto límite y al mismo tiempo compartís a una misma mujer. Para hacer que lo que has imaginado se haga realidad, le propones a la oscura mujer que vaya contigo a la Casona, para compartirla con tu hermano.

Y Mara te dice. ***Iré contigo a la Casona y dibujaré en vuestros cuerpos la forma secreta del mundo.***

	10_{Ne}	
	9_{F}	
	8_{O}	
	7_{N}	
	6_{C}	
	5_{B}	13_{Al}
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}

13 Aluminio

13 El Tren Azul

13-1 Movimiento Puro

Para ir desde la Casona al Sanatorio de la Klepsidra se debe partir al amanecer, recorrer a pié una distancia comprendida entre los tres y cuatro kilómetros, hasta el apeadero, una vez allí aguardar, nunca más de unos pocos minutos, al Tren Azul, que ajusta con ese margen de precisión su paso con la llegada de algún improbable viajero.

Moiro nunca había considerado hasta ahora la posibilidad de romper con la Casona, para una cosa así nunca había tenido la menor energía, le había faltado siempre valor y decisión, pero ahora, para emular en tono menor a su hermano, ha decidido viajar hasta el Sanatorio de la Klepsidra con el propósito de conocer a tía Ágata, hermana de Emón.

Moiro lo ve llegar, no le parece real, sólo luces y sonido, una mancha en la espesa claridad, el Tren Azul. Vagones de madera desmesuradamente amplios en donde proliferan maletas atadas con bramante, paquetes, sacos, líos envueltos en pañuelos, en sábanas, en cortinas. Vagones cuyo trazado no se ajusta a ninguna forma de necesidad, con más rincones de los necesarios, los bultos estorban en los pasillos, los obstruyen, casi los clausuran. Los obstáculos no parecen abandonados al azar sino distribuidos según un plan predeterminado.

Moiro va de un lugar a otro buscando un lugar confortable en donde acomodarse, es inútil, los pasajeros se sientan sobre los equipajes o entregados al sueño yacen indolentes en el suelo, por fin logra acomodarse en el retrete, se sienta encima del lavabo, apoya los pies contra la puerta. Contempla distraídamente el paisaje a través de la ventanilla. El tren atraviesa sin detenerse pequeñas estaciones hace tiempo cerradas, ve pasar campos adormecidos y es la misma vastedad tantas veces conocida, la tierra encerrada por el horizonte, lacerada de árboles, casas con sus jardines cerrados que huyen hacia atrás, personajes fantasmales que saludan mecánicamente con la mano antes

de desvanecerse, siempre lo mismo, lo ya sabido. Impasible como una preocupación agobiante que lo domina todo, allá a lo lejos, la torre de un campanario se queda quieta un largo rato, hasta que en su incesante movimiento el tren describe una suave curva y la solemne presencia de la torre desaparece del alcance de la mirada. Deslumbradas por el brillo de una luz otoñal, las imágenes se hilvanan sin costura, una especie de energía vital se propaga por la superficie de las cosas.

El silbato de la locomotora y el repiqueteo de las ruedas en los raíles componen un dúo cuyo estrépito vacilante evoca sensaciones de cosas pasadas y produce el placer del puro movimiento, como un viajar por viajar, sin propósito ni determinación. Moiro retiene el sonido en su interior durante un prolongado instante, luego lo exhala y se frena por la resistencia del aire hasta que es absorbido de nuevo por el silencio. De repente le invade el deseo de distinguir entre el ruido metálico de las ruedas y el silencio que vendrá después de todo, cuando todo se acabe y desaparezca como si jamás hubiese existido. Inmóvil y sin un solo pensamiento, espera que el silencio le inunde. Transcurre un prolongado instante, en el que nada sucede, que a él le parece largo e inalcanzable, casi como si fuese infinito.

El tren desacelera su marcha, rueda cada vez más despacio, el chirrido de los frenos, metal contra metal, un grito que crece en intensidad hasta casi lo insoportable, cuando alcanza su apogeo se interrumpe, de ese modo movimiento y grito se transforman en quietud.

Todos sus pensamientos se detienen de golpe. El tren se ha parado en una pequeña estación impregnada de ese olor levemente amoniacal característico de la descomposición, nadie sube, nadie baja, algunas figuras se mueven en el andén, ancianos sin edad echan un vistazo al interior de los vagones, cada cual hace lo mejor que sabe para atraer una mirada. La postura del loto, giran sobre un pié, dan saltitos con las piernas juntas, aprietan un pañuelo en el puño, se apoyan con la mano en lo primero que encuentran, practican diversos juegos malabares, imitan el canto de amor de las ballenas. Todo parece ridículamente contenido, anormal e insano, cada figura está envuelta en su propia espectralidad, son como fantasmas que han salido a pasear cada cual por su cuenta y que por alguna razón han elegido este fantástico rincón del mundo para exhibirse.

Apretado contra la suciedad de la pared el guardagujas hace oscilar un farol y la locomotora lanza un agudo grito que excita a los ancianos, los cuales se despojan de su tono contenido y comienzan a lanzar imprecaciones contra los pasajeros agazapados tras las ventanillas.

¿Alguna vez has oído hablar de una maleta poseída por mentes de una galaxia desconocida?

¿Cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler? ¿A ver, cuántos? ¡Contesta, si eres listo!

¿No es verdad que el mar es una dulce madre gris? El mar verdemoco. El mar que disuelve lo duro en su ceniza.

¡La lepra se desprende de tu paladar!

La luz está perdiendo su capacidad de cambio y pronto se convertirá en un pájaro muerto.

Vuestro tren, porque es azul, no corre por raíles sino por un filo de navaja, de tal manera que lo que comenzó como delirio terminará en pánico.

En este preciso instante, en algún lugar se está produciendo una desgracia.

Vives como si en el muro de la realidad hubieses encontrado un agujero para cruzar al otro lado.

Tatir es purificación, Temí es ceración, Teklis es calcinación, Tasid es amalgama, Tezvic es matrimonio, Tevlit es parto, Hal es fusión, Akit es sublimación.

Voces provenientes de la noche del mundo que al no encontrar respuesta desatan la violencia. Un anciano agarra con sus dos manos el cuello de otro, que abre la boca, saca una lengua carnosa y larga, al tiempo que agita convulsivamente los brazos tratando de respirar. Un anciano salta con increíble facilidad, lanza una patada al aire y alcanza de lleno a otro en la traquea, que se desploma preso de incontrolables convulsiones. Un anciano le arranca a otro una oreja de un mordisco y se la come. El grupo de personajes que actúan en el andén están perdidos, tratan de encontrar una salida, pero no parece su modo de actuar sea el camino para conseguirlo.

El gemir de la madera podrida anuncia el inicio del movimiento, los vagones se estremecen, vacilan dando tirones y los personajes del andén se transforman en sombras y se difunden en la blandura del espacio. El Tren Azul pone de nuevo en movimiento, sigue el curso de los

durmientes sobre los que descansan los raíles que están acompañados por una hilera interminable de murmurantes postes telegráficos. La locomotora cambia continuamente de ritmo y mantiene a los viajeros en el adecuado estado de incertidumbre. El tren entra en un túnel, los vagones quedan a oscuras, los tímpanos se comprimen, Moiro tiene la impresión de estar en una jaula, abre la ventana, saca la cabeza para respirar, devora las ráfagas de viento que lo inundan de chispas candentes y polvo de carbón. Inopinadamente surge, sin que pueda determinarse su origen, un ir y venir de frustrados intentos de conversación, como un baile en una casa de fieras alguien rompe a gritar y valiéndose de la ocasional impunidad otros se le suman.

Hace su aparición una blanquecina luz horizontal y todos los pasajeros enmudecen. Tenue, tembloroso, como el enfermizo rugido en miniatura de un juguete loco, el silbato de la locomotora rasga el aire. El monótono traqueteo metálico y el aleatorio crujir de la madera se acompasan hipnóticamente. Moiro pega su rostro al cristal, clava la vista al otro lado de la ventanilla, pero no ve nada, el paisaje se esfuma, ni siquiera acierta a distinguir el ritmo de su propia respiración, el cuerpo no se resiste a la gravedad, la mandíbula le cuelga estúpidamente, se hunde en el sueño.

13-2 La Carta

Moiro está sentado delante de una mesa, al otro lado hay una silla vacía, la poca luz que hay en la habitación entra por una ventana a través de la que se ve, en toda su espléndida monotonía, el desierto, refugio de perseguidos. Sobre la mesa hay una figurilla de barro, cuyo cuerpo es un sencillo bulto redondo, toscamente modelado. Acerca la silla a la mesa para examinar la figurilla pero sin llegar a tocarla, advierte que lleva inciso un pájaro en el costado, quizás una paloma. El pájaro con apariencia de paloma lleva agarrado en una de sus patas un cilindro metálico. Está apreciando la perfecta geometría del cilindro metálico, cuando entra en la habitación un funcionario decorosamente vestido que luce todos los atributos de su cargo y va a sentarse en la silla vacía situada al otro lado de la mesa, justo enfrente de él. Como si adivinase lo que está pensando, el funcionario le dice. *El cilindro que ha captado tu atención es bello en virtud de su naturaleza metálica, pero no es sólo su belleza lo que lo hace interesante sino que además lleva oculto en su interior un mensaje que te concierne.*

El funcionario abre el cilindro, extrae de su interior un papel meticulosamente plegado, lo despliega, una y otra vez, hasta un total de seis veces, y lo coloca sobre la mesa. Saca una lupa de uno de los bolsillos de su chaqueta y la coloca sobre la mesa. A continuación saca de otro bolsillo una pequeña regla y sirviéndose de ella hace mediciones sobre el papel.

Se trata de un trozo de papel rectangular de exactamente doce centímetros de largo por siete con cuarenta de ancho, lo cual da ochenta y ocho con ocho centímetros cuadrados de superficie áurea, esto es así porque al dividir su longitud por su anchura resulta aproximadamente el número que regula el movimiento de las cosas que crecen, el número de oro, cuya cifra es una procesión interminable. No obstante su perfección, el número de oro es una cifra irracional que se adentra indefinidamente en el jardín cerrado pero sin alcanzar nunca su centro. La hoja de papel contenida en el interior del cilindro estaba plegado seis veces, no hay fuerza humana capaz de plegarla una séptima vez. Como puedes advertir, el séxtuple plegamiento ha dejado en el papel su huella, si te fijas bien verás que aparece marcada una retícula de sesenta y cuatro

diminutos rectángulos. En esta hoja de papel están cifrados no pocos misterios y no sólo de carácter numérico, los micrográficos caracteres de su escritura son prácticamente ilegibles a simple vista toma la lupa, asómate y verás lo que ves.

Moiro está impresionado por la erudición numérica de la que ha hecho gala el funcionario, coge la lupa y la acerca al papel desplegado sobre la mesa, se trata de un escrito antiquísimo poblado de signos que le evocan los signos inscritos en las txiringas de plomo, las pisadas de un ave palmípeda, estrellas con diferentes números de brazos, pájaros en la lejanía, semillas de luz. Le pregunta al funcionario acerca del significado de los signos y por toda respuesta. ***Habrá tiempo de hablar largo y tendido sobre los secretos cifrados en este papel, pero eso será cuando lleves a buen término una misión que te ha sido encomendada. Verás, ha surgido una especie de... ¿Cómo lo diría?... De problema. Un problema que tú tienes que solucionar, suponiendo que no tengas inconveniente.***

El funcionario señala con el brazo hacia algún punto situado en la lejanía y Moiro mira en esa dirección pero no ve nada en particular sino la monotonía propia del desierto. ***¿Qué hay en ese lugar? Desde aquí no se aprecia nada que haga pensar en problemas.***

El funcionario no responde, se dirige a un armario, lo abre, coge una carpeta y saca de ella una carta manuscrita.

Esta carta es todo lo que tenemos en relación con tu misión, deberás leerla atentamente y sacar tus propias conclusiones. Creemos que ha sido redactada por la mujer que vive en algún lugar del desierto. Hace meses que recibimos la carta, algunos la han leído y dicen que contiene una llamada de socorro, el grito desesperado de alguien que sufre.

¿Es eso cierto? ¿No habrá transcurrido demasiado tiempo desde entonces?

¿Demasiado tiempo? El correo es aquí malo. Demasiado malo. Nadie lleva cartas a ninguna parte. Si uno se empeña en echar una carta a un buzón, pueden pasar años antes de que alguna alma caritativa se decida a conducirla hasta su destino. El único cartero que existía murió hace años y su mujer, que se ocupó durante algún tiempo de los asuntos de su marido, se fugó con un tahúr. Ahora nadie piensa en serio en el correo. A veces algún vagabundo decide repartir por iniciativa propia, coge un puñado de cartas al azar y pone manos a la obra hasta que a su criterio

se ha dado cumplimiento al trabajo. Pero lo hace a su aire, sin excesivo rigor, dejándose llevar. Esta carta fue recogida hace meses, quizás hace un año. Alguien recordó haberla visto en otoño, poco después se rumoreó con cierta rotundidad que la carta debería estar en la oficina. Yo comencé a creer en la existencia de la carta a raíz de ciertas controversias entre algunos empleados. Nadie quería comprometerse, así que elegí a un par de funcionarios de mi confianza y los puse a trabajar a fondo en el asunto. Al poco tiempo me confirmaron que, en efecto, una carta había llegado entre noviembre y diciembre, y no sería del todo descabellado pensar que podría estar cerca de la biblioteca. Cuando por fin dieron con la carta, mostraba un aspecto bastante raro, síntoma, sin duda, de las penalidades y vicisitudes que había soportado.

¿Qué significa todo éste embrollo? ¿Qué clase de historia es esta?" Supongo que se conoce la identidad de la mujer.

No. Son sólo suposiciones y además contradictorias.

¿Qué se supone?

Sería muy largo de explicar y no te resultaría de la menor utilidad, en cierto sentido incluso podría deformar tu visión objetiva del personaje y de los hechos, la cual, es innecesario decirlo, debe ser lo más imparcial. Mejor saca tus propias conclusiones por ti mismo. Tolle, lege.

Como funcionario de alto grado, se ha visto obligado a superar diversas pruebas y exámenes, para las cuales es absolutamente necesario un cierto nivel de conocimiento de la lengua latina, del cual hace gala ahora parafraseando el *Toma, lee,* la misteriosa frase dicha por una voz de procedencia incierta que indujo a san Agustín a leer el principio de la epístola de Judas, lo que a la postre decidió su conversión, según se cuenta en el capítulo doce del libro octavo de las Confesiones.

Y he aquí que proveniente de una casa vecina oigo una voz como de niño que decía cantando y repitiendo con frecuencia. Toma, lee. Mudé de semblante al punto y con toda atención me puse a pensar si fuese costumbre cantar los niños en alguna clase de juego un ritornelo semejante y no recordaba haberlo oído jamás en parte alguna. Reprimí el ímpetu de mis lágrimas y me incorporé, no viendo en ello más que una orden divina que me mandaba abrir el libro y leer lo que al albur encontrase en la primera página que se ofreciese. Y así lo hice.

13-3 El Barco

Moiro toma la carta, la lee, medita y piensa en sus increíbles reservas, en su abuso de lo inexacto, en su falso estilo epistolar. Se trata de una carta absurda, indigesta, negativa, inútil, pero su obligación es entenderla. De modo premeditado la carta termina precisamente con una cita del versículo quinto de la epístola de Judas.

Aunque lo sabes de sobra, quiero sin embargo, traerte a la memoria que el señor, después de haber sacado a su pueblo de Egipto, exterminó más tarde a los que no creyeron, traerte a la memoria también que a los ángeles que no se mantuvieron en su rango y abandonaron su propia morada los tiene guardados para el juicio del gran día, atados en las tinieblas con cadenas perpetuas. También Sodoma y Gomorra, con las ciudades circunvecinas, por haberse entregado a la inmoralidad practicando vicios contra natura, quedan ahí como ejemplo, incendiadas en castigo perpetuo mientras águilas metálicas clavan sus acerados picos en el vientre de las víctimas que cada día ven arrebatado su hígado el cual cada noche se regenera de nuevo para que pueda ser eterno el suplicio.

Moiro juzga que quien ha puesto por escrito tamañas palabras solicita imperiosamente ayuda y para tratar de prestarla, Moiro parte en dirección al confín noroccidental del desierto, donde la cordillera forma un muro y los acantilados sobre la arena impiden recibir la brisa fresca del mar. Toma la única carretera que cruza la región, según el curso de antiguas peregrinaciones. Camina sin demasiado entusiasmo en medio de un paisaje sin accidentes, sólo la tierra brillante y monótona que se extiende en longitudes singularmente horribles. Avista un relieve rectilíneo y se encamina hacia él, al aproximarse resulta ser una plataforma de piedra cuyo interior se hunde en el suelo formando un gran almacén subterráneo, en el que se encuentra un eremita sentado en el suelo en la posición del loto. El eremita se encuentra en un claro momentáneo de la jungla de los milenios y se identifica con todas las vidas pretéritas y futuras, pero solo los elementos le afectan, el núcleo vivo de las sustancias. Consciente de que el viajero que ha llegado hasta él es fuego vivo, el eremita comienza a leerle, con su aguda voz de pájaro, *El Libro Ibur*, el libro de la preñez del alma.

¿No quieres hermano? Sólo pregunto. Si me dejas razonar pronto distraeré tu atención con propósitos y rumbos. Está escrito. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene una casa dispuesta para allí ser alimentada durante mil doscientos sesenta días. Escucha, voy a leer para ti en la nube cargada con la memoria de batallas entre los ángeles custodios de los pueblos. El ángel de luz y el ángel de sombra se reconciliarán abrazándose al mismo árbol. ¿Comprendes? Ella exterminará la parte material de las figuras porque ella acude a donde se la necesita, pero no podrá evitar que siga navegando el soplo. Ella irá a buscarte y entonces ni a ti ni a tu sombra os será dado escapar al abrazo ardiente de la pantera, el abrazo que consume la materia grosera de la que está compuesto tu cadáver.

El eremita cierra el libro y lo deja a un lado, despliega sus piernas y se levanta, ágilmente, sin apoyar las manos en el suelo. Se dirige hacia una zona en penumbra y se sienta en una butaca forrada de terciopelo rojo que está ataviada con un dosel sobre el que figura una corona en cuya parte superior lleva ensartados, a modo de estandarte, una cruz, una media luna y una estrella de seis puntas. Cómodamente sentado en su butaca el eremita le dice a Moiro. ***En el desierto hay un barco en donde habita el monstruo, hijo de la sombra. Busca el barco, porque no está lejos de aquí. ¿Querrás hacerlo?***

¿Buscar un barco en el desierto? ¡Un barco en donde habita un monstruo! ¿Un monstruo hijo de qué sombra? **Responde Moiro que considera que la locura ascética del eremita solitario es la que dicta tan absurda petición, pero no llega a expresar claramente sus dudas, no obstante su situación de incertidumbre le lleva a aceptar la peregrina insinuación, no tan absurda si se considera con una cierta frialdad lógica. ¿Acaso no se encuentran fósiles marinos en la cima de algunas montañas? ¿Por qué razón no podrían encontrarse barcos en medio del desierto? Decide pues acometer la búsqueda del barco como paso necesario que le conduzca al encuentro con la ignota mujer, a la que de algún modo se siente ligado por una fuerza de afinidad irresistible.**

Se despide del eremita con una rápida reverencia de unos veinticinco grados, no le parece suficiente y hace una segunda reverencia de unos cuarenta y cinco grados que mantiene cuatro segundos, por último hace una tercera reverencia de unos noventa grados que mantiene durante

diez segundos, sale del almacén subterráneo y echa a andar a través del desierto.

Lleva un buen rato caminando, cuando divisa en la línea del horizonte un barco encallado en la arena. Al principio considera que su visión es un espejismo producido por el ardor del aire o fruto de su imaginación. A medida que se aproxima el barco intensifica su realidad. Cuando llega junto al barco comprende que su presencia resulta necesaria y que el mundo no tendría sentido si ese barco varado no existiese. Dentro del barco hay mucha agua, casi un mar dotado de un intenso olor a podredumbre. Un grupo de seminaristas irrumpe de pronto a través de las amuras y se zambullen en el lecho de agua. Los seminaristas son diez, todos ellos bellos y fuertes, nadan de un lado a otro, presos del delirio corporal. Moiro considera que el lugar no parece muy apropiado para indagar a propósito de la mujer, a quien se propone sustraer del peligro de algo inconcreto, no obstante reúne suficiente valor para acercarse al borde del agua y tratar de entablar conversación con uno de los seminaristas.

Bienvenido. ¿Quieres bañarte tú también?

Te lo agradezco, pero sólo estoy de paso. Busco una casa en el desierto, en donde se encuentra una mujer. **El rostro del seminarista se oscurece al escuchar el propósito.**

Esas palabras las he escuchado otras veces. El desierto en ocasiones provoca rumores insólitos, son espejismos del oído, frases que el viento arranca de la arena o gemidos inorgánicos provocados por las turbulencias. ¿Pero de dónde les viene la fama? No es fácil decirlo. Confidencialmente, y que no se entere de esto el señor obispo, la fama es innata, o sea que está ahí puesta en las cosas para que las cosas se reconozcan en ella. Veamos tu caso, por ejemplo. ¿Qué esperas encontrar en la casa de la mujer que buscas?.

Tengo la oscura sospecha de que en la casa hay algo que me concierne. En la oficina se ha llegado a la conclusión de que la mujer habitante de la casa tiene complicaciones con el destino y han considerado que acaso yo pueda servirle de ayuda.

Tal vez esa mujer necesite la amistad de alguien como usted, hasta el señor obispo han llegado las repercusiones de su angustia y en diversos lugares es visible una cierta preocupación, se piensa en delicadas tramas, en representaciones primitivas, en el dolor mismo hecho carne. Pero el señor obispo ha sido dotado con una mente muy bien amueblada

y no suele caer fácilmente en los infundios, él necesita pruebas concluyentes para tomar cualquier caso en consideración y la existencia de la mujer no ha sido todavía demostrada.

Entonces tal vez la carta busca eso, que alguien visite la casa, descubra a la mujer y pruebe de ese modo su existencia.

Tras tomarse un respiro, para tratar de hacerse cargo de la situación, Moiro añade. ***En un almacén muy olvidado he visto a un eremita que habla de alguien que ha de venir. ¿Sabes acaso de quién se trata?***

El seminarista sale del agua y el calor descomunal seca repentinamente su bien configurado cuerpo, la sal brilla sobre su piel, se pone a trepar ágilmente por el palo del trinquete, cuando llega a la cima grita. ***Nadie ha de venir. Si alguien hubiese de venir el señor obispo nos lo habría dicho.*** **Y se arroja al aire, da dos espectaculares giros y se zambulle con estrépito en el agua, cuando saca su cabeza para respirar aparece un monstruo de cabeza peluda que abre sus descomunales fauces y se lo traga. El monstruo, que se acaba de tragar al seminarista, es de un rojo encendido, tiene tres cabezas y sobre las cabezas tres coronas y sobre cada una de las coronas una cruz, una media luna y una estrella de seis puntas. Al ver cómo el monstruo devora a uno de los suyos, los otros nueve seminaristas comienzan a gritar presos del horror, salen del agua a gran velocidad y huyen despavoridos a través del desierto. Moiro hace otro tanto y echa a correr, porque piensa que le va la vida en ello, cuando por fin se detiene exhausto, el barco parece desaparecer de repente en una locura abstracta de espejismo y comienza a prefigurarse una casa en la distancia.**

El espacio es algo que nosotros mismos construimos a nuestro antojo, sus ondulaciones y curvaturas, así como sus no ondulaciones y no curvaturas dependen única y exclusivamente de si lo deseamos así o de otro modo, es decir basta el deseo vivo de encontrar una casa en un desierto para que la casa aparezca, no como espejismo sino como realidad concreta.

13-4 La Mujer del Desierto

Moiro está frente a la casa y ya no puede volverse atrás. *¿He soñado este lugar o realmente he vivido en él?* Al acercarse se nota el agotador esfuerzo para rejuvenecer lo que es muy antiguo, un impulso íntimo en el aire le hace revivir, aunque de modo muy vago y fantasmal, un brillo de antaño casi perdido. Se dispone a golpear la puerta para llamar y esta se abre, aparece una mujer de edad indefinida, de igual modo podría no haber nacido o tener todos los años, los que han sido y los que serán. El perfume que exhala su cuerpo es de la calidad de esa carne de la tierra que es el hongo, con humedad capturada y no obstante seco. Sus manos tienen la textura de la vida vegetal. Debajo de su piel se adivina una estructura desgastada por el sueño.

Vengo de la oficina. Su carta ha sido leída y me envían a prestarle la ayuda que solicita.

He llegado a dudar de la existencia de la oficina. Pensé que podría arreglármelas sola, pero tuve que enviar la carta, algo más fuerte que yo me obligó a hacerlo. Creía que esto sería fácil, y los primeros meses transcurrieron sin pena ni gloria. Fue más tarde cuando apareció la sombra y mi corazón se inquietó. Traté de luchar pero la sombra era más firme que yo. Todas las tardes me sobrecogía. Por esta razón envié la carta, en ella conté lo que sentía entonces.

Sin embargo no ha podido deshacerse de su preocupación. ¿No es cierto?

¡Claro! Eso lo confirmo.

Tras ésta breve conversación la mujer propone ir hasta una cabaña, no muy lejos. Moiro presiente que ella trata de ocultarle algo.

Cuando llegan a donde se encuentra la cabaña y se disponen a entrar en ella, se les aparece la sombra, es larga y triste, se mueve con infinita lentitud. La mujer comienza a llorar, Moiro se llena de cólera y grita. *Oh sombra que imitas a la noche, de cuyo negro corazón has copiado el nombre y el sistema. Conozco tus obras. Se dice que vives pero en realidad estás muerta. Yo te maldigo de modo inapelable en nombre de la oficina. Mi conciencia es un piélago de maldiciones sonoras. Vuelve a tu guarida y duerme el sueño de lo indecible en el desierto gris donde no*

alienta el murmullo. **Con estas Moiro increpa a la sombra y su tiniebla irregular se desvanece.**

Te agradezco el modo en que has tratado a la sombra, se lo pensará dos veces antes de volver. Pero hay algo que me atormenta todavía más que la sombra, se trata del coche fúnebre.

¡Eso es imposible! Todos los coches fúnebres de la región están considerados oficialmente como falsos e inexistentes.

Pues te aseguro que ciertamente existe al menos un coche fúnebre y es objeto de gran disgusto para mí.

En este momento llega a la cabaña el obispo acompañado por un seminarista, le tiende alternativamente la mano a la mujer y a Moiro, para que se la besen. Una radiante esmeralda donde delicadas manos han tallado el escudo de la ciudad de Glasgow es el lugar en donde los dos pares de labios depositan su beso, la esmeralda está engarzada en un anillo en cuyo borde exterior figura la inscripción.

STANDING ON THE SHOULDERS
OF THE LEADGIANTS

Parece ser que la cuestión de la carta ha recorrido la región entera y el prelado desea aportar su grano de arena a la resolución del asunto. *Como prelado de esta diócesis desértica que el heredero de Pedro, inspirado sin duda por el aliente invisible de la persistente y ubicua paloma, ha tenido a bien asignarme, he sabido, mujer, de tu caso. Mas las cosas que he oído decir son ambiguas e inciertas, te ruego, si te parece bien, que digas algo si es que algo tienes que decir.*

Respondiendo a la un tanto enrevesada petición del obispo del desierto, bajo cuya jurisdicción se encuentran los eremitas, la mujer trata de exponer su caso, lo cual resulta bien dificultoso dada la complejidad de sus preocupaciones y la multitud de asuntos relacionados.

Cuando llegué a este rincón del desierto, muchos pensaron que no tendría valor para quedarme, me hablaron de la existencia de la sombra y consideré que terminaría acostumbrándome a ella, pero nadie me habló del coche fúnebre. Una tarde se acercó por la carretera hasta muy cerca y lo vi, al coche fúnebre, en lugar de cuatro ruedas llevaba cuatro

pezuñas inhumanas. Desde entonces sus imprevisibles apariciones no han dejado de atormentarme, mi angustia es insondable, con frecuencia lloro y el llanto es testigo de mi historia. Dice la mujer, con sus palabras solicita una ayuda que, ella sabe, nadie puede darle. Cada uno tiene que vivir su propia vida y tiene que hacer lo que no pueda evitar tener que hacer. Eso es todo, no hay premio ni castigo. En realidad nunca hemos salido del vientre.

El obispo, consternado, toma la mano de la mujer, se la besa, le dice. *Quien es visitado por un animal de pezuña, necesita ser visto como un alma de Dios.*

Y a continuación improvisa un ridículo exorcismo cuyo objetivo no es otro que evitar que se repitan las apariciones del coche fúnebre. El obispo grita terribles recomendaciones y ásperas noticias, lucha con ferocidad con todos los espíritus convocados y termina con una improvisada cita del *Libro Ibur*, el libro de las estancias del alma, donde lo que no pone la memoria lo pone la imaginación viva. *¿Dónde está el corazón de la tierra? Colgaba de una cinta de seda y brillaba en el rojo del amanecer. Yo os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de fuego. Yo soy el primero y el último. He estado muerto pero ahora estoy vivo. Conozco el misterio de los anillos y las cuerdas. Tengo las llaves de las puertas de la materia.*

El esfuerzo mental puesto en juego para la realización del exorcismo ha sido inmenso, el obispo no puede soportarlo, desfallece y se cae al suelo, de espaldas, todo lo largo que es, como muerto. Cuando pasado un buen rato el obispo se recobra, está como alelado, apenas puede tenerse en pie. El seminarista carga con el prelado a las espaldas y echa a andar en dirección al palacio, una construcción subterránea en alguno de los volátiles oasis.

Las invocaciones del obispo no parecen haber surtido efecto. Divisan un punto negro en la distancia que va haciéndose cada vez más grande a medida que se acerca. Lo que borrosamente ven no solo les parece asombroso sino directamente increíble. Un ingenio fantasmal avanza en solitario, si es que puede calificarse de movimiento el triste triquitraque con que el satánico vehículo lucha por cada centímetro con la exasperante lentitud de una apisonadora, es como si rodara venciendo un viento huracanado o como si tuviera que abrirse paso a través de una

materia densa, viscosa y resistente. Cuando se aproxima lo suficiente distinguen el coche fúnebre, en lugar de ruedas lo sostienen las pezuñas de un animal espeluznante. A Moiro se le revela de pronto todo el sentido de la carta, comprende sus argumentos y su sarcasmo, su llanto y sus feroces insultos.

Este es el coche. Mi agobio. Me causa extremo dolor. **Dice la mujer, y se acerca a una de las ventanillas, mira dentro. Un fuego le recorre el corazón. Escucha la voz de la tierra desde el fondo del coche fúnebre.** ***Voy a arrojarte en el lecho del dolor.***

Moiro se asoma al interior del coche y sólo ve tierra. Entonces las pezuñas comienzan a moverse y lentamente el coche fúnebre sigue su camino. Pezuñas no identificadas dejan sus huellas en el desierto más resplandeciente que aquí ha sido soñado. La semilla intenta vivir en la tierra.

13-5 La Tela de Araña

Cae la noche. Moiro y la mujer duermen juntos en la cabaña. Él entra en el lugar más secreto de ella, ve el rostro del vacío sin velos y luego se hunde en un reverente sueño sin sueños, pero la mujer no duerme, ella no puede dormir.

Cuando Moiro despierta, advierte que la mujer ha desaparecido y teme que se confirme su sospecha, echa a andar, atraviesa un paisaje que parece animado por una especie de vida interior, cuando llega a la casa resulta que ésta ha sufrido los rigores de un incendio y se encuentra en un estado lastimoso. La mujer tiene la mirada perdida en la distancia, con un tono que parte el corazón dice una y otra vez. *Mis hijos. Mis pobres hijos.*

Moiro se asoma al interior de la casa y advierte la presencia de dos cuerpos calcinados, se trata de dos niños, abrazados el uno al otro. La visión es demasiado espantosa y se despierta.

Lo primero que ve es sangre en el suelo, proviene de un murciélago al que la ventanilla, al subir por sí sola, ha partido en dos. Tiene la sensación de que el sueño que acaba de tener lo ha compartido con su hermano. Nota que el tren se ha detenido y está vacío. *Debo llevar horas aquí.* Se dice. Baja temblando, está aterido, exhausto, triste, sin ánimo. Una serie de fogonazos cruzan como relámpagos por su mente, una sucesión de imágenes unidas por una tela de araña a su memoria nocturna. La oficina. El funcionario. La paloma de barro. El desierto. La carta. La mujer del desierto. El eremita, la cueva, el libro. El barco, los seminaristas, el monstruo. El obispo, la sombra, el coche fúnebre. La oscuridad, la calidez, la humedad de un cuerpo. Una casa quemada, dos niños calcinados. Las imágenes pasan como una exhalación, se esfuman y desaparecen. El tiempo del sueño ha sido cubierto por un velo.

Moiro toma el camino que corre paralelo a la vía, a la altura del apeadero describe una elegante curva y se divisa al fondo el Sanatorio de la Klepsidra. Una suave ondulación del terreno conduce a la imponente construcción.

	10_{Ne}	
	9_{F}	
	8_{O}	
	7_{N}	
	6_{C}	14_{Si}
	5_{B}	13_{Al}
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}

14 Silicio

14 Ágata

14-1 El Hombre Pájaro

En la penumbra del vestíbulo, Moiro se encuentra por primera vez con el olor característico del sanatorio, síntesis de la vida, la sangre y los destinos de los internos. El lugar ni siquiera tiene la virtud de una luz suave, parece perfectamente inadecuado para el cansancio y la espera.

Debe usted rellenar esta ficha. Le dice a Moiro un hombre diminuto con apariencia de pájaro, vestido con una bata blanca demasiado grande.

Aquí el nombre del paciente que desee visitar. ¡Ah! Ágata. Usted debe ser su sobrino. Desde luego que podrá ver a su tía inmediatamente. El profesor Gregorovius considera que su visita contribuirá favorablemente a su recuperación. Y ahora una pequeña formalidad. Tome. Es para no intranquilizar a los pacientes. Le tiende a Moiro una bata con rayas verticales azules y blancas, que se la pone y sigue al hombrecillo que anda dando saltitos, se detiene ante la red geométrica del enrejado de una puerta, saca de su bolsillo una llave y abre la puerta. *Ahora es cuando empieza.*

Pasan junto a pacientes que solos o en pequeños grupos toman el sol y permanecen indiferentes a la presencia de Moiro, como si lo considerasen uno de los suyos. Todos los pacientes visten invariablemente el mismo tipo de bata con rayas verticales azules y blancas, llevan las manos cubiertas con mitones amarillos, una especie de guantes que cubren desde la muñeca hasta la mitad del pulgar y el nacimiento de los demás dedos.

Desde una loma, Moiro tiene ocasión de contemplar una panorámica del Sanatorio de la Klepsidra. El leve trazado de una cerca, construida durante un largo periodo de tiempo con numerosas interpolaciones, se convierte en muro en ocasiones, y dentro del perímetro que delimita lo que está dentro por oposición a lo exterior, diseminados aquí y allá,

pueden verse diversos pabellones de una sola planta enjabelgados de blanco, diminutos jardines, un depósito de agua elevado sobre una torre, un laberinto de dientes de león y un número indefinido de senderos que conducen a la interioridad pura, sin comunicación alguna con esa región del espacio que bien podemos denominar *lo exterior.*

***La klepsidra fue leprosería hasta finales del siglo quince en que el lugar de la lepra fue tomado por las enfermedades venéreas, antes fue recinto conventual y mucho antes centro de peregrinación, vivían aquí determinadas mujeres que proferían augurios ciertos, pero todo eso ya pasó o nunca ha llegado a pasar por completo. ¿Quién puede decirlo? Hay mujeres que saben más de lo que dicen y uno nunca puede estar seguro de que lo que no dicen se refiera a ese territorio nebuloso que se encuentra entre el interior y el exterior, al cual bien podemos llamar la piel, ¿pero la piel de quién?* Le explica a Moiro el hombre de la bata blanca, el cual tiene la impresión de que lo que dice se lo dicen, es como si su mente no estuviese dentro de su piel sino fuera. Sí, el hombre pájaro oye voces y se ha acostumbrado a vivir con ellas.**

***Aquella es Ágata. Puede usted acercarse. Ahora debo dejarlo.* Dice el hombrecillo y con el dedo índice de su mano derecha señala a una mujer sentada bajo dos árboles que entremezclan sus copas delimitando una especie de capilla junto al laberinto, hace una reverencia un tanto excesiva frente al desconcertado Moiro y se aleja con un rápido movimiento vacilante, tembloroso, dando saltitos, volviendo repetidamente la cabeza, abriendo y cerrando los ojos.**

Moiro no sabe qué pensar cuando inopinadamente el estrafalario personaje comienza a cantar en un lenguaje propio de pájaros.

Jubla, jubla, jubla jou
jubla, jubla, jubla ju
jou, ju, jubla ju
ju ju ju ju

Tiene la impresión de que el hombre pájaro puede echar a volar y así parece ser efectivamente, un imprevisto juego de perspectivas hace creer que el singular personaje levanta el vuelo para ir a posarse sobre la rama de un árbol.

14-2 Mitones

Ágata es pálida, de una claridad descolorida aún más perceptible por la quietud de sus ojos, nada se mueve en ellos, parecen aguas profundas que brotaran de un manantial en una umbría silenciosa, entre montañas, después de la lluvia. Tiene un tipo de pájaro raro y con la nariz encandilada, ávida hacia delante siempre. Sus rasgos están llenos de buena disposición y tienen un extraño resplandor de futuro. Su figura responde al tipo de belleza seca, fría y atemporal, el cabello lacio, algo grasiento. Todo lo demás en ella olvida, deja caer, pierde, extravía.

Tía Ágata está sentada en una silla de mimbre con el aire solemne de su impasible grandeza, viste la habitual bata de rayas verticales azules y blancas. Junto a ella hay un banco vacío que invita a sentarse en él. Antes de ocupar el banco, Moiro contempla las inmediaciones, mientras tanto se produce un silencio bastante prolongado, lo que le lleva a pensar si no estará asistiendo a una especie de trance colectivo que incluye a todos los individuos y eventos de las cercanías, o si, al contrario, no habrá caído en una especie se lapsus o ensoñación privada. De todos modos, respira profundo y se sienta en el banco, al lado de su tía que está sentada en su silla. Ella no parece advertir su presencia, con una atención profunda e inconsciente se afana en tejer un par de mitones amarillos. Veloz y en apariencia insensible, como una tejedora a sueldo, hace rechinar una aguja contra la otra desentendiéndose de la centelleante escaramuza, como si no fuese con ella. El vaivén de las agujas imprime al hilo casi imperceptible un temblor que dibuja en el aire formas que insinúan la transparencia de una medusa de muchos brazos.

Las costumbres son como grandes herbarios en donde las personas deambulan absortas. Ágata se vuelca en su actividad pero al mismo tiempo viaja por una atmósfera cargada de pensamientos que nunca llegan a ser formulados porque permanecen en forma de leves sensaciones que no se sabe hacia dónde apuntan. Sus manos abandonan la labor y esbozan en el aire una serie de gestos aparentemente desprovistos de sentidos que configuran una forma de lenguaje, contrapunto adecuado a su mutismo. Esboza una sonrisa que se abre camino como una pequeña columna de humo en un día sin viento, al

tiempo que lo hace se levanta parsimoniosamente y echa a andar de un modo parsimonioso, comprobando que el vacío le sigue en sus movimientos.

Ágata mide más un metro setenta. Esbelta, delicada e intensa, su belleza mediterránea le aporta una cierta aura. Tiene algo de hada o de bruja. Los movimientos que realiza al caminar son firmes pero frágiles. Vuelve la cabeza, le clava la mirada a Moiro, piensa. *Ya está aquí el hijo del lobo. Ya está aquí. Ya no dispongo de mucho tiempo.* Y sigue caminando con la meticulosidad de un insecto moviéndose entre un puñado de diamantes.

Moiro es incapaz de adivinar lo que piensa Ágata y no sabe cómo interpretar su mirada de humo, el modo peculiar de moverse parece estar condicionado por su estilizada delgadez, da una impresión de peligro, es asombroso cómo un cuerpo así puede llegar a desplazarse sin quebrarse.

Ágata no presta más que una ligera e inconsciente atención a los obstáculos materiales del camino, ocasionalmente tropieza con un árbol, da una patada a una piedra o choca con una papelera, por el contrario los movimientos que hace para eludir objetos inmateriales, que sólo ella parece advertir y que obstaculizan su marcha, son tan extremadamente plásticos que parecen cobrar realidad a los ojos de Moiro, el cual ve o cree ver la muda curva de una lombriz, el áspero borde de una piedra, montones de libros, jaulas de pájaros, los cuerpos desplomados de viejos actores, un andrógino hecho de escamas fango y ceniza, cabezas de león, figurillas de marfil, la torre de una iglesia, puntos trigonométricos y cosas así.

Alumbrada por la luz cenital de los faroles, Ágata camina y camina realizando un intrincado recorrido a través de la Klepsidra nocturna, Moiro la sigue a una cierta distancia reflexionando sobre el hecho de que ninguno de los dos le haya dirigido al otro una sola palabra, incluso duda que ella haya llegado a reconocerle no ya como sobrino sino como persona humana.

Ágata se detiene ante la puerta del pabellón número tres y por primera vez Moiro tiene ocasión de escuchar la voz fluida de su tía como cargada

de lluvia. *Toma, todos tenéis que tener vuestros mitones, el invierno en la klepsidra es de un frío muy húmedo.*

Ágata se vuelve extremadamente ligera, de un salto entra en su pabellón y cierra tras de sí la puerta, sin darle tiempo a Moiro a agradecerle el regalo. Una vez solo, se coloca en las manos los mitones y echa a andar tranquilamente en busca del hombre ligero que lo ha recibido. *Así como voy ahora, con la bata y los mitones amarillos parezco un paciente más. Quizás sea mejor no regresar inmediatamente a la Casona y pasar una temporada de descanso aquí en la klepsidra. Acaso consiga que tía Ágata me reconozca como sobrino y llegue a conocer a través de ella aspectos desconocidos de mi historia familiar.*

El hombrecillo de la bata blanca y las manos desnudas que hasta ahora le ha servido de guía, está encaramado sobre un árbol, Moiro tiene que elevar un tanto la voz para decirle que desea pasar la noche en el sanatorio y si fuese posible permanecer internado unos pocos días a modo de descanso. *Disponemos de una habitación para usted en donde encontrará todo lo necesario, la habitación número dos del pabellón número dos, no le será difícil encontrarlo usted mismo. Como puede suponer el pabellón número dos se encuentra entre el pabellón número tres, a donde acaba de acompañar a su tía, y el pabellón número uno, no hay en esto ningún misterio, o acaso sí lo haya, en realidad no hay ninguna buena razón para que tras el uno sigan el dos y el tres, igualmente lógico sería que el pabellón primero fuese el cero y el segundo el cuatro y el tercero el seis, en realidad los números mismos tuvieron su nacimiento y no hay modo alguno de saber en qué orden fueron concebidos. ¿Concebidos cuándo, por quién y para qué? Eso si que no puedo decírselo, pero no quiero decir que yo no lo sepa, usted tendrá que descubrirlo por sí mismo.* El hombre filosófico encaramado en el árbol da un salto, cae con las piernas flexionadas, se pone en pie como impulsado por un resorte y echa a correr en una carrera incesante que le lleva hacia más allá de donde la vista puede alcanzar.

Moiro encuentra sin problema la habitación número dos del pabellón número dos, no es necesaria llave alguna, la puerta esta abierta, entra y encuentra dispuestos sobre la cama, un pijama, un par de camisas y ropa interior, en una pequeña estantería hay unos cuantos libros, sobre la mesa hay una bandeja con comida fría y una botella de vino. Cena tranquilamente, luego se pone el pijama, se mete en la cama y se refugia

en el sueño. Busca sitio en el vagón de un tren, bultos, equipajes, cabras, perros, jaulas con pájaros, encantadores de serpientes, por fin se acomoda junto a tres pasajeros en un retrete, nota cómo se aprietan contra él y se abandona con los ojos cerrados, alguien afuera grita, sin abrir los ojos él también grita, pero cuando los abre se hace el silencio, el vagón se ha quedado vacío, el tren se ha detenido porque el trazado de los raíles lo interrumpe el cauce de un río, sin dejarse amedrentar por la suma de dificultades bordea el cauce del río hasta encontrar un puente en medio del cual se levanta un cadalso vacío, el puente parece estar abandonado y no inspira mucha seguridad no obstante lo atraviesa con pasos ligeros, cuando llega al otra lado la noche se le echa encima, una noche muy densa que no invita a introducirse en ella por lo cual se sube a un árbol para protegerse de indefinidas fieras que pudiesen surgir de la oscuridad y se queda dormido, entra en un plácido sueño sin sueños en donde saborea una oscuridad perfecta. Moiro despierta de su primera noche en la Klepsidra y nada más abrir los ojos la oscuridad se disipa.

14-3 El Laberinto

Moiro se viste y sale a dar un paseo, caminando al azar llega al laberinto, un conjunto de parterres de diente de león que a pesar de su trazado insignificante produce una sensación de duelo, aunque hace mucho tiempo que nadie ha muerto en él. Sorprende a Ágata interpretando un soliloquio en el que a murmullos sin significado suceden risas contenidas y la saluda con una inclinación de cabeza que por leve pudiera muy bien pasar desapercibida, ella clava su mirada en él y le dice. *Me parece que mis ojos te quieren conocer.*

Como si fuese lo más normal del mundo Ágata se apoya en el brazo derecho de Moiro y comienzan a deambular por el interior del laberinto hablando de cualquier cosa, de la forma de las nubes, del color del cielo, de la humedad del aire, del olor de la tierra, de las espinosas estrellas, del vuelo errático de las golondrinas, de las torres de las iglesias, de la fisonomía del alma. Hablan como si no hablaran de nada o bien callan con un silencio suave y relajado y no hablan de nada en absoluto. De vez en cuando Moiro gira el rostro hacia su derecha, mira a su tía y descubre una y otra vez una expresión sin rostro perfectamente en consonancia con las diversas emociones que se suceden en su interior, las cuales ella se abstiene de exteriorizar. Hasta que por fin es el momento de formular la pregunta necesaria.

¿Quién eres?
Soy Moiro, hijo de tu hermano Emón, tu sobrino por tanto.
No tiene importancia. Eres como una sombra y esperas. ¿Por qué precisamente yo? No esperaba a nadie. No esperaba nada. ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Déjame!

Ágata deja de hablar, de repente algo se agita en ella, una especie de recuerdo de algún otro tiempo y lugar, mira ansiosa en torno a sí, luchando con una de sus frecuentes pérdidas de memoria siente descender una conciencia mucho más vieja. Obsesionada por el terror de no tener a qué asirse, fija la mirada en un punto lejano, como si tomase conciencia de algo temible, de algo así como su condición de desposada con el infierno de su ensimismamiento. Se diría que está separada de la vida por un tabique muy fino pero opaco, este hecho no llega a

entristecerla sino que la hace reflexionar y se entrega en un precipitado rosario de murmullos, exclamaciones y gruñidos apenas interrumpidos por silencios, letanía inmisericorde en la que Moiro sólo entiende algo así como. *Maldita Maga. Maldita Maga. Maldita Maga.* Una y otra vez.

Ágata mira a los ojos de su sobrino y como si le viese por primera vez le pregunta. *¿Cuál es tu nombre hijo mío? ¡Eres tan hermoso! Un consuelo para mis ojos cansados. Ahora recuerdo, tu nombre es Moiro. Lo recuerdo, no hay discusión posible. Tu nombre está escrito aquí.*

Ágata se golpea en la frente y dice. *Moiro, eso es. Moiro. Mira ese banco que bien situado está, vamos a sentarnos.*

Se sientan en el banco y Ágata comienza a decir. *Sabir, sabari, sacústico, inebugi, bacarabí. Son bonitas. ¿Verdad? Invento palabras como estas continuamente. En realidad me las encuentro formadas dentro de mi cabeza y salen de mi boca por sí mismas. Yo no puedo remediarlo. Parecen muy antiguas. No se pueden traducir. Con palabras antiguas que no se pueden traducir hago poemas. A ratos perdidos soy poeta. Algunos días me siento en mi cuarto y escribo un poema. Nunca más de uno porque el asunto tiene su dificultad. Mis poemas me harán famosa. Son únicos. Sí, sí, sí. Unos poemas misteriosos y preciosos. Tan preciosos que todo el mundo llorará. Pero todavía me falta mucho para tener un libro. Los escribo en un cuaderno. Azul. Que tengo guardado en un sitio secreto al que se accede con esta llave.*

Ágata se saca del pecho una llave que llega colgada del cuello con un cordón negro, la balancea delante de Moiro y se la vuelve a guardar. *Tengo fantasmas que deambulan dentro de mí, pero no siempre hablan, a veces no tienen nada que decir. Con el tiempo dejaré de ser poeta y quizá me dedique a otra cosa. Antes o después me quedaré sin palabras. ¿Comprendes? Las palabras salen a cazar pensamientos y se meten dentro de alguien. Yo tengo solamente cierto número de palabras dentro y cuando se me terminen las palabras ya no podré pensar. ¿Entonces dónde estaré? El tiempo se habrá expandido y se habrá convertido en un momento único, interminable e irrepetible. Como puedes ver, hablo mucho. Pero hay veces que no digo nada. Durante días y días no digo nada de nada. Se me olvida cómo hacer que las palabras salgan de mi boca. Entonces me resulta difícil moverme. Sí, sí, sí. Incluso me resulta*

difícil ver. Todo es como una especie de sombra en la que se esconden las palabras que no quieren jugar conmigo. A veces chillo. No puedo remediarlo. No puedo contener los gritos que se me escapan. Pero los chillidos no son palabras. Te lo explicaré. Sabir, sabari, sacústico, inebugi, bacarabí. Son palabras y son bonitas. ¿Verdad? Pero stotsundeclapradingurumodontrotuontonerron-gromostón es un grito, como la explosión de un trueno descomunal al que no sigue ningún otro. Poco a poco voy estando mejor dentro de mí. Lo noto. Incluso el profesor Gregorovius lo dice. Cada día es nuevo y vuelvo a nace.

Ágata se interrumpe y se pone las dos manos en la frente. Se queda así un buen rato, sin decir nada. De repente, señalándose la frente con el dedo índice de la mano derecha, le dice a Moiro. ***Detrás de esta frente viaja un pensamiento. Vaga una estrella en su pléyade, corre un caballo blanco, aquí un jinete con segunda intención viaja en su obstáculo venciendo el camino. Simular estar alegre.***

No evita el espectáculo de la lucha entre una frase exenta de significado o de significado oscuro y otra convencional, perfectamente clara, siempre la sospecha de que quiera decir algo distinto de lo que dice, pero también la sospecha de que quiera decir precisamente lo que dice. ***Pasas demasiado tiempo esperando, no esperes, tú eres y necesitas y entonces actúas, eso es todo, acción, esa es la palabra, el secreto está en el espacio, no pierdas el tiempo esperando. ¿Entiendes?***

Ágata enciende un cigarrillo y emite una serie de tosecillas teatrales, como preparándose para lo que va a decir a continuación. ***En una isla rodeada por un mar sembrado de peligros que la hace inaccesible, con juramentos de fidelidad los lobos se unen a los perros cautivos de un tirano. Hay que liberarse del yugo y dejar lugar para lo que todavía no ha sido creado. Habrá fuego en plena oscuridad cuando venga el que hizo el modelo de todas las formas y sólo entontes sabremos verdaderamente lo que es el esplendor, yo no puedo contentarme con menos. Deseo ver, por ejemplo, una encina en la fuerza de su tronco, en la extensión de sus ramas y en la masa de su frondosidad, no me contento con que en su lugar se me muestre una bellota.***

Arroja al suelo el cigarrillo a medio consumir y lo apaga con un movimiento del pié derecho, con aplicación un tanto obsesiva y nerviosa. Convencida de que el cigarrillo ya no entraña ningún riesgo,

saca del bolso que trae colgado del brazo un ovillo de hilo y los moldes, comienza a tejer lo que sin duda terminará siendo un nuevo par de mitones amarillos, al tiempo que lo hace le habla a su recién descubierto sobrino del que ella llama su ángel guardián*. El profesor Gregorovius es mi ángel guardián, puesto que él está a mi cuidado no tengo que temer nada, él conoce plantas medicinales que alivian cualquier dolor y dolencia, casi no duerme, hace solo un trabajo para el que serían necesarios un número considerable de médicos, bueno, en realidad le ayudan algunos pacientes que después de un periodo de instrucción ha habilitado como ayudantes. Mira. Qué casualidad. Comienzo a hablarte de él y se nos aparece. Por ahí viene. Te lo presentaré.*

Gregorovius es un personaje de alucinados ojos, alto, flaco, viste una bata blanca demasiado grande, se acerca dando grandes zancadas.

Permítame profesor que le presente a Moiro, mi sobrino, es hijo de mi hermano Emón y tiene un hermano que ahora mismo está persiguiendo una sombra. Dice Ágata y se retira a un segundo plano hasta hacerse casi invisible.

Soy el profesor Gregorovius, especialista de las enfermedades que desquician no el cuerpo sino el alma. Seas bienvenido. Espero que te habituarás pronto y te encontrarás bien entre nosotros. Estrecha cordialmente la mano de Moiro que no puede reprimir un cierto aire de familiaridad, como si la mano no le fuese desconocida.

En realidad sólo había venido a visitar a tía Ágata, pero me encontré vestido con esta bata y estos mitones y me vi a mí mismo como un paciente más, así que pensé en hacer una cura de reposo de un par de semanas, en realidad últimamente no me he encontrado muy bien.

Gregorovius es maestro en la intuición de la aceptación o rechazo a su persona al encajarse en cualquier nueva situación y no ha sido indiferente a la familiaridad que ha fluido entre las manos. *Ah, ¿con que quiere dejarnos antes aún de haber llegado, podría decirse? Le confieso que me desagrada, me desagrada… ¡Un par de semanas! Acabas de llegar y ya estás pensando en marcharte. Un par de semanas, sí, luego ya veremos. Supongo que lo que pretendes es abandonarte a tu delirio. El mundo exterior está desprovisto de delirio o el delirio del mundo exterior no te satisface. Demasiado sin sentido y siempre la coartada del*

sentido, la justificación, ahí fuera siempre hay razones para justificar el sinsentido, la sinrazón, lo injustificable. ¿No es así? No me digas nada. Se que estás de acuerdo conmigo. No puede ser de otro modo. ¿La habitación en que te has instalado es de tu gusto? Supongo que sí. Había pensado que esta noche cenáramos juntos. Es mi modo de dar la bienvenida. A las ocho. Cenaremos en mi residencia, la Casa Roja junto a la entrada. Ahora son las doce, puedes ir al comedor. **Gregorovius le indica a Moiro el pabellón dedicado a comedor y se aleja.**

14-4 El Comedor

Bajo el infernal sol vertical del mediodía tal multitud fluye hacia el comedor que resulta difícil creer que sean tantos los que la locura arrebatara, caminan sin arrojar sombra alguna, con los ojos clavados delante de los pies, exhalan fragmentos de conversación que no sirven para comunicar ningún mensaje en particular sino a modo de señal para evitar chocar unos contra otros, como hacen las hormigas.

Moiro se siente como el minotauro en su laberinto, ha encontrado sin dificultad el camino hacia el comedor, movido quizá por las diminutas moléculas aromáticas que emanan de la cocina, las cuales no llegan a abrir la puerta de la conciencia sensible pero sirven como indicadores que dirigen hacia su destino al solitario viajero que ahora llega a la puerta de entrada y debe detenerse para dejar paso al estremecedor cortejo de los que ya salen. Cuando por fin logra entrar el lugar está completamente vacío y se sienta en una mesa sucia con restos de comida. Espera que alguien venga a servirle pero es inútil, así que decide ir de rapiña por las mesas y come varios trozos de pan mordisqueado, restos de potaje en un plato, un poco de fritura de pescado fría en otro. La mayor parte de los vasos que han quedado sobre las mesas están vacíos pero unos pocos contienen algo de agua y algunos incluso un poco de vino. Coge un vaso vacío y va llenándolo alternativamente con agua y vino, la claridad del agua se mezcla con la oscuridad del vino, lo claro se dota de color y la oscuridad adquiere transparencia. Esencia de la nube que es el espíritu del aire y esencia de la vid que contiene el espíritu de la tierra. Nunca ha bebido nada mejor. Mezclados en la proporción justa, el agua y el vino caminan dando grandes zancadas hacia el torrente de su sangre.

Advierte una sombra sobre la mesa, junto al vaso vacío, diminuta al principio, crece vertiginosamente acompañada de un zumbido. Con un ruido seco y metálico cae sobre la mesa un reluciente escorpión rojo que lleva una cruz amarilla dibujada toscamente sobre su espalda, una cruz de silencio hecha de tiempo. No lo duda, es lo que tiene que ser hecho en ese preciso instante y lo hace, coloca el vaso boca abajo sobre el escorpión, el cual al sentirse atrapado en un laberinto invisible comprende que no hay salida, aterrorizado se clava el aguijón en su nuca

y, preso de lo que parece una alucinación, muere víctima de su propio veneno. Por la ventana abierta entra un murmullo de alas. Un águila real planea describiendo círculos cada vez más angostos sobre la mesa hasta quedarse suspendida en el aire. Sus hermosos ojos miran con mirada pálida, pero de una palidez que echa llamas. Con un movimiento preciso de una de sus garras el águila vuelca el vaso, libera así de su encierro transparente al escorpión pero ya es demasiado tarde, el escorpión es ya incapaz de ejecutar movimiento alguno, ha pasado, por así decirlo, al otro lado. Con un bien calculado y elegante batir de alas el águila emprende el vuelo en dirección al hueco de la puerta, insinuándole con ello a Moiro que es tiempo de abandonar el cálido refugio del comedor, preñado de aromas, y salir al espacio exterior.

Sale del comedor al patio y cuando alza su mirada tratando de divisar al águila lo que ve es cientos de pequeñas criaturas emplumadas, fetos revoloteando que se encaraman a una pequeña nube que parece ser su casa y desaparecen. Embriagado por una especie de sopor, Moiro advierte que es la hora de la siesta, el tiempo parece haberse ralentizado hasta casi detenerse, los pacientes se ocupan en ofrecer al sol diversas formas de resistencia, se abanican con movimientos mecánicos, se protegen la cabeza con gorros en forma de barco hechos con hojas de periódicos, en estado de semierección duermen o fingen dormir, sueñan, se abandonan a la dulce laxitud del sueño sin sueños, aturdidos por el vacío en el que se sumergen buscan cada vez más espacio a su alrededor y no lo encuentran.

Su cuerpo entero siente un gran cansancio, contagiado por la conducta general entra en un estado casi hipnótico, se apoya en el tronco de un árbol y es atrapado por el sueño, como queda atrapado un nadador por una corriente submarina cuyo frío le paraliza las piernas con calambres y le envía al fondo con muda sorpresa.

Moiro viaja hasta la sima más profunda de esta tierra cavernosa. Tierra roja, llano amarillo, rayas azules. Un tañido de campanas insoportablemente largo, el badajo redobla impertinentemente sobre el nervio auditivo. Sueña con una habitación atestada de personajes vestidos con túnicas talares blancas y los ojos y la boca cubierta por una venda. Todos a coro cantan una oscura melodía, un murmullo apenas perceptible, como el ruido blanco del silencio, en el cual es imposible distinguir si se avanza o se retrocede en el tiempo.

14-5 El Triple Trapecio

Moiro despierta con la sensación de haber compartido un sueño con su hermano y hecha a vagabundear por la klepsidra. Encuentra a Ágata sentada en su silla de mimbre, junto al laberinto de dientes de león, destejiendo con una especie de constancia nerviosa el par de mitones que había terminado, al advertir la presencia de su sobrino deja la labor en el suelo y lo invita a sentarse, en un banco, junto a ella. Deja el mitón medio destejido en el suelo, coge de su alfiletero una aguja, guiña el ojo izquierdo y con el derecho se pone a mirar a través del ojo de la aguja.

Yo puedo colarme por el ojo de esta aguja y de hecho lo voy a hacer muy pronto, es la forma que he escogido marcharme, de desaparecer como un árbol consumido en un incendio. Hay árboles que parecen no tener valor, pero cuando desaparecen dejan un vacío en el espacio del que nace un viento que cuando alcanza las cosas las cambia y las convierte en las formas de las edades futuras. El hecho de que me quiera ir al otro lado no tiene que ver con que me aburra. Yo nunca me aburro. Incluso cuando no tengo nada que hacer no me aburro porque entonces me siento y me pongo a pensar cosas. Hay muchas cosas en qué pensar. También me gusta hacer listas de cosas que he tenido y ya no tengo, o listas de cosas que sería divertido tener, una colección de mariposas atravesadas por agujas, una caja de cristal llena de moscas para contemplar su vuelo, una jaula llena de pájaros que canten durante el día pero que duerman por la noche, marionetas balinesas, pañuelos de seda bordados con dibujos incomprensibles, un patio lleno de macetas, un manantial que nunca se llene, una corona traída de un sitio que es más profundo que todo, y cosas así. De cualquier modo siempre tengo trabajo con los mitones, cada uno de los pacientes tiene que tener el suyo, aunque a veces tejo y destejo, para tener siempre que hacer. Y mientras hago lo que hago pienso cosas. Por ejemplo pienso.

Domingo, dile a Domingo que el domingo se casa Domingo y que si el domingo no puede se casará Domingo el domingo que viene.

Losinita losa fina, ¿cuanto vale esa gallina? Medinesa papas de olla, veinte reales por ser polla.

Sobre el triple trapecio de Trípoli trabajan trigonométricamente trastocados tres tristes trúmbidos trogloditas sobre trípodes triclinios y otros trastos triturados por el tremendo tetrarca titiritero trapense.

Ven, pequeño simio. El simio simea. Sí, sí, mea. Simios. Simios antepasados, simios descendientes, simios míos.

Ágata ríe. Su risa, de repente, un látigo de plumas. Una risa que se contagia de las cosas que dice y le hace entrar en un estado de euforia y alucinación sosegada y tranquila. Se pone de pié, se levanta la falda y baila dando saltitos. Debajo de la falda no lleva prenda alguna pero no parece importarle, parece rememorar cierto juego que acostumbraba a jugar con su hermano, cuando compartía con él el paraíso de la infancia. Cuando por fin recobra en apariencia un poco de calma formula una afirmación un tanto inverosímil que de nuevo evoca el tipo de juego de palabras que practicaba con su hermano.

Los boyoyos están todo el día haciendo boyiyos.
¿Tía, qué son los boyoyos?
Los boyoyos arman mucha bulla por las noyes cuando ponen el depetador en la metita pata depetase y se depietan y se yuntan con los bayuyeros y se van a coyer yuntos la bayuya.
¿Tía, qué son los boyoyos?
Un boyoyo le dice a oto: ¿Oye, tú como potes? Y el otro: Po yo poto potiendo.
¿Tía, qué son los boyoyos?

El formular por tercera vez la misma pregunta parece contravenir alguna regla del juego nunca expresada explícitamente y de modo automático cambia la expresión de Ágata. Moiro considera conveniente no ir más allá para evitarse el espectáculo de verla recluirse en el silencio, su refugio habitual cuando se ve incapaz de explicarse.

Ágata se frota las manos, se humedece los labios, traga saliva, se remueve en su asiento buscando desesperadamente la posición exacta. Se ha alejado y ya no resulta posible reestablecer el contacto por mucho tiempo que se permanezca junto a ella. Moiro mira la hora. Las ocho menos cuarto. Faltan quince minutos para la cena con el profesor Gregorovius y busca una expresión adecuada para despedirse de su tía, pero no la encuentra y sale con lo primero que se le ocurre.

Cualquier momento dado tiene su valor, puede ponerse en duda a la luz de nuevos sucesos pero no se altera. Ahora debo irme.

Esta frase en apariencia trivial tiene el poder de provocar en Ágata una respuesta desproporcionada.

Hablas como un ciego de nacimiento sobre colores. Eres tan ingenuo. Palabras y más palabras. ¿Para qué? ¿Para justificarte? Continuamente necesitas justificarte pero a mí no me engañas. A mí no puedes engañarme porque soy una loca, tengo papeles que pueden demostrarlo. Cualquier momento dado, no existe más que en tu imaginación. Cualquier momento dado, es una mentira. El consuelo es una mentira. Mientes más que hablas. Querido sobrino nacido en una noche de pesadilla de una puta, la vida de anacoreta en el desierto de tu cuerpo no tiene justificación. Mucio te ha abandonado como tú ahora me abandonas. Prefieres el cubil de Gregorovius, su Casa Roja viciosa, con el pretexto de una cena. Seguro que hablareis de mí. Que tus visitas me hacen bien, que son buenas para mi recuperación. Yo sólo necesitaba un refugio y dónde mejor que en una klepsidra. Nada mejor. Ven a visitarme. Tus visitas me hacen bien a mí que me visitas. Bien, bien. Irte. Ahora debes irte.

Ágata vive a retazos en ratos de melancolía, en paseos plácidos, en silencios continuados e inseguros, en alocuciones sentenciosas, en arrebatos de perseguida.

No… yo no quiero irme... no quiero irme… ¡no me iré nunca!

	10_{Ne}	
	9_{F}	
	8_{O}	
	7_{N}	15_{P}
	6_{C}	14_{Si}
	5_{B}	13_{Al}
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{Li}	11_{Na}

15 Phosphoros (Fósforo)

15 Gregorovius

15-1 Vino del Nodia

Las ocho. La Casa Roja. La puerta está abierta. Al fondo del pasillo se encuentra el despacho de Gregorovius, la Habitación de las Moscas, como dicen sus pacientes. Moiro entra y encuentra al profesor sentado en la penumbra.

Acabo de dejar a mi tía Ágata, recreaba o componía para mí juegos de palabras muy divertidos, con ella nunca se puede saber si recuerda o imagina, aunque quizá no haya tanta diferencia entre recordar o imaginar, entre sembrar y recolectar, una cosa lleva a la otra y acaso el punto de llegada no sea muy distinto del punto de partida. Quizás la interrumpí en medio de una ensoñación cuando le dije que eran casi las ocho y que debía dejarla, entonces se puso echa una furia, comenzó a decir cosas sin sentido.

A Gregorovius le agrada la capacidad para la fácil divagación que Moiro exhibe ante él pero no quiere seguirle en su juego acerca del recuerdo, la imaginación, la siembra o la recolección, porque podrían extraviase en un laberinto sin salida y opta por referirse tan sólo a sus tres últimas palabras.

Eso que tú llamas cosas sin sentido es el modo de Ágata de ser fuerte, su forma de mostrar su indiferencia recluyéndose en un lenguaje propio. A veces sueño con esa disciplina que muchos de los internos prodigan sin concederle la menor importancia.

Gregorovius invita a Moiro a sentarse, hace sonar una campanilla e inmediatamente aparece el hombre con apariencia de pájaro, ahora vestido con un traje negro excesivamente grande, en portentoso equilibrio lleva en sus manos una bandeja bien repleta, la coloca sobre la mesa, enciende la luz y se retira, atraviesa el salón con ligereza, Moiro tiene la impresión de que sus pies no llegan a posarse sobre el suelo. ¿Que hay en la bandeja? Un plato con embutidos ibéricos, lomo,

salchichón, chorizo y jamón, pan con aceite, tomate y ajo, guindillas picantes, olivas aliñadas, dos vasos y una jarra rebosante de vino del Nodia con su característico sabor terroso y olor afrutado.

Gregorovius llena los vasos con vino del Nodia y beben. Moiro reconoce el sabor terroso, y percibe también notas aterciopeladas de césped y musgo, en el acorde afrutado siente una fresca nota ozónica que le hace evocar el amanecer a la orilla de un río.

El nombre del paciente que nos ha servido es Paulino, llegó a ser juez de la audiencia territorial y desarrolló ciertos rasgos paranoides, algo que resulta usual en la profesión jurídica. Estuvo implicado en un escándalo que le hizo perder el cargo. Tras su destitución su estado se agravó y hubo de ser internado. Su caso es para mí de gran interés. Cree mantener una relación personal con la divinidad. Como es hombre de inteligencia y cultura su trato resulta muy estimulante, por lo que lo he tomado a mi servicio.

Gregorovius se interrumpe y esboza un gesto de abstracción pura. Los labios entreabiertos, temblorosos como cola de lagartija, contracciones espasmódicas en el mentón. Hay en él una gran fuerza, algo ardiente, intenso y atractivo, como una fragancia en la que resulta difícil reconocer las notas aromáticas aisladas.

15-2 Historia de Ágata

A propósito de Ágata, últimamente no se encuentra muy bien. Para mí se trata de una paciente muy especial. Me he sentido muy próximo a ella, pero ahora veo como va alejándose. Cuando consigo hacerla hablar me sorprende con la seriedad de sus invectivas e inmediatamente se refugia en un lenguaje hecho para su uso exclusivo o se esconde un silencio que es como otro modo de lenguaje que no pertenece a nadie. No son muchos los que conocen las reglas de expresión del silencio y todavía menos los que conociéndolas las dominan. No se si estás al corriente de las circunstancias que determinaron su internamiento.

Moiro hace un gesto negativo con la cabeza, moviéndola alternativamente a derecha e izquierda, Gregorovius prosigue.

Ágata y Emón habían vivido juntos en la Casona tras la muerte de sus padres. El carácter de la relación de los dos hermanos recorrió toda la gama de lo posible y lo imaginable hasta que Ágata decidió echarse al mundo, por así decirlo, y se entregó al primero que le dio ocasión, un tal Egón, de profesión artillero mayor. Ágata y Egón se casaron y al poco tiempo Egón sufrió un accidente en el campo de tiro como resultado del cual perdió las dos piernas. Se retiraron a vivir a la villa el Limonar, en la demarcación de Heredades, en el brezal de los Cristóbal, donde Egón pasaba buena parte del tiempo leyendo, de modo que de haber llegado a viejo se hubiera convertido en un gran erudito, pero ese no fue el caso. Una casa próxima al Limonar, que solía servir de refugio para vagabundos, fue ocupada por Magda, Marwen y Egg, un peculiar trío. Magda tenía extrañas capacidades síquicas, medio en broma medio en serio sus dos lugartenientes la llamaban diosa. La madre de Magda había fallecido de sobreparto. Su padre, un tal Amat, hombre de negocios que viajaba con frecuencia al extranjero, la internó en el colegio de Jesús y María, en Ormira, de donde fue raptada por una organización dedicada a la prostitución que se proveía de material mediante el saqueo de aldeas en el África interior o practicando el rapto en colegios religiosos. Con el tiempo Magda destacó en habilidades del resto de sus compañeras, hasta el punto de que dos de sus mejores clientes, Egg que se ganaba la vida como exhibicionista en clubes de lujo, y Marwen que había sido profesor de informática, se pusieron de

acuerdo para irse a vivir con ella a un lugar solitario en donde pudieran explorar hasta el límite las posibilidades de sus calenturientas imaginaciones. Pronto surgió el conflicto entre vecinos, entre el mundo de una pareja frustrada y unos jóvenes libertinos, entre almas cubiertas de polvo y cuerpos dionisíacos. Magda se encaprichó del artillero y ayudada por Egg y Marwen ideó un plan cuyo resultado fue una explosión sísmica de lujuria en la que Egón murió y Ágata perdió la razón, tras lo cual Egg, Marwen y Magda decidieron separarse. Egg emigró a América donde se hizo confidente de la policía y tratante de blancas, murió en extrañas circunstancias cuando se dedicaba al diseño asistido por ordenador de tatuajes. Marwen desapareció sin dejar rastro en el barrio chino de Manchester donde había montado una red de distribución de Coca Cola adulterada con raíz de eléboro blanco que creaba una adicción irremediable. Magda volvió a la práctica de su antiguo oficio y se perdió en la red de prostíbulos del valle.

Gregorovius parece repetir una historia que ha contado más de una vez, interrumpe una y otra vez su relato con impenetrables silencios que aprovecha para rememorar las palabras exactas y también para volver a llenar los vasos con vino del Nodia, sobre todo el suyo porque Moiro dista mucho de beber a su ritmo.

En la investigación policial que tuvo lugar, Ágata divagaba y se contradecía, incapaz de explicarse era presa de ataques repentinos, perdía el habla y se quedaba con la mirada fija en algo distante e invisible. Los investigadores no consiguieron encontrar a Egg, Marwen y Magda, que incluso fueron considerados como mera creación de una mente alucinada. Se decretó el internamiento de Ágata en una institución de la seguridad social pública dependiente de la corporación local de Ormira, el sanatorio de la buena y virgen madre de Monserrate, la Monserratica, conocido también como la Cueva de los Locos, porque en el patio, que se extendía hasta las estribaciones de la sierra, había una cueva donde solían ir los pacientes y donde ocurrían cosas extraordinarias, según se dice la cueva comunicaba con el pasadizo que desde la Cueva del Calor en la Muela, bajaba hasta el río Siama, y en alguna ocasión desaparecía algún paciente que era encontrado días más tarde, en actitud más o menos catatónica en algún lugar del valle. En la Monserratica, Ágata fue calificada como nerviosa e incluida así en esa categoría de enfermos inoportunos que se resisten a cualquier intento de clasificación y constituyen para los médicos objeto de desaliento. Cuando

comenzó a faltar el dinero, las corporaciones públicas suprimieron la red de sanatorios para la regeneración de las almas, la salud pública y el bien común, si no recuerdo mal era así como se llamaba, y la mayor parte de los pacientes fueron encarcelados junto con presos convictos de los peores crímenes. Algunos pacientes escogidos fueron distribuidos entre instituciones de carácter privado, así fue como Ágata llegó a la Klepsidra. Le diagnostiqué manía mística aguda mitigada por la existalienación con intervalos de paz estática, casi mineral, desgraciadamente rara y breve. Ágata me impresionó desde su llegada y llegué a dedicarle más tiempo que a cualquiera del resto de los pacientes.

Gregorovius se interrumpe, se queda absorto mirando sus manos, como si en ellas estuviese escrito algo que únicamente él pudiese leer. Vacía su vaso de un solo trago, lo vuelve a llenar y continúa.

Llegué a conocer a Ágata de un modo tan preciso que tuvo lugar una especie de disociación, no veía en ella más que su modo peculiar de abstraerse, el ritmo pausado de sus silencios, el ligero movimiento interior que animaba sus manos. Terminé no viendo más que ese tipo de detalles aislados y pensaba, erróneamente, que en ellos estaba toda la persona. Enferma de deseo vicioso y posesiva, Ágata se negaba a admitir que me ocupase de mis otros pacientes, pretendía que estuviese todo el día con ella. Porque yo no estoy bien. Si no te ocupas de mí voy a empeorar. Así me amenazaba. La interné en el pabellón reservado a pacientes nerviosos, gracias a mis cuidados se recuperó y ha terminado por encontrar su sitio aquí en la Klepsidra, su sitio.

He ahí, al alcance de Moiro, el cuerpo gastado del extraño, rozando la tortuosa e indescifrable historia de Ágata. ¿Qué es una persona y la historia de su paso por el mundo? A la memoria no se la puede interrogar como a un rostro.

La jarra de vino se ha quedado vacía, Gregorovius hace sonar la campanilla casi simultáneamente, con su habitual ligereza, Paulino entra en la habitación con otra jarra rebosante del néctar fermentado del fruto de la tierra, la deja sobre la mesa y retira la bandeja con la jarra vacía y los restos de comida.

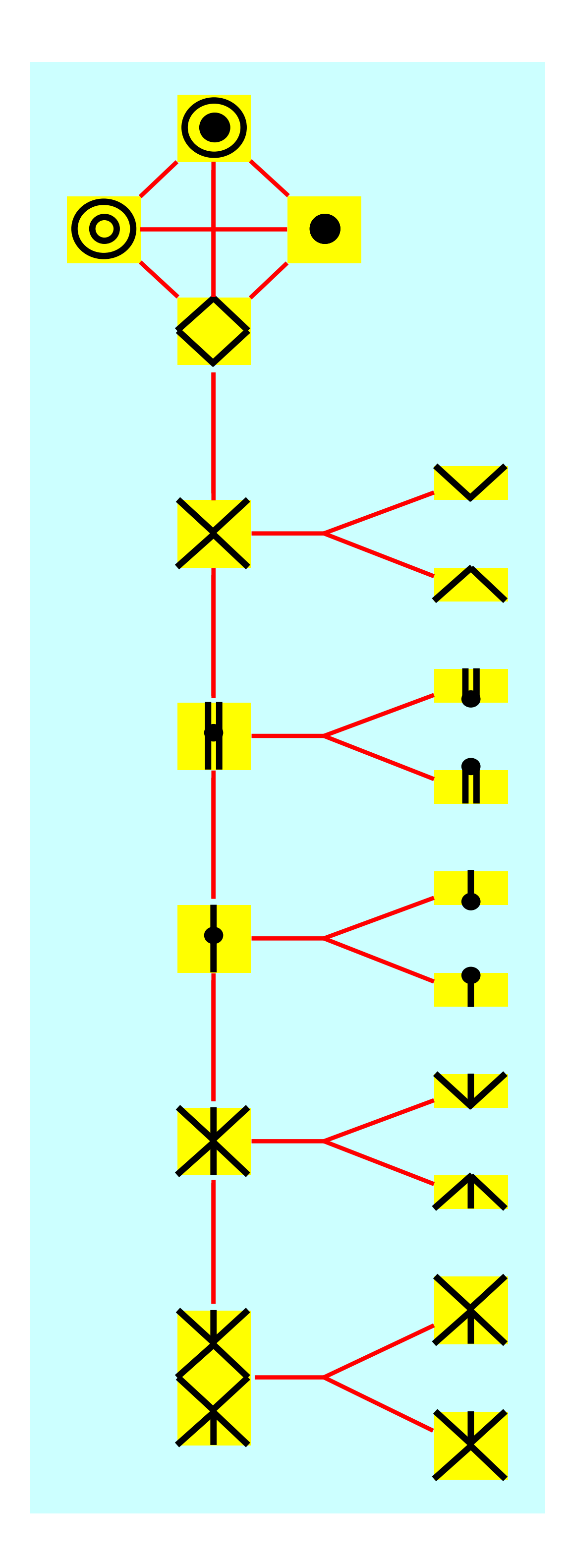
15-3 Historia de Moiro

Gregorovius dice que tiene interés en escuchar las circunstancias de su historia. Esta sugerencia es lo que Moiro aguardaba y se arroja inmisericorde sobre su pasado, no tanto para relatar su historia a sí mismo como para convocar y exorcizar, el fantasma de su hermano.

Mi hermano Mucio y yo lo hemos sido todo el uno para el otro. No escatimábamos palabras para darnos a conocer, para aconsejarnos, consolarnos, instruirnos. Intercambiábamos todos los diálogos y también todos los silencios. Nos observábamos a través de la piel. Tampoco en la superficie había secretos. Nada íntimo de los dos fue nunca ignorado por el otro. Había entre él y yo una identificación oscura, como si los dos tuviésemos la misma boca. Dormíamos en la misma cama. Compartíamos el mismo sueño. Delante de él era como seré delante de mí cuando sea viejo. Poco a poco nuestros movimientos comenzaron a asimilarse a los de una danza. Hacíamos cosas falsas. Continuamente nos negábamos. Eludíamos el contacto. Habría mucho que decir de su modo negligente y desamparado de ser tras la muerte de Emón. Se volvió cada vez más taciturno. Finalmente partió y yo me quedé solo con la memoria. ¿Qué otra cosa podía hacer sino recordar? Nuestra infancia fue feliz. Al principio éramos una verdadera familia. Emón jugaba con nosotros todo tipo de juegos, como por ejemplo lanzar el boomerang o disparar una flecha hacia arriba, sin que ya nunca cayese. Era un extraordinario narrador de historias. A menudo hacíamos excursiones los tres juntos. Pero de repente cambió todo. Un día que Emón no estaba, subimos a la habitación de la torre, nos gustaba registrar los entresijos, en lo alto de un armario descubrimos una caja donde se encontraban cinco láminas de plomo con inscripciones que parecían muy antiguas, algunos de los signos parecían algo así como números mágicos. Cogimos papel y lápiz y nos pusimos a copiar los números, a jugar con ellos dibujando sencillas operaciones matemáticas. Si me deja una hoja de papel y un lápiz le puedo reproducir algo que recuerdo.

Gregorovius abre un cajón de la mesa, saca un lápiz y un cuaderno, lo abre por la primera hoja en blanco, y se los ofrece a Moiro, que comienza a dibujar, al tiempo que lo hace va reflexionando acerca de su

naturaleza numérica, no obstante el significado profundo del que los signos son portadores se le escapa.



Arriba tres formas de cero, en el camino principal dos formas de 4, el 2, el 6, y el 10, todos pares, a la derecha los números pares partidos por la mitad. **Dice Moiro**

Lo signos que Moiro interpreta como números, al profesor Gregorovius le sugieren estructuras de partículas fundamentales. Y la razón es que Gregorovius es hijo de Wolfang Pauli, el primero en postular la existencia del neutrino. No tiene mucho sentido, pero el hijo del que por primera vez vaticinó la existencia del neutrino tiene la borrosa e indefinida sensación que la estructura de la partícula que descubrió su padre es una de las que está ahí delante de él, dibujada por la mano de un muchacho que dice haberla visto inscrita en unos plomos con inscripciones antiguas. Gregorovius considera que todo es muy extraño pero no verbaliza lo piensa, se guarda para sí su impresión, y deja que Moiro prosiga.

Emón nos descubrió jugando con los plomos y al día siguiente se los llevó y se deshizo de ellos, cuando regresó se recluyó en la habitación de la torre y ya nunca salió. Al principio nos sentíamos perdidos, pero luego llegó a ser un alivio. Habíamos dejado de tener un maestro y nosotros nos habíamos convertido en nuestros propios maestros, si bien no teníamos nada que enseñar el uno al otro sino lo que aprendíamos juntos. Cooperábamos en el cuidado de Emón. Dos veces al día le dejábamos delante de la puerta de la habitación de la torre una bandeja con comida y bebida. Con frecuencia le oíamos andar de un lado a otro del cuarto hablando solo en voz alta, no entendíamos nada, era como si hablase una lengua de pájaros. A veces Emón se tomaba el trabajo de desdoblarse para jugar con nosotros y tratar de confundirnos. Recuerdo un día en que acabábamos de recoger la bandeja con la comida intacta cuando escuchamos al otro lado de la puerta un gemido, miramos por el ojo de la cerradura y lo vimos sentado junto a la ventana, inmóvil. En ese preciso instante oímos golpes en la puerta de la calle. Antes de que tuviésemos tiempo de bajar Emón entró esgrimiendo con aire de triunfo su llave. Venía acompañado de un hombre negro que venía cargado con bolsas de comida y botellas de vino. Emón nos presentó al hombre negro, que dijo llamarse Nemrod, nos explico que su oficio era el de maestro de obras y que se había especializado en la construcción de torres. Rápidamente Emón y Nemrod improvisaron una cena fría. Mientras cenaban no dejaban de contar estúpidas historias que lejos de divertirnos hacían crecer nuestra desconfianza. Durante largo rato estuvieron analizando la posibilidad de construir una torre que uniese la Tierra con la Luna, pero tuvieron que desecharla porque, según dijeron, no hay materia en toda la Tierra para construir una torre de tales dimensiones. Hablaron de las fuentes de la cultura china, de la beatitud

de los monjes tibetanos, de la rueda Samsara de los hindúes, del cielo de los cristianos, de la isla de la buenaventura situada en el cauce del Eufrates o del Tigris, de una antigua historia entre un lobo y un rey, y de muchas otras cosas. Mi hermano y yo nos limitábamos a escuchar y esperar para ver hasta donde eran capaces de llegar. Completamente borrachos Emón y Nemrod salieron al jardín y se alejaron tambaleándose, desde luego su comportamiento era completamente incalificable. Mucio y yo estábamos acostumbrados a los desdoblamientos cada vez más penosos de padre, pero había algo de especial en aquel que nos hizo temer lo peor. Subimos corriendo a la habitación de la torre y allí estaba Emón, lo habíamos dado por muerto en repetidas ocasiones pero siempre nos sorprendía con su recuperación, por lo que nos veíamos obligados a reconsiderar nuestra actitud frente a su muerte. El rostro de Emón yacía sin expresión, sus facciones parecían haberse diseminado por el cuarto, aún así nos pasamos toda la noche a su lado, aguardando el milagro de la resurrección, que no llegó a producirse. Cuando aceptamos que Emón estaba definitivamente muerto y sin remedio, decidimos practicar en su cuerpo el procedimiento de momificación que él nos había enseñado practicando con pequeños animales. Construimos unas parihuelas y llevamos el cuerpo momificado hasta la Cueva del Calor, lo introdujimos en el corredor triangular. Días más tarde volvimos, y el cuerpo había desaparecido. Recordamos el juego de lanzar una flecha hacia arriba, sin que ya nunca cayese. ¿Trataba Emón de explicarnos mediante el juego que después de muerto su cuerpo desaparecería? Mi hermano también terminó por desaparecer, nuestra convivencia se había hecho insoportable, yo nunca pude comprender porqué. Decidió negarme y negarse en un viaje, partió hacia una región misteriosa, invisible y sin mapa. Yo, más fuerte o más temeroso me quedé en la Casona y siempre era lo mismo, lo ya conocido, era como si viese a través de un velo, nada parecía como antes, las cosas planas, sin relieve, mi propia voz me resultaba extraña. El tiempo pasó y me dediqué a curiosear por todos los escondrijos. En un armario empotrado en la pared de la habitación de la torre había un baúl con doble fondo en el que encontré un viejo álbum de fotografías familiares en los que mis presuntos antepasados aparecían negados con un trazo azul a la altura de los ojos, y algunas cartas de tía Ágata, así fue como supe de su existencia, las de fecha más recientes habían sido remitidas desde aquí, desde el Sanatorio de la Klepsidra. Aquel álbum y aquellas cartas fueron el único resultado de mi inspección, el resto siempre lo mismo, lo ya conocido, la interminable monotonía de lo sabido, el sin

sentido de un día idéntico a otro día. Solo en la torre me era soportable la existencia, era un observatorio perfecto para vigilar el regreso Mucio y también para estar más cerca de Emón, cuya presencia llenaba de algún modo la torre. Entonces comenzó el ruido. Al principio pensé que estaba dentro de mí pero concentrándome bien sentía que era algo exterior. Consideré que el ruido era el modo en que la torre misma intentaba relacionarse conmigo para comunicarme algo. Traté de descifrarlo, sin éxito, se manifestaba tratando de atraerme o ahuyentarme, y lo conseguía, atraerme y asustarme, pero no lo comprendía. ¿Me comprendía él? Difícilmente conseguía dormir. El sueño se convirtió en algo inconcreto, como una segunda piel adherida al curso del día y de la noche. No distinguía si estaba dormido o despierto. Dormir llegó a ser otra forma de estar despierto. Recuerdo un sueño que tuve. Caminaba con mi hermano por una especie de desierto, un hombre se acercó a nosotros subido a una rueda incrustada en un gran cristal de cuarzo, nos invitó a subir, cuando lo hicimos la rueda comenzó a girar. Un remolino apareció en el centro, aumentaba rápidamente de tamaño, terminó por engullirnos. Instintivamente cerré los ojos. Percibía con claridad dolorosa el trino de un pájaro. No me atrevía a abrir los ojos. Percibía el pájaro y el trino como cosas separadas, no conseguía asociarlos, había allí un abismo, como si el pájaro y el trino no tuviesen nada que ver el uno con el otro. Cuando por fin abrí los ojos me encontré desnudo. Dormido o despierto. Echado sobre el piso junto a la ventana de la torre, no había ningún pájaro. El ruido golpeaba en la puerta, lo escuchaba claramente, desconfiaba pero los golpes blandos y mansos se sucedían, vi girar el picaporte, pero se perdía en mi retina como un objeto sin vida. De un salto me puse de pié, abrí la puerta, era mi hermano y no había nadie. No se qué era. No nos decíamos nada. Extendí los brazos y los cerré con fuerza. Sentí su peso. Le dije. Te esperaba. Fue lo que dije sin saber qué decía y lleno de recelo, aún así repetí. Te esperaba. Eso fue lo que dije y sentí un aguacero pesado derrumbándose sobre mí. Creo que me desvanecí. Todavía confuso y aturdido supe que era preciso que también yo abandonase la Casona. ¿Adónde ir? Por unas cartas que encontré en el armario de la torre supe que tía Ágata estaba ingresada en el Sanatorio de la Klepsidra. "Un lugar tan bueno como cualquier otro". Pensé. Me puse en camino. Y aquí estoy. Pero me pregunto si he hecho bien en abandonar la Casona. Mi hermano puede regresar en cualquier momento y no se lo que puede ocurrir si no me encuentra allí cuando llegue.

15-4 Acerca de la Enfermedad

El final del relato de Moiro ha sido un tanto etéreo, el vino del Nodia ha comenzado a surtir efecto. De modo balbuciente continúa hablando con Gregorovius acerca de ellos mismos y de Mucio, Emón, Mara, Ágata, de la relación de Mucio con su hermano, de la relación de Emón con Mara y sus hijos, de la relación de Ágata con Emón y con Gregorovius. La red de relaciones entre un pequeño grupo de personajes crea la posibilidad de un gran número de historias de las cuales tan sólo una ocurre realmente y el relato de lo que efectivamente sucede es lo que llamamos una descripción o un mapa de la realidad y constituye la historia verdadera independientemente de que se preserve en la memoria individual o colectiva.

Gregorovius y Moiro esclarecen la simetría profunda que cifra las relaciones entre los seis personajes del grupo del que ellos mismos forman parte y cuando dan el poliédrico tema por agotado, Gregorovius comienza a hablar del tema en el que vive inmerso, la enfermedad mental y su relación con la salud, el espíritu del vino confiere un peculiar ritmo a las palabras, las dota de cierta intimidad reflexiva.

Mi trabajo es bien peculiar, me vienen enfermos y yo tengo que recibirlos y tratar con ellos. Los hay que vienen por sí mismos, a otros los traen confinados, todos ellos son personas que creen tener un alma propia, tienen algunos parámetros morales disminuidos o bien no tienen moral alguna en absoluto, pueden ser personas de carácter bondadoso o monstruos criminales. Sencillamente aparecen aquí. Es preciso tratar con ellos y después devolverlos al mundo que los ha rechazado o acompañarlos en su viaje hacia el otro lado. Algunos han encontrado aquí su sitio y no conciben ya el regreso. Observar mucho pero no poseer una explicación suficiente de todas las circunstancias, esa es mi tarea aquí, tratar de hacerles la vida más o menos agradable a mis pacientes manteniéndoles apartados de los que son diferentes, logran así su salvación por una exclusión que no los recluye. Es lugar común entre la clase médica que la función del psiquiatra consiste en reunir el mayor número posible de pequeñas irregularidades respecto a una norma supuesta, la salud mental, y en convertirlos en síntomas, en monumentos al dolor. La paranoia es el principio que conduce al descubrimiento de

que todo está conectado con todo en la creación. El derrumbe de la concepción del tiempo y el ensamblamiento de los tiempos es el rasgo peculiar que caracteriza a los esquizofrénicos. Debemos delimitar la enfermedad, definirla, apenas nada más que darle un nombre al síndrome, clasificar, aislar al paciente y desentenderse, algunos añaden que habría que abatir la enfermedad, pero eso no es más que una fórmula de buenas intenciones, además hay síndromes que un buen psiquiatra no debería tratar de curar, me refiero a esas formas de comportamiento diagnosticadas superficialmente como síndromes y que no son sino indicios de una terapia personal e inconsciente que el paciente se aplica a sí mismo para combatir desequilibrios más profundos. De cualquier modo, un buen número de los síndromes que tan diestros somos en enunciar los englobamos bajo el apelativo genérico común de idiopáticos. Idiopatías, esto es, dolencias sin causa orgánica conocida. Así el paciente es elevado a la dudosa dignidad de enfermo y se queda solo frente al ídolo de su enfermedad, que debe acariciar como se acaricia a un muñeco en la infancia. La locura es una forma de santidad que pone de manifiesto la naturaleza ilusoria del mundo y quizás la salud mental sea una forma de embrutecimiento, una especie de culto a la monotonía, de horror a la diferencia, por eso entre los así llamados enfermos mentales se dan tan pocas curaciones, difícilmente aceptan volver al estado anterior al de su enfermedad, un paisaje que les repugna, y cada cual alimenta su repugnancia con razones más o menos personales. He aprendido que hay que aceptar la enfermedad como algo que forma parte de nosotros y nos pertenece a modo de prolongación de nuestros cuerpos, una ceremonia, un código profundamente arraigado en nuestros movimientos, en nuestros gestos. El concepto de enfermedad mental se asocia a una proliferación de identidades o a una identidad difusa, se asocia a la imposibilidad de mantener una relación convencional con lo otro, cuando sería más preciso hablar de distintos modos de relación además de la convencional. Cada cual tiene su propia visión del mundo. Lo imaginario no es sino una de las formas que adopta la realidad, cualquier cosa que la realidad sea. Optar por lo imaginario es como una explosión inflacionaria de lo real, es anteponer a la mediocridad general la riqueza, la belleza, el lujo reservado y secreto. Los enfermos mentales tienden confusamente a deambular por lo indefinido, pero toda dolencia es limitada, contiene sólo aspectos parciales de la gran enfermedad que permite acceder a la verdadera visión. Sueño con una sociedad donde todo lo imaginable fuese posible. Quizás una sociedad así no podría satisfacer las condiciones para su

supervivencia. Generaciones de ebriedad y luego desvanecerse en el vacío de la ausencia de cosas, en una nada animada por alguna forma de consciencia. La locura es un territorio en el que todo ocurre de modo distinto al habitual, pero de ningún modo desprovisto de lógica, de una cierta lógica que da coherencia interna a cualquier discurso o actitud, por eso no puede dejarse en libertad a la locura, porque destruiría el orden establecido sustituyéndolo por una sucesión de órdenes mutuamente contradictorios, como una parodia, algo próximo al ruido blanco, o a la música del silencio. La locura es un fenómeno con relaciones y significados propios en cada caso, no es algo absurdo sino profundo, más profundo que la razón. Quien pretenda experimentar la verdad acerca de la vida inmediata debe aprestarse a investigar la forma enajenada de esa vida misma. Se requiere un firme sentido de la propia identidad para relacionarse como ser humano con otros seres humanos. La locura no destruye el sentimiento estético, en la mayoría de los casos lo despierta, lo intensifica. Locura, convulsión espiritual emparentada con la santidad, pero con sólo un trono vacío para las reverencias, inalcanzable. Desde un cierto punto de vista los locos gozan de una cierta situación de privilegio, en ellos las fuentes de la memoria están mezcladas, disponen del repertorio de recuerdos en que se ha petrificado una selección significativa de la indefinida sucesión de instantes que les haya sido dado vivir, disponen también y sobre todo de memoria que no es suya, esa es su tragedia, lo no vivido entra brutalmente a formar parte de su historia personal más íntima y el resultado es que se ven obligados a vivir una vida que en buena parte no es la suya propia, la mayor parte de las veces interpretan lo ajeno que entra en ellos como voces y en ocasiones las voces que no son suyas se expresan con naturalidad a través de ellos, es un poco lo que me pasa a mí ahora, he empezado y no estoy muy seguro de lo que quiero decir pero de lo que estoy convencido es de que las palabras mismas saben lo que dicen y por alguna razón son ellas las que han escogido expresarse a través de mí, o acaso no sea la sustancia viva de la palabra la que se exprese sino el propio ser en la medida en que es la mediación de volverse el otro de sí mismo en el curso del devenir en un círculo que supone como objetivo su fin y que a ese fin lo tiene por principio y sólo mediante ese su fin es adquiere una forma y entra en el mundo real. Lo verdadero es el todo, pero el todo es solamente el ser que se termina y consuma mediante su propio desenvolvimiento y evolución. El ser que constituye ese todo se imagina a si mismo subdividido en fragmentos esenciales dotados de forma. La forma es tan esencial a la esencia como la esencia se es esencial a sí misma, precisamente por eso

no hay que concebirla ni expresarla simplemente como esencia, es decir, como sustancia inmediata o como pura autointuición, sino que hay que expresarla como forma y en la plena riqueza de la forma desarrollada, sólo a través de ello queda aprehendida y expresada la sustancia como real.

Gregorovius parece haber perdido el hilo de sus reflexiones y ha caído en ese tipo de consideraciones filosóficas que parecen ser resultado de la naturaleza misma de la lengua, el caudal que ha estado fluyendo a través de él parece haberse agotado y una especie de espeso silencio con algo de inconcluso cubre el instante.

Cabe considerar la posibilidad de que Paulino haya estado todo el tiempo tras la puerta, escuchándolo todo, cómo explicar si no que precisamente cuando la expresión de Gregorovius se ha diluido en un silencio en el que ha quedado atrapado y del que le resulta difícil salir, precisamente entonces, Paulino entre en la habitación con una jarra de humeante café.

El café resulta ser un bálsamo para Gregorovius, toma tres tazas seguidas y las palabras aparecen de nuevo dispuestas para expresarse a través de su voz.

15-5 El Modo Subjuntivo

La conciencia es un ser que incluye ser conciencia de la nada de su ser. El individuo siente que está vacío, pero ese vacío es él, aunque suspira porque se llene el vacío teme la posibilidad de que eso ocurra porque ha llegado a sentir que todo lo que él puede ser es la extenuante nada de ese mismísimo vacío, por tanto no es extraño que el amor de otro sea más temido que su odio, o más bien, todo amor se siente como una versión del odio y tanto el amor como el odio se perciben como formas de relación. Se requiere un firme sentimiento de la propia identidad autónoma para relacionarse como ser humano con otros seres humanos y no siempre este es el caso, una falta de identidad imposibilita la relación con lo otro y una proliferación de identidades desemboca en una red de relaciones entre cada una de ellas que reduce la posibilidad de relación con lo que es exterior, a eso se llama enfermedad, a la imposibilidad de mantener una relación convencional con lo otro, cuando sería preciso hablar de distintos modos de relación además del convencional y desestimar el concepto de enfermedad como no operativo. Cada cual tiene su visión del mundo, su weltanschaung, lo imaginario, el delirio, el mundo alucinatorio, son formas de concebir la realidad. Optar por lo imaginario no es solamente anteponer a la mediocridad general una riqueza, una belleza, un lujo, sino también, adoptar sentimientos y ejecutar acciones imaginarias, no es solamente una escapatoria del contenido de lo real sino de la forma misma de lo real, de su carácter de presencia, de la clase de respuesta que se nos pide, de la aceptación de nuestras acciones. La destructividad de lo imaginario reduce el mundo a polvo y ceniza, el mundo real se haya en ruinas, está muerto, mientras que el mundo imaginal es el único real, en el desierto vacío de grises para la mirada todo es posible, en el plano infinito de las campanas cualquier cosa puede ocurrir. Admitamos que el concepto de enfermedad mental tenga que ver con la creencia de que todo puede ocultarse a los otros pero nada debe ocultarse a uno mismo, entonces el enfermo sería alguien que al mantener su aislamiento y su desapego no se entrega a una relación creadora con el otro, sólo le preocupan las figuras de su pensamiento, de su memoria, imágenes que no pueden ser directamente observables por otros, las cuales se cuida muy bien de comunicar, de explicar, pero admitamos también que una persona sin máscara es algo en verdad muy raro, llega uno a dudar inclusive de la posibilidad de existencia de tal persona, toda persona en

cierta medida lleva algún tipo de máscara, persona y máscara son dos términos que designan lo mismo. Tenemos tan poco control sobre las conexiones que se establecen en nuestro cerebro, sin embargo todo lo que el cerebro es capaz de idear es plausible, en su paraíso interior el llamado enfermo mental puede estar donde quiera, hacer todo lo que quiera, tenerlo todo, es omnipotente y completamente libre, pero un individuo así difícilmente contribuye a la construcción de la sociedad, al menos de la sociedad tal como la conocemos. Intentemos imaginar una sociedad constituida exclusivamente por individuos independientes y libres, una sociedad en la que todo lo imaginable fuese posible, desde luego una sociedad así difícilmente podría satisfacer las condiciones para su supervivencia, sería una generación de ebriedad y luego desvanecerse en ese otro paraíso de la no existencia, pero según parece lo importante es proliferar, perpetuarse, permanecer y a ese ideal debe sacrificarse todo. Hubo un tiempo en el que me abandonó la fuerza y perdí mi sentido de las formas de la tierra. Mis espacios dejaron de ser dignos de tener nombre, quería estar cada vez más lejos, en el extranjero, con unas cuantas personas en torno a mí, pero que no estuvieran demasiado cerca. Ahora no quiero vivir al margen de los demás. ¿Es querer demasiado pretender la síntesis, la alegría serena, la perfección, la consumación?. Siento la necesidad de ser yo mismo y no llegaré a serlo hasta que no sea capaz de gritar, mientras en lugar de clamar me queje. No quiero disolverme en lamentaciones, quiero ser un cuerpo poderoso. ¿Pero a quién hablo?.¿ Quiénes son mis semejantes?. ¿En que espacio se encuentran?. ¿En qué tiempo viven?. Necesito la certeza de ser yo mismo y no obstante quisiera ser nada, pura nada, absolutamente nada, conocer a todos pero no ser conocido por nadie. Hay que hacerse con la irrealidad, la realidad ya no tiene sentido, lo que hoy se considera irreal conformará la realidad en el futuro, realidad que dejará de tener sentido y que será sustituida por una nueva irrealidad hecha realidad, el proceso continuará indefinidamente sin alcanzar nunca el límite, la realidad última acaso sea por siempre inaccesible mientras permanezcamos aferrados a nuestra estructura material. Quizás haya que considerar seriamente la posibilidad de que la realidad primordial no sea material, es decir, no esté constituida ni de moléculas, ni de elementos, ni de partículas. Acaso lo real sea la fuente de la que surge la materia, una especie de sueño que se sueña a si mismo. Quizás la realidad no sea sino la fisiología del vacío creador. **Un leve resplandor áureo entra por la ventana y anuncia la inminencia del amanecer, es la señal que esperaba Gregorovius e invita a Moiro a acompañarle en su ronda matinal.**

	10_{Ne}	
	9_{F}	
	8_{O}	16_{S}
	7_{N}	15_{P}
	6_{C}	14_{Si}
	5_{B}	13_{Al}
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}

16 Sulphur (Azufre)

16 El Vacío Creador

16-1 Lamia

Al filo del amanecer Moiro y Gregorovius pasean por la klepsidra nocturna que se recubre con tenues velos de luz. Tropiezan con una manguera de riego, Gregorovius la sostiene con la mano izquierda mientras con la otra abre la llave de paso y rocía la cara de Moiro. Ahora invierten los papeles, Moiro es el que sostiene la manguera y Gregorovius el que se refresca. Agradable este agua, despeja la cabeza, todo lo que estaba dilatado se contrae, el sopor de una noche sin sueño se disuelve, agua fría, agua lustral. Renovados reanudan el paseo, la claridad áurea del amanecer da un cierto aire de irrealidad a los perfiles.

Mira ese árbol, se trata de un pino Longifolia procedente de la península indostánica, su nombre se debe a sus agudas hojas aciculares particularmente largas, su olor es característico y bien distinto de los pinos mediterráneos porque la composición de su savia es diferente.

Dice Gregorovius señalando un árbol de porte monumental que exhala una fragancia verde y canforácea con una característica nota especiada que evoca a un tiempo la canela, el clavo y la pimienta.

Yo lo llamo el Árbol de los Niños en recuerdo de Lamia. Su nombre completo era Lamia María Sala Bernatallada vivía en la masía Malagarga, en la finca Mansó, con sus padres y su hermano Muzer, siete años mayor que ella. A los once años fue internada en una residencia para sacerdotes jubilados en Vic donde le impartían clases a cambio de su trabajo, terminaron por expulsarla porque pasaba la mayor parte del día durmiendo. Llegó a dormir más de dieciséis horas seguidas y el resto del día lo pasaba en un estado hipnótico de somnolencia crepuscular. Al poco tiempo murieron sus padres al despeñarse en un carro en el que transportaban diversos productos agrícolas al mercado de Sant Hilarí de Sacalma. Tras el luctuoso suceso, Lamia vivió en la masía Malagarga únicamente en compañía de su hermano, de nombre Muzer, que le mostraba un cariño muy exteriorizado, dándole frecuentes besos y

pasando posteriormente a tocarla y desearla. Lamia terminó por conceder lo que con tanta insistencia se le solicitaba. A las relaciones con su hermano se sumaron las que Lamia mantuvo con su tío Monzón, capataz de una finca próxima, con Olegario, un minero silicótico, y con diversos campesinos de los alrededores. Los que se acercaban a ella le obsequiaban con perfumes, joyas de bisutería e incluso pares de medias que dejaban colgados de las ramas de una olivera en la puerta de la masiá. Recién cumplidos los dieciséis años, Lamia quedó embarazada. Ella pensó que disimulando su cada vez más prominente barriga con pantalones ajustados y varias vueltas de vendas bien apretadas llegaría a ocultar su embarazo. Si nadie lo advierte, quedará en nada. Se decía. Hasta que llegaron los primeros dolores. Se hicieron más fuertes y seguidos. Se colocó en cuclillas. Apretó. El niño salió con facilidad. Cuando mordía el cordón umbilical descubrió que el niño que acababa de dar a luz tenía un rabo de alrededor de once centímetros de longitud. Mas esta no era la única particularidad, el recién nacido tenía la lengua extremadamente fina y alargada y completamente negra. Lamia cogió a su hijo por el rabo y echó a andar arrastrándolo por el suelo tras ella. El niño no dejaba de llorar un llanto entrecortado por terribles alaridos y le tapó la boca y la nariz con una mano, pero ni aún así consiguió que entrase en silencio. Entonces agarró a su propio hijo por los pies y le dio un golpe seco contra un árbol, no obstante seguía berreando. Por fin tomó con las dos manos una piedra y le machacó la cabeza siete veces, entonces calló. En aquel preciso momento se oyó el claro, limpio y puro ulular de una lechuza. Lamia arrastraba el cuerpo y no sabía como desembarazarse de él, hasta que por fin, levantó el niño con los dos brazos y lo arrojó con fuerza a las ramas de un pino, luego se fue a dormir. A la mañana siguiente unos pastores que se dirigían al monte con su rebaño de cabras descubrieron el cuerpo del niño en las ramas del árbol, la noticia del suceso corrió. Encontraron a Lamia con las ropas manchadas de sangre derrumbada en el suelo de un aprisco, y la golpearon, la golpearon ¿para expulsar qué maleficio? El pino donde fue hallado el recién nacido se conoce desde entonces como el Árbol de los Niños. Hay quien asegura haber oído de noche, en las proximidades del árbol, el chapoteo del espíritu del niño muerto al caer en la corriente, ¿de qué agua? He oído decir que en algún lugar de Nigeria existe un árbol bómbax, enorme y antiquísimo, que es sagrado, en él viven los espíritus de los niños que esperan nacer. Las mujeres que quieren hijos van a sentarse a su sombra. Un árbol de los niños muertos aquí en el norte y un árbol de los niños todavía no nacidos en el sur, me gusta considerar la

descabellada idea de que los dos árboles estén unidos por las raíces y que el hijo de Lamia viajó al bómbax africano antes de volver de nuevo a la vida en el vientre de una nueva madre. La policía inició una investigación y en absoluto se consideró la posibilidad de resurrección alguna, Lamia fue detenida, acusada de infanticidio y abandono indebido de cadáver. El fiscal pidió para ella, treinta años y seis meses de prisión: treinta años por el delito de infanticidio y seis meses por abandono indebido de cadáver. Al objeto de dictaminar sobre estado de salud mental de la acusada, fui requerido por la defensa de oficio, hablé de la hipersomnia que sufría, del estado crepuscular en que vivía las pocas horas que permanecía despierta, esgrimí la tesis de inimputabilidad y añadí una serie de aparentemente bien fundados argumentos mediante los cuales conseguí su absolución y que fuera ingresada en la klepsidra bajo mi cuidado. La hipersomnia de Lamia me tenía fascinado, tenía la oportunidad de tratar con alguien que vivía en el espacio vacío entre los signos, volcada sobre otro mundo. Lamentablemente era prácticamente imposible mantener algún tipo de comunicación con ella, durante los breves tramos de vigilia estaba completamente alelada, como si anhelase regresar a ese tipo de existencia vacía a la que estaba acostumbrada. Suministré a Lamia diversas sustancias estimulantes para que la mantuviesen despierta, sin ningún resultado, así que decidí estudiar su caso con profundidad. Le implanté una serie de diminutos electrodos de platino en la cabeza, mientras dormía los conectaba a un registrador poligráfico que me permitía atravesar la barrera del sueño sin interferir en él, registraba curvas que representaban milivoltios en función del tiempo, medía así las variaciones de potencial entre diversos grupos de neuronas en el curso del sueño. Analizando los registros me sorprendió encontrar únicamente ondas lentas de bajo voltaje correspondientes al estado de sueño sin sueños, por debajo del escenario de los símbolos, posiblemente la fase más primitiva, la fase ancestral, una especie de experiencia en el cenagoso terreno de la inexistencia, algo así como contemplar con la mirada desnuda el rostro del vacío. En el tiempo que pasaba dormida Lamia nunca soñaba, en ningún caso conseguí registrar los ritmos de alta frecuencia e intensidad que son característicos del ensueño. Ella mantenía un trato personal con el vacío, el mundo ordinario no tenía el menor interés para ella, le traía sin cuidado, los estimulantes no tenían sobre ella ningún efecto, conscientemente se embarcó en su gran viaje, progresivamente fue aumentando el tiempo que pasaba dormida, hasta que entró en el gran sueño sin sueños del que nunca llegó a despertar,

las ondas lentas se ralentizaron, su voltaje se fue reduciendo, por fin se interrumpieron por completo los mensajes entre los distintos grupos de neuronas en su cerebro y celebró sus nupcias con el silencio y lo oscuro.

16-2 El Jardín Cerrado

Gregorovius concluye su luctuoso relato inspirado por el Árbol de los Niños y le sugiere a Moiro que le acompañe a hacer su ronda habitual. Por el camino se les aproxima una paciente que coge al profesor de la manga urgiéndole a que se ocupe de él.

Veamos, ¿qué te ocurre?
Verá usted, tengo vómitos abundantes y frecuentes desde hace cuatro días.
¿Propiciados por alguna circunstancia?
No, no puedo mencionar ninguna circunstancia que haya desencadenado los vómitos que padezco, aunque acaso deba mencionar que desde hace más de una semana orino amarillo como siempre, pero amarillo muy oscuro.
¿Hay prurito?
No, no siento dolor cuando orino por el contrario me produce un cierto cosquilleo que me provoca una cierta sensación que no puedo decir que sea desagradable.
¿Cuál es la cantidad media de orina emitida por día?
La cantidad puede considerarse normal, al menos en lo que a mí se refiere, lo que me preocupa es el color, quizás demasiado oscuro. ¿Considera usted que hay alguna relación entre la oscuridad de la orina y los vómitos que padezco.
Bueno, en principio todo está relacionado con todo, pero en este caso no pienso que la relación entre esos dos hechos que menciona sea especialmente significativa. No te preocupes, deja de beber vino en las comidas.
¡Pero si yo no pruebo ni una gota!
Entonces mucho mejor, te permitiré que bebas un poco. Adiós.

Gregorovius se aparta sin darle tiempo a replicar a Astarté Lulú Panthea. Otra paciente se acerca al profesor.

Tengo sed.
Háblame de tu sed.
¿No ve que está seca mi lengua?
Sabes que no quiero que bebas del agua.

Mi sed está en mi voz, necesito que me escuche.
Te escucho.
Sólo los muertos escuchan.
¿Y yo?
Usted no me puede entender.
Quiero que me hables y que no bebas del agua.
¿Qué le hable de mi desierto?
Háblame de lo que tú ves.
Veo desierto y sed, mis labios están secos, siento una tela en el techo de mi paladar en la cual anida la reina de las arañas."
Háblame de la reina de las arañas.
Ya he dicho todo lo que tenía que decir de la reina de las arañas en un poema en el que trato de la sempiterna cuestión de traspasar la armadura de un rey con una aguja.
¿Me lo puedes traer mañana?
No, porque mañana seré otra.

Mientras se alejan, Gregorovius le explica a Moiro. *La poetisa amante de las arañas tiene por nombre Isabella Isis Selene Hécate Artemio Diana Hera Jane, aunque todo el mundo la llama Mimí, para abreviar, padece una manía masturbatoria que le ha producido una infección en el conducto mingitorio, padece también una especie de automanía persecutoria, se persigue a sí misma tratándose de darse alcance pero no lo consigue, porque cada día se transforma en alguien distinto.*

Se detienen junto a una paciente que está sentada en el suelo y revive una violación, con el brazo izquierdo representa los gestos y ademanes del hombre mientras con el derecho interpreta el papel de una mujer que se resiste de modo poco convincente exhalando grititos y frases exclamativas con voz meliflua de damisela victoriana. Cuando la paciente da por terminada la representación, se pone de pie y saluda inclinando levemente la cabeza. Gregorovius y Moiro aplauden efusivamente.

Su madre murió de sobreparto, vivía relativamente aislada en el faro de Cabo de Palos con la única compañía de su padre que era el farero y su hermano, un retrasado mental. Al parecer, indiferente a la presencia del hermano, su padre abusaba sexualmente de ella. Hasta que un día su hermano empujó a su padre desde lo alto del faro y a continuación se arrojó él mismo al vacío. Ella no puede dejar de evocar la escena de la

violación y a fuerza de hacerlo ha adquirido para ella un carácter puramente teatral, ese es su modo de defenderse, la parodia ha absorbido toda la carga de veneno de la representación original.

Le explica Gregorovius a Moiro mientras se dirigen hacia el Solarium. Cuando entre los pacientes diseminados por el jardín cerrado se corre la voz de que el profesor ha comenzado a hacer su ronda matutina, algunos se agrupan para salir a su encuentro, incluso riñen por tener contacto con él, ya sea tocándolo o dirigiéndole frases entrecortadas. El profesor entra en el Solarium en medio de un ruidoso cortejo, da tres palmadas y los pacientes se colocan de espaldas al perímetro de paredes acristaladas, como si de una revista militar se tratase. Gregorovius se dispone a pasar revista, deteniéndose ante cada uno de los pacientes para que Moiro tenga ocasión de conocerlos.

16-3 Los Pacientes

Moiro, te presento a Marian Szilagyi.

Moiro le estrecha la mano a la paciente, una mano fláccida de textura musgosa, la sostiene con repugnancia un momento, luego la suelta y la mano cae como algo muerto.

Marian estaba casada con un tal Tulio Uda, profesor de teología y diseño, tenían una hermosa niña, Gema. Una tarde salieron a dar un paseo por el parque, se sentaron en un banco y mientras tomaban el sol agradablemente Gema se extravió persiguiendo pequeños roedores en la maleza, sus padres tuvieron que llamarla a gritos para que la niña orientada por las voces encontrara la salida. De vuelta a casa los padres no encontraron en la niña nada anormal al principio pero con el paso del tiempo advirtieron que se desprendía de ella algo inquietante, no era nada físico, su voz, sus costumbres, su memoria eran irreprochables pero poco a poco fue tomando forma la convicción de que la niña que vivía con ellos no era su hija sino que había sido suplantada por una extraña que sin duda, pensaban, terminaría por destruirles. El recelo de los padres iba en aumento hasta que por fin se convirtió en auténtico pánico, decidieron darle muerte e hicieron desaparecer el cuerpo disolviéndolo con agua regia en la bañera. Denunciaron que su hija había sido raptada, nada parecía acusarles pero repentinamente comprendieron que se habían equivocado, que todo había sido fruto de su imaginación, que habían dado muerte a Gema, su verdadera hija. Esta seguridad tuvo para Marian y Tulio efectos demoledores e incluso devastadores, para redimirse juraron vivir encerrados sin ver más la luz del sol. Tulio murió de remordimiento y Marian, que llegó a vivir varios meses en la oscuridad, se entregó a la justicia. Al ver el estado penoso en el que se encontraba el juez determinó su ininputabilidad y dictaminó su internamiento.

Te presento al profesor Gorion Nopeo, se cree dios y para simbolizar la trinidad tiene constantemente flexionados tres dedos de la mano derecha.

Yo, estimado señor, ya no tengo ese nombre.

Replica el paciente mientras le da la mano a Moiro, el suyo es un apretón al que le falta la presión de diversos dedos, una zarpa sin fuerza, floja, deformada, una sensación extraña.

Ahora me llamo Killaluisinemo, oui vuestra majestad, yo lo digo, usted lo cree, nada puede sucederme, he fundado la asociación para la promoción del estudio de cuaterniones y sistemas afines, y he escrito un formulario de verdades matemáticas de importancia decisiva, de las que cabe destacar estas: Siempre hay un número mayor que otro número. Existe una curvatura oscura que llena el espacio.

Te presento a Alexander Spetitsev, mató y se comió a ochenta personas. Cuando ingresó en la klepsidra el solo hecho de mirarle a los ojos causaba pavor, ahora es un perfecto vegetariano.

Moiro disimula un gesto de dolor cuando estrecha la mano de Alexander, pesada como un montón de arena y que se cierra como una garra.

Te presento a un paciente que dice ser el mismísimo príncipe Savanelli.

Moiro no le estrecha la mano, no quiere repetir la experiencia un tanto turbadora que ha sido para él, un puñado de musgo, tres dedos flexionados y una garra.

Atacado de cleptomanía asaltaba a los vagabundos de los suburbios de Roma. En cierta ocasión se encontró con un vagabundo que era su perfecto doble y fue reducido con la ayuda de unos sicarios. El príncipe fue recluido en un lóbrego desván y el vagabundo que era su doble ocupó su puesto en palacio. Tras un prolongado encierro logró sobornar a sus guardianes y escapar, pero cuando regresó a palacio a reclamar sus derechos le fue imposible traspasar el círculo de sus primeros servidores que lejos de dejarse impresionar por el parecido le propinaron una bien estudiada serie de golpes que le redujeron a su estado actual. He conseguido hacerme con diversas fotografías del que en la actualidad ostenta el cargo de príncipe Savanelli y en verdad que el parecido es extraordinario.

Te presento a Luis Gangoso, acostumbraba a tomar heroína introduciéndola en un saquito que se metía en el recto, la humedad de la mucosa extraía así la sustancia activa. Estuvo consumiendo heroína infectada por Cándida Albicans, un hongo rutilaceo que produce la Uveitis Micótica, un síndrome caracterizado por alucinaciones visuales, despersonalización y pérdida del sentimiento de realidad del contorno. **El paciente mira a uno y otro lado con los ojos muy abiertos, tratando de mantener reunidos fragmentos de su personalidad que percibe como desprendiéndose de él.**

Te presento a Colondrón Tustin, afectado de multiplicidad de personalidad.

Colondrón inicia una serie de movimientos acompañados de gestos elementales, gritos de animales domésticos, el chirrido de la sierra, salto brusco de un corcho de champagne, glu-glu del líquido derramándose, fanfarria de un cuerno de caza, un solo de violonchelo. Un repertorio aturdidor, si se cierran los ojos se tiene la impresión de estar junto a una multitud.

Te presento a Vega Carpio Benegas, estudioso de la formación de meandros, tema en el que llegó a ser una gran autoridad, pero su excesiva pasión matemática le llevó demasiado lejos en el formalismo, tanto que llegó a relacionar matemáticamente el fenómeno de los meandros con el cromatismo de las mariposas, con la forma de los cuernos de los antílopes, con las conchas espirales de los trilobites y no se cuantas cosas más, por lo que cayó en el descrédito general. Al principio de su estancia aquí organizaba charlas que tenían gran éxito entre los pacientes, ahora ha comenzado a acumular huesos, uñas, piezas dentales y pelo como trabajo previo para la formulación de una nueva teoría.

Te presento a Susever Mercader, padece la enfermedad de Chagas, transmitida por los excrementos de un chinche, Salustio Chaguero, que es considerado un poderoso afrodisíaco. Mira sus heridas.

Gregorovius le desabrocha la bata sin que Susever oponga la menor resistencia, Moiro contempla su pecho cubierto por una complicada trama de cicatrices, como un tatuaje fruto de una obsesión.

Son relatos de batallas, delirio de nihilismo e ideas culpables, pero la potencia naturalmente no es eterna, todo tiene un precio, a largo plazo deriva en distensión muscular generalizada. Observa la nobleza de sus rasgos, se debe a que todos sus músculos faciales están distendidos.

Susever le tiende una carta a Moiro. ***Por favor échala al correo.*** **Gregorovius no puede disimular un gesto de contrariedad, cuando Moiro toma la carta y comienza a leer, la letra, de caracteres diminutos, se desliza como una manada de insectos en busca de la desembocadura de algún río.**

Hubiera querido ser el avatar de cualquier dios y haber hecho caer sobre esa isla una gran tormenta y que tú hubieses sabido que en ese preciso momento yo te estaba deseando. Tú eres el significado de la palabra mujer. El vacío que deja tu cuerpo tras de sí es lo que me hace ir de un lado a otro. Únicamente me ocupo en imaginar cada instante de la que podría haber sido nuestra vida juntos. Me gustaría que esta carta no se acabase nunca y que tú la estuviese leyendo siempre, pero no es posible, seguro que el sueño me vence.

Moiro sostiene la carta con la mano derecha y mientras lee mueve la mano izquierda como si dibujara en el aire un castillo o el perfil de una mujer. Cuando termina de leer Gregorovius le quita la carta, dice.

Siempre es lo mismo.

Y la rompe, ante la sorpresa de Moiro y la consternación de Susever.

Se acercan a una mujer vestida estrafalariamente y con el rostro cubierto de una capa de polvo blanco sobre la que se ha aplicado ocre rojo, lo que le da una apariencia horrible, una expresión desagradable de máscara funeraria. La mujer mira su reloj de pulsera de forma compulsiva, como una obsesión.

Su nombre es Melina Calder. A los doce años de edad comenzó a ser violada por su padre, que además la proveía de clientela, ella consideraba aquello como un juego y cada vez se ofrecía de un modo distinto. Los clientes alababan su habilidad metamórfica que su padre alimentaba proporcionándole cosméticos, pelucas y disfraces. Una noche Melina dio muerte a uno de sus clientes propinándole una cuchillada en

la espalda mientras la montaba. Cuando la descubrieron llevaba horas con el cadáver cubriéndola. Ahora se oculta tras esa horrible máscara para mantener alejados a los hombres.

Melina mira el reloj y se dice.

No debo olvidarme de mí misma ni un solo minuto, tengo que vigilar el reloj y mantenerme atareada pues de otra manera me viene el sentimiento de irrealidad y no se quien soy.

Te presento a Cristóphoro Shekspire, célebre por su prodigiosa voz que daba la ilusión total del timbre femenino, llegó a recorrer buen número de países y triunfó en numerosos cafés conciertos vestido como mujer y cantando en la tesitura deseada con agilidad y virtuosismo los más terribles trozos del repertorio de soprano, pero lamentablemente su voz ya no es lo que era y no ha podido soportarlo.

Para confirmar la observación, Cristóphoro farfulla de modo incomprensible algunas palabras con un tono que bien podría ser el gruñido de un oso recién salido de su periodo de hibernación.

Te presento a Christa Bloom. A los diez años de edad fue secuestrada por unos canallas. Los secuestradores la criaron en un refugio solitario en la montaña hasta que tuvo catorce años, edad a la que tuvo por primera vez la regla, y a partir de entonces comenzaron a organizar infames orgías sexuales. Las repugnantes imágenes de aquellas sesiones eran vendidas a la industria pornográfica a un precio altísimo. La crueldad culminó en una sangrienta bacanal durante la cual la que apenas había dejado de ser una niña fue violada repetidas veces hasta que finalmente el cámara que lo filmaba todo murió como consecuencia de un colapso cardíaco y la niña entró en una crisis paranoica de la que nunca ha llegado a recuperarse por completo. Aun hoy, veinte años después de aquellos sucesos, se despierta a media noche sobresaltada porque una multitud de hombres se abalanzan sobre ella con la intención de descuartizarla a mordiscos y devorarla.

Te presento a Zipcio Genezyp, Barón Kapen de Vahaz, es un conglomerado de contradicciones sistematizadas que han desembocado en una cierta incapacidad para el movimiento, no obstante en ocasiones abandona provisionalmente la catatonia y se extrovierte. Lo forzaron a

casarse con una belleza china de abolengo de khanes mongoles a la que incineró en su propia cámara nupcial, huyó a través de Europa, llegó hasta aquí y puso una considerable fortuna a mi disposición a cambio de un retiro aceptable. Zipcio mantiene que su vida ha sido objeto de un libro que tiene el extravagante título de Nienasycenie, que significa Insaciabilidad, en polaco.

Te presento a Sckulowski Krzeczotek, fue, cómo decirlo..., drogadicto. Morfina, cocaina, belladona, datura, peyote, elesedé y otras drogas sintéticas, pero ya lo ha dejado por completo. ¿No es así? Ahora reside aquí, con nosotros, como si estuviera de vacaciones. Se pasa buena parte del día escribiendo, no precisamente poemas, sino pergeñando una auténtica bomba filosófica.

Permítame que yo mismo me presente, soy Bruno Maus y fui antropólogo. La mía es una enfermedad pulmonar. Cuando nací tenía los pulmones bien sanos y grité tanto que la comadrona tuvo que ponerse algodones en los oídos, pero por malicia o quizás porque no había sitio en la habitación me puso en el alféizar de la ventana, cogí frío, y desde entonces tengo tos. Como si se tratase de un efecto estudiado Bruno se interrumpe como consecuencia de un acceso de tos, cuando se recupera prosigue. *Día y noche sufro estos accesos horribles de tos y el sueño es imposible. Dígame usted si se puede vivir sin dormir. Se malvive. Me acuesto pero no duermo. Hace semanas dormía quince minutos pero ahora no duermo. Esta noche he conseguido dormir dos minutos, dígame si eso es dormir.* Nuevo acceso de tos. *Las cosas suceden o no suceden. El tiempo pasa o no pasa. Estoy aquí o no estoy aquí. Probablemente tengo muchas más facetas, pero no las capto. Inspiro miedo siendo como soy, porque pienso y razono.* Otro acceso de tos le impide proseguir.

Permítame que también yo me presente. Mi nombre es Cristian Gao y en un bosque descubrí un árbol de más de cuarenta metros de altura, fósil superviviente de diez mil años de edad. En lo alto de sus desnudas ramas brotaban tiernas hojas minúsculas. El tronco tenía un hueco, una especie de vientre. Solía meterme dentro, el musgo que tapizaba las paredes constituía una escritura extraña, el antiquísimo lenguaje mediante el cual se comunican entre sí las plantas. Permanecí dentro del hueco del árbol durante catorce días y sin necesidad de maestro alguno, tuve ocasión de conocer el Vaipulya sutra, el sutra del árbol, el libro que todo lo abarca. Comprendí la unidad de todo y logré una serenidad

infinita, pero luego nadie quiso creerme. Resulta muy duro saber y que nadie quiera escucharte. Por otro lado he olvidado casi todo lo que aprendí y no dejo de culparme por ello.

Yo, mi querido amigo, he utilizado a lo largo de mi vida diversos nombres. Conde Vladimir Svareff, lord Middlesex, lord Boleskine, Alastor de Percal, el Vagabundo de la Desolación, Príncipe Chioa Khan, Baphomet, el Rey Supremo y Santo, Mahatma Hurí Sri Paramahamsa Shivaji, la Bestia 666. Soy el Hombre de los Cien Nombres, y no he logrado integrar todos los aspectos de mi personalidad, sino todo lo contrario. Nunca he admitido haberme equivocado en nada, soy incapaz de darme cuenta de que puedo equivocarme, soy incapaz de soportar la frustración y deliro, deliro, deliro. Que siempre he estado loco es algo que se halla fuera de toda duda, pero sin embargo quiero creer que las cosas que he llegado a pensar no están por completo exentas de una cierta lógica. Por ejemplo pienso que los acontecimientos son personas y que las circunstancias son gente. Un charco de agua, una hoguera, una batalla, una cena, una mirada, un beso, cada una de estas cosas son personas. Nosotros mismos somos acontecimientos compuestos de células, y cada célula es un acontecimiento entre los elementos que la componen, y así hasta el infinito interior. Todo es separado y todo es uno. Todos los acontecimientos se funden el gran acontecimiento llamado Universo. Todo es el mismo misterio.

Tras tan rotundas palabras ningún otro paciente toma la iniciativa y el profesor Gregorovius oficia de nuevo como maestro de ceremonias.

Te presento a Amor Vorónych, daba clases de sánscrito, arameo y vasco, es viuda, estuvo casada con un cierto etnógrafo originario de Kolomiyschyna, mucho mayor que ella, que buscaba una mujer que pusiera orden en su extraordinariamente numerosa colección de sellos que había heredado de su padre.

Te presento a Olicario Rialto, acostumbra a pasar largos periodos de tiempo ante un espejo, con los pies juntos, buscando componer con su cuerpo una simetría perfecta, con ese fin acostumbra a retener la respiración todo el tiempo que puede.

Te presento a Luxo Pondiperno, el máximo especialista mundial en el papel de las diversas variedades de murciélagos herbívoros en la

dispersión de semillas de Nogal del Paraíso, Lecythis Ampla, de la familia de las Lecitidáceas.

Te presento a doña Melisanda Mastikuska, de los Andrujovich, triste reliquia de una estirpe antigua y noble que desgraciadamente se está acabando, fue profesora y también aventurera como pocas.

Te presento a Billadière Maisonnial, constructor de objetos de precisión, famoso por su florete mecánico de estocadas múltiples y transcendentales.

Te presento a Céjubo Leszan Nerèly, se precia de haber inventado un revolucionario potro de tormentos que demora indefinidamente la muerte.

Las presentaciones son cada vez más breves, a veces Gregorovius se vuelve hacia la puerta del Solarium, como si temiese una interrupción de un momento a otro.

Amalia Ofiusa, llamada así por su apariencia de ofidio. Salima Pattiera, experimentado en raptos extáticos. Suidas Guzmán, aficionado al juego de damas. Cemón Zadriane, paisajista abstracto. Bobones Gras, funcionario áulico. Pere Amat, funcionario de correos. Celán Montiel, editor regional.

16-4 El Silencio

Paulino entra precipitadamente en el Solarium, se acerca a Gregorovius y le susurra algo en el oído. Gregorovius sale a toda prisa. Moiro se siente abandonado, a la espera de algo que va ha suceder y que todavía no ha sucedido pero que de algún modo ya ha sucedido. Como puestos previamente de acuerdo, Marian Szilagyi de Uda, Gorion Nopeo Killaluisinemo, Alexander Spetitsev, vegetariano converso, el doble del príncipe Savanelli, Luis Gangoso, heroinómano anal, el multitudinario Colondrón Tustin, Vega Carpio Benegas, meandrólogo, Susever Mercader, escritor de cartas que nunca llegan a su destino, la enmascarada Melina Calder, Cristóphoro Shekspire, contralto, Christa Bloom, secuestrada, Zipcio Genezyp, Barón Kapen de Vahaz, autor de La Insaciabilidad, el filósofo Sckulowski, el antropólogo Bruno Maus, Cristian Gao, eremita arborícola, el hombre de los cien nombres, Amor Vorónych, esposa de un etnógrafo kolomiyschynavo, Olicario Rialto, funambulista, Luxo Pondiperno, murcielagólogo, Melisanda Mastikuska de Andrujovich, Billadière Maisonnial, floretero, Céjubo Leszan Nerèly, inventor, la ofídica Amalia Ofiusa, el extático Salima Pattiera, el diestro jugador Suidas Guzmán, el paisajista Cemón Zadriane, el cartero Pere Amat, el funcionario áulico Bobones Gras, el articulista y editor regional Celán Montiel, Lulú, la de la orina oscura, Mimí, la amante de las arañas, y algunos otros pacientes se entregan a un movimiento colectivo que es una especie de danza nostálgica, forman un círculo en torno a Moiro y comienzan a hablar uno tras otro sin concederse descanso.

Ateniéndose a un plan predeterminado, las primeras intervenciones son relativamente largas pero van haciéndose cada vez más breves hasta llegar a una sentencia contundente y definitiva compuesta de únicamente cuatro palabras, a la que siguen cuatro demoledoras formas de silencio.

Los ángeles me cayeron encima y me acorralaron, lo recuerdo, giraban alrededor de sí mismos como rinocerontes heridos en el corazón, y con sus manos hacían gestos que desvelaban profundos misterios acerca de la naturaleza de la creación. Con una voz como de trompeta, uno de los ángeles dijo. Di qué es lo que hemos revelado, escríbelo en un libro. Y comencé a escribir el libro, por supuesto, durante años no he hecho otra

cosa que escribir y escribir montañas de papel, pero no consigo poner por escrito lo que entendí sin entender y lo que llegué a saber sin saber. En realidad no se cuanto tiempo me queda, tengo que continuar trabajando en él, terminar esa obra mía sobre lo que los ángeles me revelaron, a ver si lo pongo todo en orden y lo organizo antes de que todo se desplome de golpe, no me queda ni un solo día que perder. Poner la cosa en orden, esa es la mitad de la batalla, en realidad es la batalla entera, organizar lo esencial y tirar todo lo que sobra, eso es. Probabilidad, azar, desorden, ruptura. Todo el asunto consiste en ordenar y organizar.

En tiempos lejanos existía una piedra llamada la Pared Maldita. Por aquel entonces habían seres muy transparentes, se les podía ver todo su interior, por lo tanto se sabían todos sus pensamientos, pero lo extraño era que no se podía hablar con ellos, sobre todo con los niños de cuatro a seis años. Nunca se supo el porqué pero la gente llegó a pensar que había algo en los años de los niños en sí, sobre todo si eran niñas. El porqué hay que pensarlo. Ay qué misterio. Un hombre algo extraño se personó junto a la Pared Maldita con un niño de cinco años por cuya cabeza corrían raros pensamientos y entonces ocurrió la tragedia. Se supo que estos seres transparentes se alimentaban de sesos humanos, sobre todo de los de hombres extraños. Las esposas de los hombres extraños supieron que no había salvación posible y que en la frescura de su vida quedarían convertidas en viudas.

Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga guerrero todopoderoso que va de conquista en conquista y deja fuego a su paso, o el gallo que pisa a todas las gallinas, Idi Amín el carnicero, Hasán, Gadafi, Mao, Marcos, Palevi, Hiroito, Homeini, Huseín, Abdalá, Pinochet, Fujimori, Castro, Hugo Chavez, Bush la mala hierba, Hitler martillo de Odín, Stalin envía a los hombres al frío, Musolini, Chauchescu, Salazar, Franco, el hombrecillo insufrible, el nazi inquisidor Ratzinger. Zaire, Uganda, Marruecos, Libia, China, Filipinas, Persia, Japón, Irán, Irak, Arabia Saudí, Chile, Perú, Cuba, Venezuela, los Estados Unidos Norteamericanos de la democracia fascista, la Alemania Centro Europea del fascismo puro, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas del comunismo fascista, Italia, Rumanía, Portugal, España, ni siquiera la Ciudad del Vaticano se libra de la peste.

Jesús nació del adulterio de un soldado romano con la virgen seducida, trabajaba de jornalero en Egipto, donde aprendió las artes mágicas, con

cuyos trucos, vuelto a su patria, se proclamaba hijo de dios. En su vida pública andaba errante con músicos, comediantes y alcabaleros, mendigando ignominiosamente el sustento. Pero el gran escándalo fue la pasión, prueba patente de que nada divino había en él. Si era hijos de dios, ¿por qué se dejó clavar en la cruz y no desapareció súbitamente de ella? Su misma persona no fue tampoco irreprochable, fue un fanfarrón, y en todo caso un puro hombre, sin nada que lo hiciese descollar entre tantos hombres de virtud superior entre quienes pudieran haber escogido los cristianos para adorarlos y no a aquel hombre de sepulcro y ya ni hombre siquiera.

Una voz que hace tiempo oía dentro de mi cabeza me decía que hollase por donde no pasasen los carros, que llevase el mío no por rodadas comunes por donde pasan las gentes, no por camino llano, sino por sendas sin trillar, aunque tuviese que conducir por una más angosta, y esto es lo que he estado haciendo toda mi vida desde entonces. Traspasé el umbral del comportamiento humano normal para sentir la pertenencia al todo, en realidad no estaba haciendo otra cosa que cumplir obediente la misión de mi corazón, es decir no era dueño sino servidor de mi propio destino. Quizá nadie se haya dado cuenta de mis esfuerzos, pero en ellos se basa la armonía del mundo.

Sólo lo que verdaderamente se ha afirmado, aunque sea un único instante en el mar de catorce mil millones de años contados a partir de la primera huella, llega a la perduración eterna, se torna canto guía, conduce, oh, un solo instante de vida expandido, ensanchado al todo, abrazado el círculo del conocimiento total que se ha transmitido invariablemente desde hace catorce millones de milenios y ciento catorce millones de siglos, y todavía se repetirá invariable ya siempre y sobre el claro brillo sedoso de la cúpula flotará en calma el umbral de la noche, fácil es el sendero que desciende y siempre encontrarás las puertas.

Lo digo francamente. He vivido bajo la luna llena, he viajado por los cielos y los abismos. A vosotros, hombres y mujeres que saltasteis el desfiladero negro. A vosotros, días lluviosos que llorabais en los cristales. A vosotros quiero deciros que la noche del murmullo en el silencio es eterna. Yo he visto cien mares de fuego y en cada una de sus playas una ciudad de fuego y en cada ciudad diez mil habitaciones ígneas conteniendo cada una diez mil cajas de fuego donde estaban

encarcelados hombres y mujeres atormentados por serpientes y alacranes y lanzando gritos.

Me inocularon el veneno de la Serpiente del Paraíso y soy inmune para siempre al ataque de cualquier reptil ponzoñoso. Tengo la facultad de hablar con las serpientes, experimento sumo placer al jugar con ellas y acariciarlas porque me ha sido infundida la naturaleza del reptil. Tengo dentro de mí el Árbol de la Vida. Las manzanas son mis pechos. Tengo diez pezones. Tengo todos los huesos de una brigada de infantería. Todo lo que quiero lo tengo y no lo tengo. Soy podrida, soy inmunda, soy perversa, soy silencio roto, soy tiempo desperdiciado.

Permítame que le cuente la historia verdadera. Al principio no había nada, pero allí cabía todo lo que vendría a continuación. Entonces se produjo el big bang, y en ese momento nació dios, que tuvo un hijo consigo mismo y que también tuvo como hija a una paloma. El hijo de dios y la paloma crearon al hombre, le arrancaron una costilla, la plantaron en un jardín y nació la mujer. El hijo de dios y la paloma crearon también a los monos, que evolucionaron y se mezclaron con las personas así hasta hoy.

La fuente primordial de todas las religiones es la cosmogonía que se conserva todavía viva entre los Dogón, la cual les fue revelada por los Axes, unos viajeros procedentes de otro mundo que visitaron nuestro planeta hace unos cien mil años. Los Axes provenían de Axeter, un planeta que había sido destruido por la explosión de Iliz, su estrella compañera, la cual se convirtió en un agujero negro en torno al cual orbita Sirio, la estrella más brillante del cielo, visible a simple vista con las primeras sombras de la noche.

La violencia. Los gritos. Más golpes. Una puñalada o un disparo. La agradable efusión de la sangre que se oscurece poco a efecto por efecto de la acción agresiva del oxígeno disuelto en el aire. Nada de eso tiene ya sentido para mí. Ahora simplemente leo. Los clásicos. Sólo los clásicos. El Mahabarata y el Ramayana. La Iliada y la Odisea. El Poema de Gilgamesh, el Leabhar Ghabhala y cosas así. La viejas palabras me han curado de la violencia, ya no la practico, pero en realidad no consigo olvidar aquel tiempo en que la violencia era buena y me producía satisfacción.

He descifrado el sol. He explicado la muerte. He fundado una biblioteca. He derramado el amarillo. He montado una trampa para cucarachas. He hecho estallar una guerra. He quemado una silla. He aprendido a hablar con los pájaros. No quiero verme tripulando una nave espacial, oyendo un sermón en una catedral, en el sillón de tortura de un dentista o viviendo en un chalet adosado aledaño a un campo de golf de ciento catorce hoyos. No quiero verme famoso. Tampoco quiero verme ciego.

Me encuentro dentro de un recipiente llamado yo. Estoy donde debo estar Los contornos de mi ser están ajustados a la perfección, tal como a mí me gusta. No obstante existen otros cuerpos distintos, aparte de los que aquí nos vemos obligados a llevar de uno a otro lado, otros cuerpos que poseen una naturaleza tanto más pura cuanto más distante se hallan. En el lugar de la lejanía suprema se encuentra el cuerpo purísimo del que seré investido y el cual espero ser digno de recibir.

El viejo cerebro ha vuelto. Debilidades tectónicas en la base del cráneo. El chip que controla el parloteo, la cháchara, cháchara, cháchara, la parrafada de un genio fricativo, glótico, multilingüe, secuestrado, desquiciado. El río, Heráclito, el hombre. Los estertores delatores de la muerte. Desde un espacio no dimensional las sembradoras de azucenas me controlan. Temor y temblor, temor y temblor. Repetición. Palabras asesinas. Me quieren allí. La vida entera.

Durante los últimos días he estado inquieto, tan pronto me siento un poco como ando errante. Es un tormento, y sin embargo más podría llamarse dulzura que tormento, porque no hay disgusto en ello sino un encanto extraño, totalmente sobrenatural. He llevado hasta más allá del límite todas mis facultades, salvo la fuerza oscura. Puedo oír sin sonido y ver sin luz, mi corazón se queda sin fondo, mi espíritu sin forma y mi naturaleza sin esencia.

Mi pensamiento es el enigma y la solución del enigma. Soy un hombre orgulloso que sabe cuánto lastima ser humillado. Soy de venganza lenta. Todo lo que me rodea conspira conmigo, disponemos de tiempo. El que me humilló ya no puede contarlo, planeamos tranquilamente un exterminio tan sublime que será objeto de crónicas, beberemos de la sangre de sus hijos, comeremos su carne y nuestras pisadas dejarán huella sobre las hojas de hierba.

Intentan convertirme en un subnormal enamorado de la televisión y de los coches nuevos y de los alimentos congelados. ¿No comprendes? La psiquiatría es peor que el fundamentalismo religioso de esos curas disfrazados de mujer y amantes de los culitos de los niños. Me niego a que me laven el cerebro. ¡No seré un robot! Yo lo que quiero es convertirme en un árbol, en una palmera por ejemplo, en una palmera preñada de dátiles.

Si, me gustan con delirio las manzanas. Por hincar el diente en una sería capaz de todo. ¿Qué quiere que le diga? Soy así de irracional e impulsiva. A la vista de un manzano de sabroso fruto, me abalanzo sobre él, me lo como y me desentiendo de las consecuencias, no por eso voy a quedarme embarazada. Quizás sea innecesario decir que me llamo Eva. Eva Fernández Fernández para más señas. Pero nunca he encontrado a mi Adán.

He comido carne de gallo de pelea, he conocido la tristeza del principio del invierno, he mantenido trato con una mujer con el pelo enrollado como una serpiente sobre el centro de su cabeza. Pero nunca, nunca, he recibido un impacto tan potente que me haya hecho olvidar que soy miembro de una remota tribu de virus que aun hoy viven agazapados en torno a una chimenea volcánica en el fondo del mar interior.

No creo en los Estados Unidos de América. No creo ni en China, ni en India ni en Japón. No creo en Europa. Creo y no creo en las letras mayúsculas y minúsculas. Creo en el sexo de las piedras. Creo en la bondad de los árboles. Creo en la sabiduría de la luz. Creo que el vacío está vivo. A veces creo que el vacío es lo único que está vivo. A veces únicamente creo en los próximos cinco minutos.

Acepto los cumplidos, los gestos, los llantos, los furores ficticios, mientras la forma premonitoria que llevo dentro desde el primer momento se fija poco a poco en una exuberancia de botellas. Camino arriba, camino abajo, me he investigado a mí mismo pero a la realidad le gusta ocultarse. Mis únicos amigos son los que se olvidan de sí mismos al hablar, los que piensan al descubierto.

Escribir no consiste en consignar cosas del pasado sino en hacer que ocurran cosas en el futuro, todo lo que escribo que me va a suceder me

sucede efectivamente, precisamente anoche escribí en el cuaderno en el que escribo que me encontraba precisamente con usted y le decía que escribir no consiste en consignar cosas del pasado sino en hacer que ocurran cosas en el futuro.

Estuve en un seminario pero lo dejé por no tener que confesar a mujeres, ellas sólo confiesan indecencias, y desde entonces vienen a importunarme pájaros construidos con restos de la antesala del cielo que tienen la facultad de recitar en latín frases aprendidas de memoria cuyo sentido se me escapa. Dígame usted si así se puede conciliar el sueño.

Del mismo modo que un cuerpo humano minado por la vejez llama a las enfermedades, así el imperio romano, a fines del siglo cuarto de Piscis, llamaba a su seno a los bárbaros. Y vinieron en efecto. La pena es que ya no hay únicamente bárbaros al otro lado de la frontera, ahora todos nos hemos convertidos en bárbaros. Y así nos va.

Vengo del metano y del amor, tuve frío en las cámaras de la muerte. Ahora contemplo tranquilamente el espacio, juego con el tiempo y no temo a ningún tipo de muerte. Conservo en la memoria los nombres de las diferentes formas en que la lepra se ha manifestado: lepra oriental, lepra hindú, lepra egipcia, lepra hebraica y lepra de los conventos.

¿Por qué os habéis rendido a la muerte, hombres nacidos de la tierra, si tenéis derecho a compartir la inmortalidad? Vosotros, que habéis viajado junto al error y que habéis encontrado en la ignorancia vuestra compañera, pensadlo bien. Alejaos de la luz sombría. Dejad atrás la corrupción y compartid la inmortalidad.

El cristianismo, en la forma como ha persistido desde hace dos mil años, es decir, como una nebulosa de jerarquía y oscurantismo antifeminista relamido e idolátrico, es una ominosa traba para la evolución futura de la humanidad. El cristianismo habría que olvidarlo y en particular su horrible calendario.

¿Qué es el campo gravitatorio? El campo es un aura que rodea a los objetos, un aura de números que se transforman continuamente en función de la pauta precisa del movimiento colectivo. El campo gravitatorio es un insecto, una extraña hormiga, cuando mueve una de sus patas construye un mundo.

- Contemplamos el pasado cuando levantamos la vista hacia el cielo, de noche. Nada de lo pensado puede olvidarse, el espacio está lleno de memoria, pero llega un día en que tenemos que escoger un nombre y escribir un cuento que se aparte de la historia recibida, es lo que entonces llamamos nuestra vida.

Esta es una clínica para ciegos. Una clínica para ciegos no de la vista sino del entendimiento. Nuestro entendimiento se mueve entre sombras porque aborrece la luz. La luz es el hacha que corta el hilo que nos une con lo que verdaderamente somos. Frío. Frió, silencio. Y vacío. Vacío, vacío.

¡Eh tú! Deberían tirar una bomba atómica dentro de un volcán en erupción. ¡Eso sí que salpicaría, tío! Y todo el mundo se pondría a gritar como unos locos. ¡¡¡Alau tahalauai fugau!!! Que no es otra cosa que un dicho que se usaba en tiempos remotos para hacer que volvieran los cerdos extraviados.

Yo no soy fotogénico pero soy inmortal. Eso de fotogénico significa poca cosa y requiere mucho esfuerzo, todas las cámaras se han ido ya a otra guerra. Quien se halle dotado de intelecto que reconozca que soy inmortal porque la muerte no es para mí sino un acto de presunción. Nada nunca termina.

Pienso en los pequeños convoyes desperdigados a lo largo de cientos de kilómetros de camino que se dirigen hacia una patria que la mayoría no ha visto nunca y no los envidio en absoluto, sin salir de la Klepsidra se puede realizar cualquier viaje incluso el viaje decisivo que conduce a la isla de la calma.

Yo soy el tema que más me apasiona y que más ignoro, soy inconstante en la acción, soy indolente, no sé cuales son los mecanismos que me motivan, soy irreflexivo, no he aprendido a pensar, conozco y no conozco mis limitaciones, tengo y no tengo vida interior, debería llevar un diario.

Soy la personificación de Helena, soy un pastel de manzana, soy la que provee de fuego al mundo, soy Castilla y Aragón de azúcar negro. He soñado que era un centauro en celo y corría, a través del desierto, hacia una mujer de ojos grises que aguardaba aullando a la luna.

Yo, amigo mío, he tenido un sueño. Tenía tres cabezas, y cada una de ellas era diferente. Tenía una cabeza de perro, la otra era una cabeza de pez, únicamente una era la mía, y las tres cabezas discutían, y me tenían loco... ¡horrible, horrendo y horroroso!... ¡tres horrores!

El espacio está lleno de objetos y no objetos que se interpenetran. El rinoceronte, que es unicornio, de tal modo distingue la integridad de la virgen que solamente puede ser aprisionado por sus abrazos. Mi destino me persigue, es como un loco que lleva una navaja.

Todo hombre lleva dentro de sí una habitación. Se puede comprobar este hecho incluso acústicamente. Cuando alguien camina a paso ligero, de noche tal vez, y pone atención, es posible escuchar, por ejemplo, el tintineo de un espejo mal colgado en la pared.

Tengo una pregunta para ti solo, hermano. Como una piedra le lanzo esta pregunta a tu alma, para calibrar lo honda que es. Eres joven y probablemente desearás, llegado el momento, tener un hijo. Pero yo te pregunto: ¿Eres tú un ser a quien sea lícito desear un hijo?

Soy de linaje plebeyo, sirvo sólo para acrecentar el número de los que viven. Sin embargo tengo que añadir que Kant, antes de morir, se conmovió cuando una desconocida le ofreció una rosa. Quiero esa rosa para mí, pero no hay nadie que venga a ofrecérmela.

Mi sitio de residencia era bueno y de alto valor para mí, era una torre que vuela por los aires, grande y querida. Ese era mi lugar de residencia pero me exiliaron de allí en contra de mi voluntad y me veo obligado a vivir aquí encerrado el resto de mis días.

Todas las verdades están contra nosotros pero continuamos viviendo porque las aceptamos en sí mismas, porque nos negamos a sacar consecuencias. Somos diferentes personas en el curso de nuestra vida e incluso, a veces, varias al mismo tiempo.

El ángel de la muerte posee en su mano una espada desenfundada y en su extremo filoso hay una gota de bilis y ésta es dejada caer en la boca del enfermo y por ésta muere y por ésta se descompone y por ésta su rostro se transfigura.

En mi tierra, en lugar de decir que el niño duerme como un ángel se dice que duerme como si lo hubiesen degollado. Cuando estaba en Inglaterra, una vez se rieron de mí porque invité a alguien a contemplar cómo caía la nieve.

Aquellos que no creen en los signos, para ellos está reservado un castigo terrible, servirán de alimento al fuego. El mundo visible no es más que una representación de lo invisible, Eva abortó de mí antes de concebir a Caín.

Todas las esclavitudes, todos los trabajos, todas las comidas, todos los honores, no son más que ritos funerarios. Estoy en la otra orilla y no creo en la otra orilla. Quiero soñar y no puedo soñar. ¿Qué canción cantaban las Sirenas?

Me extirparon el cerebro y lo tiene mi hermano, el obispo de Astorga, el cerebro que llevo ahora es de madera. ¡Eureka!. Las almas muertas son la memoria inventada en la tierra transparente y el origen de las especies.

Somos pensamientos de suicidio que afloran en la mente de dios. Una mujer es un ser irracional encarnado en una envoltura orgánica. Un virus. Un virus venido del espacio exterior. Se lo he oído decir a alguien.

Todos los bichos de la infamia se lanzan contra mí, la estrechez de mi cintura malvende mi descrédito. Soy un yo que renuncia, sé de qué estoy hablando. Yo soy nada. Después de muerto me agrandaré y me esparciré.

He desarrollado la teoría de que en lo que es ahora el desierto de Gobi hubo un desastre nuclear que destruyó la civilización, dando origen, así accidentalmente, a los monstruos albinos, es decir a la raza blanca.

¡Cuántas vidas he arrebatado! Mi violencia llegó contra ellas durante la noche o a la hora de la siesta. Prescribo que coloquen mi cuerpo sin vida en la rama de un árbol y lo abandonen a los picos de las aves.

La piedra con la que nos golpeamos necesariamente ha de ser dura, pesada, infinitamente contundente, de no ser así sería necesario golpear

demasiadas veces y es imprescindible que todo concluya al primer intento.

Las palabras vivas, como estas que tienes ocasión de escuchar, provenientes de bocas tan distintas, no sólo sirven para hacer vibrar el aire sino que también pueden agitar poderosamente tu corazón.

Al hablar llevo el silencio a todas partes. Llevo a todas partes un silencio que es la sombra que proyecta el lenguaje. La conciencia sólo es la cámara de ecos del lenguaje en la caja de resonancia del cerebro.

He amado en la oscuridad durante siete días. Yo he hecho que Júpiter vuele sobre su águila. Mi alma es una lámpara eléctrica, alegre cuando está encendida, triste cuando está apagada.

La vida está bien ordenada, como las piezas de ajedrez antes de comenzar una partida, no obstante nosotros no podemos encontrar nuestro lugar en la realidad porque la realidad se mueve.

He tenido muchas formas. Fui esclavo cuando era niño. Fui fuego en las ramas del roble. Fui veneno en la sangre. Fui muérdago en el vino. Y ninguna noche he tenido impotencia.

Inmortales somos todos. Todo es inmortal. La muerte no es posible. Nunca se ha dado el caso de que algo desaparezca en la nada sin dejar rastro. Una vez que se es ya no se puede no ser.

Soy un nadador que avanza con brazadas uniformes e incansables a través del tiempo, un medio más inerte que el agua, sin olas, ubicuo, incoloro, inodoro, insípido y seco.

Hoy yo no necesito ni un libro, ni movimiento hacia delante, tampoco necesito el destino porque tengo una tristeza grande como un coral rojo en el fondo de un abismo.

Yo no sé de mí mismo, yo soy una corriente que pasa, como un glóbulo que va estallando y haciendo lucecitas. Pensar en serio pienso poco. Soy una corriente que pasa.

Está escrito que el reino de los cielos se llenará de viejas desnudas y preñadas por la estupidez de los ángeles que de pronto habrán recuperado la potencia sexual.

Él me reveló cómo la Luz se unió a la Oscuridad y cómo en consecuencia quedó establecido el Mundo. Él me instruyó sobre el misterio del Árbol del que comió Adán.

¿Sabes cómo me marcharé de este mundo? Un pájaro con un virus raro volará sobre mi cabeza. Me echará una cagada y entonces me desplomaré sobre el suelo.

He librado una larga batalla contra el cuerno del toro y el cuerno del cordero. He cultivado un jardín. He detenido el tiempo. ¿Qué es entonces lo que falta?

La Ondina conoce a todos los elementoides aquí pero yo soy su preferido, ella me está dictando un libro que tiene por título. ¡Escucha! Conversaciones con Dios.

El ángel es la divinidad del espejo. No tiene alas y vuela. Cabalga la luz. Sin embargo mi mansión está en la sombra. Te invito a venir. Descenderás conmigo.

El capitalismo fue una manifestación de la naturaleza con la que le sobrevino un nuevo sueño oníric a Europa y, con él, una reactivación de las energías míticas.

Uma noite estava deitado, queria falar e nao podia. Desde entao tenho andado sempre a dizer. Sou o diabo, sou o diabo, sou o diabo. E sempre continuado.

El ornitorrinco de mi primo Javier se doctoró en letras griegas y arqueología de la cocina en una universidad prácticamente desconocida de Marte.

El que dice. Mira, ¡he matado a un hombre! El que piensa. ¡Ay! me han matado y estoy muerto. Ambos no saben nada. La vida no puede matar ni ser muerta.

Una sola mujer en Egipto dio a luz a seiscientas mil personas en un vientre. La noche se derrama sobre el valle. Los mensajeros vienen desde lo oscuro.

EY EIA EE, agua del agua, agua primordial en mí. OY OIA OO, materia terrestre, materia terrestre primordial en mí. YE YO YOE, cuerpo mío completo.

Mañana pienso trepar por la puerta de bronce del Palacio de Verano y derribar la esfera coronada por el tigre rampante que simboliza la dominación.

Les échos se répercutent au tours du temps au fond de nous, resurgissent de manieère imprévisible. Échos d´images. Échos d´images nocturnes.

El que tiene un gran sueño siempre es un hombre o una mujer nunca un grupo o una tribu o una iglesia ni nada que se le parezca.

Hoy es día de eclipse. Te miro y veo cómo envejece tu cara, la piel se marchita, las arrugas salen de los ojos hacia la barbilla.

Me he abandonado a la voz del Otro y no puedo olvidarme del Otro, no puedo quitarme de encima la memoria punzante del Otro.

Jesucristo no murió en la cruz, vive en el centro de la Tierra, en un ataúd de plomo que sirve para protegerle de los magos.

Tengo un gran proyecto. Embotellar el mar Mediterráneo y transformar el territorio emergente en campos de labranza.

Es preciso dejarse llevar por la locura si se quiere participar en la gracia de sentirla, porque la locura es una gracia.

La realidad es un vacío. Todos los hombres somos cadáveres, no obstante, debe haber algún ala sobre la que volar.

He marcado el abismo con las huellas de mis pies desnudos, celebro bodas ocultas en las estancias de mi mente.

Te llamo por el nombre que se halla oculto en mi interior: o ee o eee ooo iii oooo uuuuuu oooooooooooo...

Escribo para encontrar las palabras que me dicta la voz interior, una voz que no tiene palabras.

El Ángel de la Pérdida nos ha rozado con su ala y ya no somos nosotros, ya no tenemos fuerza.

En el verde intenso del musgo hay algo que nos es propio, en todo conocimiento hay un nacimiento.

Desde el principio de los tiempos es el lobo. Entro y salgo de la región en la que nada existe.

La creación no ofrece la comprensión de lo que era antes, la creación es un nuevo misterio.

Tus ideas no están apoyadas en nada, eres demasiado joven para tener un pasado propio.

Me encanta masticar cangrejos y exhalarlos por la punta de los dedos al tocar el piano.

Ruinas, ruinas, uno puede pasarse horas mirándolas y sin duda eso cura la arrogancia.

Porque la tortuga esté segura sobre sus pies, ¿deberíamos cortar las alas a las águilas.

La noche dividía el infinito y era perfecta. Me desesperaba su belleza y no la socorrí.

Un cementerio es un hotel donde los huéspedes no comen sino que son comidos.

Que se jodan los fascistas, que la sangre es roja y el corazón está a la izquierda.

Es el año cero, el año en el que todo comienza. Antes no ha ocurrido nada.

Dios no acabó de hacer el mundo, porque mi alma todavía no tiene peso.

Esto es lo que realmente soy. Sigo cayendo y todavía no he despertado.

Uno tiene que ser sólido como un diamante y tierno como una madre.

Espero una invitación de las madres para el sueño indefinido.

Hay un fuego que alimenta al fuego, y otro fuego que devora el fuego.

Espejos, detesto los espejos, sólo reflejan la superficie de las cosas.

Los locos abrimos caminos que más tarde recorren los sabios.

Un día instruye a otro día y una noche instruye a otra noche.

Jesus is not son of God. He is a Prophet of Islam.

I do not betray you never because you are myself.

Nunca tuve padre porque soy hijo del diablo.

En el principio fue el verbo. ¿Por qué?

A las piedras les gustan que las miren.

La mente humana es inmortal.

¿Porqué estoy yo aquí?

Tras de mí, el diluvio.

Eres hijo del lobo.

....

....

......

...

Cuando Moiro oye decir claramente, dirigiéndose a él, que es hijo del lobo, se hace el silencio. Un silencio cada vez más rotundo sigue a la letanía coránica de las voces, un silencio sin fisuras, aplastante. El efecto del silencio es demoledor, cae sobre él como una losa y se derrumba, se siente flotar, sus sentidos se desvanecen, sale del estado de vigilia y entra en el estado del sueño.

Atraviesa un puente en el que hay un encapuchado junto a un cadalso, a medida que avanza el puente parece estrecharse y hacerse más largo, cuando por fin llega a la altura del cadalso, el encapuchado le pregunta. *¿Eres tú el hijo del lobo?* .Oye el ruido de un aleteo y siente un golpe en la cara, se protege la cabeza con las manos, algo resuena en sus oídos, cuando comprende que se trata de su propio grito Moiro se despierta y advierte que el Solarium está vacío.

Las suras del Corán están ordenadas por orden de extensión, al principio del libro figuran las más largas, algunas de las cuales tienen más de cien versículos, a medida que se progresa en la lectura del libro, las suras son cada vez más breves y las últimas tienen menos de diez versículos. Las suras del Tiempo, de la Victoria y de la Abundancia, son las más breves y únicamente constan de tres versículos.

Lo juro por el Tiempo.
Que es cierto que el hombre está perdido.
Pero no así los que creen, llevan a cabo acciones de bien, y se encomiendan la verdad y la paciencia.

Cuando lleguen los socorros y la Victoria.
Y veas a la gente entrar por grupos en la adoración.
Glorifica a tu Señor con alabanzas y pídele perdón. Él siempre acepta a quien a Él vuelve.

Es cierto que has recibido la Abundancia.
Reza a tu señor y ofrece sacrificios.

Quien te detesta no tendrá posteridad.

Al igual que en el libro sagrado del Islam, la letanía coránica de los pacientes comienza con largas sentencias, prosigue con otras cada vez más breves y termina con cuatro formas de silencio en donde resuenan de forma inaudible las voces que nombran los nombres de la penumbra.

16-5 Arifalím

Moiro no es consciente de ello, pero los pacientes se han dirigido a él exactamente ciento catorce veces y luego han interpretado cuatro formas de silencio: el silencio que anuncia la lluvia, el silencio anterior a la caída de un meteorito del cielo, el silencio que precede al desprendimiento de la pared de un glacial, el silencio de un oasis de palmeras de piedra negra en el centro geométrico de un desierto rodeado por un muro de arcilla roja en el que no se abre ninguna puerta.

Ciento catorce revelaciones seguidas por cuatro silencios. Ciento catorce como el número de suras del Corán, las cuales, según se dice en *El Vacío Creador* de Arifalím, tienen su continuación en las cuatro suras mudas, en las que los nombres de la penumbra nombran todos y cada uno de los rostros del vacío, las máscaras con las que el anciano de los días oculta su verdadero rostro.

$$114 + 4 = 118$$
$$118 * 3 = 354 = 6 * 29 + 6 * 30$$

Ciento catorce más cuatro hacen ciento dieciocho, que multiplicado por tres da trescientos cincuenta y cuatro, exactamente el número de los días del año islámico, el cual consta de doce meses lunares de una duración alterna de veintinueve y treinta días.

En el curso de las doce lunas del ciclo anual islámico, los seguidores de Arifalím, recitan tres veces el Corán completo, a razón de una sura por día, dedicando un total de doce días al silencio.

$$(114 + 4) + (114 + 4) + (114 + 4) = 354$$

En *El Vacío Creador,* los doce días dedicados al silencio se denominan los doce días del próximo profeta, en ellos los devotos invocan la llegada del profeta por venir que cierre definitivamente la cadena de la profecía, el único al que le haya sido mostrado el verdadero rostro del vacío.

Arifalím es el nombre místico que Futuh Osmalí adoptó tras ser proclamado maestro de una cofradía que floreció al principio del siglo

dieciséis de la era zodiacal de Piscis, en la ciudad de Fez, la vieja Nur, la Ciudad de la Luz.

Futuh Osmalí era descendiente de Osmán, hijo de Ertughrul. Hacia la segunda mitad del siglo trece de Piscis, Ertughrul fundó el que había de ser el germen del sultanato otomano, el estado de Trebisonda, establecido al este del Constantinopla, la segunda Roma, el centro del campo de fuerzas que constituía por aquel entonces el imperio bizantino.

Ertughrul murió en el año 1281 de Piscis y su hijo Osmán le sucedió en el sultanato. Los sucesores de Osmán, que en kurdú se dice Otomán, son conocidos como osmalíes u otomanos.

Los orígenes de la familia otomana se vieron adornados con diversas leyendas inventadas tras su encumbramiento. Los aduladores cortesanos no se atrevieron a reivindicar la dinastía osmailí como descendiente de Mahoma, porque la genealogía del último miembro de la cadena profética era bien conocida, una genealogía fabulosa que se remontaba a Abrahám y a través de él, veinte generaciones más allá, al mítico Adán, imaginario antepasado común de los fieles de las tres religiones del libro. Sin embargo, el sultán Osmán impresionó a sus súbditos defendiendo la teoría de que su familia descendía de Alapep, el segundo hijo de María. Alapep sería por tanto el hermano menor de Jesús, uno de los profetas del islam anteriores a Mahoma.

Según cierta tradición sufí, Alapep se sacrificó a si mismo arrojándose al mar desde un acantilado y su cuerpo fue devorado por los peces. Las cofradías de seguidores de Alapep consideran que el sacrificio de su maestro marcó el final de la era zodiacal de Aries y el inicio de la era de Piscis.

El nombre Alapep era un término que los hebreos habían asimilado durante su esclavitud en Egipto. Alapep deriva del nombre de la divinidad egipcia Apep, que representaba al vacío y engullía a Ra, el dios solar, causando los eclipses solares. Apep pasó a la mitología griega con el nombre de Apofis, la oscura divinidad del sueño sagrado que le revelaba a los durmientes la verdadera naturaleza de la vaciedad que se encuentra en el origen del caos creador del cosmos. Curiosamente, unos astrónomos canadienses denominaron Apofis a un asteroide que

avistaron por primera vez en el año cuarto de la actual era de Acuario. Apofis es un monstruo volante de apariencia aproximadamente esférica, con unos cien kilómetros de diámetro y una masa de más de cuatrocientos mil millones de toneladas, que según los cálculos tiene un cierto margen de probabilidades de llegar a chocar con nuestro planeta en el curso de la era actual.

Osmán se reivindicaba como el miembro número ochenta de la cadena de generaciones que, a través de Alapep hijo de José, Abraham hijo de Tharé y Noé hijo de Lamech, se remontaba a Adán. Osmán acostumbraba a enumerar, pomposo, delante de sus cortesanos, su lista de antepasados.

Adán, Seth, Enós, Cainán, Malaleel, Jared, Enoch, Matusalén, Lamech, Noé, Sem, Arphaxad, Salé, Heber, Phaleg, Reu, Sarug, Nachor, Tharé, Abraham, Isaac, Jacob, Judá, Farés, Serón, Arán, Aminadab, Naasón, Salmón, Booz, Obed, Jesé, David, Salomón, Roboán, Abías, Asaf, Josafat, Jorán, Ozías, Joatán, Acaz, Exequias, Manasés, Amón, Josías, Jeconías, Salatiel, Zorobabel, Abiud, Eliacín, Azor, Sadoc, Aquín, Eliud, Eleazar, Matán, Jacob, José, Alapep, Motala, Salik, Alasaf, Galarán, Oracaz, Muaquím, Osamán, Galal, Alawtad, Muhadara, Mukasafa, Alhusus, Algayb, Alaqab, Tawalí, Oghuzkan, Golkalp, Chamundur, Ertughrul y Osmán.

Adornado su origen con una serie tan impresionante de antecesores, el sultán de Trebisonda imaginó para sus descendientes un destino portentoso. Osmán profetizó, que contadas ocho generaciones a partir de él, un descendiente hijo de su sangre conquistaría la ciudad de Constantinopla y pondría fin a la existencia del imperio bizantino.

Lo extraordinario es que el vaticinio de Osmán, recogido puntualmente en los *Anales de Trebisonda* por los historiadores de la corte, se cumplió efectivamente. Los sucesores de Osmán en el sultanato fueron: Orján, Murat, Bayaceto, Solimán, Musa, Mehemet I, Murat II y por fin, Mehmet II, que como había sido profetizado, en el año 1453 de la era de Piscis, tomó al asalto Constantinopla, pasó a cuchillo a todos sus habitantes y redujo a la orgullosa ciudad a la ruina, con lo cual puso fin a la historia del imperio romano que había tenido su origen en la fundación de Roma, unos dos mil años antes, hacia el final de Aries. A partir de las ruinas de lo que había sido Constantinopla se construyó una nueva ciudad que

recibió el nombre de Estambul, capital y centro generador de fuerza del imperio otomano.

En realidad, la cadena genealógica de los sultanes otomanos es en su mayor parte imaginaria, pero a partir de Galal, tiene una cierta consistencia histórica. El nombre de Galal significa el majestuoso, Alawtad el pilar, Muhadara el conocedor, Mukasafa el descubridor, Alhusus el singular, Algayb el invisible, Alaqab el águila, Tawalí la estrella ascendente y Oghuzkan el Padre de los turcos oghuz. Hijo de Oghuzkan fue Gokalp, e hijo de este fue Chamundur, también conocido como Chavuldur, uno de los veinticuatro nietos de Oghuzkan, de los que descienden las veinticuatro tribus oghuz. Chamundur fue el mayor de los nietos de Oghuzkan, de él parte la línea de sucesión realmente histórica que conduce hasta el sultán Mehmet II, el conquistador de Constantinopla.

Mehmet II tuvo un hijo bastardo, al que dio el nombre de Sathalawtad, término compuesto por Sath y Alawtad.

Sath significa vagar, en el sentido de entrar en éxtasis con irreflexión y pretensión, denomina un fenómeno raro que se da entre los iniciados.

Alawtad significa los pilares, las dos pares de espléndidas columnas erigidas en los confines occidentales y oriental del mundo y sobre los cuales se sostiene la bóveda celeste mientras gira.

Por tanto, Sathalawtad significa el que vaga hasta donde se erigen los pilares y cuando los encuentra entra en éxtasis.

Al llamar a su hijo ilegítimo de este modo, Mehmet le concedió un destino. Como bastardo, Sthalawtad no tenía ninguna oportunidad de acceder al sultanato pero fue encomendado por su padre a una hermandad sufí de la ciudad de Konia.

Con treinta años cumplidos Sthalawtad inició su viaje hasta los confines de occidente. En las costas atlánticas del país berebere, entró en éxtasis y vio, o creyó ver, los portentosos pilares que sostienen la bóveda celeste, después de lo cual consideró que le había llegado el momento de perpetuarse en un hijo.

Con una mujer de las montañas atlánticas, llamada Hurriyya, Sthalawtad tuvo un hijo al que dio el nombre de Futuh Osmalí. Osmalí para celebrar que constituía la décima generación contada a partir de Osmán. Y Futuh en el sentido de apertura de una clara explicación en el

mundo exterior, apertura de la dulzura en el mundo interior y apertura o acceso a la manifestación divina.

Cuando tuvo la edad conveniente, Sthalawtad envió a su hijo a la ciudad de Nur, en donde en aquel tiempo convivían, fecundándose mutuamente, la escuela sufí y la escuela cabalista, las cuales se habían nutrido con nuevos miembros procedentes de Alándalus y Sefarát, patrias simbólicas de las que habían sido expulsados por las hordas cristianas hacia el final del siglo quince de la pasada era zodiacal de Piscis.

Futuh siguió los pasos de su padre en lo referente a la afición al estudio y también desarrolló una notable capacidad para comunicarse con realidades no sensibles. Futuh escuchó una voz que le instó a que mudase su nombre por el de Arifalím, al desprenderse del ropaje de su viejo nombre abandonó su vieja naturaleza y se convirtió realmente en otro distinto y aquello en lo que se convirtió vino condicionado por significado de su nuevo nombre, compuesto de las voces arif y alim.

Arif significa el conocedor, aquel a quien el anciano de los días hace testigo de su propio yo de modo que todos los estados le sean manifiestos.
Alim significa el sabedor, aquel a quien el vacío creador le hace ser testigo de su esencia, ningún estado se le manifiesta.
Arifalim significa el que conoce, el que sabe, al que todos los estados le son y no son manifiestos.
El que todos los estados le sean y no le sean manifiestos no es en sí mismo una contradicción puesto que las dos situaciones ocurren no simultáneamente sino sucesivamente. Es decir, en un momento accede al conocimiento de todos los estados y en otro momento sabe cual es la naturaleza de la esencia en el que ningún estado se manifiesta.

Al reunir dos capacidades tan portentosas en un solo nombre, Arifalím fue investido del privilegio de recibir el regalo de una voz interior y lo que la voz le dictaba terminó siendo *El Vacío Creador*, una obra portentosa compuesta de doce libros, cada uno de los cuales constaba de exactamente ochenta y dos mil palabras, lo cual daba un total de novecientas ochenta y cuatro mil palabras, seguidas de un epílogo de dieciséis mil palabras, que daban para el conjunto de la obras la cifra redonda de mil veces mil palabras.

Arifalím organizó la arquitectura de *El Vacío Creador* en torno a la cifra ochenta y dos porque para él se trataba de la cifra que mejor convenía asignar a la materialización de la energía mística del cero, sin duda la madre de todas las cifras. El ochenta y dos era el fecundo resultado del primer ciclo de la creación y el padre de las naturalezas posteriores.

Hay dos doctrinas que se exponen de forma recurrente a lo largo de la obra de Arifalím, la doctrina de los cuatro estados y la doctrina de las tres estaciones. De la combinación de los nombres de los cuatro estados y las tres estaciones resultan los nombres de los doce libros de *El Vacío Creador.*

El primero de los cuatro estados es Begira, la vigilia, en el cual se tiene la experiencia de los objetos groseros y se penetra el universo entero con los rayos omnipresentes de la conciencia inalterable que abraza la multiplicidad de los objetos móviles e inmóviles.

El segundo es el estado Loaldi, el sueño, que absorbe y hace en el interior la experiencia de la multiplicidad de los objetos producidos por el deseo y a los que la mente presta existencia.

El tercero es el estado Loezinló, el sueño sin sueños, en el que se goza del desasimiento de la ilusión producida por la mirada y el deseo de la mente.

El cuarto estado es Turiya, lo inmutable, más allá del desasimiento de toda sensación y todo afecto, en la extrema inmovilidad de donde emana la pura potencialidad.

Begiraloaldiloezinloturiya, es el nombre místico del ciclo de doce soles que simboliza el ciclo vital completo de una experiencia verdadera.

Las tres estaciones se refieren tanto a los tres periodos de ciento diez y ocho días en que puede dividirse el ciclo anual del calendario islámico como a los tres estados sucesivos de la realización del ser.

La primera estación es Irada, el deseo, el dolor de amor en el corazón, la atracción por la verdad que está ligada a la pureza.

La segunda estación es Safar, el viaje, en el cual el corazón empieza a orientarse hacia lo real a través de la práctica del recuerdo.

La tercera estación es Gam, la unión, la gran unificación, en la cual se accede a lo real en un estado anterior a la creación.

Iradasafargam es el nombre místico del ciclo de doce lunas que constituye el año islámico y designa el ciclo vital completo de una vida verdadera, la cual es el resultado de la evolución a través de los estados sucesivos del deseo, el viaje y la unión o unificación.

Estos son los nombres de los doce libros de El Vacío Creador.

Begira – Irada
Begira – Safar
Begira – Gam
Loaldi – Irada
Loaldi – Safar
Loaldi – Gam
Loezinló – Irada
Loensinló – Safar
Loezinló – Gam
Turrilla – Irada
Turrilla – Safar
Turrilla – Gam.

Citaremos algunos fragmentos, referidos al concepto del vacío y a la naturaleza de la divinidad, los cuales han sido entresacados de algunos de los doce libros.

Alá es Yavhé.
Alá no es Alá, Yavhé no es Yavhé. Alá es Yhave, y Yhavé es Alá. La divinidad única que resulta de la identificación de Alá y Yhavé es indistinguible del Vacío Creador.
El Vacío es la Mente.
El Vacío es el hueco en la construcción.
El Vacío se recubre con un velo tejido exclusivamente de espacio y por obra de su propia voluntad el velo entra en movimiento. De las ondulaciones del velo se desprenden semillas que movidas por la fuerza de la afinidad se agrupan, se amalgaman, se funden.

Las semillas que fructifican en el seno del Vacío son materia oscura y al fundirse, mudan su naturaleza y se convierten en la Luz Primera.

La Luz Primera se rompe en dos mitades y así es como entra en la existencia el Sol Negro y la Luna Apagada.

Hay rugosidades en el Vacío que tiene la capacidad de crear, oscuras ondulaciones, cuerdas, nudos, redes, encrucijadas, falsas apariencias sin entidad propia, seres imaginarios que se atribuyen a sí mismos una existencia distintiva. Hay lenguajes, cada uno de los cuales configura un mundo habitado por seres que se expresan haciendo uso del mismo lenguaje que los crea, fabricando así la ilusión de un interlocutor con el que sea posible la comunicación y el intercambio. En cada mundo habitado germina la semilla de la disolución de la que finalmente emana la vacuidad creativa que está en la base del gran juego.

El concepto de vacío creador, que constituye el eje de la enigmática obra de Arifalím, ha resurgido en la mitología física actual en forma de vacío cuántico. En la moderna mitología de esos filósofos de la naturaleza que son los físicos, la energía almacenada en el vacío cuántico se transforma en materia en el escenario del prebigbang, anterior al murmullo primero.

Naturalmente los doce libros de *El Vacío Creador* beben en multitud de tradiciones, siguen algunos otros fragmentos entresacados al azar.

El hecho de que las cosas existan de un modo condicionado es lo que llamamos vacuidad, porque lo que existe en forma condicionada carece de naturaleza propia.

Todos nosotros estamos sin Ser, sin Ser. Estamos sin Ser y Él es el Existente. Llamó al mundo entero Su sueño, miró una y otra vez, y Su sueño era Él mismo.

Cuando el Oculto de todos los ocultos quiso revelarse, hizo al principio un punto y este ascendió paulatinamente y se transformó en Pensamiento. Diseñó todas las figuras, inscribió todos los signos y talló en la llama oculta el signo de una figura, el palacio, edificio profundo que surge del Pensamiento.

El punto aparece en el círculo, aunque no estaba, pues tal punto es el origen del círculo. El punto crea en su girar el círculo, a los ojos de quien lo mide. Su principio y su fin se unen, cuando el punto mide la totalidad del círculo. Cuando este se completa, el compás junta sus pies con su cabeza y descansa, plácidamente.

Hazte tan próximo a mí que llegue a pensar que tú eres yo.

El yo de cada hombre es el fondo anterior al mundo y las cosas.

Somos sin fondo en el tiempo. De un instante a otro, hacemos ser al tiempo, lo llevamos al cumplimiento. Al abarcar sin fondo el pasado sin fin y el futuro sin fin, llevamos el tiempo a su plenitud en cada uno de sus instantes.

La luz se experimenta como una presencia trascendente que atraviesa la pesantez de la materia, transformándola en una noble forma, digna de ser la residencia del alma humana, cuya sustancia se haya enraizada en el mundo lumínico.

Renuncia a ver, pues aquí no es de ver de lo que se trata.

El que ve no existe ni al margen de la visión ni como parte de la visión. Si no existe el que ve, ¿cómo podría existir aquello que se ha de ver o la visión misma?

Renuncia a la multiplicidad porque la naturaleza está satisfecha con una sola cosa, y aquel que no sepa qué es, perecerá.

El aire no es aire, el fuego no es fuego, el agua no es agua, la tierra no es tierra.

El que las cosas sean de forma elemental significa que se expresan a sí mismas, y al expresase dan expresión, al mismo tiempo, al ser que las hace ser.

Coloca tu cuerpo dentro del fuego y protégete con vinagre, así no te consumirás.

Nada es más precioso que la arena roja del mar, y esta es la saliva de la luna que se le añade a la luz del sol y coagula.

¿Qué barrera puede prevalecer frente a un hombre capaz de crear un mundo?

El caminante no es un buen compañero de viaje para el jinete.

Caminante, cabalgadura y jinete no son más que estados de ánimo del camino.

Si quieres verme levanta los velos que cubren mi rostro.

Mi rostro es el tuyo.

	10_{Ne}	
	9_{F}	17_{Cl}
	8_{O}	16_{S}
	7_{N}	15_{P}
	6_{C}	14_{Si}
	5_{B}	13_{Al}
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}

17 Cloro

17 El Juez

17-1 Die Schaffende Leere

Moiro perdió el conocimiento como consecuencia del silencio atronador que siguió a la letanía de las voces coránicas, entro en un vago sueño que le puso en comunicación con su hermano y ahora, cuando despierta, el solarium está vacío.

Moiro sale tranquilamente del solarium pensando que lo que Paulino le dijo a Gregorovius para que se marchase precipitadamente fue que Ágata habría sufrido algún tipo de percance o accidente grave en su delicado estado de salud y decide dirigirse hacia la Casa Roja para interesarse por el estado de su tía.

Moiro llama a la puerta de la Casa Roja y le abre Paulino, que le hace pasar al despacho del profesor Gregorovius.

No, el profesor Gregorovius no está pero pasa, pasa, no puede tardar. Sin duda vienes a interesarte por el estado de tu tía Ágata, no tienes porqué preocuparte, las cosas suceden o no suceden independientemente de que nos preocupemos o no, así que no hay razón para preocuparse, lo que tenga que suceder sucederá y no hay modo de evitarlo, de cualquier modo el profesor Gregorovius sabe bien lo que hay que hacer en estos casos y si hay algo que pueda hacerse él lo hará, sin duda estará haciendo ahora lo que tenga que hacer, mientras tanto tenemos tiempo y me gustaría hablar un rato contigo para tratar de explicarte los motivos por los que he llegado hasta aquí, pero antes, perdona un momento, voy a traer algo de beber, una buena charla no se entiende sin un poco o un mucho de bebida, las palabras necesitan un buen lubricante en la cavidad bucal para brotar, espera unos cuantos instantes, no serán muchos, y estaré aquí con lo que necesitamos.

Moiro no ha tenido ocasión de decir ni siquiera una sola palabra, todo lo ha dicho Paulino que incluso ha adivinado que venía a interesarse por el estado de su tía. Mientras espera a que el juez vuelva con la bebida,

Moiro ojea los lomos de los libros que recubren todas las paredes del despacho de Gregorovius. Se asombra al encontrarse frente a una puerta que hasta entonces le había pasado inadvertida, se pregunta cómo no la ha visto antes, y la razón es que se trata de una puerta decididamente estrecha, de apenas cuarenta centímetros de ancha, disimulada entre los anaqueles. En la puerta hay un pequeño pomo de porcelana blanco en donde hay dibujado un punto en el interior de un círculo. Ase con su mano derecha el pomo, hace girar el círculo en torno al punto y se abre la puerta. Moiro tiene un poco más de cuarenta centímetros de hombro a hombro así que tiene que entrar de lado, enciende la luz interior y lo que ve es más un pasillo sin salida que una habitación, un pasillo con todas las paredes recubiertas hasta el techo de anaqueles atestados de libros.

Moiro tiene la impresión de haber entrado en el recinto de una biblioteca secreta que contiene una colección de libros prohibidos cuya lectura sólo está permitida a los iniciados, su mirada se siente atraída por una colección de doce volúmenes encuadernados en rojo en cuyos lomos puede leerse.

Die Schaffende Leere . 01 . Begira – Irada
Die Schaffende Leere . 02 . Begira – Safar
Die Schaffende Leere . 03 . Begira – Gam
Die Schaffende Leere . 04 . Loaldi – Irada
Die Schaffende Leere . 05 . Loaldi – Safar
Die Schaffende Leere . 06 . Loaldi – Gam
Die Schaffende Leere . 07 . Loezinló – Irada
Die Schaffende Leere . 08 . Loenzinló – Safar
Die Schaffende Leere . 09 . Loezinló – Gam
Die Schaffende Leere . 10 . Turiya – Irada
Die Schaffende Leere . 11 . Turiya – Safar
Die Schaffende Leere . 12 . Turrilla – Gam

Moiro coge el primero de los volúmenes y se queda ensimismado tratando de descifrar lo que pone en la portada.

Paulino entra en el despacho con una bandeja en la que trae una botella de oloroso vino del Nodia y dos copas, al no ver a nadie deja la bandeja sobre la mesa y se dirige hacia la biblioteca secreta, entra en

ella sin ser advertido, se coloca detrás y comienza a leer el título que figura en la portada del libro que Moiro sostiene en sus manos.

Die Schaffende Leere, el Vacío Creador, libro primero, Begira – Irada, escrito en lengua arábiga por Futuh Osmalí Arifalím, traducido a la lengua alemana por Athanasius Kircher Buchonius, publicado en la ciudad de Berlín en el año 1682. Eso es lo que pone en la portada, se trata de un libro fantástico. Por lo veo que has encontrado el sancta santorum de Gregorovius, aquí es donde atesora la biblioteca que heredó de su padre, Wolfgang Pauli, premio Nóbel de física por sus descubrimientos en el mundo de los átomos y partículas. Pauli mantuvo una muy fructífera relación con Jung, el célebre psicoanalista, que quedó fijada en un intercambio epistolar que se prolongó durante décadas. Pauli y Jung, el físico y el psicoanalista, el teórico de lo elemental en el mundo material y el teórico del mundo de los arquetipos inmateriales, se dieron a conocer el uno al otro aspectos de sus disciplinas particulares porque estaban interesados en unificar sus respectivos campos de conocimiento y crear una especie de física psicológica o psicología físical a partir de la cual fuese posible deducir tanto los principios materiales elementales que son los ladrillos de la construcción del mundo como los principios arquetípicos a partir de los cuales se construyen las estructuras básicas del pensamiento. El proyecto resultaba demasiado ambicioso y no consiguieron llevarlo a buen término. En esta biblioteca se encuentran tanto libros de física como libros de ciencias esotéricas que Pauli adquirió y estudió influenciado por Jung. Al profesor Gregorovius le gusta leer los libros que leyó su padre, los cuales en muchos casos llevan anotaciones de su puño y letra. Precisamente una de las obras más queridas del profesor es la que tienes en tus manos, Die Schaffende Leere, el Vacío Creador, según se lee en la portada fue traducida del árabe al alemán por Athanasius Kircher Buchonius, nacido a principios del siglo diecisiete en Buchonia, una comarca del este de Alemania, de ahí el apelativo de Buchonius. Athanasius publicó numerosos libros sobre lenguaje, pensamiento y costumbres del mundo oriental, geología, medicina, numerología, jeroglíficos egipcios, y teología bíblica y coránica. Mira aquí hay tres de ellos. Lengua Aegyptiaca Restituta, Arithmologia y De Arte Magnetica. Athanasius Buchonius escribió todos sus libros en lengua latina a excepción de su traducción del Vacío Creador al alemán, que fue publicada póstumamente. Kircher presenta el libro como la primera traducción hecha a cualquier lengua de una obra escrita en lengua árabe por un tal Arifalím, hijo de Sathalwtad y

supuesto nieto de Mehmet, el que conquistó Bizancio y puso fin al imperio romano de oriente en el célebre año mil cuatrocientos cincuenta y tres. Al principio del primer volumen figura una autobiografía de Arifalím en la cual cuenta que el germen de su obra es un antiquísimo libro de plomo al cual habría tenido acceso, un libro donde se cifraban misterios oscurísimos. Lo más impresionante de la biografía de Arifalím es su genealogía, que se remonta generación tras generación hasta el mismísimo Adán. Permíteme.

Paulino toma el libro que Moiro tiene en sus manos, lo abre por el principio, pasa unas cuantas páginas y por fin encuentra lo que estaba buscando.

Aquí está, es fantástica, las noventa generaciones desde Adán a Arifalím, escucha, no tiene desperdicio. Adán, Seth, Enós, Cainán, Malaleel, Jared, Enoch, Matusalén, Lamech, Noé, Sem,. Arphaxad, Salé, Heber, Phaleg, Reu, Sarug, Nachor, Tharé, Abraham, Isaac, Jacob, Judá, Farés, Serón, Arán, Aminadab, Naasón, Salmón, Booz, Obed, Jesé, David, Salomón, Roboán, Abías, Asaf, Josafat, Jorán, Ozías, Joatán, Acaz, Ezequías, Manasés, Amón, Josías, Jeconías, Salatiel, Zorobabel, Abiud, Eliacín, Azor, Sadoc, Aquín, Eliud, Eleazar, Matán, Jacob, José, Alapep, Motala, Salik, Alasaf, Galarán, Oracaz, Muaquim, Osamán, Galal, Alawtad, Muhadara, Mukasafa, Alhusus, Algayb, Alaqab, Tawalí, Oghuzkan, Gokalp, Chamundur, Ertughrul, Osmán, Orján, Murat, Bayaceto, Solimán, Musa, Mehmet I, Murat II, Mehmet II, Sathlawtad y por último Futuh Osmalí, conocido por el sobrenombre de Arifalím. Algunos estudiosos de la obra de Athanasius Kircher dudan que el Vacío Creador sea una traducción y piensan que no es sino su obra definitiva, otros dudan de la existencia misma de Arifalím. Otros eruditos, sin embargo. consideran que acaso el Vacío Creador exista en su original islámico pero únicamente unos pocos ejemplares, patrimonio de alguna secta. La aparición de algún ejemplar en lengua árabe desvelaría el misterio. De hecho hace algunos años apareció un ejemplar del primer volumen, pero se trataba de una burda falsificación, se pudo demostrar que se trataba de una traducción del texto alemán al árabe hecha por algún manipulador sin escrúpulos. Ya está bien, el profesor Gregorovius llegará pronto y no me gustaría que nos encontrase husmeando en su espacio secreto, salgamos a su despacho a esperarlo, he traído un poco de vino del valle del Nodia, famoso por su olor afrutado mezclado con suaves notas florales.

17-2 Periodo de los Cambios

Paulino y Moiro salen de la biblioteca secreta de Gregorovius y entran en su despacho, se sientan en dos sillas ubicadas junto a la mesa en donde se encuentra la bandeja con una botella de vino del Nodia y dos copas vacías. Paulino llena las copas y al hacerlo la estancia se llena de un aroma que evoca un cesto cargado de plátanos, melones, melocotones y pepinos bien maduros, recubiertos por pétalos de almendro, cerezo, violeta y lirio del valle. El olor evocador es la música de fondo sobre la que el juez se dispone a contarle a Moiro los entresijos de su historia.

No sé si sabrás por el profesor Gregorovius que he sido juez de la audiencia nacional y presidente del senado, es decir hombre de cultura y entendimiento, mi formación me ha capacitado para hacer formulaciones muy claras. Cuando ingresé en la klepsidra, Gregorovius supo apreciar mis muchas capacidades y me tomo a su servicio, trabajar para el profesor ha sido y es para mí una satisfacción y puede decirse que todos los pacientes envidian mi situación de privilegio, en bastantes ocasiones tengo la oportunidad de departir con él acerca de los más diversos temas y tanto la biblioteca de su despacho como su biblioteca secreta están a mi disposición, y me paso las horas muertas leyendo y leyendo, lo cual me proporciona nuevos temas de conversación y así sucesivamente, sin que el círculo se cierre. Pero no quiero hablarte del profesor, lo que quiero es explicarte la serie de circunstancias que me han conducido aquí, a la klepsidra, en donde el tiempo parece fluir a un ritmo distinto que ahí fuera, en el mundo exterior, el cual, francamente hablando, tiene para mí cada vez menor interés. Hace no sé cuanto tiempo mi esposa, con la que no llegué a tener ningún hijo, murió. Al poco tiempo me casé de nuevo, mi segunda mujer quedó embarazada y cuando finalmente parió, dio a luz a dos gemelos muertos. Al parecer se habían estrangulado dentro del vientre el uno al otro con el cordón umbilical. Fue más de lo que era capaz de soportar, así que me hundí en una profunda depresión de carácter catatónico y tuve que ser ingresado para ser sometido a tratamiento médico.La primera institución en la que recibí tratamiento fue el sanatorio de la virgen de la cueva. En aquella época todo fluía. Pasaba el día en la sala común en la que había un perpetuo entrar y salir de pacientes. Había sido destinado para mi

vigilancia exclusiva un celador en el que reconocía al ujier de la corte que solía llevar los legajos a mi casa. El director médico de la institución, un tal Cambronero, era la imagen viva de mi padre, ya muerto por aquel entonces. Veía entrar y salir a pacientes a los que reconocía, en algún caso puede que fuese engañado por un parecido fugaz en el aspecto exterior, ciertamente podría pensarse en un parecido casual en lo referente a dos o tres de aquellas personas, pero esto no bastaría para explicar el hecho de que todo el público de la institución, pacientes, empleados e incluso visitantes, es decir varios centenares de personas, tuviesen la fisonomía de personajes que me habían sido próximos, llevasen la marca de seres que en el curso de mi existencia pasada habían estado en mayor o menor contacto conmigo, y a veces estaban muertos y bien muertos, en algunos casos yo mismo había certificado la defunción. Alguien había montado para mí aquella representación con algún objetivo que era incapaz de representarme, yo trataba de aparentar tranquilidad y me cuidaba de no hablar de mis impresiones con nadie. Recuerdo, una tarde bajé a la sala común y me encontré con que todos estaban allí enzarzados en ruidosas disensiones, en medio de las cuales intercambiaban las cabezas para separarse e irse a pasear tranquilamente con la cabeza del otro. Sí, varias veces lo vi con mis propios ojos, cambiaban de cabeza mientras yo los miraba, de pronto comenzaban a andar de un lado a otro con una cabeza diferente, sin que ello implicase contrariedad alguna, antes bien parecían deleitarse en semejante permuta irracional y antinatural. Pero eso no fue todo, en días sucesivos fui testigo de una serie de hechos para los que no había explicación alguna. Los pacientes llevaban periódicos de los que se servían para que su asiento sobre la dura piedra de los bancos fuese más cómodo, si yo cogía uno de aquellos periódicos y lo abría al azar leía algo parecido al anuncio de mi propia muerte. Iba a sentarme y tenía que disculparme porque la silla se había transformado en una mujer desnuda echada a cuatro patas sobre el suelo y con un trasero descomunal. Se metamorfoseaba incluso la ropa sobre el propio cuerpo de las personas a las que miraba y también los alimentos en mi propio plato mientras comía. Me llevaba a la boca una hoja de lechuga y se transformaba en un pequeño mamífero roedor que salía corriendo apenas lo soltaba. Iba a ponerme la camisa y se convertía en un murciélago. Todo esto ocurría en el interior de mi cabeza, y como ya le he dicho me abstenía de comentarlo con nadie, trataba de que nada de aquello se tradujese en mi comportamiento, así que el profesor Cambronero consideró que estaba en condiciones de abandonar el sanatorio. Puesto que en el sanatorio de

la virgen de la Cueva era donde habían comenzado todas aquellas alucinaciones, a las que me gusta referirme como Periodo de los Cambios, pensaba que con sólo salir de allí la realidad se volvería más fija, más controlable, y así fue efectivamente, el reencuentro con mi segunda mujer, con algunos amigos, con mi casa, con mis objetos familiares, fue para mi un gran alivio, pero al poco comenzó el que llamo Periodo del Ruido.

17-3 Periodo del Ruido

Comencé a escuchar un ruido en mi oído izquierdo, al principio sólo durante la noche, por lo que sufría de insomnio, pero durante el día, acunado por los ruidos familiares de la calle, conseguía dormir. Existía la intención de provocar mediante el insomnio mi colapso espiritual. Terminé por no lograr conciliar el sueño en absoluto, pasaba el día en estado sonambular, cualquier cosa que hiciera era en vano, escuchaba en silencio el silencio y no era un lugar vacío. Creía que lo que escuchaba era el ruido que producía el mecanismo del cerebro en funcionamiento. El ruido que produce el cerebro en el curso de su actividad emotiva y de pensamiento no estaba en mí atenuado, así que no podía dejar de escucharlo. El simple hecho de racionalizar lo que ocurría me dio una especie de seguridad y llegué a tranquilizarme, incluso escuchaba el ruido tratando de estudiarlo sin una finalidad clara. Aprendí la diferencia entre escuchar, aplicar el oído, aguzar el oído, abrir oído, prestar oído, ser todo oídos, oír el absoluto silencio, la explosión del silencio, la explosión de lo negro en el silencio, sus infinitas sombras de interminable luz. Como es natural no oía un único tipo de ruido, oía muchos, cientos de ruidos distintos, y podía diferenciarlos entre sí. Existía una coacción al juego continuo del pensamiento, intenté traducir los ruidos, comencé por asignarle a cada uno una letra, al azar, era algo inabordable, luego, animado por una lógica de pesadilla veía como de una forma natural cada grupo de ruidos se asociaba a una letra, no era algo que yo hiciese con mi inteligencia, era algo que me venía dado. Los ruidos se fueron diluyendo en una especie de murmullo múltiple difundido por todo mi cerebro día y noche, como de un grupo que se inmiscuyese entre las palabras, entre un principio y su opuesto, entre una idea y su contraria, e interrumpían, interferían, rezongaban, objetaban, se burlaban, desaprobaban, ridiculizaban, herían. Cuando conseguí distinguir las primeras sílabas fue un alivio, pero inmediatamente la tortura de esbozos de palabras. Decían quizás sí, ahora no, de ningún modo. Y volvían una y otra vez sobre las mismas cosas. No toleraban, discutían, reían, sobresaltaban, saboteaban, continuamente, palabras absurdas, repeticiones vacías, algo inhumano. Luego comencé a escuchar rudimentos de frases, al principio de forma inconexa, y de repente escuchaba perfectamente una frase completa perfectamente nítida, como por ejemplo. Las relaciones como sabes nada tienen que ver con la relación pero sin embargo se relacionan de la forma más delicada con las

relaciones de la relación que nada tienen que ver con la relación. Algo notablemente críptico, pero trataba de asirme a ello como lo único sólido. Trataba de desmenuzar la frase en sus elementos, disolverla, concentrarla, destilarla, analizarla, recomponerla, intentaba inútilmente encontrarle un sentido, hasta que un águila de dos cabezas salía del fondo de mi cerebro y me picoteaba los ojos dejando en su lugar dos órbitas vacías. Y los ojos volvían a generarse y de nuevo el águila me los arrancaba. Era una tortura espantosa. Hasta que la bestia desapareció y fue como si nunca hubiese existido. No había ruido que no tratase de traducir. El ruido de los vendedores ambulantes, el de los afiladores de cuchillos, los gritos de las mujeres, los tranvías, el viento, el estremecerse de la hierba, incluso el ruido que produce el calor, sí, por extraño que parezca llegué a reconocer lo cálida que estaba una cosa, sin necesidad de tocarla, únicamente escuchando el ruido que producía el calor al entrar y salir de la cosa. El mundo tenía voz. Me mantenía en silencio y los sonidos provenientes de mi alrededor se mezclaban entre ellos produciendo una especie de amalgama sonora en que llegaba a atisbar algo así como una apariencia de orden que afectaba a todo y que no dejaba nada fuera de sí. Poco a poco una idea fue creciendo en mí, la idea de que las secuencias de ruidos que yo traducía como frases eran mensajes que me decían lo que yo era con una sinceridad brutal. Mi cabeza estaba tomada por un desesperante barullo, me hablaban de manera imperceptible para cualquier otro. Hablaban incesantemente, se turnaban, siempre había alguien hablando, de modo que yo no podía dejar de escuchar su cháchara monótona, continua e interminable. Pensaba que aquellas voces no eran humanas, me las representaba como el rumor que escucharía alguien que estuviese próximo al infierno, se trataba de cientos, de miles, todos ellos condenados, cada uno irremediablemente solo sin sentir la presencia de los otros. A consecuencia de mi estado de nerviosismo insomne cada vez un número mayor se sentía atraído por mí para luego diseminarse por todo mi cuerpo. Llegué a identificar algunas de las voces. Erekia, el que desgarra con violencia, Ilirikín, el que aúlla largos gritos, Apelki, el guía engañoso que hace desvariar, Dresop, el que ataca a su presa con trémulo movimiento, Arekesoli, el acongojado que acarrea la desdicha, Glesi, el que brilla como insecto, Efrigsio, el horripilante que estremece, Mames, el que se mueve caminando hacia atrás, Ramisen, el que se mueve arrastrándose de modo especial, y tantos otros. Descubrí que podía defenderme de las voces de toda esa gente con nombres estrafalarios, Erekia, Ilirikín, Apelki, Dresop, Arekesoli, Glesi, Efrigsio, Mames,

Ramisen... que probablemente sean falsos, rostros supuestos tras los que se esconden, nombres dictados por una borrachera que no es ya la del alcohol, sino la del tequila y el mezcal mezclados con el jugo de la datura estramonio, la manzana espinosa, la hierba del diablo, la bebida de las brujas. Hablando en voz alta creaba en torno a mí un silencio mortal, como si estuviera entre cadáveres ambulantes. Cuando callaba irrumpían de nuevo dentro de mí las voces de hombres don nombres supuestos y sin rostro, me impedían el reposo, el descanso que añoraba no era sino liberarme de las palabras y solo sabía proporcionármelo hablando incesantemente para acallar las voces con lo cual me impedía yo mismo el sueño y el reposo. Entraba en un bar y buscaba a alguien con quien conversar, pronto comprobé que un dialogo no era una buena solución, cuando callaba para dar paso a mi interlocutor las voces se apoderaban de mí de nuevo y yo era incapaz de escuchar al otro, como si el otro no existiera, como si no hubiese existido nunca. Debía por tanto contentarme con hablar solo interminablemente, recitaba todas las estaciones de ferrocarril del estado, las gobernaciones rusas, los departamentos franceses, las clases cristalinas, el sistema periódico de los elementos, el Bhagavada Gita, los profetas mayores y menores, los emperadores de Roma, la lista completa de los reyes godos, hasta caer rendido, todo era inútil, completamente inútil. Un buen día, conducidos por un reverendo cuyo nombre sonaba algo así como Starkiewicz, cuarenta monjes benedictinos irrumpieron en mí todos juntos, adoptaron formas de diminutos homúnculos y hacían de las suyas. Colocados sobre mis párpados tiraban de ellos hacia arriba, cortaban trozos de mi laringe que me tragaba cuando comía, sembraban lombrices en mis pulmones, incluso participaban de mis comidas comiendo buena parte de mis bocados. Aquello era una penetración, una forma de violar el principio de la impenetrabilidad de los cuerpos. Todo se esparcía. Tenía la sensación de que mi cuerpo se había vuelto transparente y era atravesado por voces no emitidas por boca alguna sino resultante de la interacción de los sueños, los pensamientos, los sentimientos y las sensaciones de muchos. Sospecho que una sensibilidad exacerbada a las vibraciones del mundo circundante fue lo que me condujo a mi estado. Sabía lo que iba a suceder antes de que sucediera. El futuro estaba ya en mí y estaba preparado para lo que había de venir. No obstante mi comportamiento era bastante peculiar y distaba de ser normal, de modo que la convivencia con mi mujer se hizo imposible y decidió ingresarme en el Sanatorio de la Klepsidra, bajo los cuidados del profesor Gregorovius, y nunca le estaré lo suficientemente agradecido por ello.

17-4 Los Hombres Muertos

El tratamiento que me aplicó el profesor Gregorovius no hizo desaparecer las voces pero me ayudo a encontrarles un sentido. Al poco tiempo de ingresar en la klepsidra consideré la idea de que las voces que escuchaba eran las de hombres muertos que se corporeizaban dentro de mí, me costaba trabajo distinguir dónde acababa mi cuerpo y donde empezaba el resto del mundo, andar me producía una sensación de ligereza, un barullo de señales y conexiones mentales, el mundo empezaba a girar y a dar tumbos delante de mis ojos, hasta que conseguí racionalizar lo que me pasaba, darle una explicación. Puede que racionalizar se reduzca a algo bien sencillo, no a explicar los hechos del pasado, sino a hacer que ocurran cosas en el futuro. La explicación que encontré fue que las voces eran las conciencias de hombres desprovistos de cuerpo que se materializaban efímeramente en mi interior, y al hacerlo lo que pretendían eran matar al hombre viejo y dar lugar al nacimiento de un hombre nuevo que fuese el lugar de residencia de las voces que hasta entonces se habían visto condenadas a vagar de un lado a otro sin tener un cuerpo en el que residir. Ese pensamiento me dio tranquilidad, consideré que yo mismo estaba dotado de características extraordinarias puesto que había sido elegido como lugar de congregación, como templo. Llegué a considerar mi miembro erecto como axis mundi. Me creía invulnerable pues a pesar de tantos ataques era capaz de resistir. Cuanto más dañado y conmovido tanto más firme. Llegué a pensar si yo era mortal o no. Mi caso sigue siendo algo único, de hecho desde que el mundo es mundo no se ha dado un caso como el mío, el caso de un hombre que mantenga una relación continuada no con las conciencias difuntas tomadas de una en una sino con la totalidad de las conciencias de los muertos, de donde es fácil deducir que el conjunto de todas las conciencias constituye algo así como la ciudad de dios, el estado más perfecto posible en relación personal con el más perfecto de los monarcas, el omnipotente. Bendito y alabado sea su nombre. La conciencia humana está contenida en los nervios, dios es sólo nervios, está pues emparentado con la conciencia humana cuyo destino final es amalgamarse en unidades superiores, fundirse con otras conciencias y llegar a ser partes constitutivas de dios, entendido como la suma de todas las conciencias desprovistas de cuerpo y deificadas. La fusión de todas las conciencias es la suprema bienaventuranza. Para hacer más efectiva mi fuerza me mantenía en perfecta inmovilidad durante largos

periodos de tiempo. Por amor a dios no debía realizar el menor movimiento. Una momia, un cadáver, yo era un recipiente en el que se vaciaba poco a poco la esencia divina, cualquier movimiento podía tener como consecuencia que se derramase algo. Así mi efecto sobre las conciencias era demoledor, se agitaban en torno a mí, un gran hambre las devoraba, se me incorporaban, cobraban realidad en mi sustancia para luego desaparecer del todo. Yo las atraía, las reunía, las empequeñecía, las consumía. No es que acudiesen a mí para hacerme un bien, su intención era específicamente hostil, originalmente acudían a mí para trastornarme, para debilitar mi razón y causar mi perdición, pero precisamente ante ese peligro me crecí. Cuando por medio de la inmovilidad pude dominarlas me sentí orgulloso, recibía en mi boca las conciencias, conservo especialmente el recuerdo muy claro del mal gusto y del mal olor que esas conciencias dejan en la persona cuyo cuerpo invaden penetrando por la boca y provocando la extinción de los relojes del mundo. Percibía las conciencias como relojes errantes conservados en conventos medievales dentro de campanas de vidrio, manifestaban que de algún modo estaban vivas mediante una vibración acompañada de un bordoneo fúnebre infinitamente monótono. Una mancha azul se instalaba en mi boca impidiéndome hablar. El azul penetraba más y más en mi garganta y me preguntaba si no quedaría ningún ser humano en este mundo. La humanidad ha sucumbido, quedamos unos pocos sobrevivientes en la klepsidra, el único refugio, pero no puedo estar seguro de que yo no sea el único sobreviviente y tú y Gregorovius y todos los otros, meros simulacros, imágenes de hombres construidos a la ligera. Dais la impresión de no estar en condiciones de mantener una conversación sensata, parecéis vivir una existencia onírica, seres fugazmente esbozados, apariencias construidas para confundirme. Venís como sombras y os disolvéis, por supuesto que no os tomo en serio, los verdaderos hombres han sucumbido excepto yo. Innumerables conciencias sin cabeza entran en mi cuerpo para encontrar en mí la satisfacción de ser por un instante y también su perdición, se trata de una procesión interminable, el cortejo es infinito, pero el único hombre vivo soy yo. Todo lo que ocurre es referido a mí. Yo me he convertido en el único hombre, en el hombre absoluto, en dios. En torno a mí gira todo, todo lo que ocurre debe ser referido a mí. En el fondo yo estoy solo en este mundo, todos los demás han sucumbido, soy el centro de todo con la nada alrededor, yo y ni un ser viviente más, ni sol, ni cultura, yo desnudo en una roca, sin tempestad, ni siquiera una ola, sin agua, sin viento, sin calles ni bancos, ni dinero, ni tiempo.

17-5 La Belleza del Mundo

La conjura contra mí no solo estaba dirigida al asesinato de mi alma y a la destrucción de mi entendimiento, pensaban hacer otra cosa no menos detestable conmigo, transformar mi cuerpo en el de una mujer, como mujer abusarían de mí y luego simplemente me harían a un lado entregándome a la descomposición. Una noche tuve miedo de ser entregado a los enfermeros para que abusasen de mí sexualmente, lo recuerdo, fue una noche decisiva para mi derrumbe espiritual, sin tocarme siquiera, tuve un número totalmente inusitado de eyaculaciones. Cuando me desperté consideré que sería agradable ser una mujer en el momento en que es penetrada por un hombre. No podía apartar de mí la idea de que sería algo muy bello el hecho de ser una mujer en el momento del coito. Debo decir que cuando finalmente descubrí el placer de ser una mujer penetrada por un falo sonrosado y enérgico, se apoderó de mí una gran hilaridad y en adelante ya no opuse resistencia a los fenómenos vinculados a mi transformación en mujer. Mi evaricación se produjo de manera que los órganos genitales externos, escroto y miembro viril, se retractaron al interior del vientre y por una deformación concomitante los órganos genitales internos se transformaron en sus homólogos del sexo femenino, el proceso se operó en el transcurso de un sueño secular, se produjeron además modificaciones del sistema óseo y la pelvis. Los que desde el otro lado dirigían todo el proceso no tardaron en advertir que la acumulación progresiva en mi cuerpo de nervios femeninos producía un efecto contrario al esperado, la voluptuosidad aumentaba mi fuerza de atracción, me mantenía acostado días enteros, desnudo, preparado para las sensaciones que habían de llegar, por esa razón me ponían en la cabeza escorpiones que debían cumplir un efecto devastador, escorpiones rojos con una cruz blanca pintada en la espalda que aludía a la extrema movilidad del tiempo que nos devora. Los arcaicos escorpiones enviados desde el otro lado para destruirme tenían cualidades elementales de conciencia y eran por consiguientes seres parlantes, según sus orígenes había que distinguir entre escorpiones arios y escorpiones judíos, los arios eran más grandes y vigorosos, los semitas más cargados de poder mágico. Pasado el tiempo los escorpiones se retiraron gradualmente de mi cabeza y, según supe más tarde, produjeron en mí un cambio muy profundo. Los escorpiones judíos

introdujeron en mí una semilla leve, una corona, y el esplendor del reino fructificó en mí. Pero no el esplendor del fuego vulgar, con su materia cálida, sino el esplendor del fuego frío que proviene del sol negro. Cuando por fin llegué a sentir los movimientos del hijo que los escorpiones judíos habían plantado en mí, como un árbol en el centro geométrico del paraíso, pensé que se trataba de un milagro, que probablemente dios, o algo que estaba incluso por encima de él, había venido hacia mí y me había fecundado durante el sueño. Pero tuve una súbita pérdida de sangre y ya nada volvió a moverse en mi interior. Me dije que quizás dios hubiese encontrado alguna impureza en mí, como consecuencia de vaya usted a saber que culpa, y de ahí que el castigo recayese sobre mí y esa fuese la razón por la que perdí a mi hijo, en cuyo feliz nacimiento yo había depositado toda mi esperanza. Consideré que mi padre se había matado educándome y que yo lo había matado convirtiéndome en mujer y que él habría influido de alguna manera cerca de las más altas instancias que cabe imaginar, poniendo al descubierto alguna antigua falta mía y por eso se abortó mi embarazo. Gregorovius también influyó cerca de dios para que me abandonase como loco y prostituta para poder así aniquilarme paulatinamente hasta reducirme a un mísero despojo, pero se equivocaba conmigo, él está muerto, y ahora que todo el mundo ha sucumbido puedo como mujer reinaugurar un nuevo linaje. Para mí, que estuve a punto de tener un hijo de la suprema potencia de los oscuro, es una concesión que espero sabrás valorar el que te haya escogido precisamente a ti para vivificarte.

Oyendo hablar a Paulino no se tiene la impresión de que la ilusoria desaparición de la humanidad haya tenido lugar en contra de su voluntad, al contrario, parece experimentar satisfacción por el hecho de considerar la posibilidad de que la humanidad pudiese recibir por parte de él, el exterminio. Al hacer gravitar al absoluto exclusivamente en torno a él, y dejar por esa razón el mundo a su suerte, queda como único superviviente, el único con vida en medio de un impresionante campo de cadáveres.

Paulino utiliza la palabra como protección o como seducción, las acompaña con un humedecerse los labios con su lengua carnosa e inexplicablemente roja, como una herida. De repente atrae hacia sí a Moiro, que está demasiado desconcertado para resistirse, y lo besa enérgicamente en la boca, un beso húmedo, Moiro siente que es muy

peculiar y sin embargo comprende el beso, e incluso de algún modo se alegra de que Paulino haya llegado tan lejos.

Gregorovius entra en la habitación. Paulino coge a Moiro por la nuca y con una ligera presión lo mantiene inmóvil, luego lo deja libre y rompe a reír. Es la primera vez que Moiro oye una risa tan abierta. Paulino sale de la habitación diciendo. *Yo soy toda la belleza del mundo. Yo soy toda la belleza del mundo.* Algo bajo la piel mueve sus músculos como hilos convirtiéndole en una marioneta gesticulante.

***No debes hacerle caso. Te habrá contado que oye voces, es un problema de su oído interno, una infección mal curada, escucha un zumbido a partir del cual ha edificado toda una teoría con una cierta lógica interna.* Le dice Gregorovius a Moiro y a continuación le informa que Ágata está agonizando.**

	10_{Ne}	18_{Ar}
	9_{F}	17_{Cl}
	8_{O}	16_{S}
	7_{N}	15_{P}
	6_{C}	14_{Si}
	5_{B}	13_{Al}
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}

18 Argón

18 La Rigidez

18-1 Las Guardianas de las Puertas

Mientras Gregorovius acompaña a Moiro al pabellón de los desahuciados le explica. ***Hace mucho que Ágata había desistido de sus intentos de suicidio, por eso me alarmé cuando Paulino vino al solarium a avisarme. Ágata había sido capaz de provocarse la autoanoxia respiratoria, algo verdaderamente original que consiste sencillamente en dejar de respirar. La autoanoxia solo ha sido usada de modo generalizado por los monjes tibetanos, así y no de otro modo se produjeron los suicidios en masa cuando el ejército popular chino se anexionó el Tibet y convirtió los templos en cuarteles. Ya hemos llegado. Pasa.***

Cuando Gregorovius y Moiro entran en la habitación se encuentran con cuatro mujeres sin edad con la cara embadurnada con una especie de cera blanca. Podarga, Xanta, Deina y Lampa, rodean la cama en donde se encuentra acostada Ágata, una de esas camas de hospital que pueden girarse o torcerse en cualquier dirección para acomodar cualquier extravagante accidente, enfermedad o agonía humana. Las cuatro oscuras mujeres rodean el lecho y entonan una lenta letanía de murmullos, actúan como si el cuerpo les perteneciese, como si solo ellas tuviesen motivo para el dolor.

Podarga tiene entre sus manos la mano derecha de Ágata. Xanta tiene entre sus manos la mano izquierda. Deina vierte agua sobre los pies y los seca con un paño de seda tibio, tiene las manos leñosas pero ligerísimas. Lampa aplica sobre la frente una compresa de finísimo algodón humedecido con agua fría, sus manos no son las de una anciana, son manos suaves, precisas y ligerísimas.

Con un rápido movimiento Lampa coge la llave que Ágata lleva colgada del cuello, se acerca al cajón de la mesilla, introduce la llave en la cerradura, la hace girar, abre el cajón, saca el cuaderno azul, lo abre al azar y lee. ***Sabir, sabari, sacústico, inebugi, bacarabí.***

A continuación se guarda apresuradamente el cuaderno debajo de la falda. Gregorovius considera la actitud de las mujeres de una desfachatez increíble y sacando a relucir una energía que reserva para ocasiones como esta, las expulsa, como un avatar de la divinidad expulsa a los mercenarios del templo. Con pasitos cortos y veloces, curvadas sobre sí mismas, sus párpados de animal prehistórico semientornados, las manos juntas en actitud de oración, las mujeres salen de la habitación expresando su indignación.

Somos las guardianas de las puertas, nuestro lugar está aquí. Es inútil deshacerse de nosotras, retornaremos con las cuatro direcciones. Nos enroscamos por encima de todo y pasamos todo por alto, en nuestros labios los cuerpos transmutan en perlas.

El tiempo le ha picoteado como un pájaro carpintero. Ha taladrado un profundo agujero negro en su piel, la envoltura que hasta ahora le había servido de escudo y de máscara es ahora un río que no sabe qué dirección tomar para llegar a mar abierto.

Una masa inerte e inanimada reclama el espacio, el horizonte regresa y se ramifica cambiando de colores. Evita el envejecer que no logra vincularse a lo arcaico, la vida que sólo va deslizándose a hurtadillas es pobre y tediosa.

Os prevenimos que esta es la noche de los pájaros. Los convocamos para que aparezcan en el sueño. Pájaros ciegos, mutilados, débiles, flamantes de ira. Pájaros que saben bufar, gritar, gruñir, chillar y cantar alabanzas a lo oscuro de donde provienen.

Por último declaman, solemnes a cuatro voces. *Sabir, ribas, sabari, irabás, sacústico, ocitsucás, inebugi, igubeni, bacarabí, ibaracáb.* Se mueven como serpientes y desaparecen, como si nunca hubiesen existido.

18-2 Paraíso Vacío

De pié junto a la cama Gregorovius y Moiro observan el cuerpo de Ágata moribunda literalmente roído por las horas, corroído, rostro verdiazul de batracio, piel cuarteada, rugosa inmovilidad de fósil, la trasnochada marca de la imbecilidad pura, los ojos glaucos, casi ciegos, el labio inferior colgando estúpidamente, vibrando para dejar salir estertores como pisadas de animal herido alejándose en la oscuridad.

La idea de la muerte genera excitación febril, pero es un tedio como cualquier otro, después de vivir algún tiempo se fallece, no hay ningún misterio, con todo no existe nada más solemne que los últimos momentos de una vida, no hay nada que hacer, por su estado deduzco que no pasará de esta noche, quédate, acompáñala, fíjate bien, familiarízate con la muerte, trátala de tú a tú.

Gregorovius mira a uno y otro lado de la habitación, como si percibiese la presencia invisible de algo que andase rondando por ahí.

Está muerta y no está muerta, quizá haya abandonado su cuerpo en la cama y esté oculta en cualquier rincón, aquí cerca o lejos de aquí, interrogando en cada palabra el eco de otra más profunda y anterior, viviendo otra forma de existencia.

Gregorovius abandona la habitación a grandes zancadas y deja a Moiro petrificado en esa inmovilidad torpe que invade al ser humano cuando lo real se enrarece y el aire comienza a hacerse irrespirable. El rostro de Ágata tiene la expresión de alguien que se sabe observado, como un punto saliendo fuera de sí y extendiéndose en una línea que comienza a vibrar y se convierte en una serpiente. Un prolongado instante se desarrolla y mientras dura, todo lo que existe fuera de ella es visto por sus ojos con una constatación límpida y curiosa, no obstante dentro del instante hay todavía otro intervalo que no contiene nada de lo que ella está viendo.

Los ojos abiertos de Ágata expresan serenidad, están absortos en la contemplación de toda una raza de gigantes. Gigantes de la escarcha y el rocío, gigantes de los torrentes y del hielo, gigantes del fuego y del

humo, gigantes de tierra y gigantes de piedra, todos ellos provenientes de Ymir, quien proviene de lo oscuro silencioso que concibió en sueños a su hijo. En aquel entonces en lugar de sociedad había simplemente durmientes y otros que hacían guardia, los durmientes al despertar proponían un destino a sus guardianes.

De la mirada alucinada de Ágata surgen intervalos de tiempo vacío que inspiran terror y éxtasis mezclados. El flujo del tiempo se remansa y se convierte en una isla solitaria y bien fortificada que flota en medio de un mar de materia muerta. La nariz es vertical y los ojos horizontales y atónitos están concentrados en realidades que no son de este mundo, a su nariz le resulta accesible el aroma peculiar del que es portador cada una de las formas sensibles y comprende que el mundo está hecho exclusivamente de tiempo. Se dispone a hacer de ella misma una nada al servicio de todas las cosas y aturdida por la falta de apoyo busca cada vez más espacio, trata de distinguir entre el fuego que quema la leña y el fuego que no se quema a sí mismo, pero no lo consigue. Corre tras de sí misma para tratar de darse alcance, para revestirse de su piel y acercarse envuelta en ella al hijo de su fantasmal hermano que espera pacientemente a que ella lo acepte.

18-3 Lento el Azul

A Moiro le hubiese gustado acompañar a su padre cuando murió. Emón murió solo, en la habitación de la torre, sin nadie que le acompañase, ahora tiene la ocasión de estar junto a Ágata en el oscuro trance.

Ágata intenta explicarle al hijo de su inexpugnable hermano lo que ha sido y está dejando de ser, lo hace en una perdida lengua preñada de silencios y murmullos entrecortados. Sus palabras no son densas, resbalan por las planicies del aire y van a perderse en sus múltiples recovecos. A Moiro no le es dado escucharlas, las palabras no son mensajes que permitan orientarse, son restos que se desprenden de ellas misma, excrecencias. Sonidos arcaicos llegan, la atraviesan y surgen a través de ella, como si en realidad fuese ella misma quien los articulase. Ella es un espejo en el que las palabras se duplican, se amalgaman y se pierden. Palpitaciones del vacío. Gemidos de la nada. Silencio denso. Huellas de animal herido. Vestigios de algo que sucede al otro lado. Las palabras que brotan de ella más que mostrar ocultan. Palabras ligeras hechas de aire que se desvanecen en el aire.

Instintivamente, Ágata trata de sobreponerse a su salvaje modo de expresión con el que en vano trata de acercarse al hijo de su hermano, renuncia a cualquier clase de prudencia y comienza a referir, sin invenciones y con numerosas omisiones, cosas que desde su peculiar punto de vista son ciertas. Retrocediendo cada vez más en el tiempo, expone pequeños detalles y cruciales acontecimientos. La vivacidad de su mirada impone a cada una de sus palabras la obligación de sonar memorable, imita el hipnótico, melancólico y neutral discurrir de un catálogo de objetos salvados de un incendio

Moiro escucha sin que la sombra de un gesto descomponga los rasgos de su rostro, mantiene los ojos fijos en los labios de Ágata como si leyese las palabras en lugar de escucharlas.

La inminencia de la muerte, lejos de parecer un hecho desmesurado, se manifiesta como consecuencia necesaria de una ruptura que en un pasado acaso no tan remoto alteró el espléndido vacío.

La habitación parece haber caído en una inmovilidad sin retorno cuando de improviso Ágata saca su mano derecha de debajo de las sábanas. Mucio ve aparecer una mancha pálida surcada por trazos azules en el límite de su campo visual y cómo se desliza en el aire ante él. Ágata hace desaparecer la mano bajo las sábanas y se prepara así para conducir su entrecortado e inconexo relato hasta regiones de las que nunca antes había tenido conciencia. Todo ocurre como si una mano que no fuese la suya abriese puertas invisibles y otra voz pronunciase en su boca palabras que más que mostrar insinúan una realidad por debajo de la realidad para la cual las palabras no han sido forjadas, sus palabras suenan como desprovistas de peso y se propagan, etéreas, por la estancia.

El impenetrable silencio por fin llega, los movimientos del cuerpo se detienen, los estertores cesan, siente que empieza a desprenderse poco a poco de su corteza temporal, un líquido siroposo amarillo mana de la boca entreabierta, el azul sustituye al rojo en las venas, comienza la rigidez.

Algo avanza dentro de Moiro y de repente se expresa como un pensamiento redondo y acabado que es posible expresar mediante dieciséis palabras. *Amarillo como un torrente, lento el azul a través del rojo, la rigidez inaugura el reino.*

Inmediatamente después de pronunciar el sortilegio que, de algún modo, le ha sido dictado, por una voz sin voz, Moiro ve incorporarse a Ágata y la oye decir. *No, no te vayas, quiero que lo veas todo hasta el final.*

Ella no siente muerte alguna, sigue acompañándole el calor de siempre de su cuerpo, pero con la diferencia de que antes no la había percibido nunca y ahora se siente como sumergida en los ardientes y desnudos juegos de sus órganos internos. Todo esto ya le ha sucedido en otra ocasión, pero hace mucho tiempo y no logra recordar dónde. De repente recuerda dónde había sentido antes aquella tranquila y ardiente oscuridad: había sido, sencillamente, en la estrechura del vientre de su madre, como una madriguera en medio de un desierto, pero un desierto poblado de tribus, de floras y de faunas. Y ahora se mete de nuevo en el

interior de los abiertos huesos de ella y trata de acomodarse ahí para siempre.

Ágata se ha escabullido a la simplicidad de la mirada, ha regresado a la casa materna, sin ventanas ni puertas, y ha abandonando su cuerpo al desmoronamiento y la putrefacción. Está y no está muerta, eso es todo, se trata de líneas, líneas de fuerza, hilos tendidos desde antes del nacimiento que van mucho más allá. Él tiene la sensación de que todo ya ha sucedido. Todo lo que ocurre ya ha tenido lugar, el presente no es algo cerrado, en tiempo entra y sale de él, a raudales.

Con gran esfuerzo, como si el extrañamiento del cuerpo, el rigor mortis y el inicio de la descomposición también fuese con él, Moiro logra levantarse y preso del pánico se lanza por la ventana, rueda sobre el suelo, no mira hacia atrás, corre a través de la quietud de la noche, hasta que llega a su habitación, se echa sobre la cama, se abandona con los ojos cerrados, imita la rigidez de un cadáver, sale de su cuerpo y entra en el jardín cerrado del sueño.

18-4 El Pájaro Oriol

Los dos hermanos se encuentran junto a una gigantesca jaula que guarda un increíble número de pájaros de todo tipo, la abubilla mensajera, el aguzanieves que mueve sin cesar la cola, la cotorra con su collar de fuego, la perdiz que graciosamente se balancea al andar, el halcón de vista penetrante, la codorniz que ha visto la corona, el ruiseñor que muestra el recto camino, el pavo real del jardín de las siete puertas, el faisán que percibe la fuente de la luz, la tórtola encerrada en una prisión tan estrecha, la paloma con el collar de la fidelidad en su cuello, el halcón que se ha levantado contra su dueño, el jilguero con una mancha roja en la cara y otra negra en lo alto de la cabeza, el pájaro simorg de grandes alas azules, el pájaro oriol que tuvo su nido en la ladera de un volcán, todos los pájaros del mundo tanto los que son conocidos como los que son desconocidos.

Mucio abre la puerta de la jaula y de repente el cielo parece tiznarse por el vuelo de cientos de pájaros. La bandada se eleva como una nube de humo liberada en un incendio, es tan grande que se puede ver a días de distancia, oscura en el cielo, sin otra meta que su propio extravío. Desorientados los pájaros gritan enloquecidos, música en fuga, pirotécnica explosión de alas, nube disparada en la luz.

El pájaro Oriol gira hacia atrás la cabeza y comienza a devorarse sus propias alas. El rey de los pájaros, sin alas, cae a tierra. Los dos hermanos recogen el cadáver del rey y lo arrastran hasta la jaula, luego se sientan tranquilamente, aguardando lo que tenga que ocurrir.

Liberados del yugo real los otros pájaros vuelan majestuosamente en el cielo, como si quisieran borrarlo meticulosamente con sus alas. Salen del valle del Siama y atraviesan el valle de la Búsqueda, el valle del Amor, el valle del Conocimiento, el valle del Aislamiento, el valle de la Unidad, el valle del Asombro, no llegan a entrar en el valle de la Indigencia y la Muerte, giran e inician el vuelo de vuelta.

El tropel y la algarabía de pájaros regresan a la jaula, griterío de alas y picos hundiéndose en la carne del viejo rey, hasta que no queda nada.

Podría decirse que los pájaros liberados han regresado a su encierro para tener la ocasión de devorar al que ha sido alcanzado por la flecha del tiempo, como si la ingestión de la víctima del sacrificio permitiese el acceso a un secreto solo formulable en el lenguaje de los pájaros.

Moiro y Mucio contemplan la jaula donde un número indeterminado de pájaros vuelan, resguardados del cielo que no han conseguido borrar con sus alas.

De repente la jaula con los pájaros se desvanece, Mucio desaparece y el escenario se convierte en otro.

18-5 El Interior del Vientre

Moiro se encuentra ahora en la habitación mortuoria de Ágata que está tendida sobre la cama con las manos cruzadas sobre el pecho, ya no lleva la llave colgada del cuello por el cordón negro, junto a ella hay una enorme serpiente que tiene toda la apariencia de estar bien muerta. Otra serpiente entra reptando en la habitación, trae en su boca una hierba que aplica sobre los labios de la serpiente muerta, la cual escupe la hierba y revive. Las dos serpientes escapan juntas, dibujando sobre el suelo filigranas de una bella dificultad. Aleccionado por el ejemplo, Moiro recoge la hierba que ha escupido la serpiente y la pone sobre los labios de Ágata, inmediatamente el aliento renovado exhibe calidez, se incorpora, exhala un grito de gozo y comienza a expresar ideas confusas que la exaltan, ideas que no logran el equilibrio y la belleza de la claridad porque en lugar de un lento y difícil aclararse escoge una derivación más cómoda hacia un escape inmediato.

Me había desprendido del cuerpo pero esto no suponía para mí ninguna pérdida, me parecía estar toda transformada y renovada. Vi brotar la luz del fondo sin fondo de un pozo exactamente como una rama verde sale de un árbol, la luz desbordaba del pozo y era un verdadero saludo, lazo, carbón, fuego, rocío, fuente viva. Vi un árbol invertido cuyas ramas se hundían en la tierra y con las raíces al aire, las raíces del árbol crecían y se dirigían hacia lo alto y reverdecían y se cubrían de hojas, a la manera de ramas, y en las hojas aparecían escritas las palabras, sabir, ribas, sabari, irabás, sacústico, ocitsucás, inebugi, igubeni, bacarabí y ibaracab, una y otra vez. Me sentía como si tuviese el poder de encerrar el mar en su ojo, llevar el mundo sobre la punta de un junco, o iluminar el sol con una antorcha, pero no tenía necesidad de hacer nada en absoluto, me hallaba en paz. ¿Dónde tenía, pues, que ir? A ninguna parte, el reposo completo era la libertad de todos los movimientos.

Tras haber dicho lo que tenía que decir, Ágata expira de nuevo, ya no está ahí, ha tomado el camino de regreso hacia la luz primera y más allá, hacia el palacio vacío en donde habita el lobo. Moiro despierta, apenas recuerda lo que acaba de vivir en el sueño, el recuerdo se hace borroso y se diluye, también tiene la necesidad de partir y se representa por adelantado la sucesión de los acontecimientos. Despedirse del profesor Gregorovius, abandonar el Sanatorio de la Klepsidra, el tren Azul, la

Casona, habrá que disponerlo todo para recibir al viajero, al nómada, al fugitivo.

	10_{Ne}	18_{Ar}	
	9_{F}	17_{Cl}	
	8_{O}	16_{S}	
	7_{N}	15_{P}	
	6_{C}	14_{Si}	
	5_{B}	13_{Al}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	
1_{H}	3_{Li}	11_{Na}	19_{K}

19 Kalium (Potasio)

19 La Memoria

19-1 La Rigidez Inaugura

Todavía no ha amanecido. Moiro va a comunicarle a Gregorovius su decisión de partir, encuentra la puerta de la Casa Roja abierta. Entra. Hay luz en el despacho. *Pasa. Te estaba esperando.*

Gregorovius está sentado junto a la ventana abierta tratando de comprender lo que significa la noche oscura del sentido.

Tengo que hablar con usted.* Dice Moiro. Gregorovius le invita a sentarse, y prosigue. *No pude acompañar a mi padre en sus últimos momentos pero he sido testigo de la muerte de su hermana. Me resulta difícil decir qué es lo que tía Ágata me dijo o se decía a sí misma, no sé, hablaba y hablaba pero sus palabras no llegaban a cubrir la pequeña distancia que le separaba de mí. Era como si se representase de pronto toda su vida en un instante y no fuese capaz de encontrar las palabras adecuadas para expresarlo, estaba muy débil, apenas podía hacer circular el aire a través de ella, no entendí apenas nada de lo que decía. La vi morir, algo que no era yo puso en mi boca estas palabras: "Amarillo como un torrente, lento el azul a través del rojo, la rigidez inaugura el reino". Se trataba de una especie de epitafio, todo había concluido y de repente ocurrió algo, una especie de disociación, ella estaba allí, muerta, y al mismo tiempo la vi levantarse, era como si se saliese de su cuerpo, sí, veía su cuerpo muerto y al mismo tiempo la veía saliendo de su cuerpo. La oí decir: "No te vayas, quiero que lo veas todo hasta el final". Yo no estaba preparado para una cosa así y tuve miedo, no comprendía y eché a correr. Llegué a mi habitación, sin desnudarme me metí en la cama, cerré los ojos e imité la rigidez de un cadáver, me quedé dormido y tuve un sueño. Lo recuerdo confusamente. Estaba con mi hermano, había una jaula de pájaros, él la abría y los pájaros se escapaban de la jaula y se devoraban unos a otros o uno de ellos era devorado por todos los demás, no lo recuerdo bien. Luego estoy en una habitación donde se encuentra el cadáver de tía Ágata tendido sobre una cama y a sus pies una enorme serpiente, también muerta. Entonces aparecía una serpiente llevando

una yerba en la boca y se acercaba a la serpiente que parecía muerta y le ponía la yerba sobre la boca y la serpiente resucitaba y se iban reptando las dos juntas. Imitando el comportamiento de la serpiente, yo cogía la yerba y la ponía sobre sus los labios. Tía Ágata también resucitó y me habló, muy serenamente. Hablaba de un pozo de donde manaba luz, de un árbol invertido con las raíces hacia arriba. Hablaba de lo que había sentido mientras había estado muerta, decía que la inmovilidad le había dado libertad de movimientos. Describía su experiencia como algo placentero. Lo que creo que trataba de explicarme es que la muerte no había sido para ella una experiencia dolorosa sino, por el contrario, algo que le agradaría volver a experimentar. Recuerdo que tía Ágata cerró los ojos y ya no volvió a hablar más, estaba de nuevo muerta y entonces yo me desperté. Me desperté con la sensación de que ya nada me retiene aquí en la klepsidra.

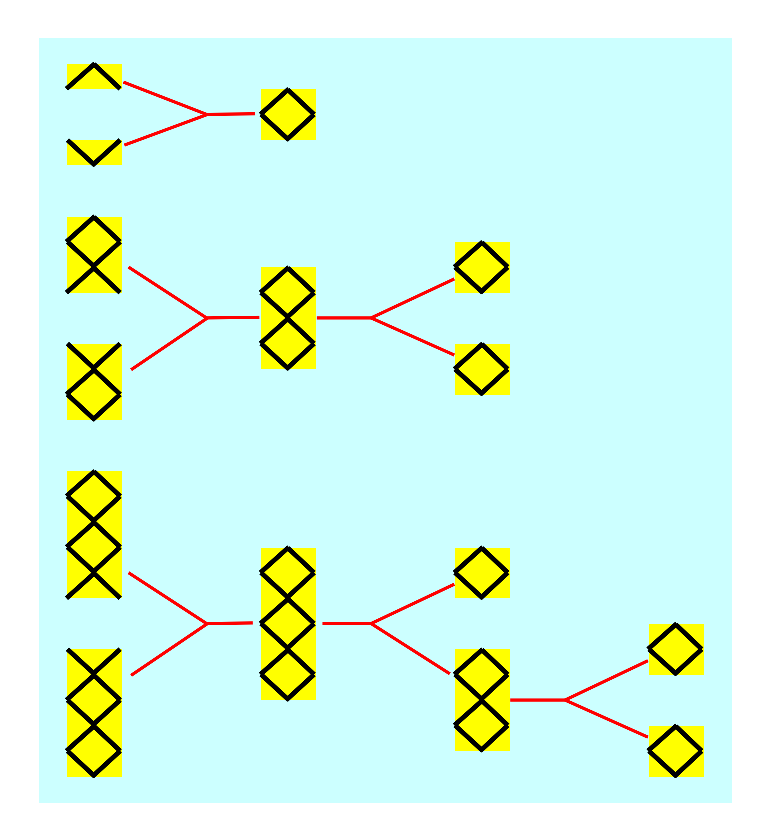
Los pájaros del sueño se asocian a la muerte, simbolizan el espíritu en vuelo hacia su cielo, pero no voy a tratar de interpretar tu sueño, ya nada te retiene aquí, si tienes que marchar hazlo, cada cual tiene que hacer lo que no puede evitar hacer, aquello a lo que le arroja su demonio interior, cada cual debe encontrar su propia parcela en donde existir y ni aún así es suficiente.

19-2 La Estructura del Neutrino

Gregorovius sabe que tras la muerte de Ágata ya nada retiene a Moiro en la klepsidra y a modo de regalo de despedida quiere poner su vida delante de él, quiere hacer visible el hilo conductor donde se han ido hilvanando los acontecimientos diarios, uno delante del otro como en dos espejos enfrentados, y darse a conocer para así reconocerse a sí mismo.

Memoria, esa es la materia de la que está hecho el tiempo y eso es todo lo que somos, memoria hecha de tiempo apegado al espacio. La memoria no está dentro del cuerpo, está ahí fuera, al otro lado de la piel, y recordar es salirse del cuerpo y leer. Mi nombre completo es Gregorovius Pascheles Bertram, soy hijo único de Wolfgang Pauli, el célebre físico que recibió el premio Nóbel por su formulación del principio de exclusión y que postuló la existencia del neutrino. En cada orbital caben dos electrones, cada uno de ellos tiene espín distinto. Espín significa girar y también el retorcerse una hoja seca movida por el viento. Si un electrón gira hacia la derecha, el otro electrón con el que comparte el orbital está obligado a girar hacia la izquierda. Mi padre recibió el premio Nóbel de física por la formulación matemática de un principio que regula la distribución de los electrones en sus órbitas, pero quizás su mayor contribución a la física fue postular la existencia del neutrino. Cada segundo millones y millones de fantasmales neutrinos atraviesan cada centímetro cuadrado de nuestro cuerpo y ni siquiera lo advertimos, nadie sabe de donde vienen y están por todas partes pero invisibles. Mi padre postuló la existencia del neutrino para preservar el principio de conservación de la energía que parecía violarse en ciertos experimentos. La verificación experimental de la existencia del neutrino fue una gran alegría para mi padre, corroboraba su predicción. Es curioso, el otro día, mientras dibujabas en el cuaderno los que llamabas números mágicos, tuve la sensación de que los signos que trazabas podían ser interpretados como estructuras de partículas. En la física cuántica las partículas elementales se consideran como puntos sin dimensiones, pero mi padre y Jung consideraban que eso no tenía mucho sentido, ellos creían que en realidad cada partícula tiene una estructura definida, que acaso sea indetectable experimentalmente pero que quizás pueda construirse mediante la imaginación activa. He estado estudiando

detenidamente las dos páginas que dibujaste y he utilizado algunos de tus números mágicos para representar algunas partículas y algunos procesos entre ellas. Mira. **Gregorovius abre el cuaderno, pasa la página que escribió Moiro y le muestra la que sigue, que ha dibujado él mismo.**



Tú representaste el número dos mediante dos signos de dos trazos que son imágenes en el espejo el uno del otro, y representaste el número cuatro mediante un rombo con sus cuatro trazos. Si se considera que mediante signos de dos trazos se representa la estructura del neutrino y del antineutrino, y que el rombo representa la estructura del fotón, entonces se puede representar el proceso de aniquilación del par de neutrinos para producir un fotón como una especie de operación aritmética, dos más dos igual a cuatro. Tras el fallecimiento de mi padre se descubrió la existencia de tres generaciones de neutrinos. Se puede visualizar la estructura de las tres generaciones de neutrinos por sucesiva adición de fotones. Los neutrinos de la primera generación se componen de dos trazos equivalentes a dos cuerdas, los de la segunda generación tienen seis cuerdas y los de la tercera diez. Aunque escogí cursar estudios de medicina, siempre me ha interesado como ha evolucionado el campo de las partículas elementales en el que mi padre hizo importantes contribuciones. Claro que todo lo que puedo decir al respecto son especulaciones y saltos en el vacío.

19-3 Los Arquetipos Inmateriales

Te he hablado de mi padre y de su mundo, te hablaré ahora de mi madre, se llamaba Franca Bertram, era hija de madre española y me enseñó la lengua española al mismo tiempo que aprendía la alemana. En cierto modo también tuve una segunda madre, la primera esposa de mi padre, a la que nunca llegué a conocer, pero influyó en que yo no llegase a estudiar física, como hubiese sido normal en el hijo de un premio Nóbel en esa disciplina. El nombre de la primera mujer de mi padre era Kathe Deppner, cuando la conoció era bailarina en la escuela de danza Trudi Tschopp de Zurich, estuvieron casados apenas dos años. Mi segunda madre murió de una especie de cáncer de sangre y mi padre se hundió en el pozo oscuro de la depresión, incluso intentó en una ocasión el suicidio, tuvo que ser internado y recibió tratamiento psicoanalítico por parte de Carl Gustav Jung, el discípulo visionario de Freud. Jung ayudó a mi padre a descubrir los arquetipos inmateriales que aparecían en sus sueños, le ayudó a comprender los oscuros símbolos provenientes de la parte inmaterial del mundo y a aceptar la naturaleza cambiante de la realidad. De la aceptación de la mutabilidad de lo propio surgió el dominio sobre el desequilibro de la personalidad y de ahí el equilibrio. Gracias al tratamiento que mi padre recibió de Jung se restableció por completo y al poco tiempo casó con Franca, la que llegaría a ser mi primera madre. El rey y la reina se amalgamaron, se abrió la puerta, así fue como yo entré en la existencia. Una vez finalizado el tratamiento, Jung y mi padre mantuvieron una relación amistosa. Jung visitaba a mi padre con una cierta frecuencia y cuando tuve la edad suficiente yo mismo asistía a sus entrevistas, al principio yo estaba siempre callado y me limitaba a escuchar, pero finalmente comencé a participar en la conversación. Además de los ocasionales encuentros, cuando la distancia les impedía encontrarse, se escribían, mantuvieron un constante intercambio de correspondencia, mi padre me leía las cartas que recibía de Jung y me dejaba que leyera la copia de las que él le remitía, de ese modo fui el testigo mudo de la emocionante relación entre dos buenos amigos y pude advertir cómo en el curso de su relación se producía un curioso intercambio de papeles. Jung se interesaba por cuestiones de física y mi padre se interesaba por la simbología psicoanalítica. Cada uno se interesaba por la disciplina del otro porque ambos perseguían el difícil propósito de fundir física y psicología en una teoría nueva que

comprendiese a un tiempo las sustancias materiales y los arquetipos mentales. No es necesario decir que nunca llegaron a conseguirlo, nadie lo ha logrado todavía, y acaso nunca se consiga. Yo, por mi parte, atraído por la seducción que las ideas de Jung ejercían sobre mi padre, me matriculé en medicina y psiquiatría en la escuela politécnica de Zurich y no en ciencias físicas, como se esperaba del hijo de un premio Nóbel en esa disciplina. Si la primera mujer de mi padre no hubiera muerto del modo en que murió, él no se hubiese hundido en la depresión, no hubiese conocido a Jung, yo no hubiese estudiado psiquiatría y yo no estaría aquí hablando contigo, como ahora lo hago.

19-4 Tirar la Escalera

Cuando terminé mis estudios de medicina y psiquiatría en la escuela politécnica de Zurich, comencé a trabajar como médico asistente en la casa de salud Shomger Lemscho de Ginebra, a pesar de su fama como establecimiento relativamente progresista, mi actividad allí estaba basada en la sumisión bajo voto de obediencia, a no creer sino en lo probable, lo mediocre, lo banal y lo falto de sentido, me veía obligado a renunciar a cuanto de importante viniera de fuera y a reducir todo lo extraordinario a lo corriente. No había allí sino horizontes de penosa mezquindad y el infinito desierto de la rutina. El ambiente era sencillamente irrespirable. Los métodos que allí se aplicaban estaban basados en principios que distaban mucho de la idea que yo tenía del concepto mismo de enfermedad. Mi concepción de la enfermedad era el resultado de una especie de amalgama entre psiquiatría y física, las dos disciplinas que Jung y mi padre habían tratado de unificar, naturalmente yo no he llegado a triunfar en donde ellos fracasaron, pero el continuo plantearme las preguntas que ellos se plantearon me ayudó a encontrar un territorio fértil donde aplicar nuevos métodos terapéuticos con toda libertad. Quería respirar aire libre y Suiza era una jaula cerrada. Me dije. Unumquenque move lapidem, omnia experire, nihil intentatum delinque. Que puede traducirse como. Mueve cada piedra, inténtalo todo, no ceses en tu empeño. Movido por esa máxima decidí viajar a la tierra de mis abuelos maternos para establecer allí mi propia institución psiquiátrica, en donde experimentar en completa libertad tratando de aliviar el sufrimiento de mis pacientes, pero tratando sobre todo de comprender la oscura relación entre la mente, sana o enferma, y los arquetipos materiales a partir de los cuales el mundo en el que vivimos cobra forma a cada instante. Aquí, en el valle donde yacen los padres de mi primera madre, compré las instalaciones de la vieja destilería de los Bernales, las hice remodelar y el resultado fue la klepsidra, algunos de mis pacientes se niegan a abandonarla tras su curación y prefieren este jardín cerrado al fárrago del mundo exterior. Hay algo de misterioso en todo lo que ocurre, como si todo funcionase de acuerdo con algún plan predeterminado desde antes del principio. Todo se halla en el seno del aliento, hijo de la memoria. En medio de la oscuridad del alba, la primera luz del amanecer trae el vago presagio de que algo va a producirse, como si se tratase de la primera vez. Equivocados están quienes

imaginan que el silencio carece de vida, que es inanimado, que carece de espíritu y de voz. No es así, en realidad la palabra es al silencio lo que la sombra al presagio, lo que el velo a los ojos, lo que la mente a la verdad, lo que el lenguaje a la vida. El pensamiento surge como una pregunta, se condensa, y cuando llega al punto que pretende alcanzar se disuelve. La condición del pensamiento es repetirse en esa forma, en un intento y un fracaso. El silencio ha sido mi sustento a lo largo de mi vida. Durante más años de los que alcanzo a recordar he vagado por la oscuridad buscando la invisible presencia que reina sobre el silencio, intentando que me acepte. Al final del camino cada cual debe arrojar al vacío la escalera que empleó para la ascensión. Er muβ sozusagen die Leiter wegwerfen, nachdem er auf ihr hinaufgestiegen ist. Wovon man nicht sprechen kann, darüber muβ man schweigen. Debe pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido. Acerca de lo que no se puede hablar mejor callar.

A Gregorovius le cuesta trabajo seguir hablando y se hunde en el pozo sin fondo de un silencio en donde únicamente puede escucharse el rumor provocado por el flujo de la luz fría y el bajo continuo de la materia oscura en su incesante movimiento.

19-5 La Boria

Moiro estrecha la mano de Gregorovius a modo de despedida, ya nada le retiene en la Klepsidra, el recuerdo casi físico de su hermano le atrae con una fuerza inmaterial pero no por ello menos coercitiva. Sale hacia lo que significa la noche, cualquier cosa que signifique. Imágenes familiares retroceden poco a poco sin dolor y desaparecen en la segura inmensidad de un vacío que comprende todo lo indecible, enfermedad, lenguaje, expresión, sordo vegetar, conocimiento y no conocimiento, murmullos que en una forma como de espiral brotan de las bocas de los que duermen, no es preciso escuchar ni esforzarse por retenerlos, nada hay que retener. Mientras deambula por la Klepsidra nocturna buscando la salida, se mueve como la serpiente reptando por el jardín cerrado, con un movimiento limitado por planos ondulados jamás explorados. Se entrega al pecado de la posibilidad. Se entrega a la ilusión del movimiento sin finalidad alguna. Se entrega al absurdo de inspiración diabólica de la indeterminación. Cuando por fin llega a la única puerta, que sirve a la vez de entrada y salida, la encuentra abierta y es una fácil despedida. Sale del jardín cerrado y se entrega al jadeo de su propio respirar fruto de la excitación que despierta la naturaleza del viaje. Camina como un espectador del sueño de otro y el hacerlo le produce una volátil sensación de ligereza. Una campana silenciosa emite armonioso silencio que invita a las cosas a cubrirse con el leve velo de la invisibilidad. Barullo de señales confusas, fallidas conexiones mentales, el mundo se desplaza ante sus ojos como imágenes sobre la superficie de un espejo ondulado. Tiene la sensación de que su cuerpo se ha vuelto transparente y se ha convertido en una membrana porosa atravesada por presencias invisibles. Va envuelto en una nube y apenas ve por donde pisa. Se da la vuelta y cuando mira tras él, el sanatorio se ha disuelto en la boria. Ya no puede volverse atrás, ya sólo le cabe seguir hacia delante, pero el movimiento de huida es también un regreso hacia el espacio sagrado de donde en realidad nunca ha llegado a salir. Imbuido por el sueño de deshacer el camino vuelve a su descanso, él y su doble ya no se esconderán y les alcanzará la boria que existía antes que cualquier criatura, antes que el rey en su palacio, antes que el lobo en su madriguera. La boria es lo único que quedará tras el fin. La boria viva.

	10_{Ne}	18_{Ar}	
	9_{F}	17_{Cl}	
	8_{O}	16_{S}	
	7_{N}	15_{P}	
	6_{C}	14_{Si}	
	5_{B}	13_{Al}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	20_{Ca}
1_{H}	3_{LI}	11_{Na}	19_{K}

20 Calcio

20 Sacrificio

20-1 El Regreso

Moiro escucha el silbato y apresura el paso, cuando llega al andén la locomotora exhala jirones azules y arranca, como un juego corre y alcanza el último vagón, está vacío, no encuentra su sitio en medio de tanto espacio, por fin se deja caer en un asiento junto a la ventanilla. El tren rueda despacio con suaves sacudidas, su movimiento es como una ignorancia definitiva de lo próximo y un acercarse nostálgico por la ruta incandescente de la imagen a ese lugar inmutable al que se retorna. Contempla a través de la ventanilla la dulzura de un paisaje que se mueve lento y piensa en su hermano, su pensamiento se ve circundado por una cansada felicidad con la blancura de un cuerpo convaleciente habituado a la calma que da sus primeros pasos al aire libre. El tren serpentea siguiendo el cauce del río Siama, hasta los meandros. Desde la sierra de la Muela un halcón saluda lanzando un grito monosilábico. *¿Se acaba el viaje? ¿Es ya el momento?* El repiqueteo de las ruedas en los raíles es cada vez más lento. El chirrido, el rechinar y el pesado estremecimiento de los vagones, sí. El tren azul se detiene y el viajero desciende.

Moiro regresa a la Casona y nunca ha dejado de estar en ella, libre para introducirse en el recuerdo, saluda al paisaje familiar que se materializa en el espacio que alcanza la mirada. Lo profundo desvela un rostro que el deseo modela, un rostro que contiene toda la alegría del reencuentro. El regreso es tan solo la prolongación natural del viaje, volver al punto de partida para verlo transformado con ojos nuevos. La mirada con la que mira al paisaje es la misma mirada con la que el paisaje le mira a él, la mirada es movimiento en una dirección, la conjunción de las dos direcciones elimina toda discordancia.

La Casona está desnuda, Moiro entra en ella y se hunde en el silencio atronador de esa casa pensativa. Al principio no logra distinguir nada, luego gradualmente percibe el rostro. Como si despertase en la casa sin ruido el ascendiente que un jardín de espejos hubiese fijado, el rostro de

Emón planea sobre el silencio. El rostro está ahí, anterior a la Casona, atemporal, ese rostro sin edad conocía el momento en que uno de sus hijos abriría la puerta, entraría para hundirse en el silencio acogedor y reviviría la fuga hacia el contacto con lo irreal y lo devastado. Las pisadas corren hacia la torre que acoge con su presencia desnuda, y se refugia en ella. Casi infantil, nostálgico, el núcleo interior está incompleto, el anhelado doble se demora todavía en el regreso.

Un miembro no se entiende sin el otro, el agua no existe sin la humedad, ni el fuego sin el calor, estos elementos están mutuamente unidos, no pueden ser separados, coexisten siempre. Análogamente los gemelos deben estar unidos y cada uno coexistir con el otro. No pasará mucho tiempo antes de que lo que estuvo unido vuelva a estar unido, antes de que el fuego oficie la ceremonia de la unificación, a partir de la cual se accederá a un mundo nuevo construido con los residuos del viejo, un mundo nuevo en el que la maraña de líneas de vida explorará un espacio virgen, un espacio para la alegría del desbordamiento y para la proliferación de los lenguajes, un espacio para dejarse envolver por el lenguaje y encontrar la calma.

Todavía con su línea de tiempo enroscada en torno al mundo viejo, Moiro aplasta el rostro contra el cristal de una de las ventanas de la torre, interroga al vacío, la respuesta es un rostro enflaquecido que le aterroriza, no sabe si se trata de un juego hipnótico o de un simple ritual identificatorio. Se separa unos centímetros del vidrio y se entrega a un proceso que no puede detener, observa la réplica imperfecta de un rostro que se desprende una a una de sus facciones, se funde y desaparece multiplicado en fragmentos que tiene que recomponer para reconocerlo como suyo. De las profundidades viene la sensación inquietante de la hora indefinida, tiene la sensación de no tener cuerpo, de que su cuerpo está al fondo del cristal. ***No se haya jamás la calma siendo únicamente uno mismo, necesito lo que no soy y también soy, pero me miro y veo algo horrible, a punto de estallar, que me va a pegar, que me va a ridiculizar, que me va a despreciar.***

La ligereza de su pensamiento es la primera señal esquizoide de la inminencia del desastre. Se encuentra inmerso en las ondulaciones de un espanto abstracto, como una especie de temor indefinido hacia ese vacío familiar que penetra las cosas y las sustenta. Moiro dibuja un rostro con el dedo índice en el cristal empañado con su aliento, acerca su

boca a la nueva claridad, la abre, sale una serpiente y lame el vidrio con fervor, se diría que intenta abrazar con la lengua la imagen especular de su hermano.

Yo soy tu y tu eres yo, sí, estamos juntos y somos uno. **Le dice Moiro al rostro desfigurado que se refleja en el vidrio, universo monocromo, sílice gesticulante, lucha contra un enemigo invisible. Con un ágil movimiento rompe con el codo el cristal y la imagen se hace añicos. Ahora permanece sentado, atónito, indiferente a lo exterior, extraño a sí mismo. Se siente caer y la caída no encuentra su término, es como si flotase en una cierta forma de éter, sobre el plano infinito de las campanas, por encima del lugar donde reposan las águilas. Ve la Casona desde arriba, como una esfera sin ventanas ni puertas, y siente crecer en él la vaga impresión de que arde de dentro afuera alimentada por el fuego. No ve señales de humo pero no por esto es menos fuerte la evidencia de que la Casona arde consumida por un fuego interior cuyos componentes invisibles tienen inteligencia y pensamiento.**

Moiro es tan solo un corazón impulsando por agua negra, intenta levantarse pero su cuerpo tiene el peso de la gran campana de los años cuyo badajo oscila sin sonido. Logra ponerse de pié, se tambalea, se desmorona exhausto, parece poseído por una especie de inteligencia obsesiva y fanática. Transcurrido un tiempo, tiempos y medio tiempo, se recupera, comienza a silbar una melodía improvisada para el instante. Si un improbable observador le preguntase porqué está tan alegre, respondería. ***Porque espero que hoy llegue mi hermano, del que he estado largo tiempo separado. Ninguna separación es por completo definitiva, todo movimiento es siempre de retorno.*** **Y sería cierto, pero en realidad mientras silba no piensa en su hermano. Pese a todo sería erróneo decir que ha dejado de pensar en su doble de luz mientras compone una melodía sobre la marcha. Una espera está inserta en una situación de la que se origina.** ***¿Quien imagina acaso no ha de imaginar algo? ¿Y ese algo no es, por imaginado, de algún modo real?***

Tiene la sensación de la presencia, todavía no puede ver a su hermano al fondo del camino que conduce a la Casona pero ya lo siente, no de un modo puro y definido sino contaminado por algo que le es ajeno y propio a un tiempo, propio no en el sentido de que le pertenezca a él sino por el contrario es él el que pertenece a aquello que se le aproxima.

Lo que acompaña al hermano que regresa es la memoria de la grieta a través de la que entró en la existencia, se dirige no ya al lugar del nacimiento sino más allá, a la madriguera anterior al sueño que construye el palacio, al vacío puro anterior a las formas donde la conciencia no ha tenido ocasión de expresarse y se encuentra ensimismada en su propia inmovilidad y en su perfecto silencio.

Convocado por la necesidad Mucio aparece al final del camino que conduce a la Casona, pero no viene solo. Moiro puede verlo, tiene la cara llena de ojos, todos ellos concentrados en los dos cuerpos que caminan a través del camino de tierra, parecen oscilar, desvanecerse en un aura borrosa que los indistingue, con esfuerzo consigue mantener enfocadas las dos figuras.

Mucio se ha retrasado más allá del plazo que la razón consideraría excesivo y cuando regresa no lo hace solo, le acompaña una mujer.

***Posiblemente se trata de una furcia, como aquella en la que padre nos engendró. Para mí aquella y esta son una y la misma mujer y la aborrezco.* Piensa Moiro y decide recluirse en la torre, anhelando que Mucio suba a reunirse con él y que todo vuelva a ser como nunca debió dejar de ser.**

No puede excluirse la terriblemente utópica posibilidad de que el reencuentro de la pareja gemelar sea el que ponga en movimiento el primer instante. No sé como decirlo. El tiempo en realidad no ha tenido comienzo. El universo no es material sino mental. El mundo material no ha sido creado todavía. La mente en su soledad suprema imagina un mundo. Un acontecimiento en ese mundo exclusivamente mental adquiere especial relevancia y desencadena el impulso primero, las pisadas que dejan huella, el murmullo, el estallido y por fin el grito resonante del verbo, la primera llamada. Nada nos impide pensar que el mundo haya sido creado para que tengan lugar una serie de acontecimientos decisivos, como por ejemplo el reencuentro de dos hermanos y el sacrificio con el que culmina.

20-2 Nuestra Casa

Un día radiante perfecto, el sol vierte sus rayos sobre el mundo con entera libertad. La luz contiene otra luz distinta en su interior, algo parecido a una caja dentro de una caja. La oscuridad que hay dentro de la luz está compuesta de diminutos granos de polen que flotan sin rumbo en el aire hasta acabar posándose despacio, tomándose su tiempo, en la superficie de la tierra.

Este paisaje lo conozco hace mucho. No he olvidado el movimiento de los árboles que parece venirles de dentro. Aquí vivimos un tiempo que todavía no era transcurso, nos creíamos inmortales. No nos preguntábamos ¿qué es esto?, sabíamos que era nada, y que todo lo que había más allá de la línea de montañas no era más que algunas de las formas extremas que adopta la nada.

Se dice Mucio al tiempo que camina junto a Mara y percibe con qué naturalidad una cosa entra en relación con otra. Así van en el lento crepúsculo, el uno junto al otro, sin embargo cada paso los vuelve más ajenos a lo que significa nosotros, cualquier cosa que signifique. Los recuerdos están ahí esperando a que Mucio los alcance y sean uno con él, los recuerdos de acceso tan arduo, tan huidizos. Se trata de llegar al fin para que lo que ha sido se reconcilie con lo que será, el día se dilata ante él como ilimitado y maravilloso desierto ondulante al que va a hallar la perdición aunque en medio de delicias.

El rechinar de la gravilla del camino a través del jardín le parece a Mucio mucho más ruidoso de como lo recordaba, la gravilla resuena con crujido de cosa calcinada, como si adelantándose al curso del tiempo hubiese recibido ya el aliento del fuego purificador. Ella no parece oír el ruido producido por el entrechocar de la piedra contra la piedra, tal vez no quiera oírlo, ella sabe tapar las aberturas y cerrar las puertas, ella sabe también cómo purificar su espejo misterioso.

El rostro de Mucio es el de un hombre que regresa alimentando una inquietud apremiante y una incertidumbre sin respuesta, quizás vuelva para ser lo que sin ningún esfuerzo hubiera sido si nunca hubiera partido. Ha llegado a ser un caminante sin recuerdos y ahora es un

viajero que regresa en compañía de una especie de sueño que ha tenido o que nunca ha tenido, dos pensamientos, seres ajenos cayendo en el vacío de la ausencia de puertas, nada más. Le sorprende una sensación, como si aquello desvanecido en el tiempo fuera todavía, y necesita mirar de nuevo hacia lo conocido que se ha vuelto desconocido. Se representa su pasado perfectamente ordenado pero indecible, el momento siguiente es un paisaje ya visto y nunca visto. Piensa en días confusamente lejanos, en una serie de habitaciones vacías que dos niños llenaban con su presencia, era algo grande, inmenso, ante lo que se siente impotente. El movimiento ha terminado y le parece estar todavía lejos, cree haber olvidado pero de golpe, como una superficie desordenada y confusa, todo el tiempo está muy cerca, delante de él. Moiro siente que algo va a alcanzar su culminación. Procedente de un horizonte sin límites, el recuerdo de su infancia se concreta como un sueño más allá del más allá que le hace percibirse a sí mismo como extraño. Hay una especie de angustia sin rumbo que le inspira ternura. Como una isla deshabitada en el centro de la conciencia, de puntillas, descalza, sin ruido, inasible, le sale al encuentro la Casona y tiene la sensación de que en realidad nunca la ha abandonado, como si una parte de él se hubiera extraviado y de pronto apareciera en su sitio con la irrealidad de un sueño desvanecido. Tiene la sensación de ser golpeado por una nada ciega y tiene que abrir la puerta y entrar y encender una turbia luz que brota de una lámpara vacilante dispensadora de la extraña sensación de vislumbrar presencias en el aire moviéndose alrededor.

Mucio camina pegado a los muros deslucidos, arrastrando los pies, guiando a Mara a través del jardín cerrado de su infancia. ***Esta es nuestra casa.*** Se oye decir, sin saber si el término nuestra, le incluye a ella o a Moiro.

¡Moiro! ¡Moiro! ¡Moiro! Mucio grita el nombre de su hermano.

Déjale que se tome su tiempo. Le dice Mara, tratando de sosegarle. Mucio es consciente de ser fiel al hermano pero también a ella, fiel al uno y al otro, e infiel a los dos por tanto.

Yo le amaba a él antes de conocerme y a ella antes de conocerla. Se objeta Mucio y su propio pensamiento se le antoja extraño, fluye a través de él la sensación de un amor que se extiende más allá del

presente, hasta los confines de la infidelidad, trastornado frente a lo conocido vuelto desconocido y de nuevo conocido, sin embargo comprende oscuramente que no es lo conocido lo que le atrae sino ese estar ahí y ese esperar a alguien de finos dientes, salvaje, a lo que abandonarse para despertar entre formas vivas verdaderamente elementales, a las que el tiempo no ponga ningún límite en su duración.

20-3 No Tengas Miedo

El silencio, todo camina sin ruido, ella se acerca y él, sin concederse tiempo para reflexionar, se siente caer. Abandonada a los contornos de su propia música, sin el más leve crujido de su piel, ella se repliega para dar el salto hacia el otro cuerpo. La voz de ella se dilata en esferas concéntricas, le rodea y le aprisiona en su red. Él siente un placer semejante al que puede sentir un halcón al planear en torno a una columna de aire y ver, desde lo alto, a un caballo cruzando un río. El cuerpo de ella se descompone en extrañas contorsiones, ejecuta movimientos inverosímiles que sugieren la estructura de un plan largamente meditado. Interpretan el movimiento de la excitación. Como si creyesen el uno en el otro se alzan para volver a caer intercambiando sus olores, una punzante nota aromática ácida mezclada con almizcle y musgo golpea los rostros. Se trata de un juego familiar en el que la mente se expande y se contrae, de ese modo se libera del pensamiento. Una jauría de lobos atraviesa el cuerpo de él, los siente correr en todas direcciones pero no tiene miedo, sólo una incredulidad paralizadora.

La voracidad extrema de Mara, los ojos turbios, réproba, enardecida, ebria, con el pelo sobre los ojos y los labios afilados. Ella es algo desconocido, indiferente, una envoltura del azar. Él no pierde la conciencia de que todo lo que hace es algo que en el fondo no le afecta, tiene la sensación de estar ahí sentado, al lado, inmóvil, observando el modo en que su cuerpo se confunde con el otro cuerpo.

No tengas miedo. Según vaya apretando tu garganta sentirás una contracción allá abajo. ¿Ahora qué sientes? ¡Aprieta!. Te voy a hacer daño. No aprietas lo suficiente. No puedo respirar. Un poco más despacio. Esto únicamente es la vida. Algo a través de mí. Solo tú me retienes. Ahora somos uno. Quiero morirme ahora. Te quiero mucho. No me dejes nunca. Tengo mucho sueño. Estoy muy cansado.

Los balbuceos del uno y del otro se entremezclan con la saliva y el aliento, se expanden, hasta que se reinvierte el proceso, los sentidos se reencuentran y los cuerpos recobran su calidez.

Al amanecer, él la descubre, todavía oscura, peinándose maquinalmente, enfrentando su rostro al rostro que le opone el espejo. *Probablemente haya tenido que ver con ella.* Se dice, e inmediatamente tiene la inasible sensación de haber hecho algo que en el fondo no ha querido, pero que todavía más en el fondo sí ha querido. Comienza a levantarse en torno a él la atmósfera de la noche interminable y siente miedo, miedo de las manos de ella, seductoras como garras. Algo dentro de él comienza a ofrecer resistencia, es capaz de mirarla directamente a los ojos y mantener la mirada, y también es capaz de mirar más allá, hacia un lugar en la distancia, a espaldas de ella, más allá de los límites del valle, en la lejanía, más profundo que todo lo que se conoce, oscuramente desvelado, allí se representa a sí mismo separado de ella y unido a su hermano. Súbitamente, de una forma absolutamente clara, tiene la límpida sensación de que no se ha separado nunca de su doble, todo le parece haberlo ya vivido, lo que siente no es algo indeterminado que le pasa rozando sino que está vinculado a un sentimiento real. Y con todo, el temor de sentir miedo, la certidumbre de que habrá que disponer el cuerpo para el sacrificio, también el cuerpo de Moiro.

Mucio ha decidido subir a la torre e intenta hablar de su propósito, quiere escupírselo a ella, pero las palabras salen de su boca a un vacío donde se metamorfosean hasta el punto de ya no reconocerlas como suyas, caen rotas, mira a su alrededor con la falsa excitación de ser alguien completamente impersonal, sin presente ni futuro, que pueda reintegrarse a ese algo intangible que es el paraíso de la infancia. Por un instante se hace todo visible como algo pesado y sin valor que se tambalea hasta disolverse en silencio, sin ruido, oye sus propios pensamientos enredados en curiosos antagonismos, con los sentidos desplegados resbala, se hunde en otras épocas del alma. Lo que vislumbra le hace detenerse, apretado contra la puerta para no perderse quiere gritar, quizás efectivamente grite, de deseo o de angustia, y es el grito primero, algo vacilante, reflexivo, la última concreción del silencio, un grito que hace pensar en el aullido monocorde del lobo tras haber devorado por completo el cadáver del rey.

20-4 El Vacío Intermedio

En este día se refleja el amanecer del mundo, cuando se colocan las cuerdas, inmóviles en la niebla, sin que nadie las toque. La puerta se abre y los dos hermanos se tambalean en la oscuridad de los cuerpos, sienten la confusa excitación que bordea esa nada vacilante y sin forma donde todo tiene su origen. *Me fui tan lejos que casi llegué hasta el final.* Ambos continúan deslizándose sin posibilidad de detenerse, no hay diferencia entre el aquí y el ahora, el antes creado y el después increado, se unifican en el fugaz instante. *Tengo la impresión de que vuelves de muy lejos, pero tienes la misma edad que cuando te fuiste.*

Hablar es después de todo un misterio que se convierte en un secreto que se comparte, pero cuando el secreto se comparte por completo vuelve a convertirse en un misterio. Hablar es siempre un prólogo al resonante silencio. Cara a cara, no hay modo de saber quién es quién, sienten a la vez la misma confusión, algo así como mirarse por sorpresa en un espejo. Ahora que apenas disponen de tiempo, la vida de ambos parece haber encontrado por fin un bello orden propio.

Sus cuerpos incesantes transcurren en un tiempo inmóvil tendido entre el antes y el después, se cierran sobre sí mismos, se sumergen en lo más íntimo, arañan el misterio. Es difícil distinguir el uno del otro. El mismo cuerpo abrazado al mismo cuerpo. No les es posible mantenerse separados. Se contraen hasta el abismo de los límites en donde llegar a ser el silencio entre cada dos palabras.

Contiguas y entremezcladas se escuchan las voces, una voz profunda que parece convertir el tiempo en materia y una voz suave que apenas interrumpe el flujo de la otra voz. Es el momento del último esfuerzo por traer a esta realidad aquello que alguna vez fue real y ahora inasible. La melodía que entretejen las voces no tiene rostro ni escenifica ningún paisaje.

Calma absoluta ahora, calma de eclipse total. Se han fundido en un único ser inconsciente de sí mismo y lo que les mantiene vivos es la esperanza de morir acurrucados en la esfera cálida donde lo indiferenciado tiene su origen. Los cuerpos se consumirán pero sin

embargo ellos son una imagen del amor, inapropiada para expresarse porque solo a ellos pertenece.

Los dos hermanos viven juntos un mismo sueño de parpados cerrados, flotan en un vientre cenagoso, confluyen expulsando de sí todo lo propio y se penetran como culminación de un amor que purifica, luego se arrastran hasta la línea que hay que cruzar y la cruzan. Lo que les aguarda al otro lado es la experiencia profunda de la unificación, los hermanos ya no son dos, sino uno que anda por un camino y siente que alguien le sigue todo el tiempo, alguien que alguna vez supo pero que ha olvidado unos versos. ¿Cuál es la diferencia entre un sí y un no? Del sí al no, ¿cuántos quizá? El vacío intermedio ocupa su lugar entre el arriba y el abajo

20-5 El Mismo Sueño

Esta noche he tenido un sueño. Andaba por un camino, alguien me seguía todo el tiempo. Me volví y le pregunté porqué me seguía. Adivina qué me respondió.

Te pidió que le recordaras unos versos que alguna vez había sabido pero que había olvidado.

¿Qué versos?

Estoy atrapado en una pesadilla sofocante
me despierto aterrado cubierto de sudor...

Estoy atrapado en una pesadilla sofocante
me despierto aterrado cubierto de sudor
la luz que habita en mi alma
solo influye en mi conciencia...

Estoy atrapado en una pesadilla sofocante
me despierto aterrado cubierto de sudor
la luz que habita en mi alma
solo influye en mi conciencia
nunca pasa más allá
al mundo exterior...

Estoy atrapado en una pesadilla sofocante
me despierto aterrado cubierto de sudor
la luz que habita en mi alma
solo influye en mi conciencia
nunca pasa más allá
al mundo exterior
al mundo de las cosas
en donde las pisadas del lobo dejan huella.

He visto y oído todo eso.

¿En tu sueño?

Sí, en mi sueño.

Eso significa que hemos soñado el mismo sueño.

Sí, hemos soñado lo mismo, como antes.

Mientras los dos hermanos recuperan el sueño compartido y evocan el paraíso perdido de su infancia, Mara está fuera llorando. Sucia de tiempo la furia se arroja contra la puerta dando zarpazos, aúlla contra la indiferencia, gruñe, golpea, maldice, los ojos de mercurio enfurecido. Una formidable leona de cabeza colérica se precipita contra la jaula, pasa las afiladas zarpas a través de los barrotes y se retira. Moiro y Mucio escuchan pasos alejándose, un animal que ahora va en busca del fuego purificador.

Mara hace sonar con boca enloquecida cantos bárbaros, golpea el suelo con los pies, pero sus pisadas no dejan huella. Ella enciende una antorcha, corre como una furia con la antorcha encendida y la lanza a través de la ventana. Un viento animal entra en la Casona, donde el fuego no puede permanecer encerrado. Como un niño que juega, el fuego comienza a abrirse camino a través de las paredes. La vieja construcción arde exhalando un aroma espeso y fragante. Bacante con la mirada encendida, balancea la blancura estelar de su frente y ejecuta los precisos movimientos de una danza fúnebre que celebra la muerte como una especie de nuevo nacimiento, sus pisadas ahora sí dejan huella. Poseída por un espíritu animal, brinca y se deja caer, se desparrama y se recoge, confluye y se abandona, se acerca y se aleja a lo que fueron sus hijos, su boca delirante profiere palabras lúgubres.

La Casona por la noche, a través de las ventanas el resplandor de las llamas. El fuego les cubre con sus plumas, descansan entre sus alas, cortan la oscuridad como cuchillos relucientes, se elevan silenciosamente hasta gran altura y se convierten en humedad en el aire y cálida ceniza que se derrama sobre la tierra.

Los dos hermanos han cruzado la línea fronteriza para crear una vida fecunda en la región del alma que ha permanecido hasta ahora a la sombra de la conciencia, apenas han nacido y ya tienen su muerte, reposo o disolución, confluyen en el blanco del negro, luz en el centro

geométrico de la oscuridad, aquí y allá surge la turbulencia, vórtices, remolinos, torbellinos, el susurro de la oscuridad, un murmullo, el primer grito, el estallido de la luz. La rueda da una vuelta y todo comienza de nuevo.

Vive el fuego la muerte de los cuerpos, el aire húmedo se seca, lo caliente se enfría, lo metálico se cura de su lepra mas a través del cambio se conserva inalterado el vacío puro, el vacío perfecto, el vacío vivo.

La Construcción de la Torre

M-1 (1/20) La Casona

1 Emón

2 Mara

3 La Infancia

4 El Vuelo

5 Hermanos

5-1 La Noche los Indistingue
5-2 Sueños
5-3 Cuestiones
5-4 El Centro del Vacío
5-5 Sístole, Diástole

6 La Partida

6-1 El Silencio y el Sueño
6-2 La Infidelidad
6-3 Caminos Distintos
6-4 El León en su Jardín
6-5 El Tiempo y el Espacio

7 La Aldea

7-1 Aire Líquido
7-2 El Nictálope
7-3 La Música del Silencio
7-4 Dientes de León
7-5 El Cadalso

8 Sunia

8-1 la Ciudad del Vacío
8-2 La Casa del Carnicero
8-3 La Imposibilidad de Mapas
8-4 Los Dos Soles
8-5 El Niño Orquesta

13 El Tren Azul

13-1 Movimiento Puro
13-2 La Carta
13-3 El Barco
13-4 La Mujer del Desierto
13-5 La Tela de Araña

14 Ágata

14-1 El Hombre Pájaro
14-2 Mitones
14-3 El Laberinto
14-4 El Comedor
14-5 El Triple Trapecio

15 Gregorovius

15-1 Vino del Nodia
15-2 Historia de Ágata
15-3 Historia de Moiro
15-4 Acerca de la Enfermedad
15-5 El Modo Subjuntivo

16 El Vacío Creador

16-1 Lamia
16-2 El Jardín Cerrado
16-3 Los Pacientes
16-4 El Silencio
16-5 Arifalím

La Construcción de la Torre

M-1 La Casona

	10_{Ne}	18_{Ar}	
	9_{F}	17_{Cl}	
	8_{O}	16_{S}	
	7_{N}	15_{P}	
	6_{C}	14_{Si}	
	5_{B}	13_{Al}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	20_{Ca}
1_{H}	3_{Li}	11_{Na}	19_{K}

M-2 El Valle del Siama

		30_{Zn}		
		29_{Cu}		
		28_{Ni}		
		27_{Co}		
		26_{Fe}		
		25_{Mn}		
		24_{Cr}		
		23_{V}		
		22_{Ti}		
		21_{Sc}		
	10_{Ne}	18_{Ar}	36_{Kr}	
	9_{F}	17_{Cl}	35_{Br}	
	8_{O}	16_{S}	34_{Se}	
	7_{N}	15_{P}	33_{As}	
	6_{C}	14_{Si}	32_{Ge}	
	5_{B}	13_{Al}	31_{Ga}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	20_{Ca}	38_{Sr}
1_{H}	3_{Li}	11_{Na}	19_{K}	37_{Rb}

M-3 El Sanatorio de la Klepsidra

		30_{Zn}	48_{Cd}		
		29_{Cu}	47_{Ag}		
		28_{Ni}	46_{Pd}		
		27_{Co}	45_{Rh}		
		26_{Fe}	44_{Ru}		
		25_{Mn}	43_{Tc}		
		24_{Cr}	42_{Mo}		
		23_{V}	41_{Nb}		
		22_{Ti}	40_{Zr}		
		21_{Sc}	39_{Y}		
	10_{Ne}	18_{Ar}	36_{Kr}	54_{Xe}	
	9_{F}	17_{Cl}	35_{Br}	53_{I}	
	8_{O}	16_{S}	34_{Se}	52_{Te}	
	7_{N}	15_{P}	33_{As}	51_{Sb}	
	6_{C}	14_{Si}	32_{Ge}	50_{Sn}	
	5_{B}	13_{Al}	31_{Ga}	49_{In}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	20_{Ca}	38_{Sr}	56_{Ra}
1_{H}	3_{Li}	11_{Na}	19_{K}	37_{Rb}	55_{Cs}

M-4 El Arte Kimir

			70_{Yb}	102_{No}			
			69_{Tm}	101_{Md}			
			68_{Er}	100_{Fm}			
			67_{Ho}	99_{Es}			
			66_{Dy}	98_{Cf}			
			65_{Tb}	97_{Bk}			
			64_{Gd}	96_{Cm}			
			63_{Eu}	95_{Am}			
			62_{Sm}	94_{Pu}			
			61_{Pm}	93_{Np}			
			60_{Nd}	92_{U}			
			59_{Pr}	91_{Pa}			
			58_{Ce}	90_{Th}			
			57_{La}	89_{Ac}			
		30_{Zn}	48_{Cd}	80_{Hg}	112_{Cn}		
		29_{Cu}	47_{Ag}	79_{Au}	111_{Rg}		
		28_{Ni}	46_{Pd}	78_{Pt}	110_{Ds}		
		27_{Co}	45_{Rh}	77_{Ir}	109_{Mt}		
		26_{Fe}	44_{Ru}	76_{Os}	108_{Hs}		
		25_{Mn}	43_{Tc}	75_{Re}	107_{Bh}		
		24_{Cr}	42_{Mo}	74_{W}	106_{Sg}		
		23_{V}	41_{Nb}	73_{Ta}	105_{Db}		
		22_{Ti}	40_{Zr}	72_{Hf}	104_{Rf}		
		21_{Sc}	39_{Y}	71_{Lu}	103_{Lr}		
	10_{Ne}	18_{Ar}	36_{Kr}	54_{Xe}	86_{Rn}	118_{Og}	
	9_{F}	17_{Cl}	35_{Br}	53_{I}	85_{At}	117_{Ts}	
	8_{O}	16_{S}	34_{Se}	52_{Te}	84_{Po}	116_{Lv}	
	7_{N}	15_{P}	33_{As}	51_{Sb}	83_{Bi}	115_{Mc}	
	6_{C}	14_{Si}	32_{Ge}	50_{Sn}	82_{Pb}	114_{Fl}	
	5_{B}	13_{Al}	31_{Ga}	49_{In}	81_{Tl}	113_{Nh}	
2_{He}	4_{Be}	12_{Mg}	20_{Ca}	38_{Sr}	56_{Ra}	88_{Ra}	120_{Ubn}
1_{H}	3_{Li}	11_{Na}	19_{K}	37_{Rb}	55_{Cs}	87_{Fr}	119_{Uue}

https://es.scribd.com/doc/305517575/CRONICA-EKARKO-indice-27-7-20

http://es.scribd.com/manuelsusarte

manuelsusarte@hotmail.com